

Eiji Yoshikawa

TAIKO

2. Enemigo de Buda

Ediciones Martínez Roca, S. A.

# Nota para el lector

Hacia mediados del siglo xvi, cuando se derrumbó el shogunado Ashikaga, Japón llegó a parecer un enorme campo de batalla. Los señores de la guerra rivales competían por el dominio, pero entre ellos surgieron tres grandes figuras, como meteoros que cruzaran el cielo nocturno. Estos tres hombres, que sentían idéntica pasión por controlar y unificar el Japón, diferían en su personalidad hasta un extremo asombroso. Nobunaga era temerario, tajante y brutal; Hideyoshi, modesto, sutil y complejo; Ieyasu, sereno, paciente y calculador. Sus filosofías divergentes han sido recordadas durante largo tiempo por los japoneses en unos versos que conocen todos los escolares:

¿Qué hacer si el pájaro no canta?

Nobunaga responde: «¡Mátalo!».

Hideyoshi responde: «Haz que quiera cantar».

Ieyasu responde: «Espera».

Ésta es la historia del hombre que logró que el pájaro quisiera cantar.





# Heráldica

## BLASONES FAMILIARES DE LOS SEÑORES SAMURAI QUE APARECEN EN TAIKO



TOYOTOMI HIDEYOSHI  
El Taiko



ODA NOBUNAGA  
Señor de la provincia de Owari



TOKUGAWA IEYASU  
Señor de la provincia de Mikawa



AKECHI MITSUhide  
Señor de la provincia de Tamba



SHIBATA KATSUIE  
Señor de la provincia de Echizen



SAITO DOSAN  
Señor de la provincia de Mino

TAKEDA SHINGEN  
Señor de la provincia de Kai

IMAGAWA YOSHIMOTO  
Señor de la provincia de Suruga

ASAI NAGAMASA  
Señor de la provincia de Omi

MORÍ TERUMOTO  
Señor de las provincias occidentales

# Medida del tiempo en el Japón medieval

## RELOJ TRADICIONAL JAPONÉS DE DOCE HORAS



### FECHAS

Fecha lunar: primer día del primer mes del quinto año de Temmon

Fecha solar: segundo día del mes de febrero de 1536 d. C.

Las fechas en Taiko siguen el calendario lunar japonés tradicional. Los doce meses lunares de veintinueve o treinta días no recibían nombres sino que estaban numerados de uno a doce. Como el año lunar, era de 353 días, doce días menos que el año solar, algunos años se añadía un decimotercer mes. No existe ninguna manera sencilla de convertir una fecha del calendario lunar en su equivalente solar, pero una orientación aproximada consiste en tomar el primer mes lunar como el mes de febrero del calendario solar.

# Personajes y lugares

YOSHITERU, decimotercer shogun Ashikaga  
SEÑOR NAGOYA, primo de Nobunaga  
IKEDA SHONYU, servidor de Oda y amigo de Tokichiro  
TAKIGAWA KAZUMASU, servidor de alto rango de Oda  
SAITO TATSUOKI, señor de Mino  
OYAYA, hermana de Nene  
SAKUMA NOBUNORI, servidor de alto rango de Oda  
EKEI, monje budista de las provincias occidentales  
OSAWA JIROZAEMON, señor del castillo de Unuma y servidor  
de alto rango de Saito  
HIKOEMON, nombre dado a Hachisuka Koroku cuando quedó  
bajo la protección de Hideyoshi  
TAKENAKA HANBEI, señor del castillo del monte Bodai y servi-  
dor de alto rango de Saito  
OYU, hermana de Hanbei  
KOKUMA, sirviente de Hanbei  
HORIO MOSUKE, paje de Hideyoshi  
HOSOKAWA FUJITAKA, servidor del shogun  
YOSHIKI, decimocuarto shogun Ashikaga  
ASAKURA KAGEYUKI, general del clan Asakura  
ASAI NAGAMASA, señor de Omi y cuñado de Nobunaga  
ASAKURA YOSHIKAGE, señor de Echizen

AMAKASU SANPEI, ninja del clan Takeda  
TAKEDA SHINGEN, señor de Kai  
KAISEN, monje Zen y consejero de Shingen  
SAKUMA NOBUNORI, servidor de alto rango de Oda  
TAKEI SERIAN, servidor de alto rango de Oda  
MORÍ RANMARU, paje de Nobunaga  
FUKIKAGE MIKAWA, servidor de alto rango de Asai  
OICHI, esposa de Asai Nagamasa y hermana de Nobunaga  
CHACHA, hija mayor de Oichi y Nagamasa  
SUMPŪ, capital de Suruga  
OKAZAKI, capital de Mikawa  
KYOTO, capital imperial de Japón  
INABAYAMA, capital de Mino  
MONTE KURIHARA, retiro de montaña de Takenaka Hanbei  
SUNOMATA, castillo levantado por Hideyoshi  
GIFU, nombre que Nobunaga impuso a Inabayama  
ICHIJOGADANJI, castillo principal del clan Asakura  
HONGANJI, cuartel general de los monjes guerreros de la secta  
Ikko MONTE HIEI, montaña al este de Kyoto y sede de  
la secta  
Tendai  
KAI, provincia del clan Takeda  
HAMAMATSU, castillo de Tokugawa Ieyasu  
Nuo, palacio del shogun en Kyoto OMI,  
provincia del clan Asai ODANI, castillo  
principal del clan Asai ECHIZEN, provincia  
del clan Asakura

# Resumen del volumen anterior

Hiyoshi, hijo de una familia humilde, ha jurado no regresar a su hogar hasta haber logrado abrirse camino en la vida. Se despidió de su hermana y su madre diciéndoles que regresaría cuando se hubiera convertido en un gran hombre. Había probado un trabajo tras otro, pero no tenía deseos de hacer de aprendiz para un mercader o un artesano. Deseaba poder servir a un samurai más que a ninguna otra cosa en el mundo.

Entra al servicio de Hachisuka Koroku, jefe del clan Hachisuka. Sin embargo, el clan es poco menos que un grupo de ronin cuyas alianzas con los señores de la provincia de Mino les llevan a hacer trabajos de carácter secreto para éstos, interviniendo en intrigas intestinas como agitadores. Hiyoshi es descubierto antes de participar en un incendio provocado y, en medio de la confusión que sigue, vuelve a sus vagabundeos, ganándose la vida como vendedor de agujas.

Al cabo de un tiempo, llama la atención de Matsushita Kahei, un samurai que lo coge a su servicio. Hiyoshi se esfuerza en el trabajo y provoca reacciones encontradas en quienes están a su alrededor, causando resentimiento por no saber ocultar su inteligencia. Al surgir un conflicto grave, Kahei le hace un encargo imaginario para que pueda abandonar el lugar.

Poco después aborda la comitiva del señor Nobunaga, ofreciéndole igualmente sus servicios y pasando a convertirse en siervo del castillo de Kiyosu. Nobunaga ha heredado hace poco el liderazgo del clan Oda y, debido a sus excentricidades, muchos lo tienen por un idiota. Sin embargo, en medio de una

conspiración familiar, sus reacciones son siempre inesperadas y con ellas consigue neutralizar todos los movimientos que se realizan en su contra.

Kinoshita Tokichiro, nombre de samurai de Hiyoshi, empieza como portador de sandalias de Nobunaga. La disposición del joven hace que Nobunaga le vaya probando encargándole distintos trabajos, primero como oficial de cocina, a continuación como supervisor de carbón y leña y, más adelante, como encargado de cuadras. En todos los casos, Tokichiro se esfuerza en el trabajo y consigue resultados brillantes; sus sugerencias son siempre tenidas en cuenta por Nobunaga.

Su nueva posición le permite tener casa propia. Es vecino del jefe de arqueros Asano Mataemon, y se enamora profundamente de su hija Nene. Su rival, un joven samurai llamado Inuchiyo, parece mucho mejor candidato a yerno, pero Nene le elige a él.

Tokichiro tiene un enfrentamiento verbal con el encargado de una reparación en los muros del castillo que se está alargando demasiado. Se compromete con Nobunaga a acabarla en tres días y lo consigue pese a los intentos de sabotaje del encargado anterior. Éste, a su vez, es herido por Inuchiyo, quien averigua que es un traidor; como consecuencia de romper la disciplina del castillo, Inuchiyo es desterrado. Al marchar, cede sus pretensiones sobre Nene ante Tokichiro. Tokichiro, por su parte, es recompensado con el mando de una unidad de infantería y una nueva subida de estipendio.

Imagavva Yoshimoto, poderoso señor de la provincia de Suruga, decide marchar sobre la capital y reúne un ejército de veinticinco mil hombres. El avance parece incontenible y las fortalezas fronterizas de Oda caen una detrás de otra. Cuando todos temen el fin, Nobunaga mantiene la calma y decide salir de su castillo a enfrentarse a una muerte segura. En su camino reúne a unos tres mil hombres. El ejército de Yoshimoto, confiado, hace descansar a sus tropas después de las primeras victorias de su vanguardia. Nobunaga ve su oportunidad y ataca por sorpresa el cuartel general del enemigo; la sorpresa y la confusión proporcionan una victoria totalmente inesperada al pequeño ejército de Oda.

# El intermediario

Tokichiro llevaba cinco o seis días francamente aburrido. Le habían ordenado que acompañara a Nobunaga en su viaje secreto a una provincia distante y que hiciera los preparativos del viaje. Partirían al cabo de diez días, y hasta entonces no debía salir al exterior. Se pasaría el día sin hacer nada, esperando el momento.

Se incorporó y pensó en lo extraño que era el hecho de que Nobunaga partiera de viaje. ¿Adonde irían?

Mientras contemplaba los zarcillos de los dondiegos de día que cubrían la valla, sus pensamientos se centraron de improviso en Nene. Le habían ordenado que saliera lo menos posible, pero cuando empezó a soplar la brisa nocturna había pasado por delante de la casa de Nene. Por alguna razón, últimamente titubeaba ante la idea de visitarla, y cada vez que veía a sus padres éstos hacían como si no le viesan. Así pues, se limitó a pasar por delante de la vivienda como cualquier otro transeúnte y regresó a su casa.

Los dondiegos de día también florecían en la valla de la casa de Nene. La noche anterior Tokichiro había tenido un atisbo de ella cuando encendía una lámpara, y volvió a casa como si hubiese logrado su propósito. Ahora recordó de súbito que el perfil de la muchacha era más blanco que las flores de la valla.

El humo del fuego de leña se extendía por toda la casa desde la cocina. Tokichiro se bañó, se puso un kimono ligero de cáñamo y, calzándose unas sandalias, salió por la puerta del jardín. En aquel preciso momento un joven mensajero le detuvo y entregó una citación oficial. Tokichiro se apresuró a entrar en la casa, se cambió con rapidez y se dirigió a toda prisa a la residencia de Hayashi Sado. Éste le entregó personalmente sus órdenes.

Preséntate en el domicilio del campesino Doke Seijuro, en el camino del oeste que parte de Kiyosu, a la hora del coquejo.

Eso era todo. Nobunaga viajaría de incógnito a una provincia distante y Tokichiro sería uno de sus acompañantes. Al reflexionar en esas circunstancias, creía comprender los planes de Nobunaga, aunque era tan poco lo que sabía de ellos.

Pensó que estaría algún tiempo separado de Nene, y brotó en su pecho el deseo de verla en seguida, de tener un solo atisbo de ella a la luz de la luna de verano. Su naturaleza era tal que nada podía detenerle cuando se le había metido una idea en la cabeza. Tokichiro era un joven apasionado y las pasiones y deseos incontrolables que habitaban en su corazón le arrastraban a la casa de Nene. Entonces, como un delincuente juvenil que mira a hurtadillas a través de las ventanas iluminadas, Tokichiro echó una mirada furtiva a la casa desde el otro lado de la valla. Mataemon vivía en el distrito de los arqueros, y casi todas las personas que deambulaban por el barrio se conocían. Tokichiro percibía las pisadas de los transeúntes y le aterraba la posibilidad de que le descubrieran los padres de Nene. Este espectáculo de cobardía era risible. Si el mismo Tokichiro hubiera visto a alguien comportarse así, le habría despreciado. Pero en aquel momento no tenía tiempo para reflexionar en la dignidad o la reputación de un hombre.

Se habría dado por satisfecho con un simple atisbo a través de la valla del perfil de Nene y de lo que hacía aquella tarde. «Apuesto a que ya se ha bañado y ahora se está maquillando», pensó. ¿O tal vez estaría cenando con sus padres?

En tres ocasiones pasó por delante de la casa, tratando de parecer lo más inocente posible. Oscurecía ya y pasaba poca gente por la calle. Habría sido tremendamente embarazoso que alguien le llamara por su nombre cuando miraba a través de la valla. No, peor todavía, eso echaría por tierra las escasas posibilidades que tenía de casarse con Nene. Al fin y al cabo, su rival, Inuchiyo, se había retirado de la competición, y Ma-taemon había empezado a reconsiderar el asunto. Por el momento, Tokichiro debía dejar las cosas tal como estaban. Parecía como si Nene y su madre se hubieran decidido, pero el padre no pudiese llegar a una decisión tan fácilmente.

Llegó hasta él un aroma de incienso contra los mosquitos y desde la cocina los sonidos de alguien que manipulaba la vajilla. Al parecer, la cena aún no había sido servida. Tokichiro imaginó que su amada estaba trabajando con ahínco. Por fin, a la débil luz de la cocina, vio a la mujer que había decidido convertir en su esposa. Pensó entonces en que una mujer como Nene probablemente sería una excelente ama de casa.

Su madre la llamó y la respuesta de Nene vibró en los oídos del joven, aunque estaba agazapado al otro lado de la valla, mirando hacia la casa. Tokichiro se apartó, pues alguien venía por la calle.

«Trabaja de firme y es discreta. Sin duda mi madre sería feliz con ella. Y Nene no maltrataría a mi madre sólo porque es una campesina.» Su amor, atravesando la barrera de la pasión, se transformó en elevados pensamientos. «Soportaremos la pobreza. No cederemos a la vanidad. Ella me ayudará entre bastidores, me cuidará con abnegación y excusará mis defectos.»

Era una mujer absolutamente adorable. Ninguna, excepto ella, sería su esposa, de eso Tokichiro no tenía la menor duda. Y con tales pensamientos su pecho se hinchaba y el corazón le latía con fuerza. Alzó la vista a las estrellas y exhaló un hondo suspiro. Cuando finalmente volvió a la realidad, se dio cuenta de que había vuelto a rodear la manzana y se hallaba de nuevo ante la casa de Nene. De repente oyó la voz de la muchacha al otro lado de la valla, y al mirar entre los zarcillos de los dondiegos de día vio su rostro.

Incluso acarrea agua, como una sirvienta, y con aquellas manos blancas que tocaban el koto. Tokichiro deseaba mostrarle a su madre que su esposa sería esa clase de mujer, y cuanto antes lo hiciera tanto mejor. No se cansaba de mirar a través de la valla. Oía el sonido del agua que Nene recogía, pero de repente ella se volvió en su dirección sin extraer el cubo. Tokichiro pensó que la muchacha debía de haberle visto y sintió pánico. En el mismo momento en que esta idea cruzaba por su mente, Nene abandonó el pozo y se encaminó a la puerta trasera. Tokichiro sintió en el pecho un calor tan intenso que parecía fuego.

Cuando la joven abrió la puerta y miró a su alrededor, Tokichiro se alejaba ya corriendo sin mirar atrás. Al llegar a la esquina del primer cruce, se volvió. Ella estaba al lado de la puerta, con una expresión de perplejidad en su pálido rostro. Tokichiro se preguntó si estaría enfadada con él, pero al mismo tiempo empezó a pensar en su partida al día siguiente. Acompañaría al señor Nobunaga y le habían prohibido hablar del viaje con nadie, ni siquiera con Nene. Tras verla y cerciorarse de que estaba bien, Tokichiro se sentía tranquilo, y regresó a casa rápidamente. Cuando se durmió, sus sueños estuvieron libres de preocupaciones.

Gonzo despertó a su señor antes de lo habitual. Tokichiro se salpicó la cara con agua, desayunó y se preparó para el viaje.

—¡Me voy! —anunció, pero no dijo a su criado adonde iba.

Poco antes de la hora convenida llegó a la casa de Doke Seijuro.

—¡Eh, Mono! ¿También vienes hoy? —le preguntó un samurai rural que estaba junto al portal de Seijuro.

—¡Inuchiyo!

Tokichiro miró a su amigo con sorpresa. No le sorprendía tan sólo tener por compañero de viaje a Inuchiyo, sino la transformación de su aspecto. Desde la manera en que se ataba el cabello hasta las polainas, Inuchiyo vestía como un samurai de una región remota y silvestre.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó Tokichiro.

—Ya han llegado todos. Entra en seguida.

—¿Y tú qué haces?

—¿Yo? He sido nombrado vigilante temporal de la puerta. Me reuniré más tarde contigo.

Tokichiro se quedó en el jardín, al otro lado del portal. Por un momento no supo qué camino tomar. La vivienda de Doke Seijuro era notablemente vetusta, incluso a los ojos de Tokichiro. Éste no podía conocer con exactitud su antigüedad, pero parecía una reliquia de épocas pretéritas, cuando familias enteras vivían juntas en un gran recinto. Un edificio largo de múltiples habitaciones, dependencias exteriores más pequeñas, portales dentro de otros portales e innumerables senderos cubrían todo el terreno.

—¡Por aquí, Mono!

Otro samurai rural le hacía señas desde un portal cerca del jardín. Reconoció a aquel hombre, Ikeda Shonyu. Al entrar en el jardín, encontró a unos veinte servidores vestidos como samurais rurales. Tokichiro también había sido informado de ese plan y parecía el más ruralizado de todos.

Un grupo de diecisiete o dieciocho ascetas de montaña descansaban en los bordes del patio. También ellos eran samurais de Oda disfrazados. Nobunaga parecía encontrarse en una pequeña habitación, en el extremo del patio. Como es natural, también él iba disfrazado.

Tokichiro y los demás estaban relajados. Nadie preguntaba nada, nadie sabía adonde iban, pero especulaban.

—Su Señoría se ha disfrazado como el hijo de un samurai que viaja con unos pocos servidores. Está esperando que lleguen todos sus acompañantes. Es probable que se dirija a una provincia distante, pero quién sabe adonde vamos realmente.

—Poco es lo que he oído, pero cuando me convocaron a la residencia de Hayashi Sado oí casualmente que alguien mencionaba la capital.

—¿La capital?

Todos tragarón saliva.

Nada podría ser más peligroso, y, si era cierto que se dirigía allí, Nobunaga debía de haber ideado un plan secreto. Tokichiro asintió y, sin que los demás reparasen en él, salió a la huerta.

Unos días después, el grupo de samurais rurales que acompañaría a Nobunaga y los ascetas de montaña, que le protegerían desde lejos, se pusieron en marcha hacia la capital.

Los hombres del primer grupo se hicieron pasar por samurais rurales de las provincias del este, que hacían una visita a Kyoto. Los hombres caminaban relajados. Ocultaron la luz ardiente que brillara en sus ojos en Okehazama y adoptaron el aspecto rudo y el habla pausada de quienes fingían ser.

Doke había dispuesto su alojamiento en una casa de las afueras de la capital. Cuando caminaba por los alrededores de Kyoto, Nobunaga siempre se cubría los ojos con el borde del sombrero y vestía como un simple provinciano. Sus acompañantes no pasaban de cuatro o cinco. Si unos hipotéticos asesinos hubieran sabido quién era, habría resultado para ellos un blanco fácil. Había días en los que abandonaba toda inhibición y se pasaba la jornada entera caminando entre las multitudes y el polvo de Kyoto. Y había noches en las que de repente se marchaba a una hora inoportuna para visitar las mansiones de cortesanos y mantener conversaciones secretas.

Los jóvenes samurais ni comprendían los motivos de estas acciones ni por qué se atrevía a emprender semejante aventura en el peligroso tumulto de un país en guerra consigo mismo. Tokichiro, por supuesto, tampoco disponía de datos que le permitieran comprender tales circunstancias. Pero él mismo dedicaba el tiempo a la observación. Pensó que la capital había cambiado. Durante la época de sus andanzas por el país vendiendo agujas, había acudido con frecuencia a la capital para proveerse de género. Contó con los dedos y llegó a la conclusión de que sólo había sido seis o siete años antes, pero en tan corto periodo las condiciones alrededor del palacio imperial habían cambiado notablemente.

El shogunado seguía existiendo, pero Ashikaga Yoshiteru, el decimotercer shogun, sólo ejercía el cargo nominalmente. Como el agua en un estanque profundo, la cultura y la moral de la gente se habían estancado, y era inevitable la sensación de un final de época. La verdadera autoridad estaba en manos del subgobernador general, Miyoshi Nagayoshi, pero éste, a su

vez, había delegado el control de la mayor parte de los asuntos en uno de sus servidores, Matsunaga Hisahide. El resultado fue una desagradable disensión y una administración tiránica ineficaz. Según los chismorreos del pueblo llano, el gobierno de Matsunaga se desplomaría espontáneamente.

¿Cuál era la tendencia de la época? Nadie lo sabía. Las luces brillantes ardían cada noche, pero la gente estaba perdida en la oscuridad. Se decían que mañana sería otro día, y una irremediable corriente sin dirección fluía a través de sus vidas como un arroyo turbio.

Si la administración de Miyoshi y Matsunaga no se consideraba digna de confianza, ¿qué sería de aquellos gobernadores que habían sido nombrados por el shogun? Hombres como Akamatsu, Toki, Kyogoku, Hosokawa, Uesugi y Shiba se enfrentaban por igual a similares problemas en sus propias provincias.

En estas circunstancias Nobunaga efectuó su viaje secreto a la capital, algo que no había pasado por la mente de ningún otro jefe militar provincial. Imagawa Yoshimoto había marchado sobre Kyoto a la cabeza de un gran ejército. Su ambición, que le concedieran un mandato imperial y, en consecuencia, dominar al shogun y gobernar el país, se vio reducida forzosamente a la mitad, pero él fue tan sólo el primero en intentarlo. Todos los demás grandes señores del país consideraban que los planes de Imagawa eran los mejores, pero únicamente Nobunaga tenía suficiente audacia para viajar solo a Kyoto y preparar el futuro.

Tras varios encuentros con Miyoshi Nagayoshi, finalmente Nobunaga consiguió entrevistarse con el shogun Yoshiteru. Como es natural, acudió a la mansión de Miyoshi con su disfraz acostumbrado, se cambió poniéndose un atuendo formal y fue al palacio del shogun.

La residencia shogunal era un lujoso palacio venido a menos, hasta el punto de que parecía una ruina. El lujo y la riqueza que crearon y luego agotaron trece shogunes sucesivos no era ahora más que un sueño recordado a medias. Todo lo que quedaba era una administración engreída y volcada por entero a la promoción de sus propios intereses.

—¿De modo que sois Nobunaga, el hijo de Nobuhide? —le preguntó Yoshiteru.

Su voz carecía de fuerza, y en sus modales, aunque eran perfectos, no había vitalidad.

Nobunaga comprendió en seguida que no quedaba rastro de vigor en el titular del shogunado. Se postró y pidió a Yoshiteru que le hiciera el honor de trabar conocimiento con él, pero en la voz del hombre que se inclinaba había una fuerza que abrumaba a su superior.

—Esta vez he venido de incógnito a Kyoto. Dudo de que estos productos locales de Owari sean agradables para una persona de la capital.

Presentó a Yoshiteru una lista de regalos y empezó a retroceder.

—Quizá me favoreceréis quedándoos a cenar —dijo Yoshiteru.

Les sirvieron sake. Desde la sala del banquete se veía un jardín elegante. En la oscuridad de la noche, el color de las hortensias y el rocío sobre el musgo húmedo brillaban a la luz de los faroles.

El carácter de Nobunaga no le permitía mostrar una formalidad estricta, al margen de lo encumbrado de su compañía y de la situación en que se hallaba. Cuando los ceremoniosos sirvientes trajeron los recipientes del sake y sirvieron la comida de una manera meticulosamente tradicional, Nobunaga se comportó sin ninguna reserva.

Yoshiteru contemplaba a su invitado como si el apetito de éste fuese algo maravilloso. Aunque estaba cansado del lujo y la formalidad, consideraba un motivo de orgullo que cada plato que se servía en su mesa fuese una exquisitez de la capital.

—¿Qué os parece la cocina de Kyoto, Nobunaga?

—Es excelente.

—¿Qué tal su sabor?

—Veréis, el sabor de los platos de la capital es bastante sutil. No estoy acostumbrado a una comida tan insípida.

—¿De veras? ¿Seguís el Camino del Té?

—Desde mi infancia tomo té de la misma manera que bebo

agua, pero desconozco la manera en que los expertos practican la ceremonia del té.

—¿Habéis visto el jardín?

—Sí, lo he visto.

—¿Y qué opináis?

—Me ha parecido bátante pequeño.

—¿Pequeño?

—Es muy bonito, pero si lo comparo con el panorama de las colinas de Kiyosu...

—Parece ser que no entendéis nada en absoluto. —El shogun volvió a reírse—. Pero es mejor ser un ignorante que tener sólo un conocimiento superficial. Decidme, entonces, ¿cuáles son vuestros gustos?

—El tiro al arco. Por lo demás, carezco de cualquier talento especial. Pero si queréis ver algo extraordinario, os diré que he sido capaz de venir desde Owari hasta vuestras mismas puertas en tres días, atravesando territorio enemigo por la carretera de Mino-Omi. Ahora que el país entero está sumido en el caos, siempre existe la posibilidad de que ocurra un incidente en el palacio o en sus proximidades. —Entonces añadió sonriente—: Por ello os estaré muy agradecido si tenéis en cuenta mi seguridad.

Al principio fue Nobunaga quien se aprovechó del caos nacional y derribó al gobernador Shiba de Owari que había sido nombrado por el shogun. Y aunque el Tribunal Supremo del shogun consideraba el asunto como una muestra del desafuero y autoridad de la administración, esto no era realmente más que una cuestión de forma. En los últimos tiempos los gobernadores provinciales apenas acudían a Kyoto, y el shogun se sentía aislado. La visita de Nobunaga aliviaba su hastío, y parecía muy deseoso de conversar.

Yoshiteru podría haber esperado del visitante que le diese a entender su deseo de una promoción oficial o de ascender al rango de cortesano, pero no ocurrió así, y por fin Nobunaga se despidió jovialmente.

—Vamos a casa. —Así anunció su regreso tras una estancia de treinta días en la capital, y añadió lacónicamente—: Mañana.

Mientras los ayudantes disfrazados de samurais rurales y

ascetas, que se habían alojado por separado, se afanaban ahora para hacer los preparativos del viaje, llegó un mensajero con una advertencia enviada desde Owari:

Se han extendido rumores desde vuestra partida de Kiyosu. Cuando volváis, hacedlo con extrema prudencia y, por favor, estad preparado para hacer frente a posibles contratiempos por el camino.

Fuera cual fuese la dirección que tomaran, tendrían que cruzar una provincia enemiga tras otra. ¿Qué camino podrían seguir sin riesgos? Quizá deberían regresar por mar.

Aquella noche los hombres de Nobunaga se reunieron en la casa donde se habían alojado y discutieron el asunto, pero no pudieron llegar a un acuerdo. De improviso, Ikeda Shonyu llegó bruscamente desde los aposentos de Nobunaga y se quedó mirándoles.

—¿No os acostáis todavía, caballeros?

Uno de los hombres le miró con semblante irritado.

—Estamos discutiendo de algo importante.

—No sabía que estabais en medio de una conferencia. ¿De qué estáis hablando?

—Sois bastante despreocupado para ser uno de los ayudantes de Su Señoría. ¿No os habéis enterado del mensaje que ha traído un correo esta noche?

—Algo he oído.

—Es esencial que no suceda nada durante el viaje de regreso. Están tratando de decidir entre todos qué caminos deberíamos seguir.

—Vuestra preocupación es vana, porque Su Señoría ya lo ha decidido.

—¿Cómo? ¿Lo ha decidido?

—Cuando vinimos a la capital, nuestro número era excesivo y tuvo la sensación de que destacábamos demasiado. Su plan para regresar consiste en hacerlo con sólo cuatro o cinco hombres. Los servidores pueden volver por separado, tomando el camino que prefieran.

Nobunaga abandonó la capital antes del amanecer, y tal

como el shogun había dicho, veinte o treinta hombres disfrazados de ascetas de montaña y la mayoría de los samurais rurales se quedaron atrás. Sólo les acompañaron cuatro hombres. Shonyu estaba entre ellos, por supuesto, pero quien se sintió más honrado por haber sido elegido para formar parte del pequeño grupo fue Tokichiro.

—Va muy poco protegido.

—¿Creéis que es un riesgo asumible?

Los servidores que se habían quedado atrás estaba inquietos y siguieron a Nobunaga hasta Otsu, pero allí el señor y sus acompañantes alquilaron caballos y se dirigieron hacia el este cruzando el puente de Seta. Había una serie de puestos de control, pero Nobunaga los cruzó sin dificultad. Había pedido a Miyoshi Nagayoshi un salvoconducto según el cual viajaría bajo la protección del gobernador general. Al llegar a cada barrera mostraban el documento y les franqueaban el paso.

El Camino del Té se había extendido por todo el país. En un mundo violento y ensangrentado, la gente buscaba la paz y un lugar tranquilo donde pudiera encontrar un breve respiro en medio del ruido y la confusión. El té era el límite elegante donde la paz contrastaba con la acción, y quizá no resultaba tan extraño que sus seguidores más entusiastas fuesen los samurais, cuya vida cotidiana estaba empapada en sangre.

Nene había aprendido el Camino del Té. Su padre, por quien sentía enorme afecto, también tomaba té, por lo que la ceremonia era muy distinta de las ocasiones en que la muchacha tocaba el koto y sólo mostraba su talento musical a quienes pasaban casualmente por la calle.

La inducían a preparar el té la paz matinal, la afable sonrisa de su padre y el acto de remover la caliente espuma verde en un cuenco de porcelana negra de Seto. No era sólo una diversión sino una parte de su vida diaria.

—Todavía hay mucho rocío en el jardín, ¿no es cierto? Y los capullos de crisantemo aún están muy cerrados.

Mataemon contempló el pequeño recinto vallado desde la

terrazza abierta. Nene, que estaba atareada delante del hogar, con el cucharón del té en la mano, no respondió. El agua hirviente que había sacado de la tetera cayó en el cuenco de té como si fuese un manantial, invadiendo alegremente la soledad de la estancia. La muchacha sonrió y apartó la vista.

—No, dos o tres crisantemos ya son muy fragantes.

—¿De veras? ¿Ya han florecido? No me he dado cuenta cuando he salido a barrer el jardín esta mañana. Es una lástima que las flores tengan que crecer bajo el tejado de la casa de un guerrero provincial.

El batidor de bambú que Nene había sostenido inmóvil entre sus dedos produjo un brioso sonido cuando batió el té con él. Las palabras de su padre la habían azorado, pero Mataemon no se dio cuenta. Cogió el cuenco de té, se lo llevó con gesto reverente a los labios y bebió el líquido verde y espumeante. Su expresión indicaba que estaba gozando de la mañana, pero sus pensamientos variaron de improviso: si su hija se iba a vivir a otra parte, él ya no bebería más un té preparado tan ceremoniosamente.

—Disculpa —dijo una voz desde detrás de las puertas corredizas.

—¿Okoi?

Cuando su esposa entró en la estancia, Mataemon entregó el cuenco de té a Nene.

—¿Quieres que Nene también te prepare uno?

—No, lo tomaré luego.

Okoi traía una caja de cartas, y en la entrada aguardaba un mensajero. Mataemon depositó la caja en su regazo y abrió la tapa. Su rostro adoptó una expresión dubitativa.

—Es del señor Nagoya, el primo de Su Señoría. ¿Qué podrá ser?

Mataemon se incorporó de repente, se lavó las manos y volvió a coger la carta en actitud reverente. Aunque sólo era una carta, la enviaba un miembro de la familia del señor Nobunaga, y Mataemon se comportó como si se encontrara ante el mismo remitente.

—¿Está esperando el mensajero?

—Sí, pero ha dicho que bastará con una respuesta verbal.

—No, no, eso sería descortés. Tráeme la piedra de tinta.

Mataemon cogió papel y pincel y escribió su respuesta al mensajero. No obstante, Okoi estaba inquieta por el contenido de la misiva. Que el primo del señor Nobunaga enviase una carta a la casa de aquel servidor de bajo rango era insólito en extremo. Y la había traído directamente un mensajero.

—¿De qué se trata?

Ni siquiera Mataemon lo sabía, porque la carta no contenía más que trivialidades. No veía nada que pudiera pasar por un mensaje secreto o tener un significado especial más allá de lo que parecía decir:

Hoy me paso el día entero leyendo en mi retiro campestre de Horikawazoi. Es una pena que nadie me visite en un día tan agradable para gozar de la fragancia de los crisantemos que he cultivado. Si dispones de tiempo libre, te ruego que vengas a verme.

Eso era todo, pero tenía que haber algo más. Si Mataemon hubiera sido particularmente experto en la ceremonia del té, un buen lector o un hombre de gusto excepcional, la invitación podría haber parecido natural. Pero lo cierto era que no había reparado en los crisantemos que florecían en su propia valla. Percibía en seguida el polvo acumulado en un arco, pero por lo demás era la clase de hombre que podría pisotear unos crisantemos sin que eso le afectara lo más mínimo.

—Iré de todos modos. Okoi, saca mis mejores ropas.

Al salir a la calle, iluminada por la brillante luz de otoño, Mataemon se volvió una sola vez para mirar su casa. Nene y Okoi estaban en el portal. El hombre se sentía extrañamente en paz, agradecido porque existían días tan hermosos incluso en aquel mundo caótico. La idea le hizo sonreír y observó que Nene y Okoi también sonreían. Se volvió rápidamente y se alejó. Los vecinos le llamaban y él les respondía al pasar. Las casas de los arqueros eran pequeñas y pobres. Los numerosos niños que son los compañeros inseparables de la pobreza también

abundaban en las casas, y a través de las vallas de cada una de ellas se veían muchos pañales tendidos.

Se dijo que tal vez pronto habría pañales como aquellos en su propio patio. Tales pensamientos se le ocurrían con naturalidad, pero a Mataemon no le consolaban especialmente. No le gustaba nada la perspectiva de que algún día le llamasen abuelo. Antes de que sucediera tal cosa se proponía labrarse una reputación. Se había esforzado por no quedarse atrás en Dengakuhazama, y ciertamente no había abandonado la esperanza de encabezar la lista de guerreros meritorios en futuras batallas. Tales eran sus pensamientos cuando se encontró ante la elegante mansión del señor Nagoya.

El edificio había sido anteriormente un pequeño templo, pero Nagoya lo había remodelado como una finca rural.

Nagoya se mostró muy satisfecho por la rapidez con que le había visitado.

—Gracias por venir. Este año hemos tenido una serie de disturbios militares, pero aun así me las he arreglado para plantar unos crisantemos. Tal vez más tarde me harás el honor de contemplarlos.

Mataemon recibía un trato benévolo, pero como su anfitrión era uno de los familiares próximos de Nobunaga, se sentó a una respetuosa distancia e hizo una reverencia. No sin inquietud, se preguntó cuál sería el objeto de aquella convocatoria.

—Ponte cómodo, Mataemon. Ahí tienes un cojín. Desde aquí también se ven los crisantemos. Contemplar los crisantemos no se reduce tan sólo a mirar unas flores, sino la obra de un hombre. Pero mostrárselos a los demás no obedece a un impulso jactancioso, sino al deseo de compartir el placer y gozar de la apreciación ajena. Aspirar la fragancia de los crisantemos bajo un hermoso cielo como éste es otro de los favores de Su Señoría.

—Sin duda alguna, mi señor.

—Que hemos sido bendecidos con un señor sagaz es algo de lo que hemos tenido espléndidas pruebas en fechas recientes. Estoy seguro de que ninguno de nosotros olvidará jamás la presencia del señor Nobunaga en Okehazama.

—Con todos mis respetos, señor, no parecía humano sino la encarnación del dios de la guerra.

—Sin embargo, todos luchamos con arrojo, ¿no es cierto? Tú perteneces al regimiento de arqueros, pero ese día estabas con los lanceros, ¿verdad?

—Así es, mi señor.

—¿Participaste en el ataque contra el cuartel general de Imagawa?

—Cuando por fin asaltamos la colina, la acción fue tan confusa que apenas podíamos distinguir a los nuestros del enemigo. Pero en medio de la refriega oí que Mori Shinsuke anunciaba haber decapitado al señor de Suruga.

—¿Estaba en tu regimiento un hombre llamado Kinoshita Tokichiro?

—En efecto, mi señor.

—¿Qué puedes decirme de Maeda Inuchiyo?

—Había ofendido a Su Señoría, pero recibió permiso para participar en la batalla. No le he visto desde que regresamos de Okehazama, pero ¿no ha regresado a su puesto anterior?

—Lo ha hecho. Probablemente no lo sabéis todavía, pero hace poco acompañó a Su Señoría a Kyoto. Han regresado al castillo y ahora Inuchiyo está allí de servicio.

—¡Kyoto! ¿Para qué fue allí Su Señoría?

—Hablar de ello ya no puede causar daño alguno. Fue sólo con treinta o cuarenta hombres, y él mismo iba disfrazado de samurai rural en peregrinaje. Estuvieron ausentes unos cuarenta días, y sus servidores actuaron como si hubiera estado aquí todo ese tiempo. ¿Vamos a ver los crisantemos del jardín?

Mataemon siguió a su anfitrión como si fuese un sirviente. Nagoya le habló sobre los detalles más sutiles del cultivo de los crisantemos, así como de la necesidad de emplear con ellos los mismos cuidados y el amor que requiere un niño.

—Sé que tienes una hija y que se llama Nene. Me gustaría ayudarte a encontrar un yerno.

—¿Mi señor?

Mataemon hizo una profunda reverencia, pero titubeó momentáneamente. Aquel tema le recordaba su propia confusión. Pero Nagoya hizo caso omiso de su titubeo y siguió diciendo:

—Conozco a alguien que sería un yerno excelente. Déjalo en mis manos. Yo me encargaré de esto.

—Mi familia es realmente indigna de semejante honor, mi señor.

—Deberías hablar del asunto con tu esposa. El hombre en el que he pensado para que sea tu yerno es Kinoshita Tokichiro. Creo que le conoces bien.

—Sí, mi señor —respondió Mataemon maquinalmente.

Se reprochó a sí mismo la grosería de parecer sorprendido, pero no podía evitarlo.

—Aguardaré tu respuesta.

—Sí..., claro...

Entonces Mataemon se despidió.

Habría querido hacer no pocas preguntas sobre el motivo de la entrevista, pero no podía ser abiertamente tan inquisitivo con un miembro de la familia del señor Nobunaga. Cuando llegó a casa, Mataemon contó lo sucedido y su esposa pareció preocupada porque se había marchado de la mansión sin haber dado una respuesta inmediata.

—Deberías haber aceptado su solicitud —le dijo—. Creo que se trata de una auténtica buena noticia. Las relaciones son siempre una cuestión de tiempo, y el hecho de que Tokichiro haya hablado con Nene tantas veces muestra que tuvieron fuertes conexiones en una vida anterior. Tokichiro debe de tener algún mérito para que un familiar de Su Señoría actúe como intermediario. Por favor, ve mañana y dale tu respuesta al señor Nagoya.

—Pero ¿no crees que debería preguntarle a Nene su opinión?

—¿Es que no ha sido ya bastante clara al respecto?

—No sé, me pregunto si seguirá sintiendo lo mismo.

—Nene no es muy habladora, pero cuando ha tomado una decisión no suele cambiarla.

Mataemon se quedó a solas, debatiéndose con sus preocupaciones por el futuro, y sintió el desagrado de haber sido desplazado. Precisamente cuando creían que podrían olvidarse de Tokichiro, cuya cara no veían desde hacía tiempo, una vez más aquel joven volvía a ocupar un lugar primordial en los pensamientos de Mataemon, su esposa y Nene.

Al día siguiente Mataemon se apresuró a visitar de nuevo al

señor Nagoya para darle su respuesta. Nada más volver, dijo a su esposa:

—Bueno, ha habido unas noticias bastante inesperadas.

La mujer comprendió por la expresión de su cara que se trataba de algo excepcional. Mientras su marido le hablaba de su reunión con Nogoya, la brillante luz que ahora envolvía la situación de Nene se manifestaba en sus sonrisas.

—Hoy había decidido preguntarle al señor Nagoya por sus motivos para ofrecerse como intermediario, pero preguntar tal cosa a un miembro de la familia de Su Señoría era realmente difícil. Cuando me estaba esforzando al máximo por ser cortés, él mencionó que Inuchiyo se lo había pedido.

—¿Inuchiyo le pidió tal cosa al señor Nagoya? —replicó la mujer, asombrada—. ¿Quieres decir que sugirió el matrimonio de Nene y Tokichiro?

—Parece ser que en el camino, durante el viaje secreto a Kyoto, hubo cierta conversación. En fin, supongo que Su Señoría acertó a oírlo.

—¡Válgame! ¿Su Señoría en persona?

—Sí, esto es realmente extraordinario. Al parecer, durante las largas horas del viaje, Inuchiyo y Tokichiro hablaban de Nene con toda franqueza, delante mismo de Su Señoría.

—¿Ha dado su consentimiento el señor Inuchiyo?

—Visitó al señor Nagoya y le hizo la misma solicitud, por lo que no hemos de preocuparnos más por él.

—Así pues, ¿has dado hoy una respuesta clara al señor Nagoya?

—Sí, le he dicho que dejaba el asunto totalmente en sus manos.

Dicho esto, Mataemon se enderezó y pareció como si todas sus preocupaciones hubieran desaparecido.

Transcurrió el año, y un día propicio de otoño se celebró la boda en casa de Asano.

Tokichiro se sentía impaciente y nervioso. Reinaba la confusión en su casa, donde Gonzo, la sirvienta y varias personas que se habían prestado a ayudar hacían los preparativos. Él mismo había sido incapaz de nada excepto pasear dentro y fuera de la casa desde primeras horas de la mañana. Se preguntó si

aquél era, en efecto, el tercer día del octavo mes. Una y otra vez buscaba en su cabeza confirmación de lo evidente. En ocasiones abría el arcón de sus ropas o intentaba descansar sobre un cojín, pero no podía estarse quieto, recordándose que estaba a punto de casarse con Nene y convertirse en un miembro de su familia. Por fin aquella noche sucedía lo que tanto había esperado, pero por alguna razón se sentía inquieto.

Tras el anuncio de la boda, Tokichiro hizo gala de una timidez desconocida en él hasta entonces. Cuando vecinos y colegas se enteraron de la noticia, le visitaron con regalos, pero él se ruborizaba y hablaba como si intentara salvar su reputación.

—Bueno, no, en realidad no es más que una celebración familiar. Creía que aún era un poco pronto para casarme, pero la familia quiere que la boda tenga lugar lo antes posible.

Nadie sabía que quien había convertido su deseo en realidad era su amigo, Maeda Inuchiyo, el cual no sólo había renunciado a Nene sino que también había inducido al señor Nagoya para que actuara.

—He oído decir que el señor Nagoya lo recomendó. Además, Asano Mataemon ha dado su consentimiento, por lo que de alguna manera el Mono debe de parecerles prometedor.

Así pues, primero entre sus colegas y luego entre las gentes tanto de la clase humilde como de la acomodada, aquel matrimonio aumentó la reputación de Tokichiro y no se extendieron chismorreos maliciosos.

Sin embargo, los chismorreos, buenos o malos, tenían sin cuidado a Tokichiro, para quien lo más importante era informar a su madre en Nakamura. Sin duda había querido ir allí personalmente y hablar con ella de Nene, de su linaje y su carácter, junto con todas las demás cosas. Pero ella le había dicho que sirviera a su señor con diligencia, que la dejara seguir en Nakamura y no se preocupara por ella hasta que hubiera logrado convertirse en una persona importante.

Contuvo su deseo de verla en seguida y se conformó con informarle por carta de los acontecimientos, misivas a las que ella siempre daba respuesta. Lo que satisfacía en especial a Tokichiro era que la noticia de su promoción gradual y su matrimonio con la hija de un samurai, gracias a los buenos oficios de

uno de los primos de Nobunaga, había llegado a Nakamura. Y sabía que ahora los aldeanos considerarían de un modo muy distinto a su madre y su hermana.

—Permitidme que os arregle el cabello, señor —dijo Gonzo, que se había presentado con una caja de peines y estaba de rodillas a su lado.

—¿Qué? ¿También he de atarme el cabello?

—Sois el novio y debéis llevar un tocado como es debido.

Después de que Gonzo le arreglara el cabello, Tokichiro salió al jardín.

Entre las ramas de las paulonias empezaban a brillar las estrellas. Aquella noche el novio estaba sentimental. Le rodeaba una gran alegría pero, como cada vez que tenía motivos para sentirse feliz, pensaba en su madre, y por ello había un poso de tristeza en su felicidad. Nuestros deseos no tienen fin. Se consoló pensando que, al fin y al cabo, hay en el mundo personas que carecen de madre.

Tokichiro se metió en la bañera. Aquella noche sería especialmente diligente al lavarse la nuca. Cuando terminó de bañarse, se puso un kimono de algodón liviano y regresó a la casa. Estaba tan llena de gente que resultaba difícil saber si era la suya o la de otro. Preguntándose por qué estaban todos tan atareados, echó un vistazo a la sala y la cocina y finalmente se vio obligado a compartir un rincón de una estancia con los mosquitos y mirar mientras los demás trabajaban.

Unas voces agudas daban órdenes, y les respondían otras voces no menos agudas.

—Coloca todos los accesorios personales del novio encima de su armario ropero.

—Ya lo he hecho. Su abanico y la caja de pildoras también están ahí.

Toda clase de gente iban de un lado a otro apresuradamente. No habría sabido decir quién estaba casado con quién. Aquellas personas no eran parientes próximos, pero todas trabajaban juntas armoniosamente.

El novio, que seguía solo en el rincón, recordaba las caras de aquellas personas y se regocijaba en lo más hondo de su ser. En una habitación, un viejo bullicioso se atenía a las costum-

bres tradicionales de la adopción de yerno y el desposorio.

—¿Están desgastadas las sandalias del novio? Unas sandalias viejas serían inadmisibles. Ha de entrar en la casa de la novia con unas nuevas. Luego, esta noche, el padre de la novia dormirá sujetando las sandalias y los pies del novio nunca abandonarán la casa.

—La gente ha de tener farolillos de papel —intervino una anciana—. No se puede entrar sin más en la casa de la novia llevando antorchas. Luego los farolillos se entregan a la familia de la novia, y los ponen delante del altar doméstico durante tres días y tres noches.

Se había expresado cariñosamente, como si el novio fuese su propio hijo.

Más o menos por entonces llegó un mensajero a la casa, llevando la primera carta ceremonial de la novia al novio. Una de las mujeres avanzó tímidamente entre los reunidos, sosteniendo una caja de cartas lacada.

—Estoy aquí —dijo Tokichiro desde la terraza.

—Ésta es la primera carta de la novia —dijo la mujer—. Y es costumbre que el novio escriba algo a su vez.

—¿Qué debería escribir?

La mujer soltó una risita pero no le dio instrucciones. Depositaron delante de él papel y un estuche de escritura.

Lleno de perplejidad, Tokichiro cogió el pincel. Nunca había destacado en el cultivo de las letras. Aprendió a escribir en el templo Komyo, y cuando trabajaba en la tienda de cerámica su caligrafía era por lo menos normal. Así pues, no se sentía humillado por tener que escribir algo en público. Sencillamente, no sabía qué decir. Finalmente escribió: «En esta noche agradable, también el novio debería acudir y hablar».

Mostró su obra a la mujer que le había traído el estuche de escritura.

—¿Está bien así?

—Servirá.

—Recibiste una carta de tu marido cuando te casaste, ¿no es cierto? ¿No recuerdas qué te decía?

—No —replicó ella.

Tokichiro se echó a reír.

—Cuando tú misma lo has olvidado, no debe de ser muy importante.

Entonces vistieron al novio con un kimono ceremonial y le dieron un abanico.

La luna brillaba claramente en el cielo nocturno de principios de otoño, y en los portales ardían las antorchas. Encabezaba la comitiva un caballo sin jinete y dos lanceros. Les seguían tres portadores de antorchas y luego el novio, con sandalias nuevas.

No había una espléndida dote con objetos como cofres taraceados, biombos o piezas chinas, pero sí un arcón que contenía una armadura y un guardarropa. Para ser un samurai de aquella época al mando de treinta soldados de infantería, no tenía nada de que avergonzarse. Por el contrario, Tokichiro probablemente sentía cierto orgullo secreto, pues si bien era cierto que ninguna de las personas que le habían ayudado aquella noche y que ahora le acompañaban eran parientes suyos, tampoco las había empleado para que le sirvieran y acompañaran. Habían acudido jubilosamente a la boda como si estuvieran personalmente involucradas.

En los portales de todas las residencias de arqueros del barrio ardían luces brillantes, y todas las puertas estaban abiertas. Aquí y allá habían encendido fogatas, y había gente provista de farolillos de papel que aguardaba en la vivienda de la novia la llegada del novio. Cogiendo a sus niños de la mano, las mujeres saludaban agitando el brazo, y en sus rostros, abrillantados por las luces y las fogatas, se reflejaba la alegría.

En aquel momento llegaron corriendo unos chiquillos desde el cruce.

—¡Ya viene! ¡Ya viene!

—¡Ya viene el novio!

La madre de los niños se apresuró a llamarles y, tras reñirles ligeramente, los retuvo a su lado. La luna bañaba el camino con una luz pálida. El anuncio de los niños había actuado como un heraldo, y desde entonces nadie cruzaba la calle silenciosa.

Dos portadores de antorchas doblaron la esquina. Les seguía el novio. Habían colgado unas campanillas de los jaeces y, con el movimiento del animal, producían unos tintineos que

recordaban el chirrido de los grillos. Cinco ayudantes transportaban el arcón con la armadura y las dos lanzas. El espectáculo no estaba nada mal para la categoría del barrio.

El novio tenía un aspecto espléndido. Era un hombre de baja estatura, pero su estampa habría sido apropiada incluso sin prendas elegantes. No era tan feo como para provocar chismorreos ni parecía un hombre ensoberbecido por su inteligencia. Si alguien hubiera preguntado a los espectadores qué clase de hombre creían que era, probablemente todos habrían dicho que era un individuo normal y corriente y un marido apropiado para Nene.

—Bienvenido, bienvenido.

—¡Que entre el novio!

—¡Felicidades!

Los familiares y amigos que aguardaban cerca del portal de Mataemon saludaron a Tokichiro, sus rasgos momentáneamente brillantados por la luz oscilante.

—Entra, por favor.

El novio fue conducido a una habitación aislada, donde tomó asiento. La casa era pequeña, con sólo seis o siete habitaciones. Los ayudantes estaban al otro lado de la puerta corredera. Frente al estrecho jardín se alzaba la cocina, desde donde le llegaban los sonidos producidos al lavar la vajilla y el olor de comida cocinada.

Tokichiro no lo había notado demasiado cuando caminaba por las calles, pero ahora que estaba sentado percibía los fuertes latidos de su corazón y tenía la boca seca. Se quedó sentado en aquella estancia, casi como si le hubieran olvidado. Con todo, habría sido inoportuno que incumpliera las leyes del decoro, por lo que resolvió seguir allí sentado en una actitud digna tanto si alguien le veía como si no.

Por suerte, Tokichiro no solía aburrirse. Ciertamente, como novio que no tardaría en reunirse con su novia, no tenía ningún motivo para ceder al hastío. Pero aun así, en algún momento se olvidó por completo de la boda y se entregó a una ensoñación que no estaba relacionada lo más mínimo con la inminente ceremonia. Su mente emprendió el vuelo hacia una dirección absurda en sus circunstancias presentes: el castillo de Okazaki.

¿Qué estaba sucediendo allí? Últimamente esta cuestión le preocupaba más que cualquier otra cosa. En vez de preguntarse cómo le hablaría su novia a la mañana siguiente o el aspecto que tendría cuando le saludara, sus pensamientos se concentraban en esos temas ajenos.

¿Se pondría el castillo de Okazaki al lado de los Imagawa? ¿Se aliaría con el clan Oda? Una vez más, el camino del destino se bifurcaba. El año anterior, tras la terrible derrota del clan Imagawa en Okehazama, el clan Tokugawa había contemplado tres posibilidades distintas. ¿Debían seguir apoyando a los Imagawa? ¿Debían seguir sin alinearse tanto con los Imagawa como con los Oda y afirmar ahora audazmente su independencia? ¿O deberían seguir el camino de la alianza con los Oda? Tendrían que elegir una de estas tres alternativas más tarde o más temprano. Durante muchos años el clan Tokugawa había sido una especie de planta parásita cuya existencia dependía del gran árbol de los Imagawa.

Sin embargo, la raíz y el tronco mismos de esa relación habían sido abatidos en Okehazama. Su propia fuerza era todavía insuficiente, pero tras la muerte de Imagawa Yoshimoto, los Tokugawa difícilmente podían confiar en el heredero de Yoshimoto, Ujizane. Tal era toda la información procedente ya de rumores ya de conversaciones acertadas a oír desde cierta distancia entre los servidores de mayor rango, pero Tokichiro estaba muy interesado y preocupado por el problema.

«Ahora vamos a ver de qué está hecho Tokugawa Ieyasu», se dijo. Estaba más interesado que otros por ese señor del castillo de Okazaki. Tokichiro consideraba que, si bien Ieyasu era por su nacimiento señor de un castillo y una provincia, había sufrido incluso más desdichas que él. Cuanto más conocía de la vida de Ieyasu, tanto más simpatizaba con él. Sin embargo, Ieyasu era todavía muy joven, ya que aquel mismo año cumpliría los diecinueve. En la época de la batalla de Okehazama había estado al frente de la vanguardia de Yoshimoto, y su intervención en la captura de Washizu y Marune había sido admirable. Su decisión de retirarse a Mikawa cuando supo que Yoshimoto había muerto también fue admirable. Ieyasu tenía una buena reputación dentro de la facción Oda y, más adelan-

te, en Kiyosu. Así pues, estaba dando mucho que hablar. Ahora Tokichiro reflexionaba en la postura que adoptarían finalmente Ieyasu y el castillo de Okazaki.

—¿Estáis ahí, honorable novio?

Se abrió la puerta corredera y Tokichiro volvió a la realidad inmediata, es decir, volvió a su papel de novio.

Niwa Hyozo, un servidor del señor Nagoya, entró con su esposa. Iban a actuar como mediadores.

—Vamos a llevar a cabo la ceremonia tokoroarawashi —le dijo Hyozo—, así que, por favor, esperad aquí un poco más.

Tokichiro estaba confuso.

—¿Tokoroam... qué?

—Es una antigua ceremonia en la que los padres y los familiares de la novia acuden para ver al novio por primera vez.

Entonces intervino la esposa de Niwa.

—Sentaos, por favor —dijo a Tokichiro y, abriendo la puerta corredera, hizo una seña a las personas que habían estado aguardando en la habitación contigua.

Los primeros en entrar y ofrecer su salutación fueron los suegros, Asano Mataemon y su esposa. Aunque todos se conocían bien, siguieron la ceremonia al pie de la letra. Al ver aquellos dos rostros tan familiares, Tokichiro se sintió mucho más relajado y movió una mano torpemente como si quisiera rascarse la cabeza.

Entonces se presentó una muchacha encantadora de quince o dieciséis años, la cual inclinó la cabeza y dijo tímidamente:

—Soy la hermana de Nene, Me llamo Oyaya.

Tokichiro se quedó perplejo. Aquella muchacha era incluso más hermosa que Nene. Y no sólo eso, sino que hasta entonces él no había sabido que su novia tenía una hermana menor. ¿En qué parte profunda de la estrecha casa de un guerrero habría sido cuidada aquella bella flor?

—Bien..., yo..., muy agradecido. Soy Kinoshita Tokichiro y el destino me ha traído aquí. Encantado de conocerte.

Oyaya le miraba a hurtadillas con una expresión infantil, como si no estuviera del todo segura de que aquél era el novio a quien debería llamar «hermano mayor», pero otro pariente apareció en seguida detrás de ella. Entraron uno tras otro y

hablaron con él. Eran tantas las presentaciones al mismo tiempo que Tokichiro confundió en seguida las relaciones entre tíos paternos, sobrinas y primos hermanos, y se preguntó cuántos parientes tenía Nene.

Pensó que esa circunstancia podría resultar molesta más adelante, pero la repentina aparición de una guapa cuñada y unos parientes amables mejoró su estado de ánimo. Por su parte tenía pocos familiares, pero le encantaban las multitudes y una familia bulliciosa, alegre y risueña era lo ideal.

—Tomad asiento, por favor, honorable novio.

Los mediadores le invitaron a entrar en una pequeña habitación en la que apenas cabían todos y, acompañado hasta el asiento que le ofrecían, el novio se sentó en medio de ellos.

Era una noche de otoño, pero aún hacía un calor sofocante en el interior de las casas. Los postigos de rota colgaban de los aleros igual que lo habían hecho durante todo el verano, y a través de las cañas se filtraban los chirridos de los insectos y la brisa otoñal que hacía oscilar los pabilos de las lámparas de aceite. La habitación, impecablemente limpia, estaba oscura y no era lujosa ni mucho menos.

La sala destinada a la ceremonia era pequeña, y la ausencia absoluta de decorados la dotaba de una cualidad extrañamente refrescante. El suelo estaba cubierto con esteras de tablillas de junco, y en la pared del fondo había un altar dedicado a los dioses de la creación, Izanagi e Izanami, ante el cual habían depositado ofrendas de pastelillos de arroz y sake, una sola vela y una rama de un árbol sagrado.

Tokichiro se sentó allí y notó que se ponía rígido.

A partir de aquella noche...

La ceremonia sería el pórtico de acceso a las responsabilidades conyugales, a una nueva vida y a su vinculación con los parientes, todo lo cual hizo que Tokichiro se examinara desde un nuevo ángulo. Por encima de todo, no podía evitar estar enamorado de Nene. De no haber insistido, ella se habría casado rápidamente con otro, pero a partir de aquella noche sus destinos estarían unidos.

Pensó que debía hacerla feliz. Eso fue lo primero que se le ocurrió mientras permanecía sentado en el sitio de novio. Se

apenaba un poco por ella porque, como mujer, carecía del dominio que tenía un hombre sobre su destino.

Pronto dio comienzo la sencilla ceremonia. Después de que el novio se hubiera sentado, una anciana hizo entrar a Nene y ésta ocupó su lugar al lado del novio.

Su larga cabellera estaba recogida holgadamente con unos cordoncillos rojos y blancos. El kimono externo, de seda blanca virgen con un brocado de forma romboidal, le envolvía la cintura a modo de falda. Debajo llevaba una prenda de la misma seda blanca, y debajo de ésta una última prenda de lustrosa seda roja que sobresalía por el borde de las mangas. Aparte de un amuleto de la buena suerte alrededor del cuello, no llevaba adornos de oro o plata, como tampoco una espesa capa de colorete ni polvos. Su aspecto armonizaba por completo con la sencillez del entorno. La belleza de la ceremonia no dependía de la vistosidad de las ropas, sino más bien de la sobriedad de la ornamentación. La única nota ornamental de la sala eran sendos recipientes de cerámica que sostenían un niño y una niña.

—Que esta relación sea feliz y perdurable —dijo la anciana a los novios—. Que cada uno le sea fiel al otro durante cien mil otoños.

Tokichiro tendió su taza, recibió un poco de sake y lo bebió. El acólito se volvió hacia Nene, la cual selló su promesa tomando un sorbo de la taza.

Tokichiro tuvo la sensación de que la sangre le subía a la cabeza y el corazón le golpeaba dentro del pecho, pero Nene parecía notablemente serena. Esto era algo que la joven había decidido de antemano. Había tomado la determinación de no reprochar nada a sus padres ni a los dioses, fueran cuales fuesen los percances que pudiera sufrir a partir de aquel día. Y por ello su estampa cuando se llevó la taza a los labios era conmovedora y adorable.

En cuanto los novios hubieron compartido la taza nupcial, Niwa Hyozo entonó un cántico de felicitación en una voz curtida por los muchos años pasados en el campo de batalla. Hyozo acababa de cantar la primera estrofa, cuando alguien desde el exterior inició el estribillo.

Se había hecho el silencio durante la canción de Hyozo, por lo que el canto repentino y descortés en el exterior resultaba tanto más sorprendente. Hyozo se sorprendió y titubeó un momento. Tokichiro miró maquinalmente hacia el jardín.

—¿Quién es? —preguntó un sirviente al bromista.

Entonces un hombre que estaba al otro lado del portal empezó a cantar en voz profunda, imitando a un actor de teatro Noh, y se encaminó a la terraza. Olvidándose por completo de sí mismo, Tokichiro se levantó de su asiento y, prescindiendo de toda ceremonia, salió a la terraza.

—¿Eres tú, Inuchiyo?

—¡Honorable novio! —Maeda Inuchiyo se echó atrás la caperuza que le ocultaba el rostro—<sub>K</sub>. Venimos a efectuar la ceremonia de verter el agua. ¿Podemos entrar?

Tokichiro palmoteo.

—Cuánto me alegra tu llegada. ¡Pasa, pasa!

—He venido con unos amigos. ¿Pueden entrar?

—Pues claro. Acabamos de celebrar la ceremonia nupcial y a partir de esta noche soy el yerno de esta casa.

—Y una buena casa, por cierto. Tal vez el señor Mataemon me dará una taza.

Inuchiyo se volvió e hizo una seña hacia la oscuridad.

—¡Eh, vosotros! ¡Nos dejan celebrar la ceremonia de verter el agua!

Varios hombres respondieron en seguida a la llamada de Inuchiyo y se abrieron paso, llenando el jardín con sus voces. Entre ellos estaban Ikeda Shonyu, Maeda Tohachiro, Kato Yasaburo y Ganmaku, el viejo amigo de Tokichiro. Estaba incluso el maestro carpintero de rostro picado de viruelas.

La ceremonia de verter el agua era una antigua costumbre en la que los amigos íntimos del novio se presentaban sin que les hubieran invitado en la casa del suegro. La familia de la novia estaba obligada a recibirlos cordialmente, y entonces los intrusos arrastraban al novio al jardín y le mojaban con agua.

Aquella noche la ceremonia de verter el agua era un poco prematura. Por regla general, se llevaba a cabo de seis meses a un año después de la boda.

Todos los familiares de Mataemon y Niwa Hyozo estaban

consternados. Pero el novio parecía regocijado y les dio una cordial bienvenida.

—¡Vaya! ¿También vosotros? —Saludó a los hombres a quienes llevaba algún tiempo sin ver, y entonces se dirigió a su esposa vestida de blanco—: Nene, trae en seguida comida y sake, mucho sake.

—Ahora mismo.

Parecía como si Nene hubiera estado esperando aquella visita. Era la esposa de Tokichiro y sabía que tales cosas no debían sorprenderla. Aceptó la situación sin la menor queja, se quitó el kimono blanco como la nieve y se puso una gruesa falda de diario, se ató las largas mangas con un cordón y se puso a trabajar.

—¿Qué clase de boda es ésta? —se quejó un invitado lleno de indignación.

Mataemon y su esposa se acercaron a los invitados y se abrieron paso entre la multitud ruidosa y confusa. Al enterarse de que quien dirigía a los intrusos era Inuchiyo, Mataemon se había sentido alarmado, pero cuando vio cómo el recién llegado se reía y charlaba con Tokichiro se tranquilizó.

—¡Nene! ¡Nene! —exclamó Mataemon—. Si no hay bastante sake, envía a alguien a comprar más. Estos hombres deben beber todo lo que quieran. —Entonces se dirigió a su esposa—: ¡Okoi! ¡Okoi! ¿Qué haces ahí de pie? El sake está aquí, pero nadie tiene una taza. Aunque no sea un gran festín, trae lo que tenemos. Cuánto me alegra que Inuchiyo haya venido con todas estas personas.

Cuando Okoi regresó con las tazas, Mataemon sirvió personalmente a Inuchiyo. Tenía en gran estima a aquel hombre que podría haberse convertido en su yerno. Pero no había sido ése su destino y, por extraño que resultara, su amistad había sobrevivido; era la franca camaradería de dos samurais. Mataemon se sentía muy emocionado, pero no dejó que se reflejara en su semblante ni en sus palabras: eran dos samurais y estaban juntos.

—También yo me alegro, Mataemon —le dijo Inuchiyo—. Tienes un buen yerno y te felicito de todo corazón. Oye, sé que esta noche me he entrometido. No estarás enojado, ¿verdad?

—¡En absoluto! —respondió Mataemon, acuciado por estas palabras—. ¡Vamos a pasarnos toda la noche bebiendo!

Inuchiyo se echó a reír estrepitosamente.

—Si nos pasamos toda la noche bebiendo y cantando, ¿no se enfadará la novia?

—¿Por qué? —replicó Tokichiro—. No la han educado para que se enfade. Es una mujer muy virtuosa.

Inuchiyo se acercó más a Tokichiro y empezó a importunarle.

—Vamos, hombre, ¿por qué no hablas un poco más de esas cosas tan vergonzosas?

—No, perdona pero ya ha dicho más de la cuenta.

—No vas a escaparte tan fácilmente. Toma, aquí tienes una taza grande de sake.

—No necesito una grande, con la pequeña será suficiente.

—Pero ¿qué clase de novio eres? ¿Es que no tienes orgullo?

Se tomaron el pelo mutuamente como si fuesen niños, pero a pesar de la abundancia de sake Tokichiro no bebió en exceso... ni aquella noche ni nunca. Tenía grabado en la mente desde su infancia el vivo recuerdo de los efectos de beber en exceso, y ahora, al mirar la gran taza de sake que su amigo intentaba hacerle beber, veía el rostro de su padrastro borracho y luego el de su madre, que tanto había padecido a causa de las borracheras de aquel hombre. Tokichiro conocía bien sus propios límites. Se había criado en medio de una gran pobreza, y su cuerpo no era fuerte comparado con otros. Aunque todavía era joven, tenía mucho cuidado.

—Una taza grande es demasiado para mí. Dame una pequeña, por favor. A cambio, te cantaré algo.

—¿Cómo? ¿Vas a cantar?

En vez de responderle, Tokichiro ya había empezado a golpearse el regazo como si fuese un tambor, y empezó a cantar.

Pensar que un hombre

no tiene más que cincuenta años para vivir bajo el cielo...

—No, espera. —Inuchiyo interrumpió a su amigo poniéndole una mano en la boca—. No deberías cantar eso. Es de Atsumori, la danza que Su Señoría interpreta tan bien.

—Es que he aprendido sus danzas y canciones siguiendo su ejemplo. No es una canción prohibida, ¿por qué no habría de cantarla?

—Hazme caso y no lo hagas. No es nada bueno cantar eso.

—¿Qué tiene de malo?

—Es inapropiada en una boda.

—Su señoría danzó el Atsumori la mañana en que el ejército partió hacia Okehazama. A partir de esta noche nosotros, un marido de baja posición y su esposa, iniciaremos nuestra incursión en la sociedad. Así pues, no me parece que sea una canción inadecuada.

—Una cosa es la resolución de ir al campo de batalla y otra la celebración de una boda. Los auténticos guerreros se proponen vivir una larga vida con sus esposas, hasta que sean ancianos de pelo blanco.

Tokichiro se dio una palmada en la rodilla.

—Eso es cierto. A decir verdad, es exactamente lo que espero. Si hay una guerra, no puede evitarse, pero no quiero morir en vano. Cincuenta años no basta. Quisiera vivir feliz y fiel a Nene durante cien años.

—Tú y tus fanfarronadas. Sería mejor que bailaras. Vamos, baila.

A instancias de Inuchiyo, muchos invitados animaron a Tokichiro.

—Esperad. Esperad un momento. Bailaré. —Persuadió a sus amigos que le dieran un respiro, se volvió hacia la cocina, batió palmas y gritó—: ¡Nene! Estamos sin sake.

—En seguida —respondió Nene.

La presencia de tantos invitados no parecía intimidarla lo más mínimo. Entró briosamente con la bandeja de recipientes y sirvió a todos como Tokichiro le había pedido. Las únicas personas sorprendidas eran sus padres, que siempre la habían considerado una chiquilla. Pero el corazón de Nene ya latía al unísono con el de su marido y, al contrario de lo que solía suce-

der con los recién casados, Tokichiro no mostraba el menor embarazo en el trato de su flamante esposa. Como era de esperar, Inuchiyo, que estaba un poco bebido, no pudo evitar el rubor de sus mejillas cuando ella le sirvió.

—Bueno, Nene, a partir de esta noche eres la esposa del señor Tokichiro. Debo felicitarte de nuevo. —Inuchiyo movió la mesita baja del sake delante de ella—. Hay algo que todos mis amigos conocen y no les he ocultado. En vez de avergonzarme y guardármelo para mí, voy a confesarlo. ¿Qué te parece, Tokichiro?

—¿De qué se trata?

—Me gustaría que me prestaras a tu esposa un momento.

—Adelante —replicó Tokichiro, riendo.

—Bien, Nene. Hubo una época en que mi amor por ti estaba en labios de todo el mundo, y ese sentimiento no ha variado en absoluto. Eres la mujer a la que amo.

Inuchiyo se puso más serio, y aunque no hubiera sido así, el pecho de Nene rebosaba ya de las emociones de su boda. Aquella noche había terminado su vida de soltera, pero no podía suprimir sus sentimientos hacia Inuchiyo.

—Nene, la gente dice que el corazón de una joven no es digno de confianza, pero hiciste bien al elegir a Tokichiro. He renunciado a la persona a quien no podría dejar de amar. Podrías decir que te he cedido a él como un regalo de afecto de un hombre a otro. Eso significa que te he tratado como un objeto, pero así somos los hombres, ¿no es cierto, Tokichiro?

—En general, la he recibido sin reserva, pensando en que tal podría ser tu motivo.

—Si hubieras mostrado alguna reserva acerca de esta buena mujer, me habría equivocado al juzgarte y no te habría tenido en mucha estima. Te casas con una mujer que está muy por encima de ti.

—Estás diciendo tonterías.

—¡Ja, ja, ja! En cualquier caso, soy feliz. Eh, Tokichiro, somos compañeros para toda la vida, pero ¿se te había ocurrido pensar que llegaría una noche tan feliz como ésta?

—No, probablemente no.

—Nene, ¿está por ahí el tamboril? Lo tocaré y que alguien

se levante y baile. Como este Kinoshita no es un hombre juicioso, apuesto a que tampoco baila muy bien.

—Está bien, para diversión de todos, os dejaré ver una ejecución bastante incompetente.

La persona que había hablado era Nene. Inuchiyo, Ikeda Shonyu y los demás invitados abrieron mucho los ojos, sorprendidos. Nene, acompañada por los sonos del tamboril que tocaba Inuchiyo, abrió su abanico y se puso a bailar.

—¡Muy bien, muy bien!

Tokichiro palmoteo como si él mismo hubiera bailado. Quizá debido a su embriaguez, la energía de su excitación no mostraba señales de remitir. Alguien debía de haber propuesto que se trasladaran a Sugaguchi, el barrio más animado de Kiyosu, y no había una sola persona sobria entre ellos para negarse.

—¡Estupendo! ¡Vamos allá!

El recién casado Tokichiro se levantó y les precedió al exterior. Haciendo caso omiso de los escandalizados parientes, el grupo que había acudido para la ceremonia de verter el agua se olvidó incluso de eso y, dando el brazo al novio, salieron tambaleándose, apoyándose unos en otros y agitando los brazos.

—Pobrecita novia.

Los parientes se compadecían de Nene, a la que habían dejado atrás. Pero cuando miraron a su alrededor en busca de la joven, que sólo unos momentos antes había estado bailando, no la vieron por ninguna parte. Había salido al exterior por una puerta lateral. Fue en busca de su marido, a quien rodeaban sus amigos bebidos.

—¡Que te diviertas! —le dijo, y deslizó su monedero en el interior del kimono de Tokichiro.

El lugar que frecuentaban los jóvenes del castillo era un local de bebidas llamado Nunokawa. Situada en el viejo barrio de Sugaguchi, se decía que aquella casa de té fue antaño una tienda de comerciantes de sake, los cuales vivían allí mucho antes de que los Oda o sus predecesores, los Shiba, se hicieran los dueños de Owari. Así pues, el local era bien conocido por el tamaño del antiguo edificio.

Tokichiro lo visitaba con mucha frecuencia. De hecho, si no

le veían la cara cuando la gente se reunía allí, tanto el personal que servía como sus amigos le echaban en falta... Era como una sonrisa que revela la falta de un diente. El matrimonio de Tokichiro era causa más que suficiente para alzar las tazas en su local favorito. Cuando los amigos se abrieron paso a través de las cortinas de la entrada, alguien anunció la noticia en el enorme vestíbulo.

—¡Damas y caballeros, gentes de la Nunokawa! ¿No vendréis todos a recibir a un invitado? ¡Hemos traído a un novio sin paralelo en el mundo entero! Y adivinad quién es. Un hombre llamado Kinoshita Tokichiro. ¡Alegraos, alegraos! Ésta es su ceremonia de verter el agua.

Sus pies parecían reacios a sostenerlos, pero entraron tambaleándose y arrastrando a Tokichiro entre ellos.

Los miembros del personal de la casa de té les miraban sorprendidos, pero se echaron a reír al comprender lo que ocurría, y escucharon asombrados el relato de cómo se habían apoderado del novio para llevárselo de la casa durante la fiesta.

—Esto no es una ceremonia de verter el agua —dijeron—, sino más bien un rapto del novio.

Todos se rieron a mandíbula batiente. Tokichiro entró corriendo en el edificio, dando la impresión de que intentaba huir, pero sus amigos tan amantes de la broma se sentaron a su alrededor y le hicieron saber que era un prisionero hasta el amanecer. Entonces pidieron sake con impaciencia.

¿Quién sabe cuánto bebieron? Casi ninguno de ellos era capaz de distinguir las canciones que entonaron ni las danzas que ejecutaron.

Finalmente cada uno se quedó dormido donde estaban usando los brazos como almohada, o con brazos y piernas extendidos. A medida que avanzaba la noche, los olores del otoño penetraban silenciosamente.

De repente Inuchiyo alzó la cabeza y miró a su alrededor sobresaltado. Tokichiro le imitó. Ikeda Shonyu había abierto los ojos. Intercambiaron miradas y aguzaron el oído. El ruido

de cascos de caballos que rompía el silencio les había despertado.

—¿Qué ocurre?

—Es un número considerable de hombres. —Inuchiyo se dio una palmada en la rodilla, como si se le acabara de ocurrir algo—. ¡Eso es! Casi seguro que se trata de Takigawa Kazumasu, que regresa de Mikawa, adonde le enviaron hace algún tiempo para entrevistarse con Tokugawa Ieyasu.

—Naturalmente. ¿Se alinearán con los Oda o confiarán en los Imagawa? El mensajero debe de traer la respuesta de Mikawa.

Uno tras otro abrieron los ojos, pero tres de los hombres salieron corriendo de la Nunokawa sin esperar a los demás. Siguiendo el sonido de las bridas y la multitud de hombres y caballos que habían pasado por delante del local, corrieron en dirección al portal del castillo.

Desde la batalla de Okehazama, el año anterior, Kazumasu había ido a Mikawa como enviado en varias ocasiones. No era un secreto en Kiyosu que le habían encargado de la importante misión diplomática de obtener la cooperación de Ieyasu con el clan Oda.

Hasta fecha reciente, Mikawa había sido una provincia débil, dependiente de los Imagawa, y aunque también se decía de Owari que era una provincia pequeña, había asestado un golpe fatal a los poderosos Imagawa, enviando un enérgico mensaje a los principales contendientes por el liderazgo nacional, el mensaje de que en la actualidad existía un hombre llamado Oda Nobunaga. La fuerza y la moral de los Oda estaban en ascenso. La alianza buscada se llamaba sencillamente una federación cooperativa, y el difícil truco diplomático consistiría en hacer de los Oda los asociados de más categoría en esa alianza.

En la medida en que la provincia era pequeña y débil, resultaba esencial que actuara sin vacilación. Una provincia como Mikawa podía ser engullida en una sola campaña militar. Y lo cierto era que, tras la muerte de Yoshimoto, la provincia de Mikawa se encontraba en una coyuntura crítica, con su supervivencia en juego. ¿Deberían seguir dependiendo los Tokuga-

wa de los Imagawa al mando de Ujizane? ¿O debían aliarse con los Oda?

Los Tokugawa estaban perplejos y las deliberaciones, intercambios de enviados, discusiones y recomendaciones habían sido innumerables. Entretanto se libraban pequeñas batallas entre Suruga y Mikawa. Por supuesto, las escaramuzas entre los castillos de la rama Oda y sus contrarios en Mikawa no habían cesado, y nadie era capaz de calcular ni por aproximación el riesgo que corrían las dos provincias ni cuándo podría empezar la lucha. Por otro lado, además de los Oda y los Tokugawa, existía un gran número de clanes que aguardaban el inicio de la guerra: los Saito de Mino, los Kitabatake de Ise, los Takeda de Kai y los Imagawa de Suruga. El conflicto no ofrecía ninguna ventaja. Tokugawa Ieyasu no estaba deseoso de luchar y Oda Nobunaga sabía muy bien que prepararse y combatir por una victoria final sobre los Tokugawa sería ridículo, lo cual es tanto como decir que tampoco Nobunaga quería luchar, pero era preciso no demostrarlo. Nobunaga conocía el carácter testarudo y paciente de los Tokugawa y consideraba importante tener en cuenta su reputación.

Mizuno Nobutomo era gobernador del castillo de Ogawa. Aunque servidor de los Oda, también era tío de Ieyasu, y Nobunaga le pidió que intercediera por él a su sobrino. Nobutomo se reunió con Ieyasu y sus principales servidores e intentó atraerles a su lado mediante esfuerzos diplomáticos. Abordados tanto de frente como lateralmente, los Tokugawa parecieron tomar por fin una decisión, e Ieyasu envió una respuesta a tal efecto. Así pues, Takigawa Kazumasu había sido enviado a Mikawa a fin de obtener la respuesta definitiva acerca del ofrecimiento de una alianza por parte de Nobunaga. Y al regresar aquella noche se dirigió al castillo a pesar de lo tardío de la hora. Kazumasu era un general de Oda, entendido en armas de fuego y buen tirador.

Sin embargo, Nobunaga valoraba su inteligencia mucho más que su puntería. No era precisamente un orador, pero se expresaba con una vehemencia que tenía la virtud de resultar racional en extremo. Serio y lleno de sentido común, era también un hombre muy perspicaz. Por todo ello, Nobunaga le

consideraba el hombre apropiado para aquella fase importante del proceso diplomático.

Era noche cerrada, pero Nobunaga ya se había levantado y esperaba a Kazumasu en la sala de audiencias. El enviado se postró, todavía vestido con la indumentaria de viaje. En una ocasión como aquélla, preocuparse demasiado por la impresión que causaría al presentarse vestido todavía con sucias prendas de viaje y, en consecuencia, arreglarse el cabello y las ropas, eliminando el sudor y el mal olor antes de acudir a presencia del señor, probablemente provocaría en éste una observación como: «¿Has ido a contemplar las flores?». Kazumasu había sido testigo de esa clase de crítica malhumorada, y por ello estaba allí con ambas manos en el suelo, respirando todavía con dificultad, vestido con unas prendas que olían a caballo. Por otro lado, eran contadas las ocasiones en las que Nobunaga había hecho esperar largo tiempo a sus servidores mientras él se acomodaba con calma.

Nobunaga le interrogó, ansioso de noticias.

El enviado fue al grano. Había servidores que, al regresar y dar su informe oficial, hablaban largo rato de esto y aquello, parloteaban sobre lo sucedido en el camino y comentaban todos los detalles secundarios del problema. En consecuencia, era difícil llegar a la cuestión esencial: ¿había salido la misión tal como se había planeado o no? Nobunaga detestaba ese proceder, y cuando los mensajeros respondían sólo con digresiones, una expresión irritada, que incluso una persona ajena al asunto habría comprendido, oscurecía su semblante y advertía: «¡Ve al grano!».

Kazumasu había sido puesto sobre aviso al respecto. Tras haber sido seleccionado para realizar una misión diplomática tan importante, al presentarse ante Nobunaga hizo una sola reverencia y abordó directamente la cuestión.

—Tengo buenas noticias, mi señor. El acuerdo con el señor Ieyasu de Mikawa está por fin en regla, y no sólo eso, sino casi todas las estipulaciones que deseabais.

—¿Has tenido éxito?

—Sí, mi señor, está arreglado. —La expresión de Nobunaga era flemática, pero en realidad se sentía profundamente ali-

viado—. Además, he prometido concluir los artículos que cubren los detalles en una fecha posterior, mediante una discusión con Ishikawa Kazumasa, del clan Tokugawa, que tendrá lugar en el castillo de Narumi.

—Así pues, ¿el señor de Mikawa ha prometido cooperar con nosotros?

—A vuestras órdenes.

—Buen trabajo —dijo Nobunaga por primera vez, y sólo entonces Kazumasa le dio un informe detallado.

Cuando Kazumasu se retiró de la presencia de Nobunaga, estaba a punto de amanecer. Cuando las primeras luces de la mañana iluminaron el recinto del castillo, el rumor de que los Oda y el señor de Mikawa habían sellado una alianza ya se había extendido por doquier, susurrado de un oído a otro.

Incluso una información tan secreta como la que concernía a la reunión inminente de los representantes de ambos clanes en Narumi para firmar el acuerdo, y la propuesta visita a finales del año siguiente de Tokugawa Ieyasu al castillo de Kiyosu para reunirse con Nobunaga por primera vez, se extendió rápida y sigilosamente entre los servidores.

Inuchiyo, Shonyu, Tokichiro y los demás samurais jóvenes habían reconocido desde un lugar tan alejado como Sugaguchi la identidad del mensajero que regresaba al castillo y habían salido de inmediato tras él. Hacinados en una habitación del castillo, aguardaban en vilo la noticia de si habría guerra o paz con Mikawa.

—¡Alegraos! —oyeron decir.

El paje, Tohachiro, había oído la noticia y llegó corriendo desde la sala de reunión del consejo interno, diciéndoles lo que sabía.

—¿Se ha acordado?

En general habían esperado ese resultado, pero cuando supieron que se había llegado a un acuerdo, la alegría se reflejó en sus semblantes y contemplaron el futuro con esperanza.

—Ahora podemos luchar —dijo un samurai.

Los servidores de Nobunaga no habían alabado la alianza con Mikawa como un medio para evitar la guerra. Recibían entusiasmados el tratado con Mikawa, la provincia que estaba

detrás de la suya, a fin de poder enfrentarse con toda su fuerza a un enemigo mayor.

—Es la buena suerte de Su Señoría como guerrero.

—Y también ventajoso para Mikawa.

—Ahora que conozco el resultado, no puedo mantener los ojos abiertos. La verdad es que no hemos dormido desde anoche.

Quien así había hablado era uno de los jueguistas de la noche anterior, a quien Tokichiro gritó:

—¡Yo no! Siento todo lo contrario. Anoche hubo un acontecimiento feliz, y también lo es el de esta mañana. Con una cosa feliz tras otra, me entran ganas de volver a Sugaguchi y beber un poco más.

—Estás mintiendo —bromeó Shonyu—. El lugar al que desees regresar es a casa de Nene. Bien, bien, ¿cómo habrá pasado la novia la primera noche? ¡Señor Tokichiro! Este dominio sobre ti mismo es vano. ¿Por qué no pides hoy un día libre y regresas a casa? Ahora alguien te está esperando.

—¡Bah!

Tokichiro plantó cara a la hilaridad de sus amigos. Las carcajadas resonaron en el silencio que reinaba en los corredores al amanecer. Finalmente, desde lo alto del castillo sonaron los redobles de un enorme tambor, y cada uno de ellos se apresuró a encaminarse a su puesto.

—¡Estoy en casa!

La entrada de la vivienda de Asano Mataemon no era grande, pero cuando Tokichiro se detuvo allí parecía enorme. Su voz era clara, y su presencia animaba el entorno.

—¡Oh!

Oyaya, la hermana menor de Nene, estaba jugando con una pelota en el escalón y alzó la vista para mirarle con los ojos muy abiertos. Había creído que quizá se trataba de un visitante, pero cuando vio que era el marido de su hermana, soltó una risita y entró corriendo en la casa.

Tokichiro también se rió, extrañamente divertido, pensando en lo que había hecho: abandonó la fiesta y se fue a beber

con sus amigos, y luego se encaminó directamente al castillo. Por fin volvía a casa cuando oscurecía, a la misma hora en que tuvo lugar la ceremonia nupcial la noche anterior. Aquella noche no ardían fogatas en el portal, pero las celebraciones familiares se prolongaban desde hacía tres días y los invitados iban y venían. Las voces de los invitados volvían a llenar la casa, y habían dejado en la entrada varios pares de sandalias.

—¡Estoy en casa! —repitió el novio alegremente.

Nadie salió a recibirle, y pensó que debían de estar atareados en la cocina y la sala de invitados. Al fin y al cabo, él era el yerno desde la noche anterior, la persona más importante de la casa después de sus suegros. Tal vez no debería entrar antes de que todos salieran a recibirle.

—¡Nene! ¡Estoy en casa!

Una voz sorprendida le llegó desde la cocina, al otro lado de una valla baja. Mataemon, su esposa, Oyaya, varios parientes y algunos sirvientes salieron y le miraron con expresiones exasperadas, como si se preguntaran qué estaba haciendo allí. Cuando llegó Nene, se quitó en seguida el delantal, se arrodilló y le saludó inclinándose y apoyando ambas manos en el suelo.

—Bienvenido a casa.

—Bienvenido —se apresuraron a decir los demás, alineándose e inclinando las cabezas, con las excepciones, naturalmente, de Mataemon y su esposa.

Parecía como si hubieran salido sólo para ver qué ocurría.

Tokichiro miró a Nene y seguidamente a todos los demás, e hizo una sola inclinación. Avanzó hasta la casa y entonces hizo una cortés reverencia a su suegro antes de informarle sobre los acontecimientos de la jornada en el castillo.

Mataemon estaba malhumorado desde la noche anterior. Había querido recordar a su yerno el deber que tenía con los invitados, así como la posición de Nene. Tokichiro había regresado sin un ápice de remordimiento, y Mataemon había resuelto no ceder, aun cuando su actitud fuese incorrecta ante los invitados. Pero Tokichiro parecía tan despreocupado que Mataemon olvidó sus motivos de queja. Además, las primeras palabras de Tokichiro habían sido para informarle de su estancia

en el castillo y del estado de ánimo de su señor. Mataemon se enderezó y respondió sin pensarlo:

—Bueno, debes de haber tenido un día muy duro.

Así pues, dijo exactamente lo contrario de lo que se había propuesto y alabó a Tokichiro en vez de reprenderle.

Tokichiro se divirtió aquella noche con los invitados, bebiendo hasta altas horas con ellos. Incluso después de que se marcharan los invitados quedaron varios parientes que vivían demasiado lejos y tenían que pasar allí la noche. Nene no podía abandonar la cocina y los criados parecían fatigados.

Aunque Tokichiro había regresado por fin a casa, Nene y él apenas habían tenido tiempo para intercambiar sonrisas y mucho menos para estar juntos a solas. Ya muy entrada la noche, Nene guardó las tazas en la cocina, dio instrucciones sobre el desayuno, se cercioró de que cada uno de los aturdidos parientes estaba bien acomodado para dormir y finalmente se desató los cordones que le sujetaban las mangas. Libre de nuevo por primera vez aquella noche, buscó al hombre que se había convertido en su marido.

En la habitación dispuesta para los dos dormían familiares y niños, mientras que en la sala donde todos habían estado bebiendo ahora conversaban sus padres con los parientes más íntimos.

Intrigada por el paradero de su marido, salió a la terraza y entonces oyó que la llamaba una voz desde el oscuro aposento lateral de un criado.

—¿Nene?

Era la voz de su marido. Nene intentó responder, pero no podía. El corazón le golpeaba en el pecho. Aunque nunca se había sentido así hasta la ceremonia nupcial, no había podido ver a Tokichiro desde la noche anterior.

—Entra —le dijo él.

Nene oía aún las voces de sus padres. Mientras estaba allí en pie, preguntándose qué debía hacer, reparó de improviso en el incienso repelente de mosquitos que habían dejado allí para que ardiera poco a poco. Lo recogió y entró tímidamente en la habitación.

—¿Duermes aquí? Debe de haber muchos mosquitos.

Tokichiro, que se había tendido en el suelo para dormir, se miró los pies.

—Ah, los mosquitos...

—Debes de estar exhausto.

—Y tú también —replicó él, comprensivo—. Los parientes se negaron en redondo, pero no podía consentir que los viejos durmieran en los aposentos de la servidumbre mientras nosotros lo hacíamos en una habitación con un biombo dorado.

—Pero dormir en un sitio así, sin ropas de cama-

Nene empezó a levantarse, pero él la retuvo.

—No importa. He dormido en el suelo, incluso sobre tablas. La pobreza ha templado mi cuerpo. —Se enderezó—. Acércate un poco más, Nene.

—Sss... sí.

—Una esposa recién casada es como un nuevo recipiente de madera para el arroz. Si no lo usas durante largo tiempo, huele mal y no es utilizable. Cuando envejece los aros tienden a soltarse. Pero también es conveniente recordar de vez en cuando que un marido es un marido. Nos proponemos vivir juntos una larga vida y nos hemos comprometido a mantenernos mutuamente fieles hasta que seamos viejos y canosos, pero nuestra vida no va a ser fácil. Así pues, mientras todavía albergamos los sentimientos de ahora, creo que deberíamos hacernos una promesa el uno al otro. ¿Qué te parece?

—Por supuesto —respondió Nene sin vacilación—. Puedes estar seguro de que cumpliré esa promesa, sea cual fuere.

Tokichiro era la encarnación de la seriedad e incluso parecía un poco severo. Sin embargo Nene se sentía feliz al ver en él por primera vez una expresión tan solemne.

—En primer lugar, como marido, voy a decirte lo que deseo de ti como esposa.

—Sí, por favor.

—Mi madre es una campesina pobre y se negó a asistir a la boda. Pero la persona que ha sido más feliz que nadie en el mundo al saber que me casaba es mi madre.

—Comprendo.

—Un día mi madre vendrá a vivir con nosotros en la misma casa, y será correcto que el cuidado de tu marido quede relega-

do a un segundo lugar. Más que cualquier otra cosa, me gustaría que te dedicaras a mi madre y la hicieras feliz.

—Sí.

—Mi madre pertenece a una familia de samurais, pero era pobre mucho antes de que yo naciera. Crió a varios hijos a pesar de su gran pobreza, y ten en cuenta que criar a un solo niño en tales circunstancias suponía luchar con unas penalidades increíbles. No tenía nada que la hiciera feliz, ni siquiera un nuevo kimono de algodón para el invierno y otro para el verano. Es analfabeta, habla un dialecto local y desconoce por completo las buenas maneras. Como mi esposa que eres, ¿cuidarás de una madre así con verdadero afecto? ¿Podrás respetarla y apreciarla?

—Sí, la felicidad de tu madre es nuestra felicidad. Creo que eso es natural.

—Pero también tienes padres con buena salud y, de la misma manera, son muy importantes para mí. No voy a tener menos afecto filial hacia ellos del que tú tendrás hacia mi madre.

—Eso me alegra muchísimo.

—Queda una cosa más —siguió diciendo Tokichiro—. Tu padre te ha educado para que seas una mujer virtuosa y te ha disciplinado con una gran cantidad de reglas, pero yo no soy tan difícil de complacer. Sólo voy a confiar en que hagas una sola cosa.

—¿Cuál es?

—Quiero que el servicio que rinde tu marido, su trabajo y todas las cosas que debe hacer en general te hagan feliz, y eso es todo. Parece sencillo, ¿verdad?, pero no lo será en absoluto. Fíjate en los maridos y esposas que han pasado muchos años juntos. Hay mujeres que no tienen idea de lo que hacen sus maridos. Esos hombres se pierden un incentivo importante, e incluso un hombre que trabaja por el bien de la nación o la provincia es pequeño, lastimoso y débil cuando está en casa. Con solo que su esposa sea feliz y se interese por el trabajo que desempeña, por la mañana podrá partir al campo de batalla lleno de valor. Para mí, ésta es la mejor manera en que una esposa puede ayudar a su marido.

—Comprendo.

—De acuerdo. Ahora dime qué esperanzas depositas tú en mí. Habla francamente y tendrás mi promesa.

A pesar de su petición, Nene fue incapaz de decir nada.

—Lo que una esposa desea de su marido, sea lo que fuere... Ya que no me dices lo que deseas, ¿quieres que te lo diga yo?

Nene sonrió y asintió a las palabras de Tokichiro. Entonces desvió rápidamente la vista.

—¿El amor de un marido?

—No...

—Entonces un amor inalterable.

—Sí.

—¿Tener un hijo sano?

Nene se estremeció. Si hubiera ardidado una lámpara en la estancia su rostro se habría revelado tan rojo como el cinabrio.

La mañana siguiente a los tres días de celebración nupcial, Tokichiro y su esposa se pusieron kimonos formales para asistir a una ceremonia más y visitaron la mansión de su mediador, el señor Nagoya. Luego visitaron dos o tres casas, y durante el recorrido tuvieron la sensación de que todos los ojos de Kiyosu estaban fijos en ellos. Pero Nene y su joven marido no tenían sino buenas intenciones hacia los transeúntes que se volvían a mirarlos. Tokichiro propuso que hicieran una breve visita a Otowaka.

—¡Eh, Mono! —exclamó Otowaka, y entonces se corrigió, turbado—: Tokichiro.

—He venido para presentarte a mi esposa.

—¿Qué? ¡Claro! ¡La distinguida hija del arquero, el señor Asano! Eres un hombre afortunado, Tokichiro.

Hacía tan sólo siete años que Tokichiro se había acercado a aquella terraza para vender agujas, vestido con sucias ropas de viaje y le había dado la sensación de que llevaba varios días sin comer. Cuando le dieron alimento se lo comió ávidamente, produciendo ruido con los palillos.

—Tienes tanta suerte que da miedo —dijo Otowaka—. Bien, la casa no está limpia, pero entrad, por favor.

Un tanto aturullado, avisó a gritos a su mujer, que estaba en el interior de la vivienda, y les hizo pasar. En aquel instante oyeron voces en la calle. Era un heraldo que corría de una casa a otra.

—¡Incorporaos a vuestro regimiento! ¡Incorporaos a vuestro regimiento por orden de Su Señoría!

—¿Una orden oficial? —dijo Otowaka—. Es una llamada para empuñar las armas.

—Señor Otowaka —dijo Tokichiro de repente—. Tengo que llegar al lugar de la reunión lo antes posible.

Hasta aquella misma mañana no había habido ninguna indicación de que pudiera llegar a suceder algo semejante, y cuando Tokichiro visitó la residencia de Nagoya, todo parecía absolutamente apacible. ¿Adonde podían dirigirse? Incluso la intuición habitual de Tokichiro le había fallado esta vez. Cada vez que se hablaba de una batalla, su intuición solía acertar de lleno y sabía adonde se dirigían. Pero la mente del joven novio llevaba algún tiempo alejada de la situación actual. Tropezó con varios hombres que abandonaban la vecindad de los samurais con sus armaduras al hombro.

Varios jinetes, que procedían del castillo, llegaron al galope. Aunque no sabía qué estaba sucediendo, Tokichiro tuvo la premonición de que el campo de batalla estaría muy lejos.

Nene había regresado apresuradamente a su casa, por delante de su marido.

—¡Kinoshita! ¡Kinoshita!

Cuando se acercaba a las casas de vecindad de los arqueros, alguien le llamó a sus espaldas. Al volverse vio que era Inuchiyo, el cual montaba a caballo y vestía la misma armadura que en Okehazama. Atada a la espalda llevaba una delgada caña de bambú con su estandarte, el blasón de la flor de ciruelo.

—Sólo he venido a avisar al señor Mataemon. Prepárate y ve de inmediato al lugar de reunión.

—¿Entonces partimos? —inquirió Tokichiro.

Inuchiyo saltó del caballo.

—¿Cómo te fue... más tarde? —preguntó a su amigo.

—¿A qué te refieres?

—Sería mejor no decirlo. Te preguntaba si ya sois marido y mujer.

—No tienes por qué preguntarme eso.

Inuchiyo soltó una risotada.

—En cualquier caso, nos vamos al frente. Si te retrasas, en el lugar de reunión se reirán de ti porque acabas de casarte.

—Me tiene sin cuidado que se rían de mí.

—Cuando oscurezca, un ejército de dos mil infantes y caballería marchará hacia el río Kiso.

—Entonces vamos a Mino.

—Ha llegado una información secreta según la cual Saito Yoshitatsu de Inabayama enfermó de repente y murió. Esta llamada a empuñar las armas y el avance hacia el río Kiso es un sondeo para determinar si ese informe es cierto.

—Pero vamos a ver, Inuchiyo. También se excitaron mucho los ánimos cuando a principios de este verano oímos decir que Yoshitatsu había enfermado y muerto.

—Sí, pero esta vez parece que es cierto. Y a pesar de todo, desde el punto de vista del clan, Yoshitatsu asesinó al suegro del señor Nobunaga, el señor Dosan. Moralmente es el enemigo y no podemos vivir con él bajo el mismo cielo. Para que el clan pueda ocupar el centro del terreno, es preciso que logremos establecernos en Mino.

—Ese día llegará pronto, ¿verdad?

—¿Pronto? Esta noche partimos hacia el Kiso.

—No, todavía no. Dudo de que Su Señoría ataque ya.

—Los ejércitos están a las órdenes de los señores Katsuie y Nobumori. Su Señoría no irá personalmente.

—Pero aunque Yoshitatsu haya muerto y aunque su hijo, Tatsuoki, sea un necio, los «tres hombres de Mino», Ando, Inaba y Ujiie, siguen vivos. Además, mientras exista un hombre como Takenaka Hanbei, de quien se dice que vive recluido en el monte Kurihara, no cesarán las dificultades.

—¿Takenaka Hanbei? —Inuchiyo ladeó la cabeza—. Los nombres de los «tres hombres» resuenan desde hace tiempo incluso en las provincias vecinas, pero ¿tan formidable es ese Takenaka?

—La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él. Yo soy su único admirador aquí en Owari.

—¿Cómo estás enterado de tales cosas?

—Pasé una larga temporada en Mino y...

Tokichiro se interrumpió a media frase. Nunca le había contado a Inuchiyo sus experiencias como buhonero, el tiempo que pasó con Koroku en Hachisuka y su actividad de espionaje en Inabayama.

—Bueno, hemos perdido tiempo —dijo Inuchiyo, montando de nuevo.

—Nos veremos en el lugar de reunión.

—Sí, más tarde.

Los dos hombres se alejaron rápidamente, en direcciones contrarias.

—¡Hola! ¡Estoy en casa!

Cada vez que volvía gritaba en el portal antes de entrar. Así todos sabían que el yerno había regresado, desde el sirviente que trabajaba en el almacén hasta los confines de la cocina. Pero aquel día Tokichiro no esperó a que la gente saliera a recibirle.

Al entrar en la habitación se llevó una sorpresa. Habían extendido en el suelo una estera nueva, sobre la que estaba el arcón de su armadura. Naturalmente, allí estaban los guantes, las espinilleras, el peto y la faja, pero también medicamentos para las heridas, una abrazadera y una bolsa de munición... Todo lo que necesitaría llevarse consigo estaba dispuesto ordenadamente.

—Tu equipo —le dijo Nene.

—¡Magnífico! ¡Un trabajo estupendo!

La alabó sin pararse a pensar, pero de repente se dio cuenta de que aún no había juzgado a su mujer de una manera correcta. Estaba todavía más capacitada de lo que él había percibido antes de casarse.

Cuando terminó de colocarse la armadura, Nene le dijo que no se preocupara por ella. Había sacado la taza de loza de barro para verter el sake sagrado.

—Cuida de todo durante mi ausencia, te lo ruego.

—Descuida.

—No tengo tiempo para despedirme de tu padre. ¿Lo harás por mí?

—Mi madre se ha llevado a Oyaya al templo de Tsushima y todavía no han regresado. Mi padre está de servicio en el castillo, y hace poco ha enviado un mensaje diciendo que no volverá esta noche.

—¿No te sentirás sola?

Ella volvió la cabeza pero no lloró.

Con el pesado casco en el regazo, Nene parecía una flor atrapada por el viento. Tokichiro tomó el casco y, al ponérselo, la fragancia del aloe llenó de improviso la atmósfera. Sonrió agradecido a su esposa y anudó con firmeza los cordones perfumados.

# Un castillo levantado sobre el agua

Por aquel entonces en las calles de la ciudad fortificada de Kiyosu vibraban las voces de los niños que cantaban un estribillo sobre los servidores de Nobunaga:

Algodón Tokichi  
Arroz Goroza  
Sigiloso Katsuie  
Fuera, en el frío, Nobumori.

«Algodón Tokichi», como llamaban a Kinoshita Tokichiro, cabalgaba como general al frente de un pequeño ejército. Aunque los soldados deberían marchar en una formación impresionante, lo cierto era que tenían la moral baja y carecían de espíritu. Cuando Shibata Katsuie y Sakuma Nobumori partieron hacia Sunomata, el ejército marchaba al ritmo de los tambores y mostrando orgullosamente sus estandartes. En comparación, Tokichiro parecía el jefe de una gira de inspección de la provincia, o tal vez un destacamento de auxilio que se dirigía al frente.

A un par de leguas de Kiyosu, un jinete solitario procedente del castillo fue a su encuentro para decirles que esperasen.

El hombre que conducía la recua de caballos de carga miró

atrás y, al ver que se trataba del señor Maeda Inuchiyo, envió a un soldado a la cabeza de la columna para informar a Tokichiro.

La orden de descanso fue transmitida a lo largo de la línea. Apenas habían caminado lo suficiente para empezar a sudar, pero tanto los oficiales como los soldados eran poco entusiastas con respecto a su misión. No creían en la posibilidad de la victoria, y si uno miraba los rostros de la tropa vería que estaban inquietos y no mostraban la menor voluntad de luchar.

Inuchiyo desmontó y caminó entre la tropa, escuchando la charla de los soldados.

—¡Eh! Podemos descansar.

-¿Ya?

—No digas eso. Un descanso está bien en cualquier momento.

—¿Inuchiyo?

En cuanto Tokichiro vio a su amigo, desmontó y corrió a su encuentro.

—La batalla hacia la que os dirigís será el momento crucial para el clan Oda —dijo Inuchiyo de repente—. Tengo una fe absoluta en ti, pero la expedición es impopular entre los servidores y la inquietud en la ciudad es extraordinaria. He corrido en pos de ti para despedirme. Pero escucha, Tokichiro, ser general y dirigir un ejército es muy diferente de tus cometidos anteriores. En serio, amigo mío, ¿estás realmente preparado?

—No te preocupes. —Tokichiro mostró su resolución con un firme gesto de asentimiento y añadió—: Tengo un plan.

Pero cuando Inuchiyo supo en qué consistía el plan frunció el ceño.

—He oído decir que enviaste a Gonzo con un mensaje para Hachisuka nada más recibir las órdenes de Su Señoría.

—¿Te has enterado de eso? Era absolutamente secreto.

—La verdad es que se lo he oído decir a Nene.

—Una mujer siempre habla más de la cuenta, ¿no es cierto? Es algo que infunde un poco de miedo.

—No, no es eso, estaba mirando a través del portal para felicitarte por tu nombramiento y acerté a oír a Nene que hablaba con Gonzo. Acababa de volver de una visita a un santuario de Atsuta para rezar por tu éxito.

—En tal caso, tienes alguna idea de lo que me propongo hacer.

—¿Crees que esos bandidos a los que pides que sean nuestros aliados son de confianza? ¿Qué ocurrirá si no lo consigues?

—Lo conseguiré.

—No sé lo que usas como cebo, pero ¿te ha dado su jefe alguna indicación de que estaba de acuerdo con tu propuesta?

—No quiero que los demás se enteren.

—Es un secreto, ¿eh?

—Mira esto.

Tokichiro sacó una carta que había guardado bajo la armadura y la tendió en silencio a Inuchiyo. Era la respuesta de Hachisuka Koroku que Gonzo había traído la noche anterior. Inuchiyo la leyó en silencio, pero al devolverla miró a Tokichiro con una expresión de sorpresa. Por un momento no supo qué decir.

—Supongo que lo comprendes.

—Pero Tokichiro, ¿no es ésta una carta de rechazo? Dice que el clan Hachisuka se ha relacionado con el clan Saito durante generaciones y que romper ahora con ellos y apoyar al clan Oda sería inmoral. Es una clara negativa. ¿Cómo la interpretas?

—Tal como está escrita. —Tokichiro alzó la cabeza de súbito—. Lamento hablar de un modo tan terminante cuando me has mostrado tu amistad viniendo hasta aquí, pero si tienes un poco de consideración, te ruego que cumplas con tu deber en el castillo mientras yo estoy ausente y no te preocupes.

—Si puedes hablar así es que debes tener fe en ti mismo. Bien, no hay más que hablar. Cuídate, amigo.

—Te lo agradezco.

Tokichiro ordenó al samurai que estaba a su lado que trajera el caballo de Inuchiyo.

—Dejemos las formalidades para otra ocasión y sigue adelante.

Tokichiro montó al tiempo que traían el caballo de Inuchiyo.

—Hasta que volvamos a vernos.

Tokichiro. saludó de nuevo agitando un brazo desde lo alto de su caballo y se puso en marcha.

Varios estandartes rojos sin marcas desfilaron ante los ojos de Inuchiyo. Tokichiro se volvió y le sonrió. En el cielo azul revoloteaban apaciblemente unas libélulas rojas. Sin decir otra palabra, Inuchiyo hizo dar la vuelta a su caballo en la dirección del castillo de Kiyosu.

El espesor del musgo era sorprendente. Un visitante podría contemplar el espacioso jardín de la mansión del clan Hachisuka, tan similar a los jardines de los templos en los que está prohibida la entrada, y preguntarse cuántos siglos tenía realmente el verde musgo. A la sombra de las grandes rocas había bosquecillos de bambú. Era una tarde de otoño, absolutamente apacible.

«Ha sobrevivido, sin duda alguna», reflexionó Hachisuka Koroku cuando entró en el jardín que le recordaba el vínculo con sus antepasados, los cuales habían vivido en Hachisuka durante generaciones. «¿También mi generación desaparecerá sin haber establecido un nombre familiar respetable?» Por otro lado, se consolaba pensando en que sus antepasados apreciarían que se aferrase a lo que tenía, pero siempre una parte de su ser se negaba en redondo a dejarse persuadir.

En unos días tan apacibles, cuando uno miraba aquella vieja casa que era como un castillo, rodeada por un espeso y lujurioso jardín, era imposible creer que el señor del lugar era el jefe de una banda de ronin y estaba al frente de varios millares de guerreros que como lobos acosaban los caminos interiores de un territorio inestable. Trabajando en secreto con Owari y Mino, Koroku había logrado asegurarse una base de poder y suficiente influencia para oponerse a la voluntad de Nobunaga.

Koroku cruzó el jardín y de improviso se volvió hacia la casa principal y gritó:

—¡Kameichi! Prepárate y ven aquí.

El hijo mayor de Koroku, Kameichi, tenía once años. Al oír la voz de su padre, cogió dos lanzas de prácticas y salió al jardín.

—¿Qué estabas haciendo?

—Leía.

—Si te envicias leyendo libros, vas a descuidar las artes marciales, ¿no es cierto?

Kameichi desvió la mirada. El muchacho era diferente de su fornido padre y su carácter tendía hacia lo intelectual y lo refinado. Todo el mundo diría que Koroku tenía un digno heredero, pero en realidad estaba insatisfecho de su hijo. Los más de dos mil ronin bajo su mando eran en su mayoría analfabetos, rudos guerreros rurales. Si el jefe del clan era incapaz de controlarlos, los Hachikusa desaparecerían. Es un principio natural entre los animales salvajes que los débiles se conviertan en pasto de los fuertes.

Cada vez que Koroku miraba a su hijo, que se le parecía tan poco, temía que aquél fuese el final de su estirpe y deploraba la naturaleza refinada de Kameichi y sus inclinaciones culturales. Siempre que disponía de algún tiempo libre, llamaba al muchacho para que saliera al jardín e intentaba insuflarle algo de su feroz espíritu de lucha por medio de las artes marciales.

—Coge una lanza.

—Sí, señor.

—Adopta la postura habitual y ataca sin pensar en que soy tu padre.

Koroku apuntó con la lanza y se lanzó hacia su hijo como si fuese un adulto.

Los ojos de Kameichi, en los que se reflejaba la debilidad de su temple, se contrajeron ante la voz aterradora de su padre, y se retiró. La lanza inmisericorde de Koroku le golpeó con fuerza en el hombro. Kameichi gritó y cayó al suelo sin sentido.

Matsunami, la esposa de Koroku, salió de la casa y corrió por el jardín fuera de sí.

—¿Dónde te ha golpeado? ¡Kameichi! ¡Kameichi!

Claramente irritada por el rudo tratamiento que el padre dispensaba a su hijo, llamó bruscamente a los criados para que trajesen agua y medicinas.

—¡Idiota! —le gritó Koroku—. ¿Por qué lloras y le consuelas? Kameichi es debilucho porque le has criado para que sea así. No va a morir. ¡Apártate de él!

Los criados que habían traído el agua y las medicinas se quedaron mirando sin expresión el severo semblante de Koroku, manteniéndose a distancia.

Matsunami se enjugó las lágrimas y con el mismo pañuelo restañó la sangre que fluía del labio de Kameichi mientras lo mecía en sus brazos. El pequeño o bien se había mordido el labio cuando su padre le golpeó o bien se había cortado con una piedra del suelo al caer.

—Debe de dolerle. ¿Te ha golpeado en alguna otra parte?

La mujer nunca reñía con su marido, por muy disgustada o excitada que estuviera. Como cualquier otra mujer de la época, sus únicas armas eran las lágrimas.

Por fin Kameichi recobró el conocimiento.

—Estoy bien, madre, no ha sido nada. Vete.

Recogió la lanza, apretando los dientes a causa del dolor, y se incorporó, demostrando por primera vez una virilidad que debió de haber encantado a su padre.

—¡Listo! —gritó.

Una sonrisa suavizó las facciones de Koroku.

—Vamos, atácame con ese brío —le azuzó.

En aquel momento un servidor curzó corriendo el portal. Se volvió hacia Koroku y le anunció que un hombre que decía ser un mensajero de Oda Nobunaga acababa de atar su caballo junto al portal principal y afirmaba tener una urgente necesidad de hablar con Koroku en privado. El servidor quería saber qué deberían hacer con él.

—Y es un poco raro —añadió—. Ha cruzado el portal con despreocupación, a solas y sin ninguna ceremonia, mirando a su alrededor como si estuviera familiarizado con el lugar y diciendo cosas como éstas: «Ah, es como estar en casa», «Las tórtolas se arrullan como siempre» y «Ese caqui ha crecido mucho». Resulta difícil creer que sea un mensajero de Oda.

Koroku ladeó la cabeza y se quedó pensativo. Al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Y cómo se llama?

—Kinoshita Tokichiro.

—¡Ah! —De repente pareció como si sus dudas se hubieran esfumado—. ¿De modo que es él? Ahora lo comprendo.

Debe de ser el hombre que envió antes ese mensaje. No tengo ninguna necesidad de verle. ¡Despídele!

El servidor echó a correr para echar a Tokichiro de la finca.

—Debo pedirte algo —dijo Matsunami—. Por favor, excusa a Kameichi de la práctica por un solo día. Está un poco pálido y tiene el labio hinchado.

—Hummm. Bueno, llévatelo. —Koroku dejó la lanza y su hijo con la mujer—. No le mimes demasiado y no le des un montón de libros creyendo que le haces un favor. . Koroku se encaminó a la casa, y estaba a punto de desatarse las sandalias en la piedra pasadera cuando el servidor llegó corriendo de nuevo.

—Señor, ese hombre se muestra cada vez más extraño. No quiere marcharse, y no sólo eso, sino que ha entrado por una puerta lateral, ha ido a los establos y está hablando con un caballero y un barrendero del jardín como si los conociera desde hace largo tiempo.

—Échale. ¿Por qué tratas con tanta lenidad a un hombre del clan Oda?

—No, incluso he ido más allá de lo que me habéis dicho, pero cuando los hombres han salido del barracón y le han amenazado con arrojarlo por encima del muro, me ha pedido que os hable una vez más. Ha dicho que si os decía que es el Hiyoshi a quien encontrasteis hace diez años en el río Yahagi, sin duda le recordaréis. Y se ha quedado ahí plantado, dando la impresión de que no se le podría mover ni con una palanca.

—¿El río Yahagi? —Koroku no se acordaba en absoluto.

—¿No lo recordáis?

—No.

—Entonces ese individuo debe ser realmente extraño. No hace más que divagar desesperadamente. ¿Le doy una buena paliza, azuzo su caballo y le envío de regreso a Kiyosu?

Era evidente que el hombre estaba exasperado por hacer de mensajero una y otra vez. Con una mirada que decía «espera y verás», se volvió y había corrido hasta el portal de madera cuando Koroku, que estaba en los escalones de la casa, le llamó.

—¡Espera!

—Sí, ¿alguna otra cosa?

—Espera un momento. ¿No crees que podría ser el Mono?

—¿Conocéis ese nombre? Me pidió que os dijera que es el Mono si no recordabais a Hiyoshi.

—Entonces es el Mono —dijo Koroku.

—¿Le conocéis? —inquirió el servidor.

—Era un muchacho muy agudo que tuvimos aquí durante cierto tiempo. Barría el jardín y cuidaba de Kameichi.

—Pero ¿no es raro que se presente aquí como un mensajero de Oda Nobunaga?

—Eso carece de sentido para mí, pero ¿qué aspecto tiene?

—Respetable.

—¿De veras?

—Lleva una capa corta sobre la armadura y parece haber recorrido una larga distancia. Tanto la silla de montar como los estribos de su caballo están cubiertos de barro, y de la silla le cuelga un cesto de mimbre para transportar víveres y artículos de viaje.

—Está bien, hazle pasar y veremos.

—¿Qué le haga pasar?

—Sólo para estar seguro... quiero verle la cara.

Koroku se sentó en la terraza y esperó.

La distancia desde el castillo de Nobunaga hasta Hachisuka era de unas pocas leguas. Legalmente, el pueblo debería formar parte del dominio de los Oda, pero Koroku no reconocía a Nobunaga ni recibía un estipendio del clan Oda. Su padre y los Saito de Mino se habían apoyado mutuamente, y el sentimiento de lealtad entre los ronin era fuerte. En realidad, en aquellos tiempos turbulentos apreciaban la lealtad y la caballerosidad, junto con el honor, incluso más que en las casas de los samurais. Aunque el destino les obligaba a vivir como saqueadores salvajes, aquellos ronin estaban unidos como padres e hijos, por lo que no toleraban la deslealtad y la falta de honradez. Koroku era como el cabeza de una gran familia y la misma fuente de aquellas férreas reglas de conducta.

El asesinato de Dosan y la muerte de Yoshitatsu el año anterior habían causado un problema tras otro en Mino y tam-

bien habían tenido repercusiones para Koroku. El estipendio pagado a los Hachisuka mientras Dosan vivía había sido interrumpido después de que los Oda bloquearan todos los caminos que llevaban de Owari a Mino, pero aun así Koroku no iba a olvidar su sentido de la lealtad. Por el contrario, su enemistad hacia los Oda fue en aumento, y en años recientes había ayudado indirectamente a las defecciones en el campo de Nobunaga y había sido uno de los principales causantes de la agitación en los dominios de los Oda.

—Le he traído —dijo el servidor desde el portal de madera.

Por si acaso, cinco o seis hombres de Koroku rodeaban a Tokichiro cuando entró.

Koroku le miró con ceño.

—Ven aquí —le dijo, haciendo un gesto imperioso con la cabeza.

Un hombre de aspecto ordinario estaba ante Koroku. Su saludo también fue ordinario.

—Bueno, hacía largo tiempo que no nos veíamos.

Koroku le miraba fijamente.

—Eres el Mono, desde luego. Tu cara no ha cambiado mucho.

En contraste con el rostro de Tokichiro, Koroku no pudo evitar que le sorprendiera la transformación operada en su indumentaria. Ahora Koroku recordaba claramente aquella noche de diez años atrás cerca del río Yahagi, cuando Tokichiro, vestido con una sucia túnica de algodón, el cuello, las manos y los pies llenos de mugre, estaba durmiendo en la orilla del río. Cuando un soldado le sacudió para despertarle, reaccionó con una vehemencia y un espíritu de lucha que dejó a todos sorprendidos, preguntándose quién podría ser. A la luz de los faroles que sostenían los soldados, resultó no ser más que un joven de extraño aspecto.

Tokichiro habló humildemente, como si no hiciera ninguna distinción entre su categoría de antaño y la actual.

—La verdad es que he sido muy descuidado y no os he visitado en tanto tiempo, pero me alegro al ver que gozáis de vuestra buena salud acostumbrada. El señor Kameichi ya debe de

estar muy crecido. ¿Y vuestra esposa? ¿Está bien? ¿Sabéis?, al regresar para visitaros diez años parecen un instante.

Entonces, deslizando su mirada por los árboles del jardín con auténtica emoción y contemplando los tejados de los edificios, habló por los codos de sus recuerdos, de la época en que cada día recogía agua de aquel pozo, de cuando el señor le regañó, tal vez al lado de aquella piedra, de cuando llevaba a Kameichi a la espalda y atrapaba cigarras para él.

A Koroku, sin embargo, tales recuerdos no parecían conmoverle lo más mínimo. En cambio se concentraba en los menores movimientos de Tokichiro, y por fin habló bruscamente.

—Mono —le dijo, dirigiéndose a él tal como lo hacía en el pasado—. ¿Te has convertido en un samurai?

Por el aspecto de Tokichiro, resultaba evidente que así era, pero el joven no se mostró en modo alguno desconcertado.

—Sí. Como podéis ver, todavía recibo un estipendio insignificante, pero estoy a punto de llegar a ser un auténtico samurai. Confío en que eso os satisfaga. De hecho, hoy he venido hasta aquí desde mi puesto en el campamento de Sunomata en parte porque he pensado que podría complaceros conocer mi ascenso.

Los labios de Koroku esbozaron una sonrisa forzada.

—Éstos son buenos tiempos, ¿verdad? Incluso hay quienes están dispuestos a contratar a hombres como tú entre sus samurais. ¿A quién sirves?

—Al señor Oda Nobunaga.

—¿Ese matón?

—Por cierto... —Tokichiro alteró un poco su tono de voz—. He hecho cierta digresión sobre mis asuntos personales, pero hoy he venido aquí como Kinoshita Tokichiro, a las órdenes del señor Nobunaga.

—¿Ah, sí? ¿Eres un enviado?

—Voy a entrar. Disculpádmeme.

Tras decir esto, Tokichiro se quitó las sandalias, subió los escalones de la terraza en la que Koroku estaba sentado y ocupó el asiento de honor en la estancia.

—¡Eh! —gruñó Koroku y siguió sentado donde estaba. No le había invitado a entrar y, no obstante, Tokichiro había su-

bido sin vacilar y se había sentado. Koroku se volvió hacia él y le dijo—: ¿Mono?

Aunque Tokichiro había respondido antes a ese apodo, ahora se negó a hacerlo y miró fijamente a Koroku, el cual se tomaba a broma lo que consideraba un comportamiento infantil.

—Vamos, vamos, Mono. Has cambiado repentinamente de actitud, pero hasta ahora me estabas hablando como una persona ordinaria. ¿Quieres que en adelante me atenga a la formalidad de dirigirme a ti como enviado de Nobunaga?

—Exactamente.

—Entonces vete a casa de inmediato. ¡Vete de aquí, Mono!

—Koroku se puso en pie y bajó al jardín. Su voz se había vuelto áspera y su mirada era amenazante—. Tal vez tu señor Nobunaga crea que Hachisuka se encuentra dentro de su territorio, pero lo cierto es que gobiernan casi todo Kaito. No recuerdo que yo o alguno de mis antepasados haya recibido jamás de Nobunaga un solo grano de mijo. Que se dé conmigo los aires de un señor provincial es el colmo del absurdo. Vete a casa, Mono. ¡Y si dices algo ofensivo, te mataré! —Le miró furibundo y añadió—: Cuando regreses dile a Nobunaga que él y yo somos iguales. Si quiere algo de mí, puede venir personalmente. ¿Lo has entendido, Mono?

—No.

—¡Cómo!

—Es una lástima. ¿No sois realmente nada más que el jefe de una partida de bandidos ignorantes?

—¿Qq... qué? ¡Cómo te atreves! —Koroku volvió de un salto a la estancia y se enfrentó a Tokichiro con una mano en la guarda de su espada—. Repite eso, Mono.

—Sentaos.

—¡Calla!

—No, hacedme caso y sentaos. Tengo algo que deciros,

—¡Refrena la lengua!

—No, voy a demostraros vuestra propia ignorancia. He de enseñaros algo. ¡Sentaos!

—Tú...

—Esperad, Koroku. Si vais a matarme, éste es el lugar y vos

la persona que lo hará, por lo que no creo que haya ningún motivo para apresuraros. Pero si me matáis, ¿quién va a enseñaros nada?

—¡Estás..., estás loco!

—En cualquier caso, sentaos. Vamos, hacedme caso. Dejad de lado vuestro mezquino egoísmo. No quiero hablaros sólo del señor Nobunaga y su relación con el clan Hachisuka. Lo que importa en primer lugar es que los dos habéis nacido en este país de Japón. Según vos, Nobunaga no es el señor de esta provincia. Pues mirad, ésas son unas palabras muy razonables y estoy de acuerdo con vos. Pero lo que me parece impertinente es esa afirmación de que Hachisuka es vuestro propio dominio. En eso estáis equivocado.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Toda tierra considerada como propiedad personal, tanto si es de Hachisuka como de Owari, o cualquier bahía o cala, o incluso un simple terrón, ya no forma parte del imperio. ¿No es así, Koroku?

—Humm.

—Con el debido respeto, hablar de esa manera sobre Su Majestad Imperial, el verdadero propietario de toda la tierra, qué digo, estar ahí ante mí con la mano en la espada mientras os hablo, es una falta total de respeto, ¿no os parece? Ni siquiera un aldeano se comportaría de esa manera, y sois el dirigente de tres mil ronin, ¿no es cierto? ¡Sentaos y escuchad!

Más que motivadas por su valor, esas últimas palabras vehementes parecían un grito de todo su ser. En aquel momento, alguien gritó desde el interior de la casa.

—¡Sentaos, señor Koroku! ¡No podéis hacer otra cosa!

Koroku se volvió, preguntándose quién podría ser. El sorprendido Tokichiro también miró hacia el lugar de donde había procedido la voz. A la luz verdosa que llegaba desde el centro del jardín se veía a una persona inmóvil en la entrada del corredor. La mitad de su cuerpo estaba oculta por la sombra de la pared. No podían ver quién era, pero parecía llevar el hábito de un sacerdote.

—Ah, sois el reverendo Ekei, ¿no es cierto? —dijo Koroku.

—Así es. He cometido la grosería de gritar desde el exte-

rior, pero me preocupaba el motivo de vuestra discusión a voces.

Ekei seguía sin moverse y con una vaga sonrisa en los labios.

—Sin duda os he causado una terrible molestia —dijo Koroku con calma—. Os ruego que me perdonéis, Vuestra Reverencia. Ahora mismo echaré de aquí a este insolente.

—Esperad, señor Koroku. —Ekei entró en la estancia—. Estáis siendo ofensivo.

Ekei era un monje itinerante de unos cuarenta años de edad que había sido invitado a alojarse allí. Tenía el físico de un guerrero de anchos hombros. Entre sus facciones resaltaba especialmente su ancha boca. Ante la posibilidad de que aquel monje que estaba gozando de su hospitalidad se alineara con Tokichiro, Koroku le miró fijamente.

—¿Ofensivo para quién?

—Vamos a ver. Existe una razón para no hacer caso omiso de las palabras de este enviado. El señor Tokichiro ha afirmado que ni esta zona ni la provincia de Owari pertenece a Nobunaga o a los Hachisuka, sino más bien a Su Majestad el emperador. ¿Podéis declarar rotundamente que eso no es cierto? No, no podéis hacerlo. Expresar insatisfacción con la política nacional es lo mismo que acariciar la traición contra Su Majestad, y esto es lo que dice el enviado. Así pues, sentaos un momento, inclinuos ante la verdad y escuchad atentamente lo que este mensajero tiene que decir. Luego podréis decidir si es correcto echarle o acceder a lo que solicita. Ésta es mi humilde opinión.

Koroku no era precisamente un bandido analfabeto e ignorante. Tenía los rudimentos de una educación en literatura japonesa y conocía las tradiciones del país, así como los orígenes y ramificaciones de su propio linaje.

—Os pido perdón. Lo de menos es quién habla. Es una necesidad por mi parte oponerme al principio de la obligación moral. Escucharé lo que el enviado tiene que decir.

Al ver que Koroku se había tranquilizado y tomaba asiento, Ekei se sintió satisfecho.

—Bueno, sería descortés por mi parte que me quedara

aquí, de modo que me retiraré. Pero antes de que deis una respuesta al mensajero, señor Kuroku, quisiera que vinierais un momento a mi habitación. Hay algo que me gustaría deciros.

Tras estas palabras, el sacerdote se marchó.

Koroku hizo un gesto de asentimiento y entonces se volvió de nuevo hacia el enviado, Tokichiro. Le nombró por su antiguo apodo, pero se corrigió en seguida.

—Mono..., no, quiero decir honorable enviado del señor Oda. ¿Qué clase de asunto quieres plantearme? Oigámoslo brevemente.

Tokichiro se humedeció los labios sin darse cuenta y consideró que había llegado el momento decisivo. ¿Sería capaz de persuadir a aquel hombre con un verbo elocuente y la cabeza fría? La construcción del castillo de Sunomata, el resto de su vida y, a su vez, el auge o la caída del clan de su señor... Todo dependía de la aceptación o el rechazo de Kuroku. Tokichiro estaba tenso.

—En realidad no se trata de un asunto distinto, sino que está relacionado con mi petición anterior, enviada por medio de mi sirviente Gonzo, sobre vuestras intenciones.

—Con respecto a ese asunto, me niego en redondo, tal como escribí en mi réplica —respondió Koroku bruscamente—. ¿Has leído esa réplica o no?

—La he leído. —Al comprobar la inflexibilidad de su contrario, Tokichiro inclinó la cabeza sumisamente—. Pero Gonzo os entregó una carta mía, y lo que hoy os presento es la petición del señor Nobunaga.

—Al margen de quien lo solicite, no tengo ninguna intención de apoyar al clan Oda. No necesito escribir dos respuestas.

—¿Os proponéis entonces llevar el legado de vuestros antepasados a su lamentable destrucción en vuestra propia generación y en esta misma tierra?

—¿Qué?

—No os enfadéis, os lo ruego. Yo mismo fui favorecido aquí con alojamiento y comida hace diez años. En un sentido más amplio, es una verdadera pena que las personas como vos estén ocultas entre la espesura y no se utilice su valía. Pensando tanto en el interés público como en el mío propio, creo que

sería una lástima que los Hachisuka declinaran en su aislamiento hasta destruirse a sí mismos. Por eso he venido aquí como un último recurso, a fin de devolveros el favor que os debo desde hace tanto tiempo.

—Tokichiro.

—¿Sí?

—Todavía eres joven. No tienes la capacidad de realizar misiones para tu señor con elocuencia. Lo único que consigues es encolerizar a tu contrario, y la verdad es que no quiero enfadarme con un joven como tú. ¿Por qué no te marchas antes de que llegemos demasiado lejos?

—No voy a marcharme hasta que haya dicho lo que debo decir.

—Aprecio tu entusiasmo, pero se trata de la energía de un necio.

—Gracias, pero no olvidéis que grandes logros más allá de las fuerzas humanas suelen parecer producto de la energía de unos necios. No obstante, hay hombres juiciosos que no siguen la senda de la sabiduría. Por ejemplo, supongo que os consideráis más juicioso que yo. Pero si se mira objetivamente, resulta que sois el necio que se sienta en el tejado y contempla cómo se quema su propia casa. Seguíis siendo testarudo, aunque el fuego se extiende por los cuatro lados. ¡Y sólo tenéis tres mil ronin!

—¡Mono! ¡Tu delgado cuello está cada vez más cerca de mi espada!

—¿Qué? ¿Mi delgado cuello es el que corre peligro? Aun cuando sigáis siendo leal a los Saito, ¿qué clase de gente son? Han cometido todas las traiciones y todas las atrocidades imaginables. ¿Creéis acaso que existe en cualquier otra provincia una moral tan degenerada? ¿No tenéis un hijo? ¿No tenéis familia? Entonces mirad a Mikawa. El señor Ieyasu ya se ha comprometido con el clan Oda en una alianza inquebrantable. Cuando el clan Saito se derrumbe, si confiáis en los Imagawa seréis interceptado por los Tokugawa. Si pedís ayuda a Ise, seréis rodeado por los Oda. No importa el clan con el que decidáis aliaros... ¿Cómo protegeréis a vuestra familia? Lo único que queda es aislamiento y autodestrucción, ¿no es cierto?

Ahora Koroku guardaba silencio, casi como si estuviera pasmado, casi como si le hubiera embaucado la elocuencia de Tokichiro. Pero aunque la sinceridad del joven se reflejaba en su rostro mientras hablaba, ni una sola vez había mirado con iracundia a su contrario ni se había mostrado arrogante. Y la sinceridad, aunque se exprese con un tartamudeo, resultará elocuente cuando esté inspirada.

—Os pido una vez más que lo reconsideréis. No hay una sola persona inteligente bajo el sol que no mire con recelo la inmoralidad y el desgobierno de Mino. Al aliaros con una provincia sin fe y sin ley, os estáis buscando vuestra propia destrucción. Una vez hayáis conseguido eso, ¿creéis que os alabarán como alguien que sufrió una muerte de mártir siguiendo el verdadero Camino del Samurai? Sería mejor poner fin a esta inútil alianza y reuniros una sola vez con mi patrono, el señor Nobunaga. Aunque se dice que en estos tiempos el país entero está lleno de guerreros, no hay uno solo con el genio del señor Nobunaga. ¿Creéis que las cosas van a seguir tal como están? Aunque hablar así sea irrespetuoso, lo cierto es que el shogunado se encuentra en el final del camino. Nadie obedece al shogun y sus funcionarios son incapaces de gobernar. Cada provincia se ha replegado en sí misma, cada una refuerza su propio territorio, manteniendo a sus propios guerreros, afilando sus aceros y almacenando armas de fuego. La única manera de sobrevivir hoy es saber quién entre tantos señores de la guerra rivales está tratando de establecer un nuevo orden.

Por primera vez, Koroku hizo un solo y renuente gesto de asentimiento. Tokichiro se acercó más a él.

—Ese hombre está ahora entre nosotros, y es un hombre de amplia visión. Sólo el vulgo es incapaz de verlo así. Habéis adoptado una postura leal con el clan Saito, pero os preocupa tanto la lealtad de segundo orden que pasáis por alto la lealtad más importante, y eso es lamentable tanto para vos como para el señor Nobunaga. Borrada de vuestra mente las pequeneces y pensad en el proyecto mayor. Es el momento apropiado. A pesar de lo indigno que soy, he recibido la orden de construir el castillo de Sunomata, que servirá de asidero para el ataque contra Mino de la vanguardia a mi mando. Al clan Oda no le

faltan comandantes inteligentes y valerosos, y el hecho de que el señor Nobunaga cuente entre ellos a un subordinado como yo es un acto atrevido e indica que no se trata de un señor ordinario como los demás. Las órdenes del señor Nobunaga implican que el castillo de Sunomata estará al mando del hombre que lo construya. Decidme, pues: para la gente como nosotros, ¿habrá otra oportunidad como ésta de elevarnos? Digo esto consciente de que nada podrá hacerse con la fuerza de un solo individuo. No, no voy a embellecer mis palabras. He pensado que podría aprovechar esta oportunidad, y he arriesgado mi vida al venir aquí para persuadiros. Si me he equivocado, estoy resuelto a morir, pero no he venido aquí con las manos vacías. Aunque no sea mucho, de momento he traído tres caballos cargados de oro y plata como compensación y para los gastos militares de vuestros hombres. Os agradecería que aceptarais esa recompensa.

Cuando Tokichiro terminó de hablar, alguien se dirigió a Koroku desde el jardín.

—Tío.

Un samurai se postró ante él.

—¿Quién me llama tío?

Pensando en lo extraño de la situación, Koroku miraba precavidamente al guerrero.

—No nos veíamos desde hacía mucho tiempo —dijo el hombre, alzando la vista.

No había ninguna duda de que Koroku se había sobresaltado.

—¿Tenzo? —dijo sin proponérselo.

—Me avergüenza decir que soy yo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No creía que volvería a veros, pero gracias a la comprensión del señor Tokichiro recibí la orden de acompañarle hoy en su misión.

—¿Qué? ¿Habéis venido juntos?

—Después de volverme contra vos y huir de Hachisuka, pasé muchos años con el clan Takeda en la provincia de Kai, trabajando como ninja. Luego, hace unos tres años, me ordenaron que espicara a los Oda, y fui a la ciudad fortificada de Kiyosu. Allí me descubrieron los agentes del señor Nobunaga

y me encarcelaron. Fui puesto en libertad gracias a los buenos oficios del señor Tokichiro.

—Entonces ¿ahora eres el ayudante del señor Tokichiro?

—No, una vez salí de prisión, y con la ayuda del señor Tokichiro trabajé con los ninjas de Oda. Pero cuando el señor Tokichiro partió hacia Sunomata, solicité acompañarle.

-¿Ah, sí?

Koroku miró absorto a su sobrino. Lo que había cambiado todavía más que el aspecto de Tenzo era su carácter. Aquel sobrino indomeñable, que era tan brutal y bárbaro incluso según los criterios de los Hachisuka, ya no era reconocible. Ahora era cortés, de mirada apacible, y lamentaba sus delitos de antaño, por los que estaba dispuesto a pedir disculpas. ¡Diez años atrás —diez años ya— Koroku le habría arrancado un miembro tras otro!

Encolerizado por las maldades de su sobrino, había perseguido a Tenzo hasta la frontera de Kai para castigarle. Pero ahora, al mirar los ojos de Tenzo, en los que brillaba la resolución, apenas podía recordar su cólera. No se debía a la simpatía natural hacia un familiar, sino a que la personalidad de Tenzo había cambiado claramente.

—Veréis, no os he dicho nada de esto porque me proponía mencionarlo más tarde —dijo Tokichiro—, pero en consideración a mí, quisiera que perdonéis a vuestro sobrino. Tenzo es ahora un servidor irreprochable de los Oda. Él mismo ha pedido perdón por sus pasados delitos. A menudo me ha dicho que quería pedir personalmente disculpas, pero se avergonzaba demasiado de sus acciones de antaño para venir aquí. Y puesto que había otros asuntos de los que ocuparnos en Hachisuka, pensé que ésta podría ser la ocasión perfecta. Dejad, por favor, que la relación entre tío y sobrino sea tan armoniosa como lo era antes y confiad en un futuro próspero.

Mientras Tokichiro mediaba por su parte, ni siquiera Koroku se sentía con ánimo de echar en cara a Tenzo sus delitos de diez años antes. Y cuando Koroku empezó a abrir su corazón, Tokichiro no dejó que el momento se perdiera.

—Tenzo, ¿has traído el oro y la plata? —preguntó con naturalidad y en tono de mando.

—Sí, señor.

—Bien, echemos un vistazo junto con el inventario. Haz que un criado lo traiga aquí, Tenzo.

—Sí, señor.

Cuando Tenzo empezaba a marcharse, Koroku le llamó apresuradamente. El rubor de sus mejillas reflejaba la angustia que sentía.

—Espera, Tenzo. No puedo aceptar esto. Si lo hiciera, significaría que prometo servir al clan Oda. Aguarda un poco hasta que haya pensado a fondo en el asunto.

Tras decir estas palabras, se levantó y salió de la estancia.

Al regresar a su habitación, Ekei se puso a escribir en su diario de viaje. De repente dejó de escribir, se incorporó y fue a la habitación del dueño de la casa.

—¿Señor Kuroku? —preguntó, asomándose al interior, pero el hombre no estaba allí.

El sacerdote se dirigió a la capilla y allí vio a Koroku sentado ante la tablilla mortuoria de sus antepasados y cruzado de brazos.

—¿Habéis dado una respuesta al enviado del señor Nobunaga?

—Aún no se ha ido, pero cuanto más hablaba con él, tanto más molesto se volvía, así que voy a dejarle donde está.

—No es probable que se dé por vencido y se marche. —Ekei esperó una réplica, pero Koroku permaneció en silencio—. Señor Koroku —le dijo finalmente Ekei.

—¿Qué?

—Tengo entendido que ese mensajero estuvo empleado aquí como sirviente.

—Sólo le conocía por el apodo de Mono y desconocía su procedencia. Le recogí a orillas del río Yahagi y le di trabajo.

—Eso es un inconveniente.

—¿Un inconveniente?

—El recuerdo de la época en que os sirvió se ha convertido en un obstáculo, y no podéis ver cómo es realmente ahora ese hombre.

—¿Lo creéis así?

—Jamás me he sorprendido tanto como hoy.

—¿Por qué?

—Basta con mirar el rostro de ese enviado. Tiene unos rasgos que cualquiera consideraría fuera de lo corriente. Estudiar la fisonomía de la gente no es más que una diversión, y cuando juzgo el carácter de un hombre tan sólo mirándole, suelo guardarme mis conclusiones. Pero en este caso me he quedado asombrado. Algún día este hombre hará algo extraordinario.

—¿Ese cara de mono?

—Sí, él. Algún día este hombre será capaz de poner en movimiento al país entero. Si no estuviera en este Imperio del Sol Naciente, quizá podría llegar a ser un soberano.

—¿Qué estáis diciendo?

—He pensado que no os tomaríais en serio su petición, y por eso os hablo así antes de que decidáis. Dejad de lado vuestras ideas preconcebidas. Cuando miréis a un hombre, miradlo con el corazón, no con los ojos. Si ese hombre se marcha hoy con vuestra negativa, lo lamentaréis durante los próximos cien años.

—¿Cómo podéis decir tal cosa de un hombre a quien nunca habíais visto hasta ahora?

—No digo esto sólo por haberle mirado a la cara. Me he llevado una sorpresa al oír su explicación sobre la justicia y la honradez. Y su negativa a ceder bajo vuestras mofas y amenazas, al tiempo que refutaba vuestra postura con sinceridad y buena fe, demuestra que es un hombre apasionado y recto. No tengo la menor duda de que un día será un hombre de gran distinción.

Koroku se postró de inmediato ante Ekei.

—Me someto humildemente a vuestras palabras —dijo con firmeza—. A fuer de sincero, si comparo mi carácter con el suyo, el mío es claramente inferior. Renuncio a mi mezquino egoísmo y voy a darle en seguida una respuesta positiva. Os estoy agradecido en extremo por vuestro consejo.

Salió de la estancia con los ojos brillantes, como si él mismo hubiera sido testigo del nacimiento de una nueva era.

Unas horas después de la llegada de Tokichiro a Hachisuka, dos jinetes galoparon en plena noche en dirección a Kiyosu. En

aquellos momentos nadie sabía que los dos hombres eran Koroku y Tokichiro. Más tarde, aquella misma noche, Nobunaga habló con los dos hombres en una pequeña habitación del castillo. Su conversación secreta se prolongó durante varias horas. Sólo unos pocos hombres seleccionados, entre ellos Tenzo, conocían la razón de su visita.

Al día siguiente Koroku convocó un consejo de guerra. Todos cuantos respondieron a la llamada eran ronin. Habían estado a las órdenes de Koroku durante muchos años y reconocían su autoridad de la misma manera que los grandes señores provinciales obedecían los decretos del shogun. Cada jefe estaba al frente de un grupo de guerreros en su propia fortaleza de pueblo o montaña, y aguardaba el día en que le necesitarían. A todos ellos les sorprendió la presencia de Watanabe Tenzo de Mikuriya, el cual, diez años antes, se había rebelado contra su dirigente.

Cuando los hombres ocuparon sus asientos, Koroku les informó de su decisión de abandonar su alianza con el clan Saito y jurar fidelidad a los Oda. Al mismo tiempo explicó las circunstancias del regreso de su sobrino. Al final de su parlamento les dijo:

—Supongo que algunos de vosotros no estaréis de acuerdo y que otros tenéis estrechos vínculos con los Saito. No voy a obligaros. Podéis marcharos sin vacilación y no guardaré rencor a nadie que permanezca leal a Mino.

Pero nadie se levantó para marcharse. De hecho, ninguno mostró lo que sentía realmente. Entonces Tokichiro pidió permiso a Koroku y se dirigió a los hombres.

—He recibido instrucciones del señor Nobunaga para levantar un castillo en Sunomata. Supongo que hasta ahora cada uno ha vivido como mejor le ha parecido, pero ¿habéis ocupado alguna vez un castillo? El mundo está cambiando. Las montañas y los valles en los que podéis vivir libremente están desapareciendo. De no ser así, no habría ningún progreso. Habéis podido vivir como ronin porque el shogun carece de poder, pero ¿creéis que el shogunado podrá sobrevivir mucho más tiempo? La nación está cambiando y amanece una nueva era. Ya no viviremos para nosotros mismos, sino más bien para

nuestros hijos y nietos. Tenéis una oportunidad de establecer vuestras moradas, de convertirlos en verdaderos guerreros seguidores del Camino del Samurai. No desperdiciéis esta ocasión.

Cuando terminó, todos los reunidos en la sala guardaban silencio, pero ninguno daba señales de descontento. Aquellos hombres, que de ordinario vivían sin pensar mucho en el futuro, estaban reflexionando en sus palabras.

Un hombre rompió el silencio:

—No tengo ninguna objeción.

Le siguieron otros que dieron la misma respuesta, y todos los presentes expresaron su acuerdo. Sabían que estaban arriesgando sus vidas al comprometerse con los Oda, y una ardiente resolución brillaba en sus ojos.

El sonido de un hacha al cortar un tronco..., luego el chapoteo cuando el árbol se desploma en las aguas del río Kiso. Se atan los troncos de una balsa y ésta es impulsada al centro del río, donde avanza corriente abajo para encontrarse con las aguas de los afluentes Ibi y Yabu, procedentes del norte y el oeste, tras lo cual llega a un ancho banco de arena entrecruzado por canales: Sunomata, el límite entre Mino y Owari, el solar para el castillo, donde Sakuma Nobumori, Shibata Katsuei y Oda Kageyu se habían encontrado con idéntico fracaso.

—Qué estúpida pérdida de tiempo. ¡Para esto podrían estar hundidos en un barco de piedra bajo el mar!

Desde la otra orilla, los soldados del clan Saito observaban la escena, poniéndose las manos sobre los ojos a modo de visera y bromeando.

—Ésta es la cuarta vez.

—Aún no han aprendido.

—¿Quién es esta vez el general de los Muertos? Resulta penoso, aunque se trate del enemigo. Por lo menos recordaré su nombre.

—Creo que se llama Kinoshita Tokichiro. Nunca he oído hablar de él.

—Kinoshita... es ése al que llaman Mono. No es más que un

oficial de baja graduación. No puede valer más de cincuenta o sesenta kan.

—¿Un idiota de baja graduación como ése es su general? Entonces el enemigo no puede ser realmente serio.

—Quizá sea alguna estratagema.

—Es posible. Podrían tener un plan para atraer nuestra atención aquí y entonces dirigirse a alguna otra parte.

Cuanto más observaban los soldados de Mino la construcción en la orilla opuesta, menos serios les parecía. Transcurrió alrededor de un mes. Tokichiro dirigía a los animosos ronin de Hachisuka, los cuales se habían puesto a trabajar en cuanto llegaron. Había llovido intensamente dos o tres veces, pero eso les facilitó la navegación de las balsas de troncos. Incluso cuando una noche el río inundó el banco de arena, los hombres se reunieron para trabajar como si no ocurriera nada. ¿Llegarían las nubes de lluvia antes de que pudieran terminar el cercado de tierra? ¿Vencería la naturaleza o el hombre?

Los ronin trabajaban como si se hubieran olvidado de comer o dormir. Los dos mil que partieron de Hachisuka habían aumentado a cinco o seis mil cuando llegaron a su destino.

Tokichiro no necesitaba usar su bastón de general. Los hombres estaban despiertos y trabajaban con ahínco, y día tras día la obra progresaba ante sus ojos.

Los ronin estaban acostumbrados a viajar a través de montañas y llanuras, y entendían mucho mejor que Tokichiro las leyes para la regulación de las inundaciones y la construcción de terraplenes.

Su propósito era el de convertir la zona en habitable. Aquel trabajo era un salto que les alejaba de sus vidas de libertinaje e indolencia, y sentían la satisfacción y el placer de saber que estaban haciendo algo valioso.

—Bueno, este terraplén no se moverá aunque haya una inundación de todos los ríos juntos —comentó orgullosamente uno de los ronin.

Antes de que hubiera transcurrido el primer mes, habían nivelado una zona más amplia que los terrenos del castillo, e incluso habían construido una calzada elevada que enlazaba con tierra firme.

En la orilla opuesta, los hombres de Mino seguían examinando el lugar.

—Parece que está tomando un poco de forma, ¿no es cierto?

—Aún no han levantado ningún muro de piedra, por lo que no parece un castillo, pero los cimientos están muy bien.

—No veo carpinteros ni yeseros.

—Apuesto a que todavía les faltan cien días para que éstos puedan empezar su trabajo.

Los soldados miraban perezosamente al otro lado del río para aliviar su hastío. El río era ancho y, cuando brillaba el sol, una tenue bruma se alzaba de la superficie del agua. Era difícil ver con claridad desde el otro lado, pero había días en que los sonidos al tallar las piedras y los gritos en el solar en construcción llegaban, transportados por las ráfagas de viento, a la orilla contraria.

—¿Atacaremos por sorpresa esta vez? ¿En medio de las obras de construcción?

—Parece ser que no. Hay una orden estricta del general Fuwa.

—¿Cuál es?

—No disparar un solo tiro y dejar que el enemigo trabaje a gusto.

—¿Nos han ordenado limitarnos a vigilar hasta que terminen el castillo?

—La primera vez, el plan consistía en aplastar al enemigo con un solo ataque por sorpresa cuando empezara a trabajar en el castillo; la segunda vez, atacarle cuando el castillo estuviera construido a medias y destrozarlo. Pero esta vez tenemos orden de quedarnos aquí de brazos cruzados hasta que hayan terminado el trabajo.

—¿Y entonces qué?

—¡Apoderarnos del castillo, por supuesto!

—¡Aja! Dejar que el enemigo lo construya y entonces ocuparlo nosotros.

—Ése parece ser el plan.

—Un plan inteligente. Los demás generales de Oda eran un poco tercos, pero este nuevo comandante, Kinoshita, no es más que un soldado de a pie.

Mientras el hombre charlaba alegremente de esta guisa, uno de sus compañeros le dirigió una mirada reprobatoria.

Un tercer hombre llegó corriendo al puesto de guardia. Una embarcación impulsada con una pértiga se había detenido en la orilla del río correspondiente a Mino. Un general de erizados bigotes había saltado a tierra, seguido por varios ayudantes. Tras ellos desembarcaron un caballo.

—¡Viene el Tigre! —exclamó uno de los guardianes.

—¡El Tigre de Unuma está aquí!

Los hombres intercambiaron susurros y rápidas miradas. Se trataba del señor del castillo de Unuma, que se alzaba río arriba. Se llamaba Osawa Jirozaemon y era conocido como uno de los generales más feroces de Mino. Tan aterrador era aquel hombre que las madres de Inabayama decían: «¡Que viene el Tigre!» para silenciar a sus hijos cuando lloraban. Ahora Osawa llegaba a grandes zancadas, con los ojos y la nariz por delante de sus bigotes de felino.

—¿Está aquí el general Fuwa? —preguntó Osawa.

—Sí, señor, en el campamento.

—No me importaría visitarle en su campamento, pero éste es un sitio mejor para hablar. Que venga aquí de inmediato.

—Sí, señor.

El soldado se marchó corriendo.

Poco después, Fuwa Heishiro, seguido por el soldado y cinco o seis oficiales, se encaminó rápidamente a la orilla.

—¡El Tigre! —musitó Fuwa—. ¿Qué querrá ese hombre?

Su expresión malhumorada indicaba lo fatigosa que creía que iba a ser la entrevista.

—Gracias por haberos tomado la molestia de venir, general Fuwa.

—No es ninguna molestia. ¿En qué puedo ayudaros?

—Allí. —Osawa señaló la orilla opuesta.

—¿El enemigo en Sunomata?

—Así es. Sin duda los vigiláis noche y día.

—¡Desde luego! Por favor, tened la seguridad de que siempre estamos de guardia.

—Bien, aunque el castillo a mi mando esté río arriba, no estoy sólo interesado en la defensa de Unuma.

—Sí, por supuesto.

—De vez en cuando me embarco o camino por la orilla para ver cómo están las condiciones río abajo, y hoy, al pasar por ahí, me he llevado una sorpresa. Supongo que es demasiado tarde, pero cuando miro este campamento observo una notable despreocupación. ¿Qué pensáis hacer a estas alturas?

—¿Qué queréis decir con eso de que es demasiado tarde?

—Estoy diciendo que la construcción del castillo enemigo ha avanzado en un grado sorprendente. Parece ser que mientras mirabais con indiferencia desde esta orilla, el enemigo ha podido construir una segunda línea de terraplenes, acordonar unos cimientos y terminar cerca de la mitad de los muros de piedra.

Fuwa soltó un gruñido, irritado.

—¿No podría darse el caso de que los carpinteros estén ya preparando las maderas para la ciudadela en las montañas detrás de Sunomata? ¿Y no podría ser que ya lo hubieran terminado casi todo, desde el puente levadizo hasta las guarniciones interiores, por no mencionar el torreón y los muros? Así es como veo la situación.

—Hummm..., comprendo.

—Últimamente el enemigo debe de estar fatigado por la noche después de su actividad acelerada en la construcción durante el día, y han descuidado el emplazamiento de posiciones defensivas de cualquier clase. No sólo eso, sino que los obreros y artesanos, que sólo serían un impedimento en caso de lucha, están viviendo juntos con los soldados. Si efectuamos ahora un ataque general, cruzando el río a cubierto de la oscuridad, y atacamos por tres lados: río arriba, río abajo y a través del cauce, podríamos poner fin de raíz a lo que están haciendo. Pero si nos descuidamos, una de estas mañanas descubriremos al despertarnos que un castillo excelente ha aparecido de la noche a la mañana. No debemos permitir que nos cojan desprevenidos.

—En efecto.

—Entonces ¿estáis de acuerdo?

Fuwa se echó a reír.

—¡Por favor, general Osawa! ¿De veras me habéis hecho venir hasta aquí porque estáis preocupado por eso?

—Empezaba a dudar de que tuvierais ojos, y por eso he querido explicaros la situación aquí, en la orilla del río.

—¡Pues habéis ido demasiado lejos! Como comandante militar, sois notablemente superficial. Esta vez permito al enemigo que construya su castillo exactamente como lo desee. ¿No os dais cuenta?

—Eso es evidente. Supongo que os proponéis dejarles terminar el castillo y entonces atacar y utilizarlo como una posición para asegurar la supremacía de Mino sobre Owari.

—Así es.

—Estoy seguro de que tales son vuestras instrucciones, pero es una estrategia peligrosa cuando no sabéis contra quién os enfrentáis. No puedo quedarme al margen y contemplar la destrucción de nuestras tropas.

—¿Por qué habría de suponer esto la destrucción de nuestras tropas? No os comprendo.

—Limpiaos los oídos y escuchad atentamente los sonidos que provienen de la otra orilla. Así os daréis cuenta de lo avanzada que está la construcción del castillo. Hay ahí suficiente actividad para que todos los soldados también estén trabajando. Esta vez es diferente de las ocasiones anteriores, con Nobumori y Katsue. Esta vez quien ostenta el bastón de mando es un hombre enérgico. Está claro que el mando ha recaído en un hombre de auténtico carácter, aunque sea de los Oda.

Fuwa dio rienda suelta a su risa, sujetándose el vientre, ridiculizando a Osawa por sobrestimar a sus adversarios. Aunque eran aliados y luchaban en el mismo bando, los dos hombres no pensaban del mismo modo. Osawa chascó ruidosamente la lengua bajo los bigotes de tigre.

—No tiene remedio. Bien, seguir adelante y reíos. Ya os enteraréis.

Tras esta última advertencia, el general pidió que le trajeran su caballo y se marchó indignado con sus servidores.

Parecía ser que en Mino había alguien con discernimiento. La predicción de Osawa Jirozaemon se reveló acertada antes de que hubieran transcurrido diez días. La construcción del castillo de Sunomata avanzó rápidamente en sólo tres noches.

Cuando los guardianes se levantaron por la mañana tras la tercera noche y miraron al otro lado del río, el castillo estaba casi terminado.

Fuwa se restregó las manos y dijo:

—¿Vamos a quitárselo?

Las tropas de Fuwa eran hábiles en el ataque nocturno y el vado de ríos. Tal como hicieran antes, se aproximaron a Sunomata en plena noche, con la intención de apoderarse del castillo mediante un ataque por sorpresa.

Pero esta vez la respuesta fue muy diferente. Tokichiro y sus ronin estaban preparados y les esperaban. Habían levantado el castillo con su sangre y su espíritu. ¿Creían los Saito que iban a cederlo? El estilo de lucha de los ronin era completamente heterodoxo.

Al contrario que los soldados de Nobumori y Katsuie, aquellos hombres eran como lobos. Durante la batalla, las embarcaciones de las fuerzas de Mino fueron empapadas en aceite y les prendieron fuego. Cuando Fuwa vio que sus hombres no llevaban ventaja, dio la orden de retirada. Pero cuando las palabras habían terminado de salir de su ronca garganta, ya era demasiado tarde.

Expulsados de los muros de piedra del castillo hacia la orilla del río, los soldados de Mino que lograron escapar dejaron detrás casi un millar de muertos. Un número de soldados cuyas balsas habían sido destruidas se vieron obligados a huir río arriba y abajo, pero los hombres de Hachisuka no estaban dispuestos a permitirlo. ¿Cómo podían las tropas de Mino burlar a unos ronin que estaban tan a sus anchas en terreno escabroso?

Tras una pausa en su ataque durante la noche, Fuwa duplicó sus fuerzas y atacó de nuevo Sunomata.

El banco de arena y el río estaban teñidos de sangre. Pero cuando salió el sol, la guarnición del castillo entonó una canción de victoria.

—¡Esta mañana el desayuno será mucho más sabroso!

El desesperado Fuwa planeó su tercer y definitivo asalto para aquella noche. Las tropas de Saito atacaron arriba y abajo del río. Más lejos, en el castillo de Unuma, los soldados de Osa-

wa Jirozaemon fueron los únicos que no respondieron a la llamada para una ofensiva general. La batalla fue tan horrorosa que aquella noche incluso los ronin sufrieron fuertes bajas en las agitadas y turbias aguas del río, pero las fuerzas de Mino tuvieron que considerar la batalla como una derrota abrumadora.

# Trampa para el Tigre

Aquel año no hubo más ataques por sorpresa contra Mino. Entretanto Tokichiro casi completó la construcción restante en el interior y en las defensas exteriores del castillo de Sunomata. A principios del primer mes del año siguiente, acompañado por Koroku, visitó a Nobunaga para felicitarle por el Año Nuevo y presentarle su informe.

Durante su ausencia se habían producido grandes cambios. Habían adoptado el plan que él defendiera en otro tiempo: el castillo de Kiyosu, mal situado dadas las condiciones del terreno y el suministro de agua, había sido abandonado, y Nobunaga estaba trasladando su residencia al monte Komaki. Los lugareños también se mudaban para vivir con su señor, y estaban construyendo una ciudad floreciente al pie del monte Komaki coronado por el castillo.

Cuando Nobunaga recibió a Tokichiro en su nuevo castillo, le dijo:

—Te hice una promesa. Residirás en el castillo de Sunomata y aumento tu estipendio a quinientos kan.

Finalmente, en un estado de ánimo extraordinario al terminar la audiencia, Nobunaga impuso a su servidor un nuevo nombre. En lo sucesivo Tokichiro se llamaría Kinoshita Hideyoshi.

En principio Nobunaga le había prometido que, si podía

levantar el castillo, sería suyo, pero cuando Hideyoshi regresó para informarle de que la obra se había completado, Nobunaga sólo le dijo que residiera allí y no mencionó para nada su posesión. Era casi lo mismo, pero Hideyoshi consideró el matiz como una indicación de que sus cualificaciones para ser el señor de un castillo aún no habían sido demostradas. Razonó así debido a la orden dada a Koroku (recientemente convertido en servidor del clan Oda por recomendación del propio Hideyoshi) para que sirviera en Sunomata como protector de Hideyoshi. En vez de guardar rencor a su señor por estas acciones, Hideyoshi se limitó a decir:

—Con toda humildad, señor, en vez de los quinientos kan de tierra que me habéis ofrecido, quisiera vuestro permiso para conquistar la misma cantidad de tierra de Mino.

Tras haber recibido el permiso de Nobunaga, regresó a Sunomata el séptimo día del nuevo año.

—Hemos levantado este castillo sin que resultara lesionado ninguno de los servidores de Su Señoría y sin usar un solo árbol o piedra de sus dominios. Tal vez podamos arrebatarse también la tierra al enemigo y vivir gracias a un estipendio caído del cielo. ¿Qué te parece, Hikoemon?

Koroku había prescindido de su nombre anterior y, a partir de Año Nuevo, lo había cambiado por el de Hikoemon.

—Eso sería interesante —replicó.

Ahora su entrega a Hideyoshi era total, se comportaba como si fuese su servidor y había olvidado por completo su relación anterior.

Aprovechando las oportunidades que se presentaban, Hideyoshi envió soldados para atacar las regiones vecinas. Por supuesto, las tierras de las que tomaba posesión anteriormente habían formado parte de Mino. Las tierras que Nobunaga le había ofrecido valían quinientos kan, pero las que conquistó superaban el millar.

Cuando Nobunaga lo supo, comentó con una sonrisa forzada:

—Ese Mono se bastaría por sí solo para conquistar toda la provincia de Mino. Desde luego, hay personas en este mundo que nunca se quejan.

Sunomata estaba protegido y Nobunaga tenía la sensación de que ya se había apoderado de todo Mino, pero aun cuando habían conseguido ocupar esa provincia, el territorio de los Saito, que estaba separado de Owari por el río Kiso, continuaba intacto.

Con la posición firme que representaba el nuevo castillo de Sunomata, Nobunaga trató por dos veces de penetrar en la provincia, pero fracasó en las dos ocasiones. Tenía la sensación de que estaba golpeando contra una pared de hierro, pero eso no sorprendía a Hideyoshi y Hikoemon. Al fin y al cabo, esta vez el enemigo era el que luchaba por la supervivencia. Habría sido imposible que el pequeño ejército de Owari conquistara Mino con tácticas normales.

Y eso no era todo. Tras la construcción del castillo, el enemigo se dio cuenta de su negligencia anterior y cambió de parecer con respecto a Hideyoshi. Aquel Mono había salido de la oscuridad y, aunque los Oda no le habían encargado un cometido especialmente brillante, se había revelado como un guerrero capacitado y lleno de recursos que sabía cómo emplear bien a sus hombres. Su reputación entre el enemigo aumentó incluso más que en el clan Oda, y el resultado fue que el enemigo reforzó todavía más sus defensas, pues sabía que ya no era posible permitirse la negligencia.

Tras sus dos derrotas, Nobunaga se retiró al monte Komaki para esperar el final del año, pero Hideyoshi no esperó. Desde su castillo se dominaba el paisaje de la llanura de Mino hasta las montañas centrales. Mientras permanecía allí cruzado de brazos, se preguntaba qué podrían hacer para derrotar a los hombres de Mino. El gran ejército que se disponía a movilizar no estaba acuartelado en el monte Komaki ni en Sunomata, sino en su mente. Al bajar de la torre de vigilancia y regresar a sus aposentos, Hideyoshi llamó a Hikoemon.

Hikoemon se presentó de inmediato.

—¿En qué puedo servirlos? —le preguntó.

Sin pensar para nada en su relación anterior, presentó sus respetos al hombre más joven que él y que ahora era su señor.

—Acércate un poco más, por favor.

—Con vuestro permiso.

—Los demás retiraos hasta que os llame —dijo Hideyoshi a los samurais que le rodeaban. Entonces se volvió a Hikoemon—. Quiero hablarte de cierto asunto.

—¿Qué es ello? Decidme.

—Pero primero... —bajó la voz antes de decir—: Creo que estás más familiarizado que yo con las condiciones internas de Mino. ¿Dónde crees que radica la fortaleza fundamental de Mino? ¿Qué nos impide dormir en paz en Sunomata?

—Creo que radica en sus hombres más capacitados.

—Sus hombres más capacitados... Eso, desde luego, no tiene nada que ver con Saito Tatsuoki.

—Los «tres hombres de Mino» hicieron un juramento de lealtad en tiempos del padre y el abuelo de Tatsuoki.

—¿Quiénes son los «tres hombres»?

—Creo que habéis oído hablar de ellos. Son Ando Noritoshi, el señor del castillo de Kagamijima. —Hideyoshi se puso una mano sobre la rodilla y extendió un dedo mientras asentía—. Iyo Michitomo, el señor del castillo de Soné...

—Aja. —Extendió un segundo dedo.

—Y Ujiie Hitachinosuke, el señor del castillo de Ogaki. Hideyoshi había extendido tres dedos.

—¿Alguien más? —preguntó.

—Humm. —Hikoemon ladeó la cabeza—. Además de esos tres, está Takenaka Hanbei, pero hace varios años que dejó de servir a la rama principal del clan Saito y ahora vive recluido en algún lugar del monte Kurihara. No creo que sea necesario tenerle en cuenta.

—Bien, entonces lo primero que podemos decir es que los «tres hombres» apuntalan la fortaleza de Mino, ¿no es cierto?

—Así lo creo.

—De eso es de lo que quería hablar. ¿Crees que habría alguna manera de retirar ese apoyo?

—Lo dudo —respondió Hikoemon—. Un hombre verdadero es un hombre de palabra y no le mueve la riqueza ni la fama. Por ejemplo, si os pidieran arrancar tres dientes sanos seguramente no lo haríais, ¿verdad?

—No se trata de algo tan claro. Debe de haber alguna manera... —Hideyoshi se quedó un momento pensativo y siguió

hablando en voz baja—. ¿Sabes? El enemigo nos atacó varias veces durante la construcción del castillo, pero siempre había un general enemigo que no participaba.

—¿Quién era?

—Osawa, el señor del castillo de Unuma.

—Ah, Osawa Jirozaemon, el Tigre de Unuma.

—Ese hombre..., el Tigre... ¿Podríamos abordarle a través de algún pariente?

—Osawa tiene un hermano menor, llamado Mondo —dijo Hikoemon—. Hace años que mi hermano, Matajuro, y yo tenemos relaciones amistosas con él.

—Eso es una buena noticia. —Hideyoshi estaba tan satisfecho que palmoreo—. ¿Dónde vive ese Mondo?

—Creo que está sirviendo en la ciudad fortificada de Inabayama.

—Envía a tu hermano en seguida. A ver si consigue localizar a Mondo.

—Si es necesario iré yo mismo —respondió Hikoemon—. ¿Cuál es el plan?

—Utilizar a Mondo a fin de enemistar a Osawa con el clan Saito, y entonces utilizar a Osawa para separar a los «tres hombres de Mino» uno tras otro, igual que si arrancara otros tantos dientes.

—Dudo de que vos mismo podáis hacerlo, pero afortunadamente Mondo no es como su hermano mayor y está muy atento a sus beneficios personales.

—No, Mondo no será suficiente para mover al Tigre de Unuma. Necesitaremos otro jugador para meter a ese tigre en nuestra jaula. Y creo que este caso podemos servirnos de Tenzo.

—¡Brillante! Pero ¿qué clase de plan tenéis con intervención de esos dos?

—Te lo voy a decir.

Hideyoshi se acercó más a Hachisuka Hikoemon y le susurró su plan al oído.

Hrkoemon se quedó un momento mirándole fijamente. Una cabeza no es más que una cabeza, y por ello cabía preguntarse de dónde salían tales destellos de genialidad. Cuando

comparaba la inventiva de Hideyoshi con la suya propia, Hikoemon se sentía asombrado.

—Bien, quisiera que Matajuro y Tenzo se pongan en marcha cuanto antes —dijo Hideyoshi.

—Entiendo. Van a entrar en territorio enemigo, así que les haré esperar hasta medianoche para cruzar el río.

—Quiero que les expliques el plan con detalle y les des sus órdenes.

—Desde luego, mi señor.

Sabedor de lo que debía hacer, Hikoemon se retiró de la habitación de Hideyoshi. En aquellos momentos, más de la mitad de los soldados del castillo habían sido anteriormente ronin de Hachisuka. Ahora se habían establecido convirtiéndose en samurais.

Matajuro, el hermano menor de Hikoemon, y su sobrino, Tenzo, recibieron sus órdenes, se disfrazaron de mercaderes y bien entrada la noche abandonaron el castillo dirigiéndose al corazón del territorio enemigo, la ciudad fortificada de Inabayama. Tanto Tenzo como Matajuro eran apropiados para aquella clase de misión. Al cabo de un mes, una vez finalizado su cometido, regresaron a Sunomata.

Al otro lado del río, en Mino, habían empezado a difundirse los rumores.

—Hay algo sospechoso en el Tigre de Unuma.

—Osawa Jirozaemon ha estado confabulado durante años con Owari.

—Por eso no obedeció la orden de Fuwa durante la construcción del castillo de Sunomata. Tenía que ser un esfuerzo combinado, pero no hizo el menor movimiento con sus tropas.

Los rumores se extendieron alrededor de Mino como si fuesen la verdad. El origen de aquellas habladurías que corrían como regueros de pólvora era Watanabe Tenzo, y detrás de él estaba Hideyoshi en su castillo de Sunomata.

—¿No crees que es el momento apropiado? —le dijo Hideyoshi a Hikoemon—. Vete ahora mismo a Unuma. He escrito una carta a Osawa y quisiera que se la entregaras.

—Sí, mi señor.

—Lo esencial es atraerle. Prepara la fecha y el lugar de la reunión.

Provisto de la carta de Hideyoshi, Hikoemon visitó secretamente Unuma.

Cuando Osawa tuvo noticia de que había llegado un enviado secreto desde Sunomata, se sintió muy intrigado. El fiero Tigre de Unuma había empezado a parecer abatido y desdichado. Fingía estar enfermo y evitaba a todo el mundo. Recientemente había recibido una citación para que acudiera a Inabayama, y tanto su familia como sus servidores estaban llenos de aprensión. El mismo Osawa hizo saber que estaba demasiado enfermo para viajar y no parecía con ánimos para ponerse en marcha. Los rumores también llegaron a Unuma, y Osawa era consciente del peligro que corría. Estaba irritado por esa estratagema que atribuía a servidores dedicados a la calumnia. Asimismo, lamentaba el desorden que reinaba en el clan Saito y la estupidez de Tatsuoki, pero no había nada que pudiera hacer y pensaba que un día se vería obligado a cometer el seppuku. En esa tesitura, Hikoemon llegó desde Sunomata para visitarle en secreto. Osawa decidió actuar.

—Me reuniré con él —respondió.

En cuanto Osawa leyó la carta enviada por Hideyoshi, la quemó. Entonces dio su respuesta oralmente.

—Os haré saber la fecha y el lugar dentro de unos días. Confío en que el señor Hideyoshi esté allí.

Transcurrieron unas dos semanas. Llegó a Sunomata un mensaje desde Unuma y Hideyoshi, acompañado sólo por diez hombres, entre ellos Hikoemon, se dirigió al lugar de la reunión, una sencilla casa particular que se encontraba exactamente a media distancia entre Unuma y Sunomata. Los servidores de ambos bandos permanecieron en las orillas, vigilando la zona, y Hideyoshi y Osawa subieron a bordo de un bote y navegaron hasta el centro del río Kiso. Mientras estaban allí sentados, sus rodillas tocándose, los demás se preguntaban qué conversación secreta podían estar teniendo. La pequeña embarcación era como una hoja abandonada a la corriente del gran río, y durante bastante rato se mantuvo lejos de los ojos y

oídos del mundo, en un encantador escenario de viento y luz. La conversación finalizó sin ningún incidente.

Tras su regreso a Sunomata, Hideyoshi le dijo a Hikoemon que Osawa probablemente acudiría al cabo de una semana. Así pues, pocos días después y en un extremo secreto, Osawa se dirigió a Sunomata. Hideyoshi le recibió con mucha cortesía, y antes de que nadie en el castillo se percatara de su presencia, aquel mismo día le llevó al monte Komaki, donde Hideyoshi concedió una audiencia preliminar a solas con Nobunaga.

—He venido con Osawa Jirozaemon, el Tigre de Onuma —dijo Hideyoshi a su señor—. Tras escuchar mis argumentos, ha cambiado de idea y está decidido a abandonar a los Saito y unirse a los Oda. Si tenéis la amabilidad de hablar personalmente con él, habréis añadido un destacado y valiente general y el castillo de Unuma a las fuerzas de Oda sin haber levantado un dedo.

Con una expresión de sorpresa en el semblante, Nobunaga pareció reflexionar en lo que Hideyoshi acababa de decirle. Hideyoshi estaba un tanto insatisfecho y se preguntaba por qué motivos su señor no parecía complacido. No es que necesitara alabanzas por sus esfuerzos, pero haberse hecho con el Tigre de Unuma, como un diente arrancado de la boca del enemigo, y haberle traído a presencia de Nobunaga debería haber sido un gran regalo.

Había supuesto que Nobunaga estaría contento, pero cuando lo pensó detenidamente más tarde, reparó en que no había ideado aquella estrategema con el consentimiento de Nobunaga. Tal vez ése era el motivo, y así parecía indicarlo la expresión de su señor. Como dice el proverbio, el clavo que sobresale demasiado será clavado a martillazos. Eso era algo que Hideyoshi entendía muy bien, y constantemente se decía que su propia cabeza sobresalía como la de un clavo. No obstante, era incapaz de cruzarse de brazos y no hacer lo que consideraba conveniente para su propio bando.

Finalmente Nobunaga consintió aunque, al parecer, de mala gana. Hideyoshi le presentó a Osawa.

—Habéis crecido mucho, mi señor —le dijo Osawa en tono

amistoso—. Tal vez creáis que ésta es la primera vez que nos vemos, pero en realidad hoy es el segundo día que tengo el placer de reunirme con vos. El primero fue hace quince años, en el templo Shotoku de Tonda, donde os reunisteis con mi antiguo patrono, el señor Saito Dosan.

—¿De veras? —se limitó a responder Nobunaga, quien parecía evaluar el carácter de su invitado.

Osawa no se atrevió a halagarle, pero tampoco le siguió la corriente con humildad.

—Aunque seáis mi enemigo, me ha impresionado lo que habéis hecho en los últimos años. Cuando os vi por primera vez en el templo Shotoku, parecíais un joven malicioso. Pero por lo que he visto hoy, comprendo que la administración de vuestros dominios desmiente a la opinión popular.

Osawa le hablaba como a un igual, con toda franqueza. Hideyoshi pensó que no era sólo un hombre valiente, sino también bastante afable.

—Reunámonos otro día para hablar sin prisas, pues hoy tengo varias cosas que hacer.

Tras decir esto, Nobunaga se levantó y puso fin bruscamente a la entrevista.

Más tarde convocó a Hideyoshi para una audiencia en privado. Lo que le dijo en esa reunión hizo que luego Hideyoshi pareciera absolutamente perplejo, pero no informó de nada a Osawa, representó el papel de anfitrión cordial y agasajó al general en el castillo del monte Komaki.

—Os informaré con detalle de lo que ha dicho Su Señoría cuando volvamos a Sunomata.

Una vez de regreso en el castillo de Hideyoshi y cuando los dos estaban a solas, Hideyoshi dijo:

—General Osawa, os he colocado en una situación insufrible, y creo que sólo podré expiar mi culpa con la muerte. Sin consultar al señor Nobunaga, he creído que el parecer de Su Señoría coincidiría con el mío y os recibiría satisfecho como un aliado. Pero su opinión de vos ha sido totalmente distinta de la mía.

Hideyoshi exhaló un suspiro. Entonces hizo una pausa y bajó la vista con el semblante entristecido.

Osawa se había percatado de que los sentimientos del señor Nobunaga no eran muy favorables.

—Parecéis terriblemente acongojado, pero en realidad no hay ningún motivo por el que debáis estarlo. No tengo necesidad de un estipendio del señor Nobunaga para seguir viviendo.

—Ojalá eso fuese todo. —Hideyoshi apenas podía hablar, pero se enderezó un poco en su asiento, como si de repente hubiera llegado a una resolución—. Será mejor que os lo diga todo. General Osawa, cuando estaba a punto de marcharme, el señor Nobunaga me convocó en secreto, me reconvino por no entender el arte militar del engaño y me planteó el siguiente interrogante: ¿Por qué Osawa Jirozaemon, un hombre de carácter con tan alta reputación en Mino, iba a dejarse embaucar por mi elocuencia y convertirse en su aliado? Él no preveía en absoluto ese resultado.

—Sí, me lo imagino.

—También me dijo que ese mismo Osawa del castillo de Unuma fue, como general en la frontera provincial, el tigre que protegía Mino y que causó tantas dificultades en Owari durante muchos años. Sugirió que tal vez era yo quien se estaba dejando engañar por vuestras ingeniosas palabras y era manipulado por vuestro atrevimiento. Como podéis ver, está lleno de dudas.

—En efecto.

—También creía que si os quedabais más tiempo en el monte Komaki, os dejaríamos ver las defensas de la provincia, por lo que me ordenó que os trajera a Sunomata de inmediato. Que os trajera y...

Hideyoshi se interrumpió como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta. Osawa también estaba alterado, pero miró directamente a los ojos de Hideyoshi, alentándole para que concluyera la frase.

—Me resulta difícil decirlo, pero ha sido una orden de Su Señoría, por lo que deseo que lo oigáis. Me ordenó que os trajera de regreso a Sunomata, os encerrase en el castillo y os matara. Pensaba que ésta era una magnífica oportunidad... que no debíamos pasar por alto.

Cuando Osawa miró a su alrededor, se dio cuenta de que

no le acompañaba un solo soldado y estaba dentro del castillo enemigo. Y, a pesar de que era un hombre valiente, se le erizó el vello de la nuca.

—Pero por mi parte —siguió diciendo Hideyoshi—, si obedezco la orden de Su Señoría, habré roto la promesa que os hice, y eso sería tanto como pisotear el honor de un samurai. No puedo hacer tal cosa. Pero al mismo tiempo, si me considero un servidor leal, estaré desobedeciendo las órdenes de mi señor. He llegado al punto en que no puedo avanzar ni retroceder. Así pues, durante el camino de regreso desde el monte Komaki, me mostré triste y desanimado, lo cual supongo que ha debido despertar vuestras sospechas. Os ruego que dejéis de lado vuestras dudas, pues ahora veo con toda claridad cuál es la solución.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué vais a hacer?

—Creo que abriéndome el vientre puedo disculparme ante vos y el señor Nobunaga. No hay otra manera. General Osawa, despedámonos tomando una taza de sake. Luego... estoy resignado a hacerlo. Os garantizo que nadie va a poner una mano encima. Podréis marcharos de aquí protegido por la oscuridad de la noche. \No os preocupéis por mí y tranquilizad vuestro corazón!

Osawa escuchó en silencio todo lo que Hideyoshi le decía, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. En contraste con la ferocidad que le había valido su apodo, aquéllas no eran las lágrimas de un hombre ordinario. Era evidente que tenía un, profundo sentido de la rectitud.

—Estoy en deuda con vos —dijo entre sollozos, y se enjugó las lágrimas. ¿Era posible que aquél fuese el general que había luchado en innumerables batallas?—. Pero escuchad, señor Hideyoshi. Sería imperdonable que os hicierais el seppuku.

—Pero si no lo hago, es imposible hallar palabras con las que pedir os disculpas a vos y a Su Señoría.

—No, no importa lo que digáis. Es injusto que os abráis el vientre y me ayudéis. Mi honor de samurai no lo permitirá.

—Soy yo quien os ha explicado las cosas y os ha invitado aquí. También soy yo quien se ha equivocado con respecto al pensamiento de Su Señoría. Así pues, para disculparme ante

los dos, es apropiado que expíe mi ofensa con mi propia vida. No tratéis de impedírmelo, por favor.

—Al margen del error que afirmáis haber cometido, también yo he sido culpable. Esto no es digno de vuestro suicidio. Permitidme que os ofrezca mi cabeza como reconocimiento de vuestra buena fe. Llevad mi cabeza al monte Komaki.

Osawa empezó a desenvainar su espada corta.

Hideyoshi, estremecido, cogió la mano de Osawa.

—¿Qué estáis haciendo?

—Soltadme la mano.

—No lo haré. Nada sería más doloroso que veros cometer el seppuku.

—Lo comprendo, y por eso os estoy ofreciendo mi cabeza. Si hubierais planeado alguna estratagema cobarde, os habría demostrado que soy capaz de escaparme, aunque para ello hubiera tenido que levantar una montaña de cadáveres. Pero me ha conmovido vuestro espíritu de samurai.

—Esperad, pensad un momento. Parece muy extraño que los dos estemos discutiendo por morir. General Osawa, si confiáis en mí hasta ese extremo, tengo un plan que nos permitirá a los dos vivir y conservar nuestro honor de guerreros. Pero, ¿tendréis ánimo todavía para dar un paso más en favor del clan Oda?

—¿Un paso más?

—A la postre, las dudas de Nobunaga se basan en la alta estima en que os tiene. Así pues, si hicierais algo que manifestara realmente vuestro apoyo al clan Oda, sus dudas desaparecerían.

Aquella noche, Osawa partió del castillo de Sunomata en dirección desconocida. ¿Cuál era el plan que le había revelado Hideyoshi? No había ningún motivo para que nadie lo supiera, pero más adelante su naturaleza resultó clara. Alguien habló con Iyo, Ando u Ujiie, los «tres hombres de Mino», los mismos cimientos del poder de Saito, proponiendo a los tres que prometieran fidelidad al clan Oda. El hombre que les habló de una manera tan elocuente, y a través de cuyos buenos oficios fueron presentados, no era otro que Osawa Jirozaemon.

Por supuesto, Hideyoshi no cometió el seppuku. Osawa no sufrió ningún percance y Nobunaga añadió cuatro famosos ge-

nerales de Mino a sus aliados sin haber salido siquiera de su castillo. ¿Había sido esta operación fruto de la sabiduría de Nobunaga o del genio de Hideyoshi? Una sutil interacción de mentes parecía haberse producido entre el señor y su servidor, y nadie podría haber dicho con certeza cuál de las dos mentes era la que mandaba.

Nobunaga estaba impaciente. Había hecho un gran sacrificio para levantar el castillo de Sunomata, una obra que había requerido mucho tiempo, y era natural que se sintiera frustrado.

—Para vengar el nombre de mi difunto suegro, derribaré ese clan inmoral y liberaré al pueblo sofocado por su mala administración.

Tal había sido la declaración del motivo de Nobunaga, a fin de que el mundo aceptara la batalla, pero a medida que transcurría el tiempo, estas palabras empezaban naturalmente a perder su fuerza. También existía la posibilidad de que los Tokugawa de Mikawa, quienes quizá le estaban observando a sus espaldas, pusieran en tela de juicio su capacidad.

La fuerza verdadera de los Oda era discutible, y existía un verdadero peligro para la alianza entre Oda y Tokugawa. Sin embargo, Nobunaga estaba impaciente. Desde luego, había logrado incorporar a su bando a Osawa y los «tres hombres de Mino», pero esto por sí solo no le había proporcionado ninguna victoria.

Lo que pedía era conquistar Mino de un solo golpe. Parecía que, desde la batalla de Okehazama, la fe de Nobunaga en el concepto del «golpe único» se había robustecido. Por ello en varias ocasiones hombres como Hideyoshi le habían expresado cierta oposición.

Aquel verano, durante la conferencia para discutir la conquista de Mino, Hideyoshi permaneció en silencio durante toda la sesión, sentado en el lugar más bajo. Cuando le pidieron su opinión, replicó:

—Creo que tal vez la ocasión no está todavía madura.

Esta respuesta le resultó antipática en extremo a Nobunaga, el cual le preguntó, en un tono casi de reprimenda:

—¿No fuiste tú quien dijo que el Tigre de Unuma traía a nuestro lado a los «tres hombres», y que Mino se desmoronaría por sí solo sin tener que abandonar el castillo?

—Os ruego que me perdonéis, mi señor, pero Mino tiene diez veces más fuerza y riqueza que Owari.

—Primero dijiste que tenía un exceso de hombres de talento, y ahora temes su riqueza y su fuerza. En ese caso, ¿cuándo vamos a atacarles?

Nobunaga dejó de pedir la opinión de Hideyoshi y el consejo siguió adelante. Se decidió que durante el verano un gran ejército saldría del monte Komaki hacia Mino, utilizando Sunomata como su campamento base.

La batalla para cruzar el río y entrar en territorio enemigo duró más de un mes. Durante ese período fueron enviados al campamento gran número de heridos. No llegó nunca ningún informe de victoria. El ejército extenuado por la lucha se retiró en completo silencio, soldados y generales callados y taciturnos por igual.

Cuando los hombres que habían permanecido en el castillo les preguntaron cómo había ido la batalla, todos bajaron los ojos y sacudieron en silencio la cabeza. A partir de entonces Nobunaga también guardó silencio. Sin duda había aprendido que no todas las batallas se libraban como la de Okehazama. Ahora reinaba el sosiego en el castillo de Sunomata, visitado tan sólo por los vientos del desolado otoño procedentes del río.

De improviso, Hikoemon recibió una llamada de su señor.

—Supongo que, entre tus antiguos ronin, debe de haber varios originarios de otras provincias y varios de Mino —empezó a decirle Hideyoshi.

—Sí, los hay.

—¿Crees que habrá alguno de Fuwa?

—Lo averiguaré.

—Muy bien. Si encuentras alguno, dile que venga a verme.

Poco después, Hachisuka Hikoemon acompañó a uno de sus antiguos ronin, un hombre llamado Saya Kawaju, al jardín donde aguardaba Hideyoshi. Era de aspecto fuerte y unos treinta años de edad.

—¿Eres Saya? —le preguntó Hideyoshi.

—Sí, mi señor.

—¿Natural de Fuwa en Mino?

—De un pueblo llamado Tarui.

—Bien, imagino que estás muy familiarizado con la zona.

—He vivido allí hasta los veinte años, así que la conozco un poco.

—¿Tienes parientes en el pueblo?

—Mi hermana menor.

—¿Cuál es su situación?

—Está casada con el hijo de una familia campesina, e imagino que ahora tiene hijos.

—¿Te gustaría volver allá? ¿Por una sola vez?

—Nunca había pensado en ello. Es muy probable que si mi hermana supiera que su hermano, el ronin, regresa a casa, se sintiera muy incómoda ante los parientes de su marido y el resto del pueblo.

—Pero eso era antes. Ahora eres un servidor del castillo de Sunomata y un samurai respetable. No hay nada malo en ello, ¿no es cierto?

—Fuwa es un distrito estratégico en la parte occidental de Mino. ¿Qué estaría yo haciendo en territorio enemigo?

Hideyoshi asintió varias veces a esa obviedad, y pareció como si estuviera tomando una decisión.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Nos disfrazaríamos de manera que no llamásemos la atención. Preséntate en el jardín al anochecer.

—¿Adonde os proponéis ir tan de repente? —inquirió Hikoemon en tono dubitativo.

Hideyoshi bajó la voz y susurró al oído de Hikoemon:

—Al monte Kurihara.

Por la expresión de Hikoemon, pareció como si dudara de la cordura de su señor. Desde hacía tiempo sospechaba que Hideyoshi se proponía algo, pero... ¡el monte Kurihara! Al oír a Hideyoshi apenas pudo refrenar su sorpresa. Un antiguo servidor del clan Saito, un hombre considerado como gran estratega, llevaba una vida de reclusión en la montaña. Ese hombre era Takenaka Hanbei. Algún tiempo atrás, Hideyoshi había

investigado a fondo el carácter de aquel hombre y su relación con el clan Saito.

«Si logramos que ahora este caballo cruce la puerta del campamento de la misma manera que hicimos entrar al Tigre de Unuma y los "tres hombres"...» Tal era el plan general de Hideyoshi, mas para su servidor, la idea de penetrar en territorio enemigo e ir al monte Kurihara era impensable.

—¿Realmente queréis ir allí? —inquirió Hikoemon con incredulidad.

—Naturalmente.

—¿De veras? —insistió el otro.

—¿Por qué das tanta importancia al asunto? —Hideyoshi no parecía pensar que su decisión fuese peligrosa o preocupante—. En primer lugar, eres el único que conoce mis intenciones, y vamos a ir en secreto. Voy a pedirte que te hagas cargo de todo durante los días que dure mi ausencia.

—¿Vais a ir solo?

—No, me acompañará Saya.

—Ir con él será lo mismo que ir desarmado. ¿Creéis de veras que podréis engatusar a Hanbei para que sea vuestro aliado viajando solo a territorio enemigo?

—Eso será difícil —musitó Hideyoshi casi para sus adentros—, pero quiero intentarlo. Si le hablo con toda franqueza, no importará la firmeza de los lazos que le unen al clan Saito.

De repente Hikoemon recordó la elocuencia de Hideyoshi cuando discutió con él en Hachisuka. Aun así, no estaba seguro de que Hiyoshi, a pesar de su elocuencia, fuese realmente capaz de hacer bajar a Takenaka Hanbei del monte Kurihara. No, aunque las cosas salieran más o menos bien y Hanbei decidiera abandonar su retiro en la montaña, lo más probable sería que prefiriera alinearse con los Saito en vez de los Oda.

Por entonces se rumoreaba que Hanbei, tras haberse retirado al monte Kurihara, llevaba una tranquila vida rural, lejos del mundo, dedicado a perfeccionarse como ermitaño. Pero si un día sus antiguos patronos, los Saito, corrían peligro de perdición, él regresaría para ponerse al frente de su ejército. Era cierto que en la ocasión anterior, cuando repelieron el formidable ataque de Oda, él no había acudido con sus fuerzas, sino

que se había limitado a contemplar las nubes de la guerra sobre el campo desde lo alto del monte Kurihara, y había enviado a los Saito sus meditaciones una tras otra, enseñándoles las estrategias secretas de la guerra. Había quienes diseminaban ese relato como si fuese verdadero. Sería difícil..., el mismo Hideyoshi lo había dicho. Hikoemon sentía lo mismo, incluso con creces, y el sonido que salió de su garganta pareció un gemido.

—Será difícil realizar esa ambición, mi señor —dijo en un tono de advertencia.

—Bien... —La expresión turbada de Hideyoshi desapareció—. La verdad es que no tenemos que preocuparnos tanto. Una cosa difícil puede resultar inesperadamente sencilla, y lo que parece fácil puede ser difícil en extremo. A mi modo de ver, lo esencial es conseguir que Hanbei confíe en mi sinceridad. Siendo quien es mi oponente, no voy a utilizar estratagemas o trucos sencillos.

Comenzó los preparativos para su viaje secreto. Aunque Hikoemon creía que la empresa sería inútil, no podía detener a su señor. El respeto que le inspiraban los recursos y la magnanimidad de Hideyoshi aumentaban de día en día, y creía que la capacidad de aquel hombre estaba muy por encima de la suya propia.

Anocheció. Tal como habían convenido, Saya estaba junto a la puerta del jardín. El aspecto de Hideyoshi era tan desastrado como el de su servidor.

—Bueno, Hikoemon, ocúpate de todo —dijo Hideyoshi, y echó a andar como si fuese a dar un paseo alrededor del castillo.

No había mucha distancia desde Sunomata hasta el monte Kurihara, tal vez unas diez leguas. En un día claro, el monte podía verse vagamente a lo lejos. Pero aquella sierra era la fortaleza de Mino contra el enemigo. Hideyoshi dio un rodeo a lo largo de las montañas y entró en Fuwa.

Para conocer la naturaleza y las características especiales de la gente que vivía allí, era esencial examinar primero los rasgos naturales de la zona. El distrito de Fuwa estaba situado al pie de las montañas en la parte occidental de Mino, y era un cuello de botella en la carretera hacia la capital.

Los colores otoñales en Sekigahara eran hermosos. Innumerables riachuelos cruzaban las tierras, parecidos a venas. La historia antigua e innumerables leyendas permanecían en las raíces de la vegetación de otoño como las lápidas de un pasado sangriento. Las montañas de Yoro formaban el límite con Kai, y sobre el monte Ibuki se deslizaban constantemente las nubes.

Takenaka Hanbei era natural de la región. Se decía de él que había nacido en Inabayama, pero había pasado la mayor parte de su infancia al pie del monte Ibuki. Nacido en el cuarto año de Temmon, Hanbei no contaba más que veintiocho años y era, pues, un joven estudioso de los temas militares. Tenía un año menos que Nobunaga y uno más que Hideyoshi. Sin embargo, ya había abandonado la búsqueda de grandes logros en el mundo caótico y se había construido una ermita en el monte Kurihara. La naturaleza le agradaba, los libros y los ancianos eran sus amigos, escribía poesía y jamás recibía a los visitantes que acudían a su puerta. ¿Era un farsante? Eso también se decía de él, pero el nombre de Hanbei era respetado en Mino y su reputación había llegado incluso a Owari.

Lo primero que se le ocurrió a Hideyoshi fue que le gustaría conocerle y juzgar por sí mismo...Sería lamentable pasar de largo y no trabar conocimiento con un hombre tan peculiar y extraordinario, cuando los dos habían nacido en el mismo mundo. Más aún, si Hanbei se inclinaba por el campo enemigo, Hideyoshi tendría que matarle. Confiaba sinceramente en que eso no ocurriera, porque sería el hecho más lamentable de toda su vida. Estaba decidido a entrevistarse con él, tanto si el ermitaño recibía a la gente como si no.

# El morador del monte Kurihara

El monte Kurihara, situado al lado del monte Nangu, no era muy alto y casi parecía un niño arrimado a su padre.

El paisaje era hermoso. Cuando se aproximaban a la cima, incluso Hideyoshi, que no tenía nada de poeta, estaba en éxtasis, impresionado por la belleza suprema del sol otoñal que se ponía en el horizonte. Pero pronto su mente se concentró en un pensamiento: ¿cómo conseguiría que Hanbei se convirtiera en su aliado? Y a ese pensamiento le siguió rápidamente otro: «No, encararme con un estratega consumado por medio de la estrategia sería la peor estrategia de todas. Sólo puedo presentarme ante él como una hoja de papel en blanco. Le hablaré sinceramente, con todo mi poder de convicción». De esta manera se infundía ánimo. Sin embargo, ni siquiera sabía dónde vivía Hanbei, y cuando el sol se puso aún no habían podido encontrar su residencia aislada. Pero Hideyoshi no tenía prisa. Cuando oscureciera, sería natural que en alguna parte encendieran una lámpara. En vez de deambular inútilmente, cambiando una y otra vez de dirección errónea, sería más grato y rápido quedarse donde estaban. Por lo menos parecía pensar así, porque se sentó a descansar hasta que el sol se pusiera. Finalmente descubrieron el minúsculo punto luminoso de una lámpara a lo lejos, más allá de una hondo-

nada pantanosa. Avanzaron por un sendero estrecho y sinuoso que se ceñía a cuestras y pendientes, y por fin llegaron al lugar.

Era una parcela de tierra nivelada y rodeada de pinos rojos, hacia la mitad de la vertiente. Habían esperado encontrar una casita de campo con techumbre de paja rodeada por una valla destartada, pero ahora observaron que se estaban acercando a un tosco muro de barro que rodeaba un gran recinto. Al aproximarse más, vieron tres o cuatro faroles que ardían en el interior. En vez de un portal convencional, sólo había una mampara de bambú batida por el viento.

Cuando entró, sigilosamente, Hideyoshi se dijo que era un lugar demasiado grande. Al otro lado del muro había un pinar. Un estrecho sendero conducía desde la entrada a los pinos, y excepto por la pinaza que cubría el suelo, el terreno estaba impecable. Siguieron andando y, al cabo de unas cincuenta varas, llegaron a la casa. En un cobertizo cercano una vaca mugía en su pesebre. Oían la crepitación de una fogata. El viento avivaba las llamas y el humo llenaba la atmósfera. Hideyoshi se quedó inmóvil y se restregó los ojos, pero una súbita ráfaga de viento procedente de la montaña eliminó el humo, y entonces vio a un niño que estaba colocando ramitas bajo el fogón de una choza dedicada a cocina.

—¿Quién eres? —inquirió el chico con suspicacia.

—¿Eres un sirviente? —le preguntó a su vez Hideyoshi.

—¿Yo? Sí.

—Soy un servidor del clan Oda. Me llamo Kinoshita Hideyoshi. ¿Podrías entregar un mensaje?

—¿A quién?

—A tu señor.

—No está aquí.

—¿Ha salido?

—Te digo que no está aquí. Vete.

Dando la espalda al visitante, el niño se sentó ante el fogón y reanudó la tarea de cebarlo. La niebla nocturna en la montaña era gélida, y Hideyoshi se puso en cuclillas ante el fogón, al lado del niño.

—Déjame que me caliente un poco.

El niño no dijo nada, pero le dirigió una rápida mirada por el rabillo del ojo.

—Hace frío de noche, ¿verdad?

—Esto es una montaña —dijo el niño—. Claro que hace frío.

—Pequeño monje, este...

—¡Esto no es un templo! ¡Soy el discípulo del señor Hanbei, no un monje!

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Perdona.

—¡Vete! Si mi señor descubre que un desconocido se ha metido en la cocina, luego me reñirá por ello.

—No te preocupes por eso. Ya pediré disculpas a tu señor.

—¿De veras quieres verle?

—Así es. ¿Crees que voy a desandar mi camino sin verle después de haber subido hasta aquí?

—La gente de Owari es grosera, ¿eh? Eres de Owari, ¿no es cierto?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Mi señor detesta a los de Owari, y yo también. Owari es una provincia enemiga, ¿no?

—Supongo que sí.

—Has venido a Mino en busca de algo, ¿verdad? Si sólo estás de viaje, será mejor que sigas adelante, o perderás tu cabeza.

—No tengo intención de ir más lejos. Mi único propósito era venir a esta casa.

—¿A qué has venido?

—En busca de admisión.

—¿Cómo? ¿Quieres ser un discípulo de mi maestro, igual que yo?

—Aja. Supongo que quiero llegar a ser un discípulo hermanado contigo. En cualquier caso, creo que nos llevaríamos bien. Ahora ve a hablar con tu señor. Yo me encargaré de cebar el fogón. No te preocupes, el arroz no se quemará.

—No hace falta que hagas eso. No quiero ir.

—No tengas tan mal genio. Oye, ¿qué es eso? ¿No es tu señor quien tose ahí dentro?

—Mi maestro tose mucho de noche. No es un hombre fuerte.

—Así pues, me has mentido al decir que estaba ausente.

—Tanto da que esté como que no. No recibe a ningún visitante, sin que le importe quien sea ni de qué provincia venga.

—Bueno, esperaré el momento adecuado.

—Sí, vuelve otro día.

—No, no. Esta choza es cálida y agradable. Déjame que me quede aquí algún tiempo.

—¡Estás de broma! ¡Vete!

El chiquillo se puso en pie de un salto como para atacar al intruso, pero cuando miró enfurecido el rostro sonriente de Hideyoshi a la oscilante luz rojiza del horno, fue incapaz de seguir encolerizado por mucho que lo intentara. Mientras contemplaba el rostro de aquel hombre, disminuían gradualmente sus sentimientos de hostilidad iniciales.

—¡Kokuma! ¡Kokuma! —gritó alguien desde la casa.

El muchacho reaccionó al instante. Dejando a Hideyoshi donde estaba, corrió desde la choza a la casa y estuvo ausente durante largo rato. Entretanto, del caldero que estaba sobre el fogón empezó a surgir un olor a alimento chamuscado. Incapaz de considerar que era una comida ajena, Hideyoshi se apresuró a coger el cucharón que estaba encima de la tapa y removió el contenido del caldero, unas gachas marrones de arroz mezclado con castañas y verduras secas. Otros quizá se habrían reído de ese humilde condumio, pero Hideyoshi había nacido en una granja pobre y cuando miraba un solo grano de arroz veía las lágrimas de su madre. Para él no era algo de poca monta.

—¡Ese chico! Esto se va a quemar. Qué desperdicio.

Usó un paño para agarrar las asas del caldero y lo levantó.

—Oh, gracias, señor.

—Hola, Kokuma. Estaba empezando a quemarse, así que aparté el caldero. Parece haber hervido lo suficiente.

—Ya conocéis mi nombre, ¿eh?

—Así acaba de llamarte el señor Hanbei desde la casa. ¿Le has hablado de mí mientras estabas ahí?

—Me ha llamado por otra cosa. En cuanto a interceder por vos, si le hablara de alguna cosa inútil no haría más que enfadarse. Así pues, no le he dicho nada.

—Bien, bien. Sigues estrictamente las órdenes de tu señor, ¿eh? Estoy impresionado de veras.

—¡Bah! Habláis así por orgullo.

—No, es cierto. Estoy impaciente, pero si fuese tu maestro te alabaría por tu proceder. No te miento.

En aquel momento alguien salió de la cocina principal, sosteniendo un farolillo de papel. Una voz femenina llamó repetidas veces a Kokuma, y cuando Hideyoshi se volvió a mirar vio a una muchacha de dieciséis o diecisiete años. Su kimono lucía un estampado de flores de cerezo y niebla, y lo ataba con una faja de color ciruela. Su figura estaba iluminada en la noche negra como el hollín por la tenue luz del farolillo.

—¿Quién es? ¿Oyu?

Kokuma se dirigió a ella y la escuchó. Cuando terminó de hablarle, la manga con las flores de cerezo estampadas se deslizó por la oscura entrada junto con el farolillo y desapareció detrás del muro.

—¿Quién era? —preguntó Hideyoshi.

—La hermana de mi maestro —respondió Kokuma sencillamente y en tono suave, como si estuviera hablando de la belleza de las flores en el jardín de su señor.

—Escúchame, por favor. Sólo para asegurarme... ¿Por qué no vuelves ahí y le preguntas si puede verme? Si dice que no, me marcharé.

—¿Os marcharéis de veras?

—Sí.

—Esta vez sin falta —dijo Kokuma enérgicamente, pero por fin entró en la casa. Regresó al cabo de un momento y dijo con brusquedad—: Dice que no y que detesta recibir visitas..., y me ha reñido, desde luego. Así que marchaos, señor, os lo ruego. Ahora voy a servir a mi maestro su comida.

—Bueno, me iré esta noche, pero volveré en otra ocasión.

Hideyoshi se sometió dócilmente y empezó a marcharse.

—¡No servirá de nada que volváis! —le gritó Kokuma. Hideyoshi desando sus pasos en silencio. Sin pensar en la oscuridad, bajó al pie de la montaña y se echó a dormir.

Al día siguiente se levantó, hizo algunos preparativos y subió de nuevo la montaña. Entonces, tal como había hecho el

día anterior, cuando se puso el sol visitó la residencia de Hanbei. La vez anterior había pasado demasiado tiempo con el muchacho, por lo que ahora se dirigió a la puerta que parecía la entrada principal. La persona que respondió a su llamada era el mismo Kokuma de antes.

—¡Cómo! ¿Otra vez aquí, señor?

—Me gustaría que le preguntaras si puedo verle hoy. Hazme el favor de decirle a tu maestro que estoy aquí.

Kokuma entró en la casa y, tanto si habló realmente con Hanbei como si no, regresó en seguida y le dio la misma negativa tajante.

—En ese caso, volveré a preguntárselo cuando esté de mejor humor —dijo Hideyoshi cortésmente, y se marchó.

Dos días después volvió a presentarse.

—¿Me recibirá hoy?

Kokuma entró y salió de la casa con su rapidez habitual, y una vez más le transmitió un rechazo categórico.

—Dice que es irritante que vengáis tan a menudo.

Aquel día Hideyoshi volvió a marcharse en silencio. Sus visitas a la casa se repitieron numerosas veces. Al final, cada vez que Kokuma le veía la cara, se echaba a reír.

—Tenéis mucha paciencia, ¿no es cierto, señor? Pero venir aquí es inútil, por muy paciente que seáis. Últimamente, cuando le digo a mi maestro que estáis aquí, en vez de enfurecerse se ríe.

Los niños tienen facilidad para trabar rápidamente amistades, y ya había empezado a desarrollarse una familiaridad entre Kokuma y Hideyoshi.

Al día siguiente Hideyoshi subió de nuevo a la casa. Saya, que esperaba al pie de la montaña, no tenía idea de lo que se proponía su señor y finalmente empezó a airear su irritación:

—¿Quién se cree que es ese Takenaka Hanbei? Esta vez voy a subir ahí y le obligaré a dar cuenta de su grosería.

El día de la décima visita de Hideyoshi llovía y soplaba un fuerte viento. Tanto Saya como los propietarios de la granja donde se alojaba hicieron cuanto podían para impedir que Hideyoshi saliera, pero él se mantuvo en sus trece y, poniéndose una capa pluvial de paja y un sombrero, emprendió el ascen-

so. Llegó cuando anocheecía, se quedó en la entrada y llamó como de costumbre.

—Sí. ¿Quién es, por favor?

Aquella noche salió por primera vez la joven, Oyu, de quien Kokuma había dicho que era la hermana de Hanbei.

—Sé que mis visitas molestan al señor Hanbei y lamento hacerlo contra sus deseos, pero he venido aquí como enviado de mi señor y me será muy difícil regresar a casa si no me entrevisto con él. Forma parte del servicio de un samurai entregar los mensajes de su señor, por lo que estoy decidido a venir aquí hasta que el señor Hanbei acceda a verme, aunque ello me lleve dos o tres años. Y si el señor Hanbei se niega a recibirme, estoy dispuesto a abrirme el vientre. No dudo de que el señor Hanbei conoce mejor que nadie las penalidades de la clase guerrera. Por favor..., si pudieras interceder por mí...

Bajo la lluvia que penetraba violentamente a través de las goteras del tejado, Hideyoshi efectuó su súplica arrodillado. Pareció como si sólo eso hubiera conmovido a la impresionable joven.

—Esperad un momento, por favor —le dijo amablemente, y entró en la casa, pero cuando volvió a salir le dijo, con evidente conmiseración, que la respuesta de Hanbei no había variado—. Siento que mi hermano sea tan testarudo, pero os ruego que os retiréis. Dice que por muy a menudo que vengáis aquí, no os recibirá. Le desagrada hablar con la gente y se niega a hacerlo ahora.

—Ya... —Hideyoshi bajó los ojos con aparente decepción, pero no insistió. La lluvia que caía de los aleros le golpeaba los hombros—. No puedo hacer nada más. En fin, esperaré hasta que esté de buen humor.

Se puso el sombrero de paja y se alejó, abatido, bajo la lluvia. Siguió el camino a través del pinar, como siempre hacía, y había llegado al lado exterior del muro de barro cuando oyó que Kokuma corría tras él.

—¡Señor! ¡Os recibirá! ¡Ha dicho que os recibirá! ¡Ha dicho que volváis!

—¿Cómo? ¿El señor Hanbei ha dicho que me recibiría?

Hideyoshi regresó apresuradamente con Kokuma, pero sólo Oyu, la hermana de Hanbei, les estaba esperando.

—A mi hermano le ha impresionado tanto vuestra sinceridad que ha dicho que estaría mal no recibirlos, pero no esta noche. Hoy está en cama a causa de la lluvia, pero ha dicho que volváis otro día, cuando os envíe un mensaje.

Hideyoshi pensó que tal vez la joven se había compadecido de él y, después de que se marchara, rogó por él a su hermano mayor.

—Cuando quiera que me envíe recado, estaré dispuesto.

—¿Dónde os alojáis?

—Al pie de la montaña, en casa de Moemon, una granja cerca de un gran olmo en la aldea de Nangu.

—Bien, recibiréis aviso cuando el tiempo aclare.

—Estaré esperando.

—Debe de hacer frío y estáis empapado por la lluvia. Por lo menos secaos la ropa junto al fuego de la choza y os daré algo de comer antes de que os vayáis.

—No, gracias, dejémoslo para otro día. Hoy ya me marcho.

Hideyoshi echó a andar a grandes zancadas bajo la lluvia, cuesta abajo.

Llovió durante todo el día siguiente, y al otro el monte Kurihara seguía envuelto en nubes blancas y no llegó ningún mensajero. Por fin el cielo se despejó y los colores de la montaña aparecieron totalmente renovados. Las primeras hojas otoñales de los zumaques y los árboles de la laca se habían vuelto de un rojo brillante.

Aquella mañana Kokuma llegó al portal de Moemon conduciendo una vaca.

—¡Eh, señor! —gritó—. ¡He venido a invitaros! Mi maestro me ha pedido que os guíe a la casa. Y como hoy sois un invitado, os he traído una montura.

Tras decirle esto, le entregó una invitación de Hanbei. Hideyoshi la abrió y leyó:

Curiosamente, habéis acudido a visitar con frecuencia a este hombre debilitado que se ha retirado en la montaña. Aunque me resulta difícil acceder a vuestra petición, os ruego que vengáis a tomar un cuenco de té puro.

Estas palabras parecían un poco altivas. Hideyoshi comprendió que Hanbei era un hombre bastante insociable incluso antes de verle cara a cara.

Montó a horcajadas en el lomo de la vaca.

—Bueno —le dijo a Kokuma—, puesto que me has traído un medio de transporte, vamos allá.

El chiquillo se volvió hacia la montaña y echó a andar. El cielo otoñal alrededor de los montes Kurihara y Nangu estaba despejado. Era la primera vez desde su llegada al pie de las montañas que Hideyoshi podía verlas tan claramente.

Cuando se aproximaban a la entrada en el muro de tierra, vieron allí a una hermosa joven con una expresión expectante. Era Oyu, la cual se había vestido y arreglado con más cuidado que de costumbre.

—Ah, no deberías haberte tomado la molestia —le dijo Hideyoshi, apresurándose a saltar del lomo de la vaca.

Una vez dentro de la casa, le dejaron a solas en una habitación. El murmullo del agua parecía limpiarle los oídos. El viento agitaba las cañas de bambú que rozaban la ventana. Aquello tenía ciertamente todo el aspecto de un tranquilo retiro en la montaña. En un hueco enmarcado por columnas de pino y con ásperas paredes de arcilla colgaba un pergamino en el que un sacerdote Zen había pintado el ideograma de la palabra «sueño».

Hideyoshi se preguntó cómo podía Hanbei estar allí sin aburrirse mortalmente. Le intrigaban sobremanera los pensamientos del hombre que vivía en semejante lugar, y pensó que él sería incapaz de permanecer entre aquellos muros más de tres días. Incluso durante el tiempo que estuvo a solas no supo qué hacer consigo mismo. Aunque le sosegaban los cantos de los pájaros y los susurros de los pinos, su mente había volado a Sunomata y luego ido al monte Komaki, mientras su sangre hervía con los vientos y las nubes de la época. Hideyoshi estaba totalmente desacostumbrado a aquella clase de paz.

—Perdonadme por haberos hecho esperar —dijo a sus espaldas la voz de un hombre joven.

Hanbei estaba allí. Hideyoshi ya sabía que era joven, pero al oír su voz este hecho le impresionó todavía más. Su anfitrión tomó asiento, dejándole el lugar de honor.

Hideyoshi habló apresuradamente, comenzando con una salutación formal.

—Soy un servidor del clan Oda. Me llamo Kinoshita Hideyoshi.

Hanbei le interrumpió en un tono suave.

—¿No creéis que podemos omitir las rígidas formalidades? Desde luego, ésa no ha sido mi intención al invitaros hoy a venir.

Hideyoshi tuvo la sensación de que esa réplica ya le había colocado en desventaja. La táctica de apertura que siempre empleaba con sus interlocutores ya había sido utilizada con él por su interlocutor.

—Soy Takenaka Hanbei, el señor de esta cabana. Es un honor teneros hoy aquí.

—No, me temo que he sido muy obstinado al presentarme ante vuestra puerta y os he importunado mucho.

Hanbei se echó a reír.

—A decir verdad, habéis sido un verdadero fastidio. Pero ahora que nos vemos, debo decir que es un alivio recibir a un invitado de vez en cuando. Acomodaos, por favor. A propósito, mi honorable visitante, ¿en qué consiste esa búsqueda que os ha hecho subir hasta mi cabana? La gente dice que en las montañas no hay más que el trinar de los pájaros.

Había ocupado un asiento más bajo que el de su invitado, pero sus ojos tenían una expresión regocijada y parecía divertido por aquel hombre que se presentaba como salido de la nada. Hideyoshi le observaba atentamente. Desde luego, el físico de Hanbei no parecía muy robusto. Tenía la piel flaccida y el rostro pálido, pero era apuesto, y el color rojo de su boca era especialmente llamativo.

En conjunto, su porte debía de ser el resultado de una buena crianza. Sus ademanes eran sosegados, hablaba despacio y con una sonrisa, pero existía la duda de que la superficie de aquel ser humano llegara a manifestar la verdad subyacente, de la misma manera que, por ejemplo, hoy la montaña parecía lo bastante apacible para pasear por ella sin la menor preocupación, pero el otro día una tormenta atronaba en el valle y el viento era tan fuerte que los árboles parecían aullar.

—Veréis, de hecho,.. —Hideyoshi sonrió brevemente y enderezó un poco los hombros—. He venido a veros por orden del señor Nobunaga. ¿No vais a bajar de esta montaña? El mundo no permitirá que un hombre de vuestras capacidades lleve una vida ociosa en las montañas desde una edad tan temprana. Un día u otro tendréis que servir como samurai. Y cuando llegue ese día, ¿a quién serviréis si no es al señor Nobunaga? Así pues, he venido para animaros a que sirváis al clan Oda. ¿No tenéis la sensación de estar una vez más entre las nubes de la guerra?

Hanbei se limitó a escucharle y sonreír misteriosamente. A pesar de su facilidad verbal, Hideyoshi notaba que aquella clase de adversario disminuía de un modo considerable su entusiasmo. El hombre era como un sauce bajo el viento. Era imposible saber si atendía a lo que le estaban diciendo o no. Hideyoshi guardó silencio y esperó sumisamente la respuesta. Se comportó hasta el mismo fin como una hoja de papel en blanco, enfrentándose a aquel hombre sin estratagema ni afectación algunas.

Durante ese tiempo soplaba en la estancia una brisa ligera, debida al abanico que manipulaba Hanbei, el cual había colocado previamente tres trozos de carbón en un brasero y, tras dejar las tenazas, abanicaba el brasero lo suficiente para encender el fuego sin levantar las cenizas. El agua de la tetera había empezado a hervir. Entretanto Hanbei había cogido la servilleta usada para la ceremonia del té y limpiado los pequeños cuencos para los dos. Parecía como si fuese capaz de juzgar la temperatura del agua por el sonido de su hervor. Era un hombre airoso y aparentemente sin tacha, pero muy pausado.

Hideyoshi notaba que los pies se le empezaban a dormir, pero le costaba encontrar una oportunidad para seguir hablando y, antes de que se diera cuenta, lo que había expresado con tanto detalle había salido volando en la dirección del viento entre los pinos. Parecía que nada quedaba en los oídos de Hanbei.

—Quisiera saber si tenéis algo que decir respecto a las cosas de las que acabo de hablaros. Estoy seguro de que aludir a vuestra recompensa, tanto en estipendio como en rango, e in-

tentar atraeros con dinero, no es la manera adecuada de apresurar vuestro regreso del retiro, por lo que no voy a mencionar tales cosas. Ahora bien, es cierto que Owari es una provincia pequeña, pero va a controlar la nación en el futuro porque nadie excepto mi señor tiene la capacidad para hacerlo. Así pues, es un derroche que viváis recluido en las montañas cuando reina el caos en este mundo. Deberíais bajar por el bien de la nación.

Su anfitrión se volvió repentinamente hacia él mientras hablaba, y Hideyoshi retuvo el aliento sin darse cuenta, pero Hanbei le ofreció un cuenco de té.

—Tomad un poco de té —le dijo.

Entonces, tomando a su vez un cuenco, Hanbei sorbió el té casi como si lamiera el recipiente y lo saboreó varias veces, como si no hubiera absolutamente nada más en sus pensamientos.

—Mi honorable invitado...

—Decidme.

—¿Os gustan las orquídeas? En primavera son hermosas, pero en otoño también son muy bonitas.

—¡Las orquídeas! ¿Qué queréis decir con eso?

—Me refiero a las flores. Cuando uno se interna tres o cuatro leguas en la montaña, en los precipicios y los riscos hay orquídeas que retienen el rocío de los tiempos antiguos. Le pediré a mi siviente, Kokuma, que coja una y la plante en un tiesto. ¿Os gustaría verla?

—No... —Hideyoshi hizo una pausa, titubeante—. No tengo ocasión de contemplar orquídeas.

—¿Ah, no?

—Confío en poder hacerlo algún día, pero el hecho de que mis sueños corran al campo de batalla incluso cuando estoy en casa prueba que soy todavía un joven impetuoso. No soy más que un humilde servidor del clan Oda y no comprendo los sentimientos de los hombres ociosos.

—Bien, eso no está falto de razón. Pero ¿no creéis que es un despilfarro personal para un hombre como vos estar tan atareado en la búsqueda de fama y beneficios? La vida en las montañas tiene un profundo significado. ¿Por qué no abando-

náis Sunomata y venís a construïros una choza en esta montaña?

«¿No es la franqueza lo mismo que la estupidez? Y en última instancia, ¿no equivale la carencia de estrategia a la falta de sabiduría? Tal vez la sinceridad por sí sola no basta para llamar a la puerta del corazón humano. No lo entiendo.» Así pensaba Hideyoshi mientras bajaba en silencio la montaña. Sus esfuerzos habían sido infructuosos. Su visita a la casa de Hanbei había sido inútil. Lleno de indignación, se volvió y miró atrás. Ahora no sentía más que enojo, no tenía ningún remordimiento. Había sido despedido cortésmente tras su primera entrevista. Pensó que tal vez no volvería a ver a Hanbei, y se dijo que no, que la próxima vez examinaría su cabeza cuando la depositaran ante su escabel de campaña en el campo de batalla. Se prometió que así sería mientras se mordía el labio. ¿Cuántas veces había recorrido aquel camino con la cabeza baja, mostrando una cortesía perfecta y ocultando su vergüenza? Ahora el camino sólo le irritaba. Se volvió de nuevo.

—¡Eres un gusano! —gritó con la desesperación de la impotencia.

Tal vez recordaba el rostro pálido y el cuerpo enfermizo de Hanbei. La misma cólera que sentía le hizo apretar el paso. Entonces, al doblar una curva del camino en cuyo lado exterior había un precipicio, de repente pareció recordar algo que había reprimido desde que salió de la casa de Hanbei. Se detuvo y, desde lo alto del precipicio, orinó en el valle que se extendía debajo. El chorro arqueado se convirtió en una neblina susurrante a medio camino hacia el suelo. Hideyoshi se concentró en lo que estaba haciendo, pero cuando hubo terminado exclamó: «¡Basta de quejas!». Entonces apretó el paso todavía más y bajó velozmente hasta el pie de la montaña.

Una vez en casa de Moemon, le dijo a Saya:

—Este viaje ha resultado inesperadamente demasiado largo. Mañana nos levantaremos temprano para volver a casa.

Como el aspecto de su señor era tan enérgico, Saya pensó que la entrevista con Hanbei debía de haber ido bien y se alegró mucho. Hideyoshi y Saya pasaron la velada con Moemon y su familia, y luego se retiraron a dormir. Hideyoshi concilio el

sueño sin pensar en nada. A Saya le sorprendieron tanto los ronquidos de su señor que de vez en cuando abría los ojos, pero al pensar en ello comprendió que la preocupación y la fatiga física de ascender a diario el monte Kurihara debían de haber sido considerables, e incluso él se sintió conmovido.

Pensó que el intento de triunfar, aunque sólo fuese un poco, debía de ser algo extraordinario, pero no tenía idea de que los esfuerzos de su amo habían terminado en un fracaso. Antes de que amaneciera, Hideyoshi ya estaba terminando sus preparativos de viaje. El rocío cubría el suelo cuando salieron del pueblo. Sin duda muchas de las familias aún dormían profundamente.

—Espera, Saya.

Hideyoshi se detuvo de súbito y se quedó un rato inmóvil de cara al sol naciente. El monte Kurihara aún estaba a oscuras por encima del mar de bruma matinal. Detrás de las montañas, el sol en ascenso coloreaba brillantemente las nubes pasajeras.

—No, estaba equivocado —musitó Hideyoshi—. He venido para persuadir a una persona a la que es muy difícil persuadir, pero esa característica suya es natural. Tal vez mi propia sinceridad es todavía insuficiente. ¿Cómo puedo lograr grandes cosas con tal estrechez de miras?

Giró sobre sus talones y le dijo a Saya:

—Voy a subir una vez más al monte Kurihara. Tú regresa primero.

Tras decir esto se alejó bruscamente por el camino, a paso vivo, atravesando la niebla matinal en las cuestas de la montaña. Así pues, subió de nuevo la ladera y no tardó mucho en llegar a la mitad del monte. Cuando estaba en el borde de un ancho y herboso pantano cercano a la casa de Hanbei, oyó una voz que le llamaba desde cierta distancia.

Era Oyu, y estaba en compañía de Kokuma. La muchacha tenía un cesto con hierbas colgado del brazo y montaba la vaca, cuyas riendas sujetaba Kokuma.

—Vaya, qué sorpresa. Vuestro empeño es asombroso, señor. Hasta mi maestro ha dicho que habéis tenido suficiente y que probablemente no volveríais por aquí.

Oyu desmontó del lomo de la vaca y le saludó como de costumbre, pero Kokuma se dirigió a él en tono suplicante.

—Por favor, señor, no vayáis hoy. Ha dicho que anoche tuvo fiebre por haber hablado con vos durante largo tiempo. Incluso esta mañana su estado de ánimo era horrible y me ha reñido.

—No seas grosero —le reprendió Oyu, y presentó disculpas a Hideyoshi, pidiéndole de una manera indirecta que no visitara a su hermano—. No es que haya enfermado por hablar con vos, pero parece haberse resfriado un poco. Hoy guarda cama, así que le diré que queríais verle, pero hoy no, por favor.

—Supongo que sería una molestia. Abandonaré la idea y me iré, pero...

Sacó un pincel y un estuche de tinta del interior de su kimono y escribió un poema en un trozo de papel.

En una vida de indolencia no existe el ocio. Eso debería dejarse a las aves y las bestias. Uno puede recluirse incluso entre una multitud. Hay tranquilidad en las calles de una ciudad. Las nubes de la montaña están libres de ataduras mundanas. Vienen y van a su antojo. ¿Cómo puede uno limitar el lugar donde enterrar los propios huesos a las verdes montañas?

Sabía muy bien que el poema era malo, pero expresaba sus sentimientos. Añadió una cosa más:

¿Cuál es el destino de las nubes que abandonan las cumbres? ¿Hacia el oeste? ¿Hacia el este?

—Estoy seguro de que se reirá de mí y me llamará insolente y desvergonzado, pero ésta es la última vez que le molesto. Esperaré aquí su respuesta, y si veo que me será imposible completar la orden de mi señor, cometeré el seppuku aquí mismo, al lado de este pantano. Así pues, por favor, ve e intercede por mí una vez más.

Se mostraba incluso más serio que el día anterior, y no había la menor falsedad en el uso de la palabra seppuku, que ha-

bía pronunciado de una manera casi inconsciente, impulsado por su propio ardor.

Oyu no sólo no le desdeñaba, sino que sentía una profunda simpatía por él, y acudió al lado del lecho donde yacía su hermano para entregarle la misiva. Hanbei leyó la carta una sola vez y no dijo absolutamente nada. Mantuvo los ojos cerrados durante casi media jornada. Oscureció y el día se diluyó en una noche iluminada por la luna.

—Vete a buscar la vaca, Kokuma —dijo Hanbei de repente.

Como era evidente que se disponía a salir, Oyu se alarmó y abrigó a su hermano con prendas de algodón acolchadas y un grueso kimono. Entonces Hanbei partió a lomos de la vaca. Guiado por Kokuma, descendió la vertiente de la montaña hacia el pantano. A lo lejos, sobre un montículo herboso, distinguió la figura de alguien que no había comido ni bebido, sentado con las piernas cruzadas como un sacerdote Zen bajo la luna. Si un cazador le hubiera descubierto desde cierta distancia, habría pensado que Hideyoshi era un blanco perfecto. Hanbei desmontó de la vaca y se encaminó hacia él. Entonces se arrodilló ante Hideyoshi e hizo una reverencia.

—Señor visitante, hoy he sido descortés. No estoy seguro de qué clase de promesa esperáis de alguien que es tan sólo un hombre consumido que vive en las montañas, pero vuestra conducta ha superado mis merecimientos. Se dice que un samurai morirá por alguien que realmente le conoce. No quiero que muráis en vano, y grabaré esto en mi corazón. Y, no obstante, en otro tiempo serví al clan Saito. Ahora no digo que serviré a Nobunaga. Voy a servirlos a vos y dedicaré este cuerpo enfermo a vuestra causa. He venido aquí tan sólo para deciros esto. Por favor, perdonad mi grosería de los últimos días.

Transcurrió largo tiempo sin que hubiera lucha. Tanto Owari como Mino reforzaron sus defensas y permanecieron inactivos durante las nevadas y los gélidos vientos invernales. La tregua no oficial hizo que aumentara el número de viajeros y recuas de caballos de carga entre las dos provincias. Pasó el

Año Nuevo y por fin los capullos de los ciruelos se colorearon. Los lugareños de Inabayama creían que el mundo seguiría tranquilo durante otros cien años.

El sol primaveral alcanzó los blancos muros del castillo de Inabayama y los envolvió en una atmósfera de indolencia y hastío. En días como aquél, cuando los lugareños miraban el castillo se preguntaban por qué habían construido una fortaleza en la cima de una montaña. Eran sensibles a los estados de ánimo del castillo. Cuando aquel elemento central de sus vidas estaba bajo tensión, lo percibían de inmediato; cuando estaba lleno de lasitud, también ellos se volvían apáticos. Por muchos avisos oficiales que se fijaran día y noche, nadie los tomaba nunca en serio.

Mediaba el día. Las grullas blancas y las aves acuáticas parloteaban en el estanque. Las hojas de melocotonero caían como una lluvia. Aunque la huerta estaba cercada dentro de los muros del castillo, pocos eran los días sin viento en la cima del monte Inabayama. En una casa de té que se alzaba en el melocotonar, Tatsuoki yacía sumido en el estupor de una borrachera.

Saito Kuroemon y Nagai Hayato, dos de los principales servidores de Tatsuoki, estaban buscando al señor de Inabayama. Puede que las consortes de Tatsuoki no rivalizaran con «el harén de las tres mil bellezas» de la leyenda china, pero ciertamente allí no faltaba la belleza. Si se incluyera a las camareras, su número superaría al de los frutos del melocotonar. Sentadas en grupos, aguardaban, abandonadas y aburridas, a que despertara un solo durmiente ocioso.

—¿Dónde está Su Señoría? —preguntó Kuroemon.

—Su Señoría parece fatigado —respondió el asistente—. Se ha quedado dormido en la casa de té.

—¿Quieres decir que está borracho?

Kuroemon y Hayato se asomaron a la casa de té y descubrieron a Tatsuoki en medio de un grupo de mujeres, tendido y con un tamboril por almohada.

—Bueno, volveremos más tarde —dijo Kuroemon, y los dos hombres empezaron a marcharse.

—¿Quién es? ¡Oigo voces de hombres! —Tatsuoki alzó el

rostro arrebolado, las orejas de un rojo brillante—. ¿Eres tú, Kuroemon? ¿Y Hayato? ¿A qué habéis venido? Estamos contemplando las flores. ¡Y necesitáis sake!

Los dos habían acudido para sostener una conversación privada, pero cuando él les habló de ese modo se abstuvieron de informarle sobre las noticias llegadas de la provincia enemiga.

—Tal vez esta noche.

Pero la noche volvió a estar dedicada por entero a la bebida.

—Quizá mañana.

Aguardaron en vano, pero a mediodía tuvo lugar un concierto extravagante. No había un solo día de la semana en el que Tatsuoki se ocupara de los asuntos de estado, cosa que dejaba en manos de sus servidores principales. Por suerte, muchos de ellos eran veteranos que habían servido al clan Saito durante tres generaciones y mantenían el poder del clan en medio del caos. Los servidores dejaban que Tatsuoki se dedicara a sus aficiones y nunca se permitían el lujo de dormir en un buen día primaveral.

Según la información recogida por los espías de Hayato, el clan Oda había aprendido de la amarga experiencia de la derrota el verano anterior y se había dado cuenta de la inutilidad de volver a intentarlo.

—No ha hecho más que perder tropas y dinero en sus ataques contra Mino, por lo que quizá ha renunciado definitivamente —concluyó Hayato, el cual llegó a creer gradualmente que Nobunaga había abandonado sus planes de conquista porque se le había agotado el dinero.

Aquella primavera Nobunaga había invitado al castillo a un maestro de la ceremonia del té y poeta, y se pasaba el día practicando la ceremonia del té y celebrando certámenes de composición de poemas. En la superficie, por lo menos, Nobunaga aprovechaba aquel periodo de paz para disfrutar de la vida, como si no tuviera ninguna otra preocupación en el mundo.

Inmediatamente después del Festival de los Difuntos, a mediados del verano, unos mensajeros portadores de despa-

chos urgentes galoparon desde el monte Komaki a todos los distritos de Owari. En la ciudad fortificada reinaba la agitación. La investigación de los viajeros que cruzaban la frontera se estaba haciendo más estricta. Los servidores iban y venían, y sus conferencias en el castillo a altas horas de la noche eran frecuentes. Se estaban requisando los caballos. Los samurais presionaban a los armeros para que se dieran prisa con las armaduras y armas cuya reparación les habían encargado.

—¿Qué sabéis de Nobunaga? —preguntó Hayato a sus espías.

—Nada ha cambiado en el castillo —le respondieron, aunque con menos confianza—. Las lámparas arden hasta las primeras horas de la mañana, y el sonido de flautas y tambores resuena sobre las aguas del foso.

A comienzos del otoño corrió la noticia:

—¡Nobunaga se dirige al oeste con un ejército de diez mil hombres! Han establecido su base en el castillo de Sunomata. ¡En estos mismos momentos están cruzando el río Kiso!

Tatsuoki, quien normalmente sentía una indiferencia absoluta hacia el mundo exterior, se puso histérico cuando finalmente tuvo que enterarse de lo que ocurría. También sus consejeros estaban consternados, pues todavía tenían que tomar las contramedidas apropiadas.

«Puede que sea una mentira —se dijo Tatsuoki—. El clan Oda no puede reunir un ejército de diez mil hombres. Hasta ahora han sido incapaces de reunir un ejército tan considerable para cualquier batalla.»

Pero cuando sus espías le dijeron que esta vez los Oda habían reunido, en efecto, un ejército de diez mil hombres, Tatsuoki se sintió aterrado hasta la médula. Entonces consultó a sus servidores principales.

—Este ataque es una jugada temeraria. ¿Qué estamos haciendo para repelerlos?

Al final, como quien invoca a los dioses en tiempos turbulentos, envió convocatorias urgentes a los «tres hombres de Mino», a quienes de ordinario consideraba unos viejos desagradables a los que era preciso mantener a distancia.

—Hemos enviado mensajeros, naturalmente, pero ninguno

de los tres se ha presentado todavía —replicaron sus servidores.

—¡Bien, ordenadles que vengan! —gritó Tatsuoki, y él mismo cogió un pincel y envió cartas a los «tres hombres».

Pero ni siquiera las misivas de Tatsuoki lograron que ninguno de ellos se apresurase a ir al castillo de Inabayama.

—¿Qué me decís del Tigre de Unuma?

—¿Ese? Finge estar enfermo y lleva algún tiempo confinado en su castillo. No podemos confiar en él.

Tatsuoki recuperó de repente su optimismo, como si se riese de la necedad de sus servidores o hubiera ideado súbitamente algún plan genial.

—¿Habéis enviado un mensajero al monte Kurihara? ¡Llamad a Hanbei! ¿Qué ocurre? ¿Por qué no hacéis lo que os ordeno? ¡No os andéis con dilaciones en unos momentos así! Enviad un hombre ahora mismo. ¡Ahora mismo!

—Enviamos un mensaje hace pocos días sin aguardar vuestra orden, informando al señor Hanbei de la urgencia de la situación e instándole a bajar de la montaña, pero...

—¿No quiere venir? —Tatsuoki se estaba impacientando—. ¿Por qué será? ¿Por qué creéis que no viene en seguida al frente de su ejército? Es mi leal servidor, ¿no?

Tatsuoki parecía entender que las palabras «leal servidor» significaban alguien que en general hablaba con franqueza y le ofendía con su aspecto desagradable, pero que, en momentos de emergencia, sería el primero en presentarse por muy lejos que estuviera.

—Enviemos a otro mensajero —insistió Tatsuoki.

Los servidores principales lo consideraban inútil, pero enviaron un cuarto mensajero al monte Kurihara. El hombre regresó cabizbajo.

—Por fin he podido verle, pero tras leer vuestra orden no dio ninguna respuesta —informó el mensajero—. Se limitó a verter lágrimas y dijo algo sobre los desdichados dirigentes de este mundo.

Tatsuoki recibió esta noticia como si se hubieran burlado de él. Rojo de ira, reconvino a sus hombres.

—¡No deberíais fiaros de hombres enfermos!

Los días transcurrieron rápidamente, atareados con estas idas y venidas. El ejército de Oda ya había empezado a cruzar el río Kiso y se habían producido los primeros combates encarnizados con las fuerzas del clan Saito. A cada hora llegaban a Inabayama informes de las derrotas de su ejército.

Tatsuoki no podía dormir y tenía los ojos vidriosos. Pronto empezaron a reinar en el castillo la confusión y la melancolía. Tatsuoki ordenó que rodearan con cortinas el melocotonar, y se sentaba allí en su escabel de campaña, rodeado de vistosas armaduras y servidores.

—Si nuestras fuerzas son insuficientes, exigid más a cada uno de nuestros distritos. ¿Hay suficientes tropas en la ciudad fortificada? No será necesario que pidamos tropas en préstamo al clan Asai, ¿verdad? ¿Qué opináis?

Su voz era aguda y temblorosa a causa del terror y el pesimismo que experimentaba. Los servidores tenían que encargarse de que el estado de ánimo de Tatsuoki no influyera a sus guerreros.

Al caer la noche vieron fuegos desde el castillo. El avance de las tropas de Oda prosiguió día y noche, desde Atsumi y la llanura de Kano al sur, extendiéndose por los afluentes del río Nagara hacia Goto y Kagamijima al oeste. A medida que el ejército de Oda avanzaba, los fuegos que encendían se convertían en una marea de llamas que abrasaban el cielo. Hacia el séptimo día del mes, los hombres de Oda cercaron Inabayama, el principal castillo del enemigo.

Era la primera vez que Nobunaga estaba al frente de un ejército tan numeroso. Este hecho por sí solo permite comprender su determinación de triunfar. Para Owari, eso significaba la movilización de toda la provincia. Si eran derrotados, tanto Owari como los Oda dejarían de existir.

Una vez que el ejército llegó a Inabayama, su avance se detuvo y durante varios días ambos bandos libraron violentos combates. La fortaleza natural y los curtidos veteranos de Saito demostraron su valía. Pero lo que resultaba especialmente perjudicial para los Oda era la inferioridad de su armamento. La riqueza de Mino había permitido al clan Saito comprar una cantidad considerable de armas de fuego.

Los Saito tenían un regimiento de mosqueteros, del que carecían las fuerzas de Oda, y dispararon contra los atacantes desde la ladera de la montaña cuando se aproximaban a la ciudad fortificada. Akechi Mitsuhide, el hombre que había creado el regimiento, había abandonado Mino mucho tiempo atrás para convertirse en ronin. Sin embargo, el culto joven se había entregado al estudio de las armas de fuego, y la base del regimiento era sólida.

En cualquier caso, al cabo de varios días de calor ardiente y combates cuerpo a cuerpo, las tropas de Oda empezaron a cansarse. Si el clan Saito hubiera pedido entonces refuerzos a Omi o Ise, los diez mil hombres jamás habrían vuelto a ver Owari.

Lo más amenazador de todo eran las formas de los montes Kurihara, Nangu y Bodai que se alzaban a lo lejos.

—Realmente no debe preocuparos nada en esa dirección —aseguró Hideyoshi a Nobunaga.

Pero Nobunaga estaba inquieto.

—Un asedio no es la estrategia correcta, pero impacientarme sólo perjudicará a mis tropas. No veo cómo podemos tomar la fortaleza, por mucho que lo intentemos.

Se celebraban consejos de campaña una y otra vez, pero a nadie se le ocurría una buena idea. Finalmente fue aprobado un plan de Hideyoshi y poco después éste desapareció una noche de la avanzada.

Hideyoshi partió del cruce de los caminos de Unuma y Hida, que estaba a cuatro o cinco leguas del extremo de la sierra donde se hallaba Inabayama, acompañado tan sólo por nueve hombres de confianza. Empapados en sudor, subieron con dificultad el monte Zuiryuji, el cual se encontraba tan alejado de Inabayama que en él no habría vigilancia. Entre los hombres que acompañaban a Hideyoshi estaban Hikoemon y su hermano menor, Matajuro. Actuaba como guía un hombre que recientemente se había puesto incondicionalmente al servicio de Hideyoshi y se sentía en deuda con él, Osawa Jirozaemon, el Tigre de Unuma.

—Id desde la base de esa enorme grieta hacia el valle. Cruzad el arroyo que hay más allá y dirigios al pantano.

Cuando creían haber llegado al extremo del valle y del ca-

mino, vieron unas enredaderas de glicinas aferradas a un risco. Al rodear una cima encontraron un sendero oculto que conducía al valle y pasaba a través de una plantación de bambúes listados de baja altura.

—A unas dos leguas a lo largo de este sendero está la parte trasera del castillo. Si recorréis esa distancia siguiendo este plano de la montaña, encontraréis un conducto de agua que penetra en el castillo. Ahora, con vuestro permiso, me marcho.

Osaba dejó al grupo y regresó solo. Era un hombre con un profundo sentido de la lealtad. Aunque estaba al servicio de Hideyoshi y era completamente sincero, en el pasado había jurado fidelidad al clan Saito. Sin duda le había resultado penoso conducir a aquellos hombres al sendero secreto que conducía a la parte trasera del castillo de sus antiguos señores. Hideyoshi así lo había supuesto y le dijo a propósito que regresara antes de que llegaran a su destino.

Dos leguas no era demasiada distancia, pero el sendero apenas se distinguía entre la vegetación. Durante su ascensión, Hideyoshi consultaba el plano una y otra vez, buscando el sendero oculto. Sin embargo, por mucho que los comparase, el plano y el terreno de la montaña no coincidían.

No encontraba el arroyo de montaña que había de ser su hito orientador. Se habían extraviado. Entretanto, el sol empezó a ponerse y el frío se intensificó. Hideyoshi no había pensado en la posibilidad de perderse, pues su mente se concentraba en las tropas que sitiaban el castillo de Inabayama. Si cuando saliera el sol a la mañana siguiente algo iba mal, perjudicaría en gran manera a sus camaradas.

—¡Esperad! —dijo uno de los hombres, tan repentinamente que todos se quedaron paralizados—. Veo una luz.

No había ningún motivo para que hubiera una luz en medio de las montañas, sobre todo cerca de un sendero secreto que conducía al castillo de Inabayama. Sin duda se habían aproximado mucho al castillo y aquél era un puesto de guardia enemigo.

Los hombres se apresuraron a ocultarse. En comparación con los ronin, que eran ágiles en extremo cuando escalaban las

montañas o simplemente caminaban, Hideyoshi se sentía en desventaja.

—Sujetaos a esto —dijo Hikoemon, extendido el asta de su lanza.

Hideyoshi lo aferró con fuerza y Hikoemon trepó por el precipicio, tirando de Hideyoshi tras él. Salieron a una planicie. La noche avanzaba y la luz que antes habían visto parpadeaba brillantemente desde una grieta de la montaña al oeste.

Suponiendo que la luz procedía de un puesto de guardia, el sendero ciertamente sólo iría en una dirección.

—No tenemos alternativa —dijeron, decididos a abrirse paso.

—Esperad. —Hideyoshi se apresuró a sosegarlos—. Lo más probable es que sólo haya unos pocos hombres en el puesto de guardia, insuficientes para preocuparnos, pero no debemos permitir que hagan señales a Inabayama. Si hay una señalización con fuego estará cerca de la choza, así que primero busquémosla y dejemos allí dos hombres. Entonces, para evitar que algún guardián corra al castillo, la mitad de vosotros os quedaréis detrás de la casa.

Los hombres asintieron y se alejaron sigilosamente como animales silvestres, cruzaron una hondonada y entraron en el valle. La fragancia del cáñamo en los campos era inesperada, y había parcelas de mijo, puerros y ñames.

Hideyoshi ladeó la cabeza. La choza, rodeada de campos y de construcción rudimentaria, no parecía un puesto de guardia.

—No os apresuréis. Voy a echar un vistazo.

Hideyoshi avanzó arrastrándose entre el cáñamo, procurando no hacer ruido. Por lo que podía ver del interior de la choza, estaba claro que era una casa de campo, y muy deteriorada, por cierto. Distinguió a dos personas a la luz de una lámpara. Una de ellas parecía ser una anciana tendida sobre una estera de paja. La otra, probablemente su hijo, estaba masajeando la espalda de la anciana.

Hideyoshi se olvidó por un momento de donde estaba y contempló tiernamente la escena. La anciana ya tenía el cabello blanco. Su hijo era muy musculoso, aunque no aparenta-

ba más de dieciséis o diecisiete años. Hideyoshi no podía considerar a aquella madre y su hijo como unos desconocidos. De repente tenía la sensación de estar viendo a su propia madre en Nakamura y a él mismo de muchacho.

El joven alzó de repente la cabeza y dijo:

—Espera un momento, madre. Hay algo extraño.

—¿Qué es, Mosuke?

La anciana se incorporó un poco.

—De repente los grillos han dejado de chirriar.

—Probablemente es algún animal que intenta entrar otra vez en el almacén.

—No. —El muchacho sacudió la cabeza enérgicamente—. Si fuese un animal, no se acercaría mientras la luz está todavía encendida.

Se deslizó hacia el porche, dispuesto a salir, y cogió una espada.

—¿Quién anda por ahí afuera a hurtadillas? —preguntó.

Hideyoshi se levantó de súbito en la parcela de cáñamo.

Sobresaltado, el joven se quedó mirándole fijamente. Al cabo murmuró:

—¿Qué pasa aquí? Ya me parecía que había alguien ahí afuera. ¿Eres un samurai de Kashihara?

En vez de responderle, Hideyoshi se volvió e hizo una seña con la mano a los hombres ocultos detrás de él.

—¡Rodead la choza! ¡Si alguien sale corriendo, matadlo!

Los guerreros se levantaron en la parcela de cáñamo y rodearon la choza en un instante.

—Rodear la casa con semejante despliegue... —dijo Mosuke, casi como si desafiara a Hideyoshi, el cual se había aproximado a la casa—. Aquí no estamos más que mi madre y yo. No hay nada merecedor de que la rodeen tantos hombres. ¿Qué andas buscando aquí, samurai?

Su actitud, mientras permanecía de pie en el porche, no era nada confusa. Por el contrario, era casi demasiado serena. Su desprecio hacia los intrusos resultaba evidente.

Hideyoshi se sentó en el borde del porche.

—No, muchacho —le dijo—. Sólo tomamos precauciones. No queríamos asustarte.

—No estoy nada asustado, pero mi madre se ha llevado un sobresalto —replicó sin asomo de temor—. Si vais a pedir disculpas, pedídselas a mi madre.

El chico no parecía ser un simple campesino. Hideyoshi echó un vistazo al interior de la choza.

—Vamos, vamos, Mosuke, ¿por qué eres tan descortés con un samurai? —le dijo la anciana, y entonces se volvió hacia Hideyoshi—. No sé quiénes sois, pero mi hijo nunca se mezcla con la sociedad mundana y no es más que un testarudo muchacho campesino que desconoce los buenos modales. Os ruego que le perdonéis, señor.

—¿Sois la madre de este joven?

—Sí, señor.

—Decís que es sólo un muchacho de campo que desconoce los buenos modales, pero a juzgar por su manera de hablar y su compostura, resulta difícil creer que sois campesinos ordinarios.

—Nos ganamos a duras penas la vida cazando en invierno y haciendo carbón para venderlo en el pueblo en verano.

—Puede que así sea ahora, pero no antes. Como mínimo, desde luego pertenecéis a una familia de casta. No soy un servidor de los Saito, pero debido a ciertas circunstancias me he extraviado en estas montañas. No tenemos intención de haceros daño. Si no os importa, ¿me haríais el favor de decirme quiénes sois?

Mosuke, que había permanecido sentado al lado de su madre, preguntó de improviso:

—Señor samurai, también vos habláis con acento de Owari. ¿Acaso sois de allí?

—Sí, nací en Nakamura.

—¿Nakamura? No lejos de nuestro pueblo. Yo nací en Gokiso.

—Entonces somos de la misma provincia.

—Si sois un servidor de Owari, os lo diré todo. Mi padre se llamaba Horio Tanomo. Sirvió al señor Oda Nobukiyo en la fortaleza de Koguchi.

—Qué extraño, si vuestro padre fue un servidor del señor Nobukiyo, entonces sin duda vos también seréis un servidor del señor Nobunaga.

Hideyoshi pensó con satisfacción que había encontrado allí a una buena persona.

Cuando le nombraron gobernador de Sunomata, buscó hombres capacitados que le sirvieran. Su método no consistía en emplearlos primero y luego juzgarlos. Si confiaba en un hombre, le empleaba de inmediato y luego gradualmente se servía de él. Había actuado de la misma manera cuando eligió mujer para casarse. Tenía un verdadero talento para distinguir la auténtica valía de la imitación.

—Sí, comprendo, pero creo que, como madre de Mosuke, no querréis que se pase la vida quemando carbón y cazando. ¿Por qué no me confiáis a vuestro hijo? Sé que eso sería llevarme todo lo que tenéis. Mi categoría no es alta, pero soy un servidor del señor Oda Nobunaga, Kinoshita Hideyoshi de nombre. Mi estipendio es bajo, y me considero como alguien que sale al mundo sin más armas que una lanza. ¿Quieres servirme?

Hideyoshi aguardó la respuesta, mirando a madre e hijo.

-¿Qué? ¿Yo?

Mosuke no podía dar crédito a sus oídos, y la anciana, tan feliz que se preguntaba si aquello era un sueño, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Si pudiera servir al clan Oda, mi marido, que murió deshonrado en combate, sería muy feliz. ¡Mosuke! Acepta esta oferta y limpia el nombre de tu padre.

Mosuke, por supuesto, no hizo ninguna objeción y pronunció de inmediato el juramento de fidelidad como servidor.

Entonces Hideyoshi dio al muchacho su primera orden.

—Nos dirigimos a la parte trasera del castillo de Inabayama. Tenemos un plano de las montañas, pero no podemos encontrar el sendero. Es una tarea bastante difícil para ser tu primer acto de servicio, pero debes guiarnos allí. Cuento contigo.

Mosuke estudió el mapa durante un rato, lo dobló y lo devolvió a Hideyoshi.

—Comprendo. ¿Alguien necesita comer? ¿Habéis traído suficientes víveres para que cada uno tenga dos comidas?

Como se habían extraviado, casi habían agotado sus raciones.

—Sólo hay dos leguas y media hasta el castillo, pero será mejor que llevemos lo suficiente para dos comidas.

Mosuke se apresuró a hervir arroz y lo mezcló con mijo, pasta de alubias y ciruelas saladas, en cantidad suficiente para diez hombres. Entonces se echó al hombro una cuerda de cáñamo y se fijó al cinto pedernal, yesca y la espada de su padre.

—Me marchó, madre —dijo Mosuke—. Ir a combatir es un buen comienzo al servicio de mi señor, pero según sea mi destino de samurai, puede que ésta sea nuestra última despedida. Si eso llegara a suceder, te ruego que te resignes a la pérdida de tu hijo.

Era hora de partir, pero madre e hijo estaban, naturalmente, poco dispuestos a separarse. Hideyoshi apenas podía soportar la escena. Se alejó de la casa y contempló las montañas negras como la brea.

Cuando Mosuke se marchaba, su madre le llamó, tendiéndole una calabaza.

—Llénalas de agua y llévatela —le dijo—. Tendréis sed por el camino.

Hideyoshi y los demás se alegraron. Hasta entonces habían padecido en más de una ocasión la falta de agua. Eran muy pocos los lugares donde brotaban manantiales entre los peñascos, pero cuanto más se aproximaran a la cima, menos agua habría.

Cuando llegaban a un risco, Mosuke arrojaba la cuerda, la ataba a las raíces de un pino y trepaba primero. Entonces tiraba de los demás.

—A partir de aquí, seguir el sendero es todavía más difícil —les advirtió—. Hay varios sitios, como el puesto de guardia en la cueva de Akagawa, donde los guardianes podrían capturarlos.

Al oír estas palabras, Hideyoshi comprendió la amplitud de la prudencia de Mosuke cuando, al ver el plano de la montaña, lo examinó un momento sin dar una respuesta inmediata. Todavía conservaba algunos rasgos infantiles, pero pensaba las cosas a fondo, y Hideyoshi sintió aún más afecto hacia él.

El agua de la calabaza acabó convirtiéndose en sudor en los

diez hombres. Mosuke se limpió un torrente de perspiración del rostro y comentó:

—Será difícil que podamos luchar si estamos tan cansados. ¿Por qué no dormimos aquí?

—Nos iría bien dormir —convino Hideyoshi, pero entonces preguntó qué distancia quedaba todavía hasta la parte trasera del castillo.

—Está ahí abajo —dijo Mosuke, señalando el valle.

Todos estaban excitados, pero Mosuke les silenció con un gesto de la mano.

—Ya no podemos seguir hablando en voz alta, pues el viento llevará nuestras voces en la dirección del castillo.

Hideyoshi contempló el valle. Los oscuros árboles que lo cubrían parecían un lago insondable, pero cuando llevaba un rato mirando distinguió el contorno de un muro hecho con rocas enormes, una empalizada y algo parecido a un almacén entre los árboles.

—Aquí estamos directamente por encima del enemigo. Bueno, durmamos hasta el amanecer.

Los hombres se tendieron en el suelo, y Mosuke envolvió la calabaza vacía en un paño y la colocó bajo la cabeza de su señor. Todos durmieron un par de horas excepto Mosuke, el cual se mantuvo despierto, montando guardia a cierta distancia.

—¡Eh! —les llamó.

Hideyoshi alzó la cabeza.

—¿Qué pasa, Mosuke?

—Está saliendo el sol.

En efecto, el cielo nocturno empezaba a mostrar una tonalidad blanca. Un mar de nubes cubría las cimas e impedía ver por completo el valle detrás del castillo de Inabayama, que estaba por debajo de ellos.

—Bien, empecemos el asalto —dijo uno de los hombres, y Hikoemon y los demás, temblorosos de excitación, ataron los cordones de sus armaduras y se ajustaron las polainas.

—No, esperad —les dijo Hideyoshi—. Comamos primero.

Mientras salía el sol sobre el vasto océano de nubes, terminaron la segunda de las dos comidas que Mosuke había preparado la noche anterior. La calabaza estaba vacía, pero el arroz,

mezclado con mijo y envuelto en hojas de roble, tenía un sabor tan agradable que creyeron que no lo olvidarían mientras vivieran.

Cuando hubieron terminado de comer, la bruma del valle empezó a disiparse. Vieron un precipicio y un puente colgante cubierto de enredaderas. Más allá del puente había un muro de piedra cubierto de espeso musgo. El lugar era oscuro y un fuerte viento soplaba continuamente.

—¿Dónde está el tubo de señales luminosas? —preguntó Hideyoshi—. Dádselo a Mosuke y enseñadle a manejarlo.

Hideyoshi se levantó y preguntó a Mosuke si entendía la manera de usar el tubo.

—Ahora bajaremos para abrirnos paso hacia el interior del castillo. Mantén el oído atento. En cuanto oigas gritos, enciende la bengala. ¿De acuerdo? No te equivoques.

—Entendido.

Mosuke asintió y se apostó al lado del tubo de señales. Al ver que su señor y los demás descendían llenos de ánimo al valle, pareció entristecerse un poco, pues le habría gustado acompañarles. Las nubes empezaron a parecer olas embravecidas y por fin se hizo visible bajo ellos la planicie que se extendía entre Mino y Owari.

El otoño estaba todavía en sus comienzos y el sol brillaba intensamente. Muy pronto la ciudad fortificada de Inabayama, las aguas del río Nagara e incluso los cruces entre las casas se hicieron visibles. Sin embargo, no se veía un alma. El sol se alzó más.

Mosuke se preguntó nerviosamente qué estaba ocurriendo. El corazón le latía con fuerza. Entonces, de improviso, oyó los estampidos resonantes de armas de fuego. El humo de la bengala que disparó trazó una estela en el cielo azul, como un calamar que lanzara un chorro de tinta.

Hideyoshi y sus hombres se habían encaminado a la parte posterior del castillo con una serenidad total en sus semblantes, mirando aquí y allá alrededor del amplio espacio donde crecía espesa la hierba.

Los primeros soldados del castillo de Inabayama que vieron al grupo creyeron que estaba formado por sus propios hombres. Apostados en el cercano almacén de combustible y arroz, comían sus raciones matinales y chismorreaban. Aun cuando la lucha se prolongaba desde hacía varios días, aquélla era una ciudadela grande y toda la acción había tenido lugar alrededor del portal principal. Allí, en la parte posterior de la fortaleza natural, reinaba tal silencio que podían oírse los trinos de los pájaros.

Cuando se luchaba en la parte delantera del castillo, llegaba a los soldados que estaban detrás el sonido de las armas de fuego que traqueteaban desde el tortuoso camino que conducía al portal principal. Pero los pocos soldados que custodiaban la parte trasera creían que no intervendrían en la batalla hasta el mismo final.

—Vaya, les están haciendo sudar ahí delante —comentó uno de los soldados con satisfacción.

Mientras comían sus raciones, los soldados miraban a Hideyoshi y sus hombres, y finalmente empezaron a sospechar de ellos.

—¿Quiénes son?

—¿Te refieres a esos hombres de ahí?

—Sí. Es extraño esa manera de merodear, ¿no os parece? Están examinando el puesto de guardia al lado de la empalizada.

—Probablemente vienen del frente.

—Pero ¿quiénes son?

—Es difícil saberlo cuando visten armadura.

—¡En! ¡Uno de ellos há salido de la cocina con una tea! ¿Qué se propone?

Estaban observando con los palillos en la mano, cuando el hombre provisto de la tea corrió al almacén de combustible y prendió fuego a los montones de leña. Los otros le siguieron, llevando antorchas que lanzaban a los demás edificios.

—¡Es el enemigo! —gritaron los guardianes.

Hideyoshi y Hikoemon se volvieron hacia ellos y se echaron a reír. ¿Cómo podía caer tan fácilmente aquella fortaleza al parecer inexpugnable? En primer lugar reinó la confusión

en el interior del castillo a causa del incendio declarado en la parte trasera. Luego los gritos de Hideyoshi y sus hombres llenaron de pánico a los defensores, los cuales empezaron a pelear entre ellos, creyendo que debía de haber traidores en sus filas. Pero el factor más importante de su derrota, algo que sólo se comprendió más tarde, fue el resultado del consejo que había dado alguien.

Varios días antes, el lerdo Tatsuoki había hecho trasladar a las esposas e hijos de los soldados que luchaban fuera del castillo, así como a las familias de los ciudadanos más ricos, a la fortaleza, en condición de rehenes, a fin de que sus soldados no se sometieran al enemigo.

Sin embargo, el hombre que había ideado esa jugada no era otro que Iyo, uno de los «tres hombres de Mino», el cual ya se había aliado con Hideyoshi. Así pues, esa «estrategia» no era más que un complot sedicioso. Por ello la confusión dentro del castillo durante el ataque fue terrible, y los defensores no pudieron oponer una resistencia total a los atacantes. Finalmente, Nobunaga, que siempre estaba buscando una oportunidad, envió una carta a Tatsuoki cuando mayor era la confusión:

Hoy tu clan inmoral es presa de las llamas del castigo divino y pronto será derrotado por mis soldados. Las gentes de esta provincia buscan una señal de lluvia que ponga fin a estos fuegos, y los gritos de alegría se alzan ya de la ciudad fortificada. Eres el sobrino de mi esposa. Durante muchos años me he compadecido de ti por tu cobardía y tu locura, y me resulta muy difícil ponerte bajo el filo de la espada. Preferiría perdonarte gustosamente la vida y concederte un estipendio. Si deseas vivir, ríndete y envía cuanto antes un mensajero a mi campamento.

En cuanto Tatsuoki leyó la carta, ordenó a sus hombres que se rindieran e hizo que los miembros de su familia abandonaran el castillo, acompañados tan sólo por una treintena de servidores. Nobunaga añadió una escolta de sus propios soldados y exilió a Tatsuoki a Kaisei, pero prometió que daría a su her-

mano menor, Shingoro, algunas tierras a fin de que el clan Saito no desapareciera.

Con la unificación de Owari y Mino, el valor de los dominios de Nobunaga ascendió un millón doscientas mil fanegas de arroz. Nobunaga trasladó su castillo por tercera vez, del monte Komaki a Inabayama, a la que dio el nuevo nombre de Gifu, tomado del lugar de nacimiento de la dinastía china Chou.

## (Sed un vecino amistoso»

La ciudad fortificada de Kiyosu estaba ahora desierta. Había pocas tiendas y residencias de samurais. Sin embargo, a través de esa misma soledad brillaba la satisfacción de una muda de piel. Es un principio de todos los seres vivos: una vez la placenta ha llevado a cabo su función, debe resignarse al deterioro y la desaparición. Y de una manera muy similar, todo el mundo se alegraba de que Nobunaga no fuese a quedar atrapado para siempre en su ciudad natal, aunque eso significara el declive de la ciudad.

Una mujer que había dado a luz en su juventud ahora envejecía en aquel lugar. Era la madre de Hideyoshi, quien aquel año cumpliría los cincuenta y por el momento vivía apaciblemente, en compañía de su nuera Nene, en su casa del distrito samurai de Kiyosu. Hasta sólo dos o tres años antes había sido una campesina y sus manos agrietadas por la tierra todavía eran muy ásperas. Tras haber parido cuatro hijos, le faltaban muchos dientes, pero su cabello aún no era del todo blanco.

Una carta que Hiyoshi le envió desde el campo era característica de sus misivas:

¿Cómo estás de la cadera? ¿Todavía usas moxal Cuando vivíamos en la granja, siempre me decías que no desperdi-

ciara la comida contigo, fuera lo que fuese. Así pues, incluso aquí me preocupa que no comas como es debido. Tienes que vivir una larga vida. Siento no tener tiempo para cuidarte como quisiera, porque soy tan zopenco. Por suerte, aquí no he estado enfermo. Mi destino de guerrero parece estar bendito, y Su Señoría me tiene en alta estima.

Sería difícil contar las cartas que envió después de la invasión de Mino.

—Lee esto, Nene, siempre escribe como un niño —le decía a su nuera la madre de Hideyoshi.

En cada ocasión la madre mostraba las cartas a su nuera, y Nene enseñaba a la anciana las cartas que le llegaban a ella.

—Las cartas que me envía no son tan tiernas ni mucho menos. Siempre me dice cosas como «ten cuidado con el fuego», «sé una esposa sumisa cuando tu marido está ausente» o «cuida de mi madre».

—Ese chico es listo. Nos envía una carta a cada una de nosotras, una severa y la otra tierna. De modo que, como se ocupa de los dos aspectos, supongo que hace una división equitativa al ponerse a escribir.

—Debe de ser eso —replicó Nene, riendo.

La joven cuidaba con afecto a la madre de su marido. Hacía cuanto estaba en su mano por atenderla como si ella, al igual que Otsumi, fuese su hija natural. Pero por encima de todo, el placer de la anciana procedía de las cartas de Hideyoshi. Precisamente cuando se preocupaban porque llevaban largo tiempo sin recibir ninguna, llegó una misiva desde Sunomata. Esta vez, sin embargo, la carta iba dirigida a Nene.

A veces Hideyoshi sólo escribía a su madre, sin adjuntar nada para su mujer. Los mensajes que le dirigía no solían ser más que posdatas en las cartas a su madre. Hasta entonces nunca había enviado una exclusivamente para su esposa. Nene pensó de repente que había ocurrido algún percance o había algo de lo que él no quería que su madre se preocupase. Se encerró en su habitación, abrió la envoltura y encontró una carta mucho más larga que de costumbre:

Durante largo tiempo he confiado en que tú y mi madre podríais vivir aquí conmigo. Ahora que por fin me he convertido en el señor de un castillo y Su Señoría me ha concedido la categoría de general, la situación es lo bastante tolerable para traer a mi madre a Sunomata. Sin embargo, temo que este traslado la inquiete. Antes se preocupaba porque su presencia podría ser una carga para mí en el servicio a Su Señoría. Además, siempre ha dicho que sólo es una vieja campesina y que se sentiría fuera de lugar en el castillo. Por ello estoy seguro de que se negará con una excusa u otra, aunque se lo pida.

¿Qué debería decirle a su suegra? Nene no tenía la menor idea. La solicitud implícita de su marido le parecía realmente ardua.

En aquel momento la mujer la llamó desde la parte posterior de la casa.

—¡Nene! ¡Nene! ¡Ven un momento a ver esto!

—¡Ya voy!

Una vez más su suegra estaba revolviendo la tierra con una hoz alrededor de las berenjenas que maduraban en otoño. Eran las primeras horas de la tarde y aún hacía bastante calor. Hasta los terrones de la huerta estaban calientes. El sudor brillaba en las manos de la campesina.

—¿Qué haces aquí con este calor? —le preguntó Nene.

Pero la anciana siempre respondía que eso era lo que les gustaba hacer a los campesinos y que no se preocupara, y por muchas veces que lo repitiera no podía convencer a Nene, la cual no había nacido en el campo y desconocía el auténtico sabor de las tareas agrícolas, que a ella siempre le habían parecido un trabajo extenuante. Sin embargo, últimamente tenía la sensación de que empezaba a comprender, por lo menos un poco, por qué la madre de su marido era incapaz de poner fin al trabajo.

La anciana solía llamar a las cosechas «los dones de la tierra». El hecho de que hubiera podido criar a cuatro hijos a pesar de su gran pobreza y que ella misma no se hubiera muerto de hambre era uno de esos dones. Por la mañana juntaba las

manos en dirección al sol para rezar, y decía que eso también era un hábito que tenía en Nakamura. No olvidaba su vida anterior.

En ocasiones decía que si se acostumbrara de repente a vestir prendas espléndidas, a tomar comidas succulentas y se olvidara de las bendiciones del sol y la tierra, sin duda sería castigada y enfermaría.

—¡Oh, Nene, mira esto! —En cuanto vio a su nuera, la madre de Hideyoshi dejó el azadón y señaló su obra con una expresión de júbilo—: Mira cuántas berenjenas han madurado. Vamos a encurtir las para comérmolas este invierno. Anda, trae los cestos y recogeremos unas cuantas ahora mismo.

Nene regresó y dio uno de los dos cestos a su suegra. Mientras recogía las berenjenas y las ponía en el cesto, comentó:

—Trabajas con tanto ahínco que vamos a tener suficientes verduras para todas las sopas y los encurtidos que hacen falta en casa.

—Supongo que eso molestará en las tiendas donde compramos.

—Bueno, los criados dicen que disfrutas haciéndolo y que es bueno para tu salud. Y, desde luego, resulta económico, de modo que todo son ventajas.

—Sería malo para la reputación de Hideyoshi que la gente creyera que lo hacemos porque somos tacaños. Tendremos que comprar algo a los tenderos para que no piensen así.

—Sí, hagamos eso. Oye, madre, siento tener que mencionarlo, pero hace poco ha llegado una carta de Sunomata.

—Oh, ¿de mi hijo?

—Sí, pero esta vez no iba dirigida a ti. Me la ha enviado a mí.

—Eso es lo de menos. Dime, ¿va todo como siempre? ¿Está bien? Llevábamos tiempo sin recibir sus noticias, y pensé que eso se debía al traslado de Su Señoría a Gifu.

—Así es. En la carta me pide que te diga que Su Señoría le ha nombrado gobernador de un castillo y cree que es el mo-

mentó oportuno para que nos reunamos con él. Me ha pedido que te persuada y ha dicho que deberías trasladarte sin falta a Sunomata dentro de unos días.

—Oh..., es una noticia estupenda. Que sea el señor de un castillo es como un sueño, pero no debería ir demasiado lejos y pasarse de la raya.

Mientras escuchaba las felices noticias acerca de su hijo, su corazón maternal temía que la buena suerte de Hideyoshi se revelara de corta duración. La anciana y su nuera trabajaron juntas en la huerta, recogiendo berenjenas. Pronto los cestos estuvieron llenos de la verdura violeta brillante.

—¿No te duele la espalda, madre?

—¿Qué? No, al contrario. Si trabajo un poco todos los días, mi cuerpo se mantiene en forma.

—También yo estoy aprendiendo de ti. Puesto que me dejas ayudarte en el jardín de vez en cuando, he aprendido a disfrutar recogiendo las verduras para la sopa por la mañana y encurtiendo pepinos y berenjenas. Incluso cuando nos traslademos al castillo de Sunomata, sin duda habría algún sitio en los terrenos donde cultivar una parcela de verduras. Podremos trabajar todo lo que queramos.

La anciana se cubrió la boca con una mano sucia de tierra y se rió entre dientes.

—Eres tan lista como Hideyoshi. Has decidido ir a Sunomata antes de que yo me enterase de lo que pasaba.

—Madre. —Nene se postró, apoyando las yemas de los dedos en la tierra—. ¡Por favor, accede al deseo de mi marido!

La anciana se apresuró a coger las manos de Nene y trató de llevárselas a la frente.

—¡No hagas eso! No soy más que una vieja egoísta.

—No, no lo eres. Comprendo muy bien tus inquietudes.

—Por favor, no te enfades por la testarudez de una anciana. Si no quiero ir a Sunomata es por el bien de ese muchacho, para que pueda entregarse totalmente al servicio de Su Señoría.

—Mi marido lo comprende muy bien.

—Aunque así sea, Hideyoshi estará entre personas celosas

de su éxito temprano, y le dirán cosas como «el mono de Nakamura» o «el hijo de un campesino» si ven a una vieja desaharrada que trabaja una parcela de verduras en medio de los terrenos del castillo. Hasta sus propios servidores se reirían de él.

—No, madre. Te preocupas innecesariamente por el futuro. Eso podría ser así para alguien que necesita cubrir las apariencias y se preocupa por lo que diga la gente, pero la censura pública no afecta al corazón de mi marido, y en cuanto a sus servidores...

—No sé, no sé. La madre del señor de un castillo con un aspecto como el mío... ¿No perjudicará eso a su reputación?

—Mi marido no tiene tan poco carácter que deba contar con esas cosas.

Las palabras de Nene eran tan sinceras que sorprendieron a la anciana, cuyos ojos acabaron llenándose de lágrimas de alegría.

—Lo que he dicho es imperdonable, Nene, pero te ruego que me perdones.

—El sol se está poniendo, madre. Lávate las manos y los pies.

Nene echó a andar delante de ella, llevando los dos pesados cestos.

Nene cogió una escoba y se puso a barrer junto con los criados. Fue especialmente diligente en la habitación de la anciana, que limpió ella misma. Los criados encendieron las lámparas y prepararon la cena. Además de los asientos para ellas dos, cada mañana y cada noche colocaban otro asiento, el que habría ocupado Hideyoshi si estuviera presente.

—¿Te hago un masaje en la cadera? —le preguntó Nene.

La anciana tenía un problema crónico que le molestaba de vez en cuando. A comienzos del otoño, cuando soplaban los vientos nocturnos, solía quejarse del dolor. Mientras Nene le masajeaba las piernas, la anciana pareció deslizarse suavemente en el sueño, pero durante ese tiempo debía de haber estado pensando a fondo. Finalmente se irguió y habló a Nene.

—Escucha, querida. Como es natural, quieres reunirte con

tu marido. Siento haber sido tan egoísta. Dile a mi hijo que su madre está dispuesta a trasladarse a Sunomata.

El día anterior a la llegada de la madre de Hideyoshi, un visitante inesperado pero muy bien recibido cruzó el portal de Sunomata. Vestía ropas de paisano, con un sombrero de juncos que le ocultaba los ojos, y sólo le acompañaban dos personas, una joven y un muchacho.

—Cuando me vea, sabrá quien soy —dijo el hombre al guardián, el cual transmitió estas palabras a Hideyoshi.

Hideyoshi se apresuró a salir a la puerta del castillo para recibir a los recién llegados, Takenaka Hanbei, Kokuma y Oyu.

—Éstos son mis únicos seguidores —le dijo Hanbei—. En mi castillo del monte Bodai tengo un número considerable de servidores, pero rompí mis vínculos con ellos cuando me retiré del mundo. Tal como os prometí, mi señor, he pensado que tal vez es ya el momento propicio, por lo que he puesto fin a mi retiro en la montaña y he bajado para estar de nuevo entre los hombres. ¿Me haríais el favor de aceptar a estas tres personas errantes como los más inferiores de vuestros asistentes?

Hideyoshi hizo una reverencia con las manos en las rodillas y replicó:

—Sois demasiado modesto. Si me hubierais enviado una nota de antemano, yo mismo habría ido a la montaña para daros la bienvenida.

—¿Qué? ¿Habríais ido a recibir a un ronin rural que acude a serviros?

—En fin, sea como fuere, pasad, por favor.

Hideyoshi le precedió y entró en la sala, pero cuando intentó ofrecerle el asiento de honor, Hanbei se negó en redondo.

—Eso sería contrario a mis intenciones de ser vuestro servidor.

Hideyoshi respondió con sus sentimientos más profundos.

—No, no, carezco del talento para colocarme por encima de vos. Estoy pensando en recomendaros al señor Nobunaga.

Hanbei sacudió la cabeza y rechazó de un modo inflexible la sugerencia.

—Como he dicho desde el principio, no tengo la menor intención de servir al señor Nobunaga, y no se trata tan sólo de una cuestión de lealtad hacia el clan Saito. Si sirviera al señor Nobunaga, no pasaría mucho tiempo antes de que me viese obligado a renunciar. Cuando considero mi propia personalidad imperfecta junto con lo que he oído decir acerca de su carácter, intuyo que una relación de señor y servidor no sería mutuamente beneficiosa. Pero con vos no tengo que contener mi carácter, pues podéis tolerar mi egoísmo y mi testarudez innatos. Quisiera que me consideréis como el más humilde de vuestros servidores.

—Bien, en ese caso, ¿enseñaréis estrategia no sólo a mí sino también a todos mis servidores?

Los dos hombres parecieron llegar a un compromiso, y aquella noche bebieron sake juntos y charlaron alegremente hasta muy tarde, sin pensar en la hora.

El día siguiente era el de la llegada a Sunomata de la madre de Hideyoshi, y éste, acompañado por sus asistentes, recorrió poco más de una legua desde el castillo hasta las afueras del pueblo de Masaki, donde daría la bienvenida a su madre, que viajaba en palanquín.

El azul del cielo era diáfano, se notaba la fragancia de los crisantemos en las vallas toscamente entretejidas alrededor de las casas y los alcaudones emitían sus agudos cantos en las ramas de los gingcos.

—La comitiva de vuestra honorable madre está a la vista —le anunció un servidor.

El semblante de Hideyoshi reflejaba un placer que era incapaz de ocultar. Por fin habían llegado los palanquines de su madre y su esposa. Cuando los samurais que las escoltaban vieron que su señor se acercaba a saludarlas, desmontaron de inmediato. Hachisuka Hikoemon se acercó al costado del palanquín de la anciana y le informó de que Hideyoshi había venido a recibirla.

Se oyó la voz de la mujer desde el interior del palanquín, pidiendo que la dejaran en el suelo. Los porteadores se detuvieron y agacharon. Los guerreros se arrodillaron a los lados del camino e hicieron reverencias. Nene bajó primero, se

acercó al palanquín de la anciana y le cogió la mano. Cuando miró el rostro del samurai que se había apresurado a colocar unas sandalias de paja a los pies de la mujer, vio que era Hideyoshi. Profundamente conmovida y sin tiempo para decir una sola palabra, Nene saludó a su marido con una rápida mirada.

La anciana cogió la mano de su hijo, se la llevó con ademán reverente a la frente y le dijo:

—Eres demasiado amable para ser el señor de un castillo. Por favor, no seas tan solícito delante de tus servidores.

—Me alegra verte tan saludable. Dices que no sea solícito, pero madre, mi propia madre, hoy no he venido a recibirte como un samurai. No te preocupes, te lo ruego.

La anciana bajó del palanquín. Todos los demás samurais se habían postrado en el suelo y ella estaba demasiado aturdida para caminar.

—Debes de estar fatigada —le dijo Hideyoshi—. Descansa un poco aquí. No hay más de una legua hasta el castillo.

Cogiendo a su madre de la mano, la acompañó hasta un escabel bajo los aleros de una casa. La anciana tomó asiento y contempló el cielo otoñal por encima del ramaje amarillo de los gingcos.

—Es como un sueño —susurró.

Estas palabras hicieron reflexionar a Hideyoshi en los años transcurridos. Era incapaz de percibir aquel momento como un sueño, pues veía claramente las etapas que conectaban la realidad presente y el pasado. Sentía que aquel momento era una piedra miliar natural en su carrera.

Cuando la madre y la esposa de Hideyoshi llevaban un mes en Sunomata, se reunieron con ellos la hermana, Otsumi, de veintinueve años, su hermanastro, Kochiku, de veintitrés, y su hermanastra de veinte.

Otsumi seguía soltera. Tiempo atrás, Hideyoshi le había prometido que, si cuidaba de su madre, cuando él tuviera éxito le buscaría marido. Al año siguiente Otsumi se casó con un pariente de la esposa de Hideyoshi en el castillo.

—Todos han crecido —le dijo Hideyoshi a su madre, al ver la satisfacción reflejada en el rostro de la mujer.

Tener a su familia reunida hacía feliz a Hideyoshi y constituía su gran incentivo para el futuro.

La primavera tocaba a su fin. Las hojas de cerezo caían en profusión de los aleros sobre el apoyabrazos en el que Nobunaga sesteaba.

—Ah..., es cierto.

Al recordar algo, Nobunaga tomó rápidamente una nota y pidió a un mensajero que la llevase a Sunomata. Como Hideyoshi se había convertido en el señor de un castillo, ya no estaba a mano para responder de inmediato cada vez que Nobunaga le llamaba, y éste parecía sentirse un poco solitario.

El mensajero cruzó el ancho río Kiso y entregó la nota en el portal del castillo de Hideyoshi. También allí la primavera había transcurrido apaciblemente, y las glicinas silvestres se mecían a la sombra de la colina artificial en el jardín. Detrás de aquella colina, en el extremo del amplio jardín, había una sala de conferencias recientemente construida y una casita para Takenaka Hanbei y Oyu.

La sala de conferencias era un dojo donde los servidores de Hideyoshi podían practicar las artes marciales. Por la mañana Takenaka Hanbei instruía allí a los servidores en los clásicos chinos, y por la tarde competían entre ellos practicando las técnicas de la lanza y la espada.

Luego, hasta bien entrada la noche, Hanbei les enseñaba los preceptos militares de Sun Tzu y Wu Chi. Se entregaba con entusiasmo a la educación de todos los samurais jóvenes, a fin de disciplinarlos en los hábitos marciales y las costumbres del castillo, pues la mayoría de los servidores de Hideyoshi eran los desenfadados ronin que en otro tiempo constituyeron la banda de Hikoemon.

Hideyoshi sabía que debía trabajar constantemente para mejorarse, para superar sus defectos y aumentar su capacidad de introspección, y había decidido que sus samurais debían hacer lo mismo. Si había de jugar un papel importante en el futuro, los servidores armados tan sólo de fuerza bruta no serían útiles, lo cual inquietaba a Hideyoshi. Por ello, al mismo tiem-

po que aceptaba a Hanbei como servidor, también se inclinaba ante él como su propio maestro e instructor en ciencia militar que era, y le confiaba la educación de sus servidores.

La disciplina marcial mejoró mucho. Cuando Hanbei hablaba de Sun Tzu o de los clásicos chinos, siempre había hombres como Hikoemon en la plataforma de los oyentes. El único problema era la escasa robustez de Hanbei, por culpa de la cual las conferencias se cancelaban de vez en cuando y los servidores se decepcionaban. Aquel día también se había fatigado a lo largo de la jornada y dijo que cancelaba las conferencias vespertinas. Al anoecer se apresuró a pedir que cerraran las puertas corredizas de la casa.

El viento nocturno procedente del curso superior del río Kiso afectaba todavía más a la débil constitución de Hanbei, aun cuando la primavera se aproximaba a su término.

—Te he tendido el futon. ¿Por qué no te acuestas?

Oyu dejó un extracto medicinal al lado de su escritorio. Hanbei estaba leyendo, su ocupación habitual siempre que tenía tiempo libre.

—No, no es que me encuentre mal. He cancelado la conferencia porque es posible que me llame el señor Hideyoshi. Aunque me hayas preparado el lecho, dispon mis ropas para que, si recibo una llamada, pueda salir cuanto antes.

—Entonces ¿va a haber una reunión esta noche en el castillo?

—No, no es eso. —Hanbei tomó un sorbo del extracto caliente—. Hace poco, cuando cerraste la puerta, tú misma me dijiste que un bote con la bandera de un mensajero de Gifu había cruzado el río y que alguien se dirigía al castillo.

—¿A eso te refieres?

—Si hay un mensaje de Gifu para el señor Hideyoshi, las posibilidades respecto a su contenido son ilimitadas. Aunque no me llame, difícilmente puedo quitarme la faja y echarme a dormir.

—El señor de este castillo te respeta como a su maestro y tú le veneras como a su señor, por lo que no sé qué respeto es el mayor. ¿Estás realmente decidido a servir a ese hombre?

Hanbei cerró los ojos, sonriendo, y alzó la cara.

—Creo que por fin ha llegado ese momento. Es tremendo que otro hombre confíe en ti. En cambio la belleza de una mujer nunca podría extraviarme.

Estaba diciendo esto cuando llegó un mensajero desde el torreón, anunció que Hideyoshi requería cuanto antes la presencia de Hanbei y se marchó. Poco después llegó un paje a presencia de Hideyoshi, el cual estaba solo, entregado a una serena contemplación, y anunció:

—El señor Hanbei está aquí.

Hideyoshi abandonó sus meditaciones y salió rápidamente de la habitación para recibir a Hanbei. Los dos regresaron a la estancia y se sentaron.

—Siento haberos llamado en plena noche. ¿Cómo os sentís?

Hanbei miró fijamente a Hideyoshi, el cual, por su parte, parecía dispuesto a tratarle como a su maestro hasta el mismo final.

—Esta consideración está fuera de lugar. Si vos, mi señor, me habláis así, ¿cómo podré responderos? ¿Por qué no me decís algo como «Oh, eres tú, Hanbei»? Creo que esta clase de solicitud hacia un servidor es inapropiada.

—¿De veras? ¿Suponéis entonces que esto no es bueno para nuestra relación?

—Simplemente no creo que mi señor deba respetar a una persona como yo de esa manera.

—¿Por qué no? —Hideyoshi se echó a reír—. Carezco de educación mientras que vos sois culto. Nací en el campo y vos sois hijo del señor de un castillo. En cualquier caso, os considero mi superior.

—Si así ha de ser, a partir de ahora tendré más cuidado.

—Muy bien, muy bien —le dijo Hideyoshi con cierta guasa—. Gradualmente nos convertiremos en señor y servidor..., si llego a ser un hombre todavía más grande.

Aunque era el señor de un castillo, hacía todo lo posible para no comportarse como tal. Quería mostrarse ante Hanbei interiormente desnudo, sin ocultar su necedad e ignorancia.

—Entonces, mi señor, ¿para qué me habéis llamado? —le preguntó Hanbei cortésmente.

—Ah, sí —dijo Hideyoshi, recordando de repente el objeto de su reunión—. Acabo de recibir una carta del señor Nobunaga. He aquí lo que dice: «Ahora que dispongo de tiempo libre, de improviso me aburre incluso el botín de Gifu. El viento y las nubes son apacibles y me gustaría contemplarlos de nuevo. Las bellezas de la naturaleza aún no se han convertido en mis amigas. ¿Qué vamos a hacer con respecto a los planes de este año?». ¿Cómo creéis que debería responder?

—Bueno, el significado está claro, así que podríais responderle con una sola línea.

—Sí, comprendo, pero ¿qué podría decirle en una sola línea?

—«Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro.»

—¿«Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro»?

—Eso es.

—Humm. Ya veo.

—Supongo que el señor Nobunaga piensa que, tras haber tomado Gifu, ahora es el momento de poner en orden su administración interna, hacer que sus tropas descansen y esperar otro día —dijo Hanbei.

—Estoy seguro de que tales son sus planes, pero con un carácter como el suyo, no puede estar mucho tiempo ocioso. Por eso ha enviado esta carta inquiriendo por la política a seguir.

—Planificar para el futuro, aliarse con sus vecinos... Creo que el momento actual es probablemente una espléndida oportunidad para ello.

—¿Ah, sí? —dijo Hideyoshi.

—Es sólo mi humilde opinión, porque de vos, más que de mí, se dice que estáis capacitado en tantos aspectos. En primer lugar, responded con una sola línea: «Sed un vecino amistoso y haced planes para el futuro». Luego, en un momento conveniente, id al castillo de Gifu y explicadle vuestro plan en persona.

—¿Por qué no escribimos cada uno por su lado el nombre de la provincia que nos parece la mejor para la alianza con los Oda y luego los comparamos para ver si pensamos lo mismo?

Hanbei escribió primero y luego Hideyoshi aplicó el pincel al papel. Cuando intercambiaron los papeles y los desdoblaron, vieron que ambos habían escrito «Takeda de Fai» y se echaron a reír, encantados porque ambos seguían la misma línea de pensamiento.

Las lámparas ardían en la sala de invitados. Dieron al mensajero de Gifu el lugar de honor, a quien atendían también la madre y la esposa de Hideyoshi. Cuando éste tomó asiento, las lámparas parecieron de repente más alegres y la habitación más animada.

A Nene le pareció que aquellos días su marido tomaba mucho más sake, por lo menos en comparación con el pasado. Observó su actitud relajada durante el banquete como si no viera nada. Agasajaba a su invitado, hacía reír a su madre y parecía pasarlo muy bien. Incluso Hanbei, que nunca bebía, se llevó la taza de sake a los labios y bebió un poco para brindar por Hideyoshi.

Otros servidores participaron en el banquete y pronto resultó muy bullicioso. Cuando su madre y Nene se retiraron, Hideyoshi salió para despejarse. Las flores de los jóvenes cerezos ya habían caído y sólo la fragancia de las glicinas silvestres llenaba la atmósfera.

—¡Ah! —exclamó Hideyoshi—. ¿Quién está bajo los árboles?

—Soy yo —replicó una voz femenina.

—¿Qué estás haciendo aquí, Oyu?

—Mi hermano tardaba tanto en regresar, y es tan débil, que estaba preocupada.

—Es maravilloso ver una relación tan bella entre hermano y hermana.

Hideyoshi se acercó a ella. La muchacha estaba a punto de postrarse, pero él le cogió las manos.

—Oyu, acompáñame a la casa de té. Estoy tan bebido que no puedo andar con paso seguro. Me gustaría que me hicieras un cuenco de té.

—¡Por favor! ¡Mis manos! Esto no está bien. Soltadme, por favor.

—Está bien así, no te preocupes.

—No..., no deberíais hacer esto.

—Está bien, de veras.

—¡Por favor!

—¿Por qué haces tanto ruido? Susurra, te lo ruego. Eres cruel conmigo.

—¡Esto no es correcto!

En aquel momento Hanbei la llamó. Iba camino de regreso a sus aposentos. Cuando Hideyoshi le vio, soltó de inmediato a Oyu. Hanbei se quedó mirándole sorprendido.

—¿Qué clase de locura de beodo es ésta, mi señor?

Hideyoshi se dio una palmada en la frente. Entonces, tanto si se reía de su propia necedad como de su falta de elegancia, abrió la boca y dijo:

—Sí, bueno, ¿qué tiene de malo? Esto es «ser amistoso con los vecinos y planear para el futuro». No os preocupéis por ello.

Llegó el otoño. Un día Hikoemon se presentó con un mensaje de Hanbei, solicitándole que Oyu se convirtiera en camarera de la madre de Hideyoshi. Cuando Oyu tuvo noticia de esa petición, fue presa del temor y se echó a llorar. Ésa fue su respuesta a la solicitud de Hideyoshi.

Se dice que un cuenco de té sin ninguna imperfección no es del todo bello, y tampoco el carácter de Hideyoshi carecía de defectos. Aunque pueda ser interesante contemplar la elegancia de un cuenco de té, o incluso de la misma fragilidad humana, desde el punto de vista de una mujer este defecto no puede ser en absoluto «interesante». Cuando su hermana se echó a llorar ante la mera mención del asunto, Hanbei pensó que su negativa era razonable y se la transmitió a Hikoemon.

El otoño pasó también sin ningún incidente. En Gifu se puso en práctica el principio de «ser un vecino amistoso y planear para el futuro». Para el clan Oda, los Takeda de Kai siempre habían sido una amenaza en la retaguardia. Pronto se llegó a un acuerdo para casar a la hija de Nobunaga con el hijo de Takeda Shingen, Katsuyori. La novia era una muchacha de trece años, de belleza incomparable. Sin embargo, había sido

adoptada y no era una de las hijas naturales de Nobunaga. De todos modos, después de la ceremonia nupcial, Shingen pareció complacido en extremo con ella y la unión fue pronto bendecida con la llegada de un hijo al que llamaron Taro.

Parecía que, por lo menos en el próximo futuro, la frontera norte del clan Oda estaba segura, pero la joven esposa murió cuando alumbraba a Taro. Entonces Nobunaga prometió a su hijo mayor, Nobutada, con la sexta hija de Shingen, a fin de evitar el debilitamiento de la alianza entre las dos provincias, y también envió una propuesta matrimonial a Tokugawa Ieyasu de Mikawa. Así, la alianza militar que ya existía entre ambos se reforzó con vínculos familiares. En la época de su compromiso, el hijo mayor de Ieyasu, Takechiyo, y la hija de Nobunaga tenían la misma edad, ocho años. Esta política matrimonial también fue usada con el clan Sasaki de Omi. Y así, durante los dos años siguientes, abundaron las celebraciones en el castillo de Gifu.

La sombra de un ancho sombrero de juncos cubría el rostro del samurai. Era alto, de unos cuarenta años, y a juzgar por sus prendas de vestir y sus sandalias, un espadachín errante que llevaba algún tiempo en los caminos. Incluso visto desde atrás, su cuerpo no parecía presentar ninguna oportunidad de ataque. Había terminado de comer en una posada de Gifu y salido a la calle. Deambulaba mirando a su alrededor, sin ningún propósito determinado. De vez en cuando comentaba para sí mismo lo mucho que había cambiado tal o cual lugar.

Desde cualquier punto de la ciudad, si el viajero alzaba la vista podía ver los imponentes muros del castillo de Gifu. Sujutando el borde de su sombrero bajo y cónico, se quedó un rato mirándolos fascinado.

De repente una transeúnte, probablemente la esposa de un mercader, se volvió para mirarle. Susurró algo al empleado que la acompañaba y entonces se acercó vacilante al espadachín.

—Os ruego que me disculpéis, es una grosería por mi parte deteneros así en plena calle, pero ¿no sois el sobrino del señor Akechi?

Cogido por sorpresa, el espadachín se apresuró a responder que no y se alejó a grandes zancadas. Había recorrido unos diez pasos cuando se volvió y miró a la mujer, la cual seguía mirándole fijamente. Pensó que era Shunsai, la hija del armero, la cual debía de haberse casado.

Dio vueltas por las calles y, al cabo de dos horas, estaba cerca del río Nagara. Se sentó en la herbosa orilla y contempló la corriente. Podría haberse quedado allí para siempre. Los juncos producían un murmullo desolado bajo el sol pálido y frío del otoño.

—Señor espadachín —dijo alguien al tiempo que le daba unos golpecitos en el hombro.

Al volverse, Mitsuhide vio a tres hombres, probablemente una patrulla de samurais de Oda en servicio de vigilancia.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó uno en tono tranquilo, pero los semblantes de los tres hombres reflejaban tensión y suspicacia.

—Estaba cansado de caminar y me he parado para descansar un poco —respondió con calma el espadachín—. ¿Sois del clan Oda? —les preguntó al tiempo que se levantaba y sacudía la hierba de sus ropas.

—Así es —dijo el soldado fríamente—. ¿De donde venís y adonde vais?

—Soy de Echizen. Tengo una pariente en el castillo y he estado buscando la manera de ponerme en contacto con ella.

—¿Forma parte de los servidores del señor?

—No.

—Pero ¿no habéis dicho que conocéis a alguien del castillo?

—No forma parte de los servidores del señor, sino que trabaja en el servicio doméstico.

—¿Cómo se llama?

—No creo que deba decirlo aquí.

—¿Y vuestro nombre?

—Lo mismo os digo.

—¿De modo que no queréis hablar abiertamente?

—En efecto.

—En ese caso tendréis que acompañarnos al puesto de guardia.

Probablemente sospechaban que era un espía. Por si se le ocurría ofrecer resistencia, uno de los hombres gritó hacia el camino, donde aguardaban un samurai montado, que parecía ser el jefe de la patrulla, y otros diez hombres.

—Esto es precisamente lo que esperaba. Vamos allá.

Dicho esto, el espadachín se apresuró a ponerse en marcha.

En Gifu, como en cualquier otra provincia, los controles de seguridad en los vados de los ríos, en la ciudad fortificada y en las fronteras eran estrictos. Nobunaga se había trasladado recientemente al castillo de Gifu, y debido al cambio completo de administración y leyes, los deberes de los magistrados eran numerosos. Aunque algunos se quejaban de que las patrullas eran demasiado estrictas, lo cierto es que todavía quedaban en la ciudad muchos antiguos servidores del clan Saito, y las conspiraciones de las provincias enemigas solían hallarse en una fase avanzada.

Mori Yoshinari era muy adecuado para el cargo de magistrado jefe, pero, como cualquier otro guerrero, prefería el campo de batalla a los deberes civiles. Aquella noche, cuando regresó a casa, exhaló un suspiro de alivio. Cada noche mostraba a su esposa la misma expresión al volver del trabajo.

—Ha llegado una carta de Ranmaru para ti.

Al oír el nombre de Ranmaru, Yoshinari sonrió. Las noticias del castillo eran uno de los pocos placeres de Yoshinari. Ranmaru era el hijo al que había enviado de niño a servir en el castillo. Desde el principio estuvo claro que Ranmaru no serviría de gran cosa, pero era un muchacho atractivo que había llamado la atención de Nobunaga y por ello se había convertido en uno de sus asistentes personales. Recientemente se había mezclado con los pajes y parecía llevar a cabo alguna clase de servicio.

—¿Qué noticias hay? —preguntó la esposa de Yoshinari.

—Nada, en realidad. Todo está en calma y Su Señoría de buen talante.

—¿No dice si ha estado enfermo?

—No, menciona que su salud es excelente —replicó Yoshinari.

—Ese chico es más listo que la mayoría. Probablemente pone cuidado para no preocupar a sus padres.

—Supongo que sí —dijo Yoshinari—. Pero todavía es un niño, y estar siempre al lado de Su Señoría debe de causarle una gran tensión.

—Imagino que le gustaría venir a casa de vez en cuando para que lo mimemos un poco.

En aquel momento entró un samurai y anunció que poco después de que Yoshinara hubiera regresado a casa había ocurrido un incidente en su oficina, y que algunos de sus subordinados habían acudido para hablar con él a pesar de lo tardío de la hora. Los tres oficiales aguardaban en la entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yoshinari a los tres hombres.

El jefe del grupo le puso al corriente.

—Hacia el final de la jornada una de las patrullas detuvo a un espadachín de aspecto sospechoso junto al río Nagara.

—¿Y bien?

—Actuó con toda obediencia hasta el puesto de guardia, pero cuando le interrogamos se negó a decirnos su nombre y su provincia natal, y dijo que sólo lo haría si hablaba con el señor Yoshinari. Siguió diciendo que no era un espía y que un pariente suyo, una mujer, trabaja en el servicio doméstico desde la época en que Su Señoría residía en Kiyosu. Pero no está dispuesto a decir nada más a menos que le reciba nuestro superior. Es muy testarudo.

—Bien, bien. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta años.

—¿Qué clase de hombre es?

—Impresiona bastante. Es difícil considerarle uno de esos espadachines errantes.

Poco después hicieron entrar al detenido y un viejo servidor le llevó a una habitación en el fondo de la casa, donde un cojín y una bandeja con comida aguardaban al recién llegado.

—El señor Yoshinari estará pronto con vos —le dijo el viejo servidor antes de marcharse.

El humo del incienso se dispersaba en la habitación. El espadachín, cuyas ropas estaban sucias a causa del viaje, se dio

cuenta de que el incienso era de tal calidad que, si el visitante no hubiera sido lo bastante cultivado para tener un refinado sentido del olfato, habría sido un derroche. Esperó en silencio alguna señal del señor de la casa.

El rostro que aquella tarde había estado oculto por el sombrero de juncos contemplaba ahora en silencio la luz oscilante de la lámpara. Sin duda estaba demasiado pálido para que la patrulla se creyese que era un espadachín errante. Y, además, la expresión de sus ojos era apacible y suave, no la que cabía esperar de un hombre cuya vida diaria consistía en el manejo de la espada.

Se abrió la puerta corredera y una mujer, cuyo atuendo y porte elegante mostraban que no era una sirvienta, le trajo un cuenco de té, lo depositó ante él sin decir palabra y se retiró, cerrando la puerta corredera tras ella. Una vez más, si el visitante no hubiera sido una persona de importancia, no habrían tenido con él semejante cortesía.

Poco después el anfitrión, Yoshinari, entró y, a modo de saludo, se excusó por haberle hecho esperar.

El espadachín se apartó del cojín para adoptar una postura arrodillada más formal.

—¿Tengo el honor de dirigirme al señor Yoshinari? Me temo que mi irreflexión ha puesto a vuestros hombres en un aprieto. Vengo en misión secreta enviado por el clan Asakura de Echizen. Me llamo Akechi Mitsuhide.

—De modo que sois vos. Espero que disculpéis la rudeza de mis subordinados. Lo que he oído hace poco me ha sorprendido tanto que me he apresurado a venir a vuestro encuentro.

—No he dicho mi nombre ni mi provincia natal... ¿Cómo habéis sabido, pues, quién soy?

—Habéis hablado de cierta dama, creo que vuestra sobrina, que lleva cierto tiempo en el servicio doméstico de Su Señoría. Cuando me informaron de este detalle, supuse que erais vos. Creo que vuestra sobrina es la señora Hagiji, la cual sirve a la esposa del señor Nobunaga desde que la acompañó desde Mino a Owari.

—¡En efecto! Me impresiona vuestro conocimiento de tales detalles.

—Es cosa de mi trabajo. Por sistema comprobamos los datos como la provincia natal, el linaje y los familiares de todo el mundo, desde las camareras veteranas hasta las sirvientas.

—Eso es muy juicioso.

—También hemos examinado los datos familiares de la señora Hagiji. Cuando murió el señor Dosan, uno de sus tíos huyó de Mino y desapareció. Siempre habla entristecida con Su Señoría de cierto Mitsuhide del castillo de Akechi. Esa información ha llegado a mis oídos, y por ello cuando mis subordinados me hablaron de vuestro aspecto y edad y me dijeron que habíais deambulado media jornada por la ciudad, até cabos y supuse que erais vos.

—Debo felicitaros por vuestra facultad de deducción —dijo Mitsuhide con una sonrisa distendida.

Yoshinari irradiaba satisfacción. En un tono más formal, preguntó a su interlocutor:

—Pero decidme, señor Mitsuhide, ¿qué asunto os trae a un lugar tan alejado de Echizen?

Mitsuhide adoptó una expresión grave y se apresuró a bajar la voz.

—¿Hay alguien más aquí? —inquirió mirando hacia la puerta corredera.

—No debéis preocuparos, pues he despedido a la servidumbre. El hombre que está al otro lado de la puerta es mi servidor de máxima confianza, y aparte de un hombre que monta guardia en la entrada del corredor, no hay nadie más.

—La cuestión es que me han confiado dos cartas para el señor Nobunaga, una del shogun Yoshiaki y la otra del señor Hosokawa Fujitaka.

—¡Del shogun!

—Es preciso mantenerlo en secreto a toda costa, de modo que no llegue a conocimiento del clan Asakura. Así pues, podéis imaginaros lo difícil que ha sido llegar hasta aquí.

El año anterior, el shogun Yoshiteru había sido asesinado por su subgobernador general, Miyoshi Nagayoshi, y el servidor de Miyoshi, Matsunaga Hisahide, que había usurpado la autoridad del shogun. Yoshiteru tenía dos hermanos más jóvenes. El mayor, abad de un templo budista, fue asesinado por

los rebeldes. El hermano menor, Yoshiaki, que entonces era monje en Nara, se dio cuenta del peligro que corría y escapó con la ayuda de Hosokawa Fujitaka. Permaneció algún tiempo escondido en Omi, renunció al sacerdocio y recibió el título de decimocuarto shogun a los veintiséis años de edad.

Entonces el «shogun errante» abordó a los Wada, los Sasaki y varios otros clanes en busca de ayuda. Desde el mismo principio, su plan no consistía en vivir de la caridad ajena, sino que se proponía derrotar a los asesinos de su hermano y restaurar el cargo y la autoridad de su familia. Para ello apeló al auxilio de clanes distantes.

Sin embargo, éste era un asunto de gran importancia que implicaba a la nación entera, porque Miyoshi y Matsunaga se habían apoderado del gobierno central. Aunque Yoshiaki era el shogun nominal, en realidad no era más que un exilado indigente. No tenía dinero y mucho menos un ejército propio. Tampoco era especialmente popular entre la población.

Mitsuhide habló de los acontecimientos desde la llegada de Yoshiaki al castillo de Asakura Yoshikage en Echizen. En aquella época había un hombre desafortunado al servicio de los Asakura, el cual no había sido admitido con todos los atributos de servidor del clan. Se trataba de él, Akechi Mitsuhide. Allí fue donde Mitsuhide vio por primera vez a Hosokawa Fujitaka.

—La historia es un poco larga —siguió diciendo Mitsuhide—, pero si me hacéis el favor de escucharme, os pediré que se la contéis con detalle al señor Nobunaga. Naturalmente, debo entregarle en persona la carta del shogun.

Entonces, a fin de aclarar su propia situación, habló de los acontecimientos ocurridos desde la época en que abandonó el castillo de Akechi y huyó desde Mino a Echizen. Durante más de diez años, Mitsuhide saboreó las penalidades del mundo. De naturaleza intelectual, le atraían fácilmente los libros y la erudición. Daba gracias por los reveses que había sufrido. El tiempo de su errabundeo, el período de su aflicción, había sido ciertamente largo. El castillo de Akechi fue destruido durante la guerra civil en Mino, y sólo él y su primo, Mitsuharu, huyeron a Echizen. En los años transcurridos desde que Mitsuhide

se perdió de vista, había vivido como un ronin, ganándose a duras penas la vida con sus clases de lectura y escritura a los niños campesinos.

Su único deseo era encontrar un señor al que pudiera servir sin reservas y una buena oportunidad. Mientras buscaba la manera de salir de nuevo al mundo, Mitsuhide estudió el espíritu marcial, la economía y los castillos de diversas provincias con la minuciosidad de un estratega militar, preparándose para el futuro.

Viajó extensamente y visitó todas las provincias del Japón occidental. Tenía una buena razón para ello. El oeste siempre había sido la primera región en recibir las innovaciones extranjeras, y lo más probable era que fuese allí donde conseguiría nuevos conocimientos sobre el tema en que se había especializado, las armas de fuego. Su conocimiento de la artillería ocasionó diversos episodios en las provincias occidentales. Un servidor del clan Mori, llamado Katsura, detuvo a Mitsuhide en la ciudad de Yamaguchi, por sospechoso de espionaje. En esa ocasión habló abiertamente de sus orígenes, su situación y sus esperanzas, e incluso reveló sus evaluaciones de las provincias vecinas.

Mientras interrogaba a Mitsuhide, Katsura se quedó tan impresionado por la profundidad de su conocimiento que más tarde recomendó al viajero a su señor, Mori Motonari: «Creo que su talento es claramente insólito. Si le empleásemos aquí, estoy seguro de que más adelante lograría algo».

La búsqueda de hombres con talento era la misma por doquier. Ciertamente, los hombres que abandonaban sus hogares y servían a otras provincias acabarían algún día como los enemigos de sus antiguos señores. En cuanto Motonari oyó hablar de Mitsuhide, quiso verle y un día Mitsuhide fue convocado al castillo de Motonari. Al día siguiente Katsura se entrevistó a solas con Motonari y le preguntó qué opinión se había formado sobre su invitado.

—Como has dicho, hay muy pocos hombres de talento. Deberíamos darle algún dinero, unas ropas y despedirle cortemente.

—Sí, pero ¿no os ha impresionado en algún aspecto?

—En efecto. Hay dos clases de grandes hombres: los que son realmente grandes y los malvados. Ahora bien, si un malvado es también un hombre culto, lo más probable es que cause su propia ruina y perjudique a su señor. Hay algo sospechoso en el aspecto de ese hombre. Cuando habla con tanta compostura y claridad en los ojos tiene un encanto muy persuasivo. Sí, es francamente cautivador, pero prefiero la flema de nuestros guerreros de las provincias occidentales. Si colocara a ese hombre en medio de mis guerreros, destacaría como una grulla en un corral de pollos. Sólo por esa razón le pondría reparos.

Así pues, Mitsuhide no fue aceptado por el clan Mori. Entonces viajó por Hizen y Higo y visitó los dominios del clan Otomo. Cruzó el mar Interior hasta la isla de Shikoku, donde estudió las artes marciales del clan Chosokabe.

Cuando Mitsuhide regresó a su hogar en Echizen, se encontró con que su esposa había enfermado y muerto, su primo, Mitsuharu, había entrado al servicio de otro clan y, al cabo de seis años, su situación no había mejorado. Aún no podía ver un rayo de luz en el camino que tenía por delante.

En esas circunstancias difíciles, Mitsuhide visitó a Ena, el abad del templo Shonen de Echizen. Alquiló una casa delante del templo y empezó a enseñar a los niños del vecindario. Desde el principio, Mitsuhide no consideró la enseñanza como la principal actividad de su vida. Al cabo de un par de años se había familiarizado con la administración y los problemas de la provincia.

Durante este periodo la región sufría a menudo disturbios a causa de las sublevaciones de los monjes guerreros pertenecientes a la secta Ikko. Cierta vez, cuando las tropas de Asakura invernaban en el campo durante una campaña contra los monjes guerreros, Mitsuhide le hizo a Ena el siguiente planteamiento:

—Es sólo mi humilde idea, pero me gustaría presentar una estrategia al clan Asakura. ¿Quién crees que es la persona más adecuada a quien dirigirme?

Ena comprendió de inmediato lo que pensaba Mitsuhide.

—El hombre que probablemente te prestará más atención es Asakura Kageyuki.

Mitsuhide confió la escuela del templo a Ena y se dirigió al

campamento de Asakura Kageyuki. Como carecía de intermediario, entró en el campamento sin ningún valedor, con su plan escrito en una hoja de papel. Le detuvieron, no supo si el plan había sido entregado a Kageyuki y no tuvo ninguna noticia durante dos meses. Aunque estaba preso, Mitsuhide dedujo por los movimientos en el campamento y la moral de las tropas que Kageyuki estaba llevando a cabo su plan.

Al principio, Kageyuki había sospechado de Mitsuhide, por cuyo motivo ordenó su detención, pero como no había manera de salir del punto muerto en que se encontraba la lucha, decidió poner a prueba el plan de Mitsuhide. Cuando por fin los dos hombres se reunieron, Kageyuki alabó a Mitsuhide como a un guerrero con un amplio conocimiento de los clásicos y de las artes marciales. Le dio libertad de movimientos y de vez en cuando le convocaba. Parecía, sin embargo, que no iba a conceder tan fácilmente a Mitsuhide la categoría de servidor, y por ello un día Mitsuhide habló enérgicamente, aunque no era nada inclinado a la jactancia:

—Si me prestáis un arma de fuego, derribaré al general del enemigo en medio de su campamento.

—Puedes coger una —le dijo Kageyuki, pero seguía abrigando algunas dudas y encargó secretamente a un hombre que vigilara a Mitsuhide.

Era aquélla una época en la que, incluso para el rico clan Asakura, una sola arma de fuego era en extremo preciosa. Agradeciéndole el favor, Mitsuhide cogió el arma, se mezcló con las tropas y se dirigió al frente. Cuando comenzó la lucha, desapareció detrás de las líneas enemigas.

Más tarde, al enterarse de su desaparición, Kageyuki quiso saber por qué el hombre encargado de vigilar a Mitsuhide no le había disparado por la espalda.

—Tal vez, después de todo, era un espía enemigo y quería sondear nuestras condiciones internas.

Pero pocos días después llegó la noticia de que el general enemigo había sido abatido con arma de fuego por un atacante desconocido cuando inspeccionaba el frente de batalla. Se decía que la repentina confusión había hecho mella en la moral del enemigo.

Mitsuhide no tardó en regresar al campamento. Cuando se presentó ante Kageyuki, se apresuró a preguntarle:

—¿Por qué no habéis convocado a todo el ejército para derrotar al enemigo? ¿Os consideraréis un general cuando dejáis pasar una oportunidad como ésta con los brazos cruzados?

Mitsuhide había hecho lo prometido: había ido al territorio enemigo, disparado contra el general y regresado.

Cuando Asakura Kageyuki volvió al castillo de Ichijogadani, le contó el incidente a Asakura Yoshikage. Éste quiso ver a Mitsuhide y le pidió que le sirviera. Más tarde ordenó que colocaran una diana en los terrenos del castillo y pidió una demostración. Aunque Mitsuhide no era un tirador sobresaliente, demostró su habilidad alcanzando el blanco con sesenta y ocho del centenar de proyectiles disparados.

Entonces destinaron a Mitsuhide una residencia en la ciudad fortificada y un estipendio de mil kan. Instruía a un centenar de hijos de servidores y, además, volvió a organizar un regimiento de mosqueteros. Mitsuhide estaba tan agradecido a Yoshikage por haberle rescatado de la adversidad que durante varios años trabajó incansablemente con la única intención de resarcirle por los beneficios de que gozaba y su buena suerte.

Sin embargo, tal entrega acabó por provocar la oposición de sus iguales, los cuales le acusaron de engreimiento y de darse aires intelectuales. Fuera cual fuese el tema de conversación o la actividad, su refinamiento e inteligencia se ponían ostentadamente de manifiesto.

Esta actitud no sentaba bien a los servidores del clan provincial, quienes empezaron a quejarse de él.

—Es un presuntuoso redomado.

—No es más que un fachenda.

Naturalmente, estas quejas llegaron a oídos de Yoshikage. El trabajo de Mitsuhide también empezó a resentirse. Frío por naturaleza, ahora era blanco de unas miradas igualmente frías. Podría haber sido diferente si Yoshikage le hubiera protegido, pero se lo impedían sus propios servidores. La disputa se planteó en todo el castillo, incluso entre las numerosas concubinas

de Yoshikage. Mitsuhide carecía de buenas relaciones y sólo había encontrado un refugio temporal. Estaba en desgracia, pero no podía hacer nada.

Pensó que había cometido un error. Había conseguido que le alimentaran y vistieran, pero ahora lamentaba amargamente su decisión. Tras su apresuramiento por huir de la adversidad, se había equivocado al desembarcar en aquella orilla. Tales eran sus tristes pensamientos después de tan desdichada experiencia. ¡Había desperdiciado su vida entera! Esta depresión pareció afectar a su salud y le salió en la piel una erupción costrosa, enfermedad que, con el tiempo, se agravó. Mitsuhide pidió a Yoshikage que le permitiera ausentarse para ir al pueblo balneario de Yamashiro a fin de curarse.

Mientras estaba allí, unos viajeros le informaron de que los rebeldes habían atacado el palacio de Nijo y asesinado al shogun Yoshiteru. Incluso allí, en las montañas, la gente estaba conmocionada e inquieta.

—Si el shogun ha sido asesinado, el país caerá de nuevo en el caos.

Mitsuhide se preparó para regresar de inmediato a Ichijogadani. La confusión en Kyoto significaba que todo el país se hallaba en el mismo estado, y nada más natural que este acontecimiento tuviera efectos secundarios en las provincias. No había duda de que en aquel mismo momento se estaban llevando a cabo apresurados preparativos.

Mitsuhide se dijo que podía estar mohíno y deprimirse por bagatelas, pero eso sería vergonzoso para un hombre en la flor de la vida. Su enfermedad cutánea había remitido en el balneario, y corrió a presentarse ante su señor. Yoshikage apenas le hizo caso y Mitsuhide se retiró ante la indiferencia de su señor, el cual no volvió a convocarle. En su ausencia le habían despojado del mando del regimiento de mosqueteros y por doquier la atmósfera parecía serle hostil. Ahora que había cesado por completo la confianza que antes depositara en él Yoshikage, Mitsuhide volvía a ser presa de la angustia.

Fue entonces cuando recibió la visita de Hosokawa Fujitaka, a quien sólo podía considerar como un visitante enviado por el cielo. Mitsuhide se sorprendió tanto que salió a recibirle

en persona, intimidado porque un hombre de tan alto rango había acudido a su casa.

El carácter de Fujitaka armonizaba a la perfección con el de Mitsuhide. Ciertamente tenía el aire de un hombre noble y culto. Desde hacía largo tiempo Mitsuhide lamentaba su imposibilidad de conocer a hombres de auténtica calidad, y era natural que tener en su casa a un huésped semejante le alegrara el corazón. Sin embargo, tenía dudas sobre el propósito de la visita de Fujitaka.

Aunque de linaje noble, en la época en que visitó secretamente la casa de Mitsuhide Fujitaka no era en realidad más que exiliado. Tras haber sido expulsado de Kyoto, el shogun refugiado, Yoshiaki, huía a través de las provincias. Fue Fujitaka quien abordó a Asakura Yoshikage en nombre de su señor. Al recorrer las provincias predicando lealtad y tratando de lograr que los señores provinciales se pusieran en acción, Hosokawa Fujitaka era el único hombre que sufría con Yoshiaki e intentaba superar los lastimosos reveses de su señor.

—Sin duda el clan Asakura se declarará aliado suyo. Si se nos unieran las dos provincias de Wakasa y Echizen, entonces todos los clanes del norte correrían a abrazar nuestra causa.

Yoshikage se inclinaba a negarse. Al margen de lo que Fujitaka predicara acerca de la lealtad, Yoshikage no estaba interesado en luchar por un shogun sin poder y exiliado. No era por falta de fuerza militar o recursos, sino porque Yoshikage apoyaba el statu quo.

Fujitaka se dio cuenta en seguida de que la situación no le era favorable y, consciente del nepotismo y las luchas internas dentro del clan Asakura, puso fin a sus esfuerzos en aquel señorío. Sin embargo, Yoshiaki y sus servidores se dirigían ya hacia Echizen.

Aunque en el clan Asakura causaba gran irritación que el shogun dependiera de ellos, no podían tratarle mal, y designaron un templo como su residencia temporal. Le trataban bien, pero al mismo tiempo rezaban para que se marchara cuanto antes.

Entonces, del modo más repentino, Mitsuhide recibía una

visita de Fujitaka. Seguía siendo incapaz de conjeturar los motivos.

—He oído decir que tenéis afición a la poesía —dijo Fujitaka a modo de observación introductoria. Su interlocutor no parecía un hombre sufriente y la expresión de su semblante era suave y afable—. Vi una de vuestras obras cuando fuisteis a Mishima.

—Oh, hacéis que me avergüence.

Mitsuhide no se las daba de modesto, sino que se sentía realmente azorado. Fujitaka era famoso como poeta. Ese día su conversación empezó con la poesía y pasó a la literatura japonesa clásica.

—¡Válgame! La conversación ha sido tan interesante que me he olvidado de que ésta es mi primera visita.

Disculpándose por haberse demorado tanto, Fujitaka se despidió.

Después de que el visitante se hubiera ido, la perplejidad de Mitsuhide se intensificó y, mirando fijamente la lámpara, quedó sumido en sus pensamientos.

Fujitaka le visitó dos o tres veces más, pero los temas de conversación nunca se apartaron de la poesía o la ceremonia del té. Pero un día, un día lluvioso y tan oscuro que era preciso encender las lámparas en el interior, durante un momento de reposo Fujitaka se mostró más formal que de ordinario.,

—Hoy tengo algo muy serio y secreto que comentaros —empezó a decir.

Naturalmente, Mitsuhide había estado esperando de él que rompiera el hielo, y respondió:

—Si confiáis lo suficiente en mí como para decirme un secreto, tenéis mi solemne promesa de que lo mantendré. Por favor, hablad libremente sobre cualquier asunto.

Fujitaka asintió.

—Estoy seguro de que una persona tan perceptiva como vos ya ha supuesto la razón de mis visitas. El caso es que quienes ayudamos al shogun hemos venido aquí confiando en el señor Asakura como el único señor provincial que sería su aliado, y hasta ahora hemos negociado secretamente y apelado a él una serie de veces. Sin embargo, ha ido posponiendo su res-

puesta definitiva y su decisión no parece estar a la vista. Entretanto hemos estudiado la administración interna y los asuntos del señor Asakura, y ahora sé que carece de voluntad para luchar por el shogun. Quienes hemos apelado a él comprendemos que es inútil. Sin embargo... —Fujitaka hablaba como si fuese un hombre completamente distinto del que le había visitado antes—. ¿Quién entre los señores provinciales, aparte del señor Asakura, es un hombre en el que podemos confiar? ¿Quién es hoy el jefe militar más digno de crédito en el país? ¿Existe tal hombre?

—Sí, existe.

—¿Es eso cierto? —insistió Fujitaka con los ojos brillantes.

Mitsuhide trazó calmadamente los caracteres de un nombre en el suelo: Oda Nobunaga.

—¿El señor de Gifu?

Fujitaka retuvo el aliento. Alzó los ojos hasta entonces fijos en el suelo para mirar a Mitsuhide y permaneció un rato en silencio. Entonces los dos hombres hablaron largo y tendido de Nobunaga. Mitsuhide había sido servidor del clan Saito y cuando servía a su patrono anterior, el señor Dosan, había observado el carácter del cuñado de Dosan. Así pues, lo que estaba diciendo tenía un peso innegable.

Pocos días después, Mitsuhide se reunió con Fujitaka en las montañas detrás del templo convertido en el alojamiento del shogun, y recibió una carta personal escrita por el shogun y dirigida a Nobunaga. Aquella noche Mitsuhide salió rápidamente de Ichijogadani. Como es natural, había abandonado tanto su residencia como a sus servidores, esperando no regresar jamás. Al día siguiente el clan Asakura estaba alborotado.

—¡Mitsuhide ha desaparecido! —gritaban.

Fue enviada en su busca una fuerza de castigo, pero ya no pudieron encontrarle dentro de los límites de la provincia. Asakura Yoshikage se había enterado de que uno de los seguidores del shogun, Hosokawa Fujitaka, había visitado a Mitsuhide, y por ello se volvió contra el shogun, diciendo:

—Seguramente ha incitado a Mitsuhide para que tomara esa decisión, y es probable que le haya enviado a otra provincia como mensajero.

Entonces Yoshikage expulsó al shogun de la provincia.

Fujitaka había previsto ese resultado. Así pues, tomándolo más bien como una oportunidad, fue con su séquito de Echizen a Omi y consiguió que Asai Nagamasa le acogiera en el castillo de Odani. Allí aguardó buenas noticias de Mitsuhide.

Tal fue, pues, la razón del viaje de Mitsuhide a Gifu. Provis-to de la carta del shogun, muchas veces su vida estuvo en riesgo por el camino. Ahora, por fin, su objetivo se había cumplido: había encontrado la residencia de Mori Yoshinari, y aquella noche estaba tranquilamente sentado ante el mismo Yoshinari, explicándole con detalle su misión y pidiéndole que actuara como intermediario ante Nobunaga.

Era el séptimo día del décimo mes del noveno año de Eiroku, el que tal vez podría considerarse un día decisivo. Mori había intercedido por Mitsuhide, y los detalles de la situación habían llegado a oídos de Nobunaga. Aquél era el día en que Mitsuhide entró en el castillo de Gifu y se reunió por primera vez con Nobunaga. A sus treinta y ocho años, Mitsuhide tenía seis más que Nobunaga.

—He examinado con toda atención las cartas del señor Hosokawa y del shogun —le dijo Nobunaga—, y veo que solicitan mi ayuda. A pesar de lo indigno que soy, les ofreceré toda la fuerza a mi alcance.

Mitsuhide hizo una reverencia y respondió a las palabras de Nobunaga.

—Arriesgar mi insignificante vida por la nación ha sido una misión que excedía con mucho a mi baja categoría.

En estas palabras no había el menor rastro de falsedad.

Su sinceridad impresionó a Nobunaga, así como su porte y conducta, su perspicaz uso de las palabras y su inteligencia admirable. Cuanto más le observaba Nobunaga, tanto más profunda era su impresión. Pensó que si estaba a su servicio, demostraría su valía. Así pues, Akechi Mitsuhide quedó bajo la protección del clan Oda. Pronto se le concedió un dominio de Mino de cuatro mil kan. Además, como el shogun y sus seguidores estaban ahora con el clan Asai, Nobunaga envió una co-

lumna de hombres a las órdenes de Mitsuhide para que les escoltara hasta el castillo de Gifu. El mismo Nobunaga acudió a la frontera provincial para saludar al shogun, el cual había sido tratado como un hombre importuno en las demás provincias. En el portal del castillo, tomó las riendas del caballo del shogun y trató a éste como a un invitado de honor. En realidad, Nobunaga no sólo sujetaba las riendas del caballo del shogun, sino las de la nación. A partir de entonces, cualquiera que fuese el camino que tomara, las nubes de tormenta y los vientos de la época estaban en el puño que aferraba aquellas riendas con tanta fuerza.

# El shogun errante

Después de que el shogun y sus hombres hubieran encontrado refugio en los dominios de Nobunaga, les destinaron un templo en Gifu donde alojarse. A pesar de lo vanos y mezquinos que eran, lo único que los servidores del shogun querían hacer era exhibir su autoridad. No se percataban de la amplitud de los cambios que se estaban produciendo en el pueblo, y en cuanto estuvieron aposentados empezaron a comportarse de una manera arbitraria y aristocrática, y los servidores de Nobunaga tenían que escuchar sus quejas:

—Esta comida no tiene el sabor que debiera.

—Las ropas de cama son demasiado ásperas.

—Ya sé que este templo atestado no es más que una residencia temporal, pero refleja mal la dignidad del shogun.

Y siguieron diciendo:

—Nos gustaría que mejorase el tratamiento dado al shogun. De momento, podríais seleccionar algún lugar pintoresco para el nuevo palacio del shogun e iniciar su construcción.

Al enterarse de sus exigencias, Nobunaga consideró a aquellos hombres dignos de lástima. Llamó de inmediato a los servidores de Yoshiaki y habló con ellos.

—Ha llegado hasta mí vuestro deseo de que levante un pa-

lacio para el shogun porque su actual residencia es muy incómoda.

—¡En efecto! —replicó el portavoz—. Su alojamiento actual es demasiado inconveniente. Como residencia del shogun, carece incluso de las comodidades básicas.

—Bien, bien —respondió Nobunaga con cierto desprecio—. ¿No creéis que vuestro pensamiento no se distingue por su rapidez, caballeros? La razón de que el shogun apelara a mí fue la posibilidad de que yo expulse a Miyoshi y Matsunaga de Kyoto, recobre sus tierras perdidas y le devuelva al lugar que le corresponde por derecho.

—Eso es cierto.

—Por indigno que yo sea, consentí en aceptar esta gran responsabilidad. Es más, creo que estaré en condiciones de satisfacer las esperanzas del shogun en el futuro inmediato. ¿De dónde voy a sacar el tiempo libre para construirle un palacio? ¿Y realmente queréis, caballeros, abandonar vuestras esperanzas de regresar a Kyoto y restablecer un gobierno nacional? ¿Os daríais por satisfechos pasando vuestras vidas apaciblemente en algún lugar escénico de Gifu y convirtiéndoos muy pronto en reclusos en un gran palacio, alimentados por vuestro anfitrión?

Los ayudantes de Yoshiaki se retiraron sin decir otra palabra. A partir de entonces no se quejaron mucho. En las admirables palabras de Nobunaga no había la menor falsedad. Pasó el verano, llegó el otoño y Nobunaga ordenó una movilización general de Mino y Owari. El quinto día del noveno mes casi treinta mil hombres estaban preparados para ponerse en camino. El séptimo día ya partían de Gifu en dirección a la capital.

Durante el gran banquete celebrado en el castillo la víspera de la partida del ejército, Nobunaga había dirigido un discurso a sus oficiales y soldados.

—La conmoción en el país, que es el resultado de disputas territoriales entre señores rivales, está causando una tremenda aflicción al pueblo. No hace falta mencionar que la desgracia de la nación entera angustia al emperador. El clan Oda ha tenido siempre una norma férrea, desde la época de mi padre, Nobuhide, hasta el presente, y es que el deber de un samurai debe

ser, primero y ante todo, la protección de la casa imperial. Así pues, esta vez, en nuestra marcha hacia la capital, no sois un ejército que actúa para mí, sino que lo hacéis en nombre del emperador.

Todos los comandantes y hasta el último de los soldados estaban muy animados cuando se dio la orden de partir.

Tokugawa Ieyasu de Mikawa, quien recientemente había entrado en una alianza militar con Nobunaga, también participó en la magna empresa, enviando un millar de soldados. Cuando el ejército se puso en marcha, alguien expresó sus críticas.

—El señor de Mikawa no ha enviado muchos hombres. Es tan astuto como siempre hemos oído decir.

Nobunaga restó importancia al hecho y se rió.

—Mikawa está reformando su administración y economía. No tiene tiempo para otras consideraciones. Para él, enviar un gran número de soldados ahora mismo supondría unos gastos excesivos. Será frugal aunque le critiquen, pero no es un comandante normal y corriente. Estoy seguro de que las tropas que ha enviado están formadas por sus mejores hombres.

Tal como Nobunaga había esperado, los mil soldados de Mikawa a las órdenes de Matsudaira Kanshiro no eran nunca aventajados en ninguna batalla. Siempre luchando en vanguardia, abrían el camino a sus aliados y el valor que demostraban aumentaba la fama de Ieyasu.

El tiempo seguía siendo bueno a diario. Los treinta mil soldados marchaban en apretadas filas negras bajo el claro cielo otoñal. La columna era tan larga que cuando la vanguardia llegó a Kashiwabara la retaguardia todavía estaba pasando por Tarui y Akasaka. Sus estandartes ocultaban el cielo. Cuando cruzaron la plaza fuerte de Hirao y entraron en Takamiya, se oyó un griterío en la cabeza de la formación.

—¡Mensajeros! ¡Son mensajeros de la capital!

Tres generales cabalgaron a su encuentro.

—Deseamos que el señor Nobunaga nos reciba en audiencia —informaron. Estaban provistos de una carta de Hiyoshi Nagayoshi y Matsunaga Hisahide.

Cuando le pusieron al corriente en su cuartel general, Nobunaga ordenó que los llevaran a su presencia.

Le presentaron de inmediato a los mensajeros, pero Nobunaga se mofó del mensaje de reconciliación que contenía la carta, considerándolo un truco del enemigo.

—Decidles que les daré mi respuesta cuando llegue a la capital.

El día once, al despuntar el sol, la vanguardia cruzó el río Aichi. A la mañana siguiente Nobunaga avanzó hacia las fortalezas de Sasaki, Kannonji y Mitsukuri. El castillo de Kannonji estaba defendido por Sasaki Jotei, y el hijo de éste, Sasaki Rokkaku, preparó el castillo de Mitsujuri para resistir un asedio. El clan Sasaki de Omi estaba aliado con Miyoshi y Matsunaga, y cuando Yoshiaki había buscado refugio entre ellos durante su huida, intentó asesinarle.

Omi era una zona estratégica a lo largo del lago Biwa, en el camino del sur. Y allí esperaban los hombres de Sasaki, el cual se jactaba de que destruiría a Nobunaga de la misma manera que éste había aniquilado a Imagawa Yoshimoto, de un solo golpe. Sasaki Rokkaku abandonó el castillo de Mitsukuri, unió sus fuerzas con las de su padre en Kannonji y distribuyó sus tropas entre las dieciocho fortalezas de Omi.

Poniéndose una mano sobre los ojos a modo de visera, Nobunaga contempló el territorio desde una elevación y sonrió.

—Ésta es una espléndida línea enemiga, ¿no es cierto? Exactamente igual que en un tratado clásico.

Entonces ordenó a Sakuma Nobumori y Niwa Nagahide que tomaran el castillo de Mitsukuri, situando tropas de Mikawa en la vanguardia.

—Tal como os dije la víspera de la partida, esta marcha hacia la capital no se debe a una venganza personal. Quiero que todos los soldados del ejército comprendan que estamos luchando por el emperador. No matéis a los que huyan ni queméis las casas de la gente y, en la medida de lo posible, no pisoteéis los campos donde aún no se hayan recogido las cosechas.

Las aguas del lago Biwa todavía eran invisibles a través de la niebla matinal. Treinta mil hombres empezaron a moverse,

una masa oscura que atravesaba la niebla. Cuando Nobunaga vio la bengala que señalaba el ataque llevado a cabo por las tropas de Niwa Nagahide y Sakuma Nobumori contra el castillo de Mitsukuri, ordenó que trasladaran el cuartel general al castillo de Wada.

El castillo de Wada era una fortaleza enemiga, por lo que la orden de Nobunaga implicaba el ataque y la toma del castillo. Sin embargo, lo dijo como si ordenara a sus hombres que acudieran a una posición desocupada.

—¡Nobunaga en persona viene a atacarnos! —exclamó el general en jefe del castillo de Wada al recibir el aviso de los vigías en la torre de vigilancia. Golpeando la empuñadura de su espada, arengó a la guarnición—: ¡Esto ha sido dispuesto por el cielo! Tanto el castillo de Kannonji como el de Mitsukuri habrían podido resistir por lo menos un mes, y durante ese tiempo las fuerzas de Matsunaga y Miyoshi y sus aliados al norte del lago habrían cortado la retirada a Nobunaga. Pero éste ha apresurado su muerte al atacar nuestro castillo. ¡Es una oportunidad realmente magnífica! No dejéis escapar este golpe de suerte marcial. ¡Conseguid la cabeza de Nobunaga!

El ejército entero mostró su asentimiento a gritos. Confían en que los férreos muros del clan Sasaki pudieran resistir un mes, aun cuando Nobunaga iba al frente de un ejército de treinta mil hombres y contaba con muchos generales capacitados. Compartían esa creencia las poderosas provincias que los rodeaban. Sin embargo, el castillo de Wada cayó en media jornada. Tras una batalla que duró poco menos de cuatro horas, los defensores fueron derrotados y huyeron a las montañas y las orillas del lago.

—¡No los persigáis! —ordenó Nobunaga desde lo alto del monte Wada.

Los estandartes alzados allí con tanta rapidez se veían claramente bajo el sol del mediodía. Los hombres, cubiertos de sangre y barro, se reunieron gradualmente bajo los estandartes de sus propios generales. Entonces, lanzando un grito de victoria, se comieron las raciones del mediodía. Seguían llegando diversos mensajes desde la dirección de Mitsukuri. Las fuerzas de Tokugawa procedentes de Mikawa, que habían sido coloca-

das como la vanguardia de Niwa y Nobumori, luchaban ahora con denuedo, bañadas en sangre. A cada momento Nobunaga recibía el mensaje de un nuevo éxito.

El informe de la caída de Mitsukuri llegó a Nobunaga antes de que el sol se hubiera puesto. Cuando anochecía, un humo negro se alzó desde la dirección del castillo en Kannonji. Las fuerzas de Hideyoshi ya estaban hostigando. Se dio la orden de un ataque total. Nobunaga trasladó su campamento y las fuerzas de Mitsukuri y sus aliados fueron obligadas a retroceder hacia el castillo de Kannonji. Al anoecer los primeros hombres habían abierto brecha en los muros de los castillos enemigos.

Estrellas y chispas llenaban el claro cielo de otoño. Las fuerzas atacantes entraron en tropel. Se alzaron cantos de victoria, que para los aliados de los Sasaki debieron de sonar como la voz cruel del viento otoñal. Nadie había esperado que aquel baluarte cayera en un solo día. La fortaleza del monte Wada y los dieciocho puntos estratégicos no habían servido en absoluto de defensa contra aquellas oleadas de atacantes.

Todo el clan Sasaki, desde las mujeres y los niños hasta sus dirigentes, Rokkaku y Jotei, se tambalearon y lucharon en la oscuridad, huyendo de sus castillos en llamas para refugiarse en la fortaleza de Ishibe.

—No pongáis obstáculos a la huida de los fugitivos. Mañana todavía tendremos enemigos delante de nosotros.

Nobunaga no sólo les perdonó la vida sino que hizo caso omiso de los vastos tesoros que llevaban consigo. Entretenerse por el camino no formaba parte de su estilo, y su mente estaba ya en Kyoto, el centro de la acción. El torreón del castillo de Kannonji dejó de arder. En cuanto Nobunaga entró en lo que quedaba de él, mostró el aprecio en que tenía a sus tropas, diciendo que hombres y caballos necesitaban un buen descanso.

Pero él mismo no descansó gran cosa. Aquella noche durmió con la armadura puesta y al amanecer celebró una conferencia con sus principales servidores. Una vez más ordenó que se expusieran decretos en toda la provincia y envió de inmediato a Fuwa Kawachi con la orden de trasladar a Yoshiaki desde Gifu a Moriyama.

El día anterior había luchado al frente de un ejército, mientras que hoy tomaba las riendas de la administración. Así era Nobunaga. Dio temporalmente a cuatro de sus generales responsabilidades como administradores y magistrados en la ciudad portuaria de Otsu, y dos días después cruzó el lago Biwa, olvidándose casi de comer mientras promulgaba una orden tras otra.

Era el doce de aquel mes cuando Nobunaga penetró con ímpetu en Omi y atacó Kannonji y Mitsukuri. Hacia el veinticinco el ejército había dejado de combatir para dedicarse a exponer bandos de la nueva legislación que regiría en la provincia. ¡Un camino hacia la supremacía, hacia el centro de la acción! Al mismo tiempo fueron alineadas las naves de guerra en la orilla izquierda del lago Biwa y zarparon rumbo a Omi. Todo, desde la preparación de los barcos hasta la carga de las raciones alimenticias para los soldados y el pienso para sus caballos, requirió la cooperación del pueblo. Era cierto que el poderío militar de Nobunaga atemorizaba a las gentes, pero más allá de ese temor, el hecho de que la población de Omi se uniera para apoyarle se debía a que aprobaba su estilo de gobierno, al que consideraban digno de confianza.

Nobunaga era el único hombre que había rescatado los corazones de la gente entre las llamas de la guerra y que se había comprometido públicamente con ellos. Cuando se preguntaban cuál iba a ser su futuro, él les tranquilizaba. En tales situaciones no hay tiempo para establecer un criterio político detallado. El secreto de Nobunaga consistía sencillamente en hacer las cosas con rapidez y decisión. Lo que la gente quería en aquel país en guerra civil no era un administrador de talento ni un gran sabio. El mundo estaba sumido en el caos. Si Nobunaga era capaz de controlarlo, los subditos aceptarían hasta cierto punto las penalidades.

El viento del lago recordaba que era otoño y la miríada de embarcaciones trazaban largas y bellas estelas en el agua. El día veinticinco la nave de Yoshiaki cruzó las aguas del lago desde Moriyama y atracó cerca del templo de Mii.

Nobunaga, que ya había desembarcado, esperaba un ataque de Miyoshi y Matsunaga, pero no se produjo. Saludó a

Yoshiaki en el templo y le dijo que era como si ya hubieran entrado en la capital.

El día veintiocho Nobunaga dirigió por fin a sus tropas hacia Kyoto. El ejército se detuvo al llegar a Awataguchi. Hideyoshi, que estaba al lado de Nobunaga, galopaba adelante al mismo tiempo que Akechi Mitsuhide retrocedía apresuradamente desde la vanguardia.

—¿Qué ocurre?

—Mensajeros imperiales.

Nobunaga, también sorprendido, desmontó en seguida. Los dos mensajeros llegaron con una carta del emperador. Nobunaga hizo una profunda reverencia y les dijo:

—Como guerrero provincial, mi única habilidad consiste en empuñar las armas de guerra. Desde la época de mi padre, hemos lamentado largamente la penosa condición del palacio imperial y la inquietud que reina en el corazón del emperador. Hoy, empero, llego desde un rincón lejano del país para proteger a Su Majestad imperial. Ninguna otra responsabilidad sería un honor más grande para un samurai ni una mayor alegría para mi clan.

Silenciosa y solemnemente, treinta mil soldados juraron con Nobunaga que obedecerían los deseos del emperador.

Nobunaga estableció su campamento en el templo Tofuku, y el mismo día se efectuaron las proclamaciones en toda la capital. Primero se concretó la disposición de las patrullas policiales. Sugaya Kuemon fue encargado de la guardia diurna y Hideyoshi de la nocturna.

Uno de los soldados del ejército de Oda estaba bebiendo en una taberna, y un soldado victorioso se vuelve arrogante con facilidad. Borracho y tras haber comido a dos carrillos, arrojó sobre la mesa unas pocas monedas que no llegaban a la mitad de lo que debía.

—Con esto es suficiente —dijo al salir.

El propietario del local corrió gritando tras él, y cuando intentó cogerle, el soldado le golpeó y se alejó tambaleándose. Hideyoshi, que estaba haciendo la ronda, fue testigo del incidente y ordenó que prendieran al hombre. Cuando lo llevaron al cuartel general, Nobunaga alabó a la patrulla policial, des-

pojó al soldado de su armadura e hizo que le ataran a un gran árbol a la entrada del templo. Pusieron a su lado un cartel que explicaba la naturaleza del delito, y Nobunaga ordenó que el hombre fuese expuesto durante siete días y luego lo decapitaran. Todos los días un número inmenso de personas desfilaba ante la entrada del templo. Muchas eran mercaderes y nobles, y había también mensajeros de otros templos y santuarios, así como tenderos que transportaban sus mercancías.

Los transeúntes se detenían a leer el letrero y miraban al hombre atado al árbol. De este modo los habitantes de la capital fueron testigos de la justicia de Nobunaga y la severidad de sus leyes, vieron que se haría cumplir estrictamente la ley expuesta en los carteles distribuidos por toda la ciudad: que el robo de incluso una sola moneda sería castigada con la muerte, empezando por los propios soldados de Nobunaga, y nadie expresó descontento.

La frase «un tajo por una moneda» se popularizó entre la gente para indicar la clase de castigo impuesto por el gobierno de Nobunaga. Habían transcurrido veintiún días desde que el ejército partió de Gifu.

Después de que Nobunaga hubiera normalizado la situación en la capital y regresado a Gifu, desvió su atención de los asuntos que le habían preocupado y descubrió que Mikawa ya no era la provincia débil y menesterosa del pasado.

No podía dejar de maravillarse en su fuero interno por los desvelos de Ieyasu. El señor de Mikawa no se había limitado a ser un perro guardián en la puerta trasera de Owari y Mino mientras su aliado, Nobunaga, marchaba al centro de la acción. Antes que dejar pasar la oportunidad, había expulsado a las fuerzas del sucesor de Imagawa Yoshimoto, Ujizane, de las dos provincias de Suruga y Totomi. Por supuesto, no logró semejante hazaña sólo con sus propias fuerzas. Por un lado estaba relacionado con el clan Oda, y por otro se había confabulado con Takeda Shingen de Kai, y con este último había establecido un pacto para dividir y compartir las dos provincias restantes de los Imagawa. Ujizane había sido un necio y dado, tanto a

los Tokugawa como a los Takeda, una serie de buenas excusas para atacarle.

A pesar de que el país estaba sumido en el caos, todo jefe militar comprendía que era imposible iniciar una guerra sin alguna razón, y que si lo hacía acabaría perdiendo la batalla. Ujizane dirigía una administración contra la que el enemigo podía tomar esa postura moral, y era lo bastante mentecato para no ver lo que le aguardaba en el futuro. Todo el mundo sabía que no era un digno sucesor de Yoshimoto.

La provincia de Suruga pasó a ser posesión del clan Takeda, mientras que Totomi se convertía en el dominio del clan Tokugawa. El día de Año Nuevo del decimotercer año de Eiroku, Ieyasu dejó a su hijo a cargo del castillo de Okazaki, y él mismo se trasladó a Hamamatsu, en Totomi. En el segundo mes de aquel año le llegó un mensaje de felicitación de Nobunaga:

El año pasado mencioné mi deseo largamente acariciado y tuve algún pequeño éxito, pero nada podría ser más oportuno que añadir la fértil tierra de Totomi a vuestros dominios. Colectivamente, todos nos hemos fortalecido.

A comienzos de la primavera Ieyasu se dirigió a Kyoto en compañía de Nobunaga. Por supuesto, el objetivo del viaje era disfrutar de la capital en primavera y descansar bajo los cerezos, o así lo parecía. Sin embargo, desde una perspectiva política, el resto del mundo observaba a los dos dirigentes reunidos en Kyoto y se preguntaba cuál era el verdadero contenido de sus conversaciones.

Pero en esta ocasión el viaje de Nobunaga no fue realmente más que una marcha magnífica y placentera. Los dos hombres se pasaban el día entero practicando la cetrería en los campos. Por la noche Nobunaga daba banquetes y pedía que los lugareños interpretaran las canciones y danzas populares en su posada. En conjunto, aquello no parecía más que una jira campestre. El día en que Nobunaga e Ieyasu iban a llegar a la capital, Hideyoshi, que estaba encargado de la defensa de Kyoto, se había trasladado a Otsu para darles la bienvenida. Nobunaga le presentó a Ieyasu.

—Sí, le conozco desde hace largo tiempo. La primera vez que le vi fue cuando visité Kiyosu. El estaba entre los samurais apostados en la entrada para recibirme. Eso fue un año después de la batalla de Okehazama, así que hace ya bastante tiempo.

Ieyasu miró sonriente a Hideyoshi. Éste se sorprendió de la buena memoria que tenía aquel hombre. Ieyasu contaba entonces veintiocho años, Nobunaga treinta y seis y Hideyoshi iba a cumplir treinta y cuatro. La batalla de Okehazama había tenido lugar diez años antes.

Una vez instalados en Kyoto, lo primero que hizo Nobunaga fue inspeccionar las reparaciones efectuadas en el palacio imperial.

—Prevemos que el palacio imperial estará terminado el año próximo —le informaron los dos supervisores de la construcción.

—No seáis cicateros con los gastos —replicó Nobunaga—. El palacio imperial ha estado en ruinas durante años.

Ieyasu oyó los comentarios de Nobunaga y dijo:

—En verdad os envidio vuestra posición. Habéis sido capaz de demostrar con hechos vuestra lealtad al emperador.

—Es cierto —respondió Nobunaga sin modestia, y asintió como si se aprobara a sí mismo.

Así pues, Nobunaga no sólo reconstruyó el palacio imperial, sino que también revisó las finanzas de la corte. El emperador estaba satisfecho, desde luego, y la lealtad de Nobunaga impresionaba a la gente. Al ver que los nobles se encontraban a gusto y las clases inferiores estaban en paz y armonía, Nobunaga gozó realmente del tiempo pasado con Ieyasu durante el segundo mes, contemplando los cerezos y asistiendo a ceremonias del té y conciertos.

¿Quién habría sabido que, durante ese periodo, su mente estaba preparando la manera de pasar por la siguiente serie de dificultades? Nobunaga iniciaba sus acciones a medida que se desarrollaban nuevas situaciones, y proseguía con los esbozos de sus planes y su ejecución incluso mientras dormía. De súbito, el segundo día del cuarto mes, todos sus generales recibieron convocatorias para reunirse en la residencia del shogun.

La gran sala de conferencias estaba llena.

Nobunaga reveló lo que había estado planeando desde el segundo mes.

—Esto concierne al clan Asakura de Echizen —empezó a decir—. El señor Asakura ha desoído las numerosas solicitudes del shogun y no ha ofrecido un solo madero para la construcción del palacio imperial. Fue nombrado por el shogun y mantiene la posición de servidor del emperador, pero no piensa más que en el lujo y la indolencia de su propio clan. Quisiera investigar ese delito y reunir una fuerza punitiva. ¿Cuáles son vuestras opiniones?

Entre quienes estaban bajo el control directo del shogunado, había varios hombres que eran viejos amigos del clan Asakura, al que apoyaban indirectamente, pero ninguno mostró su desacuerdo. Y si bien un grupo de hombres expresaron de inmediato su franca aprobación, nadie habló bajo la presión añadida del grupo más amplio.

Atacar Asakura significaría una campaña en las provincias septentrionales. Era una gran empresa, pero el plan se aprobó en muy poco tiempo. El mismo día se proclamó la próxima formación del ejército, y el veintiocho de aquel mes las tropas ya se habían congregado en Sakamoto. A las tropas de Owari y Mino se añadieron ocho mil guerreros de Mikawa a las órdenes de Tokugawa Ieyasu. Una fuerza cercana a los cien mil hombres se extendía ahora, en el luminoso cuarto mes, a fines de la primavera, a lo largo de la orilla del lago en Niodori.

Tras pasar revista a las tropas, Nobunaga señaló la cordillera visible al norte.

—¡Mirad! Se ha fundido la nieve que cubría las montañas de las provincias del norte. ¡Las flores de la primavera serán nuestras!

Hideyoshi había sido incluido en el ejército y dirigía un contingente de tropas. Asintió, diciéndose: «Bueno, mientras el señor Nobunaga se divertía esta primavera en la capital con el señor Ieyasu, esperaba al mismo tiempo que la nieve se fundiera en los puertos de montaña que conducen a las provincias del norte».

Pero por encima de todo, consideraba que la verdadera ha-

bilidad de Nobunaga había consistido en invitar a Ieyasu a la capital. De una manera indirecta había mostrado su propia fuerza y sus logros a Ieyasu, de modo que éste no enviara de mala gana a sus tropas. Tal había sido la habilidad de Nobunaga. A pesar del caos en que el mundo estaba sumido, esa habilidad lograría unirlo. Hideyoshi así lo creía, y comprendía como nadie que la importancia de aquella batalla radicaba en su necesidad absoluta.

El ejército avanzó desde Takashima, pasó por Kumagawa, en Wakasa, y marchó hacia Tsuruga, en Echizen. Su avance continuó, dejando un rastro de fortalezas y puestos fronterizos del enemigo incendiados, cruzando una montaña tras otra y atacando Tsuruga antes de que finalizara el mes.

Los Asakura, que no habían dado importancia a las tropas enemigas, se quedaron estupefactos al verlas ya allí. Apenas quince días antes Nobunaga estaba disfrutando con la contemplación de las flores en la capital. Los Asakura se resistían a creer que estaban viendo sus estandartes allí, en su propia provincia, aunque el enemigo hubiera sido capaz de efectuar con tanta rapidez sus preparativos militares.

El antiguo clan Asakura descendía del linaje imperial, había adquirido importancia por la ayuda prestada al primer shogun y, más adelante, le había sido concedida toda la provincia de Echizen.

El clan era el más fuerte en todas las provincias septentrionales, una fortaleza que no sólo afirmaban sus seguidores sino que también reconocían todos los demás. Los Asakura participaban en el shogunado, sus tierras eran ricas en recursos naturales y disponían de una gran fuerza militar.

Cuando Yoshikage tuvo noticia de que Nobunaga ya había llegado a Tsuruga, casi reconvino al hombre que le había informado.

—No pierdas la cabeza. Probablemente estás en un error.

El ejército de Oda que cayó sobre Tsuruga estableció allí su campamento base y destacó unos batallones para que atacaran los castillos de Kanegasaki y Tezutsugamine.

—¿Dónde está Mitsuhide? —preguntó Nobunaga.

—El general Mitsuhide está al mando de la vanguardia —respondió un servidor.

—¡Que venga aquí! —ordenó Nobunaga.

Mitsuhide se apresuró a regresar desde la línea del frente.

—Decidme, mi señor.

—Has vivido largo tiempo en Echizen, por lo que debes de estar especialmente familiarizado con el terreno entre esta zona y el castillo principal de Asakura en Ichijogadani. ¿Por qué lucháis ahí para obtener alguna minúscula ventaja en la vanguardia sin idear una estrategia más amplia?

—Lo lamento. —Mitsuhide hizo una reverencia y pareció como si Nobunaga le hubiera afectado profundamente—. Si me lo ordenáis, dibujaré un mapa y lo someteré a vuestra observación.

—Bien, en ese caso te daré una orden formal. Los mapas que tengo a mano son bastante toscos, y hay lugares en los que parecen ser del todo incorrectos. Cotéjalos con tus mapas, corrígelos y devuélvemelos.

Mitsuhide poseía unos mapas muy bien detallados con los que no podían compararse los de Nobunaga. Mitsuhide se retiró y poco después regresó con sus propios mapas, los cuales presentó a Nobunaga.

—Creo que deberías examinar la disposición del terreno. Será mejor que te nombre oficial de mi estado mayor.

A partir de entonces, Nobunaga no permitía que Mitsuhide se alejara mucho del cuartel general.

Tezutsugamine, el castillo defendido por Hitta Ukon, no tardó en rendirse. Pero el castillo de Kanegasaki no cayó con tanta rapidez. En ese último castillo, Asakura Kagetsune, un general de veintiséis años, se defendió bravamente. Había sido monje en su primera juventud, y en aquella época algunos opinaron que sería una pena que un hombre con su físico y sus cualidades abrazara el orden sagrado. Así pues, se vio obligado a regresar a la vida secular y pronto le pusieron al frente de un castillo, distinguiéndose incluso dentro del clan Asakura. Rodeado por más de cuarenta mil soldados al mando de generales tan veteranos como Sakuma Nobumori, Ikeda Shonyu y Mori Yoshinari, Kagetsune observaba desde la torre de vigilancia con expresión serena y sonriente.

—Qué ostentación —comentó.

Yoshinari, Nobumori y Shonyu llevaron a cabo un ataque general, manchando los muros de sangre y manteniéndose firmes durante toda la jornada. Al final del día, cuando hicieron recuento de los cadáveres, el enemigo había perdido más de trescientos hombres, pero sus propias bajas pasaban de ochocientas. Sin embargo, aquella noche el castillo de Kanegasaki siguió alzándose majestuoso e indomable bajo una enorme luna de verano.

—Este castillo no va a caer, y aunque caiga no será una victoria para nosotros —le dijo aquella noche Hideyoshi a Nobunaga.

Nobunaga pareció un poco impaciente.

—¿Por qué no será una victoria para nosotros la caída del castillo?

En tales ocasiones no había ningún motivo para que Nobunaga estuviera de buen talante.

—La caída de este único castillo no supondrá necesariamente la derrota de Echizen. Con la captura de este único castillo, mi señor, vuestro poder militar no aumentará necesariamente.

—Pero ¿cómo podemos avanzar sin ocupar Kanegasaki? —replicó Nobunaga.

De repente Hideyoshi volvió la cabeza. Ieyasu acababa de entrar y se había detenido. Al verle, Hideyoshi se apresuró a hacer una reverencia y salir. Regresó poco después con unas esteras y ofreció al señor de Mikawa un asiento al lado de Nobunaga.

—¿Os interrumpo? —inquirió Ieyasu, y tomó asiento en las esteras proporcionadas por Hideyoshi, a quien sin embargo no hizo la menor señal de reconocimiento—. Parece como si estuvierais en medio de una discusión.

—No.

Nobunaga dirigió la barbilla hacia Hideyoshi y, suavizando un poco su tono, explicó a Ieyasu con exactitud lo que habían estado tratando.

Ieyasu asintió y miró fijamente a Hideyoshi. El primero era ocho años más joven que Nobunaga, pero a Hideyoshi le parecía que era al revés. Sometido al escrutinio de Ieyasu, a Hi-

deyoshi le parecía imposible que los modales y la expresión de aquel hombre fuesen los de un veinteañero.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Hideyoshi. Perder más tiempo y sufrir más bajas con este solo castillo no es una política acertada.

—¿Creéis que deberíamos suspender el ataque y proseguir el avance hacia la principal fortaleza del enemigo?

—Primero oigamos lo que dice Hideyoshi. Parece ser que ha pensado algo.

—Hideyoshi.

—Sí, mi señor.

—Cuéntanos tu plan.

—No tengo ningún plan.

—¿Cómo?

No sólo los ojos de Nobunaga mostraron sorpresa. La expresión del semblante de Ieyasu era también de cierta perplejidad.

—Hay tres mil soldados dentro de ese castillo, y sus muros están reforzados por su voluntad de resistir a un ejército de diez mil hombres y luchar hasta la muerte. Aunque sea pequeño, no hay ningún motivo para que el castillo caiga con facilidad. Dudo de que pudiéramos hacerles flaquear aunque tuviéramos un plan. Esos soldados también son hombres, e imagino que deben ser sensibles a las emociones humanas verdaderas y la sinceridad...

—Ya empezamos, ¿eh? —le interrumpió Nobunaga.

No quería que Hideyoshi hablara más de la cuenta. Ieyasu era su aliado más poderoso y le trataba con una extrema cortesía, pero, al fin y al cabo, aquel hombre era el señor de las dos provincias de Mikawa y Totomi y no formaba parte del círculo interno del clan Oda. Más aún, Nobunaga armonizaba tanto con la mentalidad de Hideyoshi que no tenía necesidad de escuchar con detalle sus pensamientos a fin de confiar en él.

—Está bien —dijo Nobunaga—. Te doy mi autorización para que hagas lo que creas conveniente. Adelante con tu idea.

—Gracias, mi señor.

Hideyoshi se retiró como si el asunto no fuese de especial importancia. Pero aquella noche entró a solas en el castillo

enemigo y se entrevistó con su jefe, Asakura Kagetsune. Hideyoshi se sinceró absolutamente con el joven señor del castillo.

—Vos también procedéis de una familia de samurais, por lo que probablemente conocéis el resultado de esta batalla. Seguir resistiendo sólo servirá para que mueran más soldados valiosos. Por mi parte, no deseo veros morir en vano. En vez de sucumbir así, ¿por qué no abris el castillo y os retiráis apropiadamente, unís vuestras fuerzas a las del señor Yoshikage y os enfrentáis de nuevo a nosotros en un campo de batalla distinto? Os garantizaré personalmente la seguridad de todos los tesoros y armas, así como las mujeres y niños que están en el interior del castillo, y no tendré inconveniente en enviároslos.

—Cambiar el campo de batalla y enfrentarnos a vosotros otro día sería interesante —replicó Kagetsune, y fue a preparar la retirada.

Haciendo gala de la cortesía de un samurai, Hideyoshi dio todas las facilidades al enemigo en retirada, y fue a despedirle a una legua del castillo.

Solucionar la cuestión de Kanegasaki había requerido un día y medio, pero cuando Hideyoshi informó a Nobunaga de lo que había hecho, su señor se limitó a responder: «¿Ah, sí?» y no añadió grandes elogios. Sin embargo, la expresión de su semblante indicaba lo que parecía estar pensando: «Lo has hecho demasiado bien..., las hazañas meritorias tienen un límite». Pero el gran logro de Hideyoshi difícilmente podía negarse, al margen de quien juzgara el asunto.

Sin embargo, en el caso de que Nobunaga le hubiera puesto por los cielos, habría creado una situación en la que los generales Shonyu, Nobumori y Yoshinari se habrían sentido demasiado avergonzados para volver a mirar a su señor a la cara. Al fin y al cabo, habían enviado a la muerte a ochocientos soldados y no habían podido derrotar al enemigo no siquiera con un número de hombres aplastante. Hideyoshi era todavía más sensible a los sentimientos de esos generales, y cuando presentó su informe no atribuyó a su propia idea el origen de sus esfuerzos, sino que se limitó a decir que había seguido las órdenes de Nobunaga.

—Tenía la intención de hacerlo todo de acuerdo con las órdenes. Espero que paséis por alto mi desmañada actuación, así como su brusquedad y su carácter secreto.

Tras disculparse así, se retiró.

En esta ocasión Ieyasu estaba con los demás generales al lado de Nobunaga, y rezongó para sus adentros al ver alejarse a Hideyoshi. Se había dado cuenta de que existía un hombre formidable no mucho mayor que él que también había nacido en aquella época trascendental. Entretanto, tras haber abandonado Kanegasaki y ahora en plena retirada, Asakura Kagetsune avanzaba a toda prisa, pensando que uniría sus tropas con las que estaban en el castillo principal en Ichijogadani y mediría una vez más sus fuerzas contra el ejército de Nobunaga en otro lugar. Cuando aún estaba en camino, se encontró con los refuerzos de veinte mil hombres que Asakura Yoshikaga había enviado para ayudar a Kanegasaki.

—¡Buena la he hecho! —exclamó Kagetsune, lamentando haber seguido el consejo del enemigo.

Pero ya era demasiado tarde.

—¿Por qué has abandonado el castillo sin luchar? —le gritó airado Yoshikage, pero se vio obligado a unir los dos ejércitos y regresar a Ichijogadani.

Los hombres de Nobunaga siguieron adelante hasta llegar al puerto de montaña de Kinome. Si conseguía atravesar esa posición estratégica, tendría ante sí el cuartel general del clan Asakura. Pero un mensaje urgente conmocionó a las tropas invasoras de Oda.

Un despacho les informó de que Asai Nagamasa de Omi, cuyo clan se había aliado con los Asakura durante varias generaciones, había trasladado su ejército desde el norte del lago Biwa, cortando la retirada de Nobunaga. Por otro lado, Sasaki Rokkaku, quien ya había saboreado la derrota infligida por Nobunaga, actuaba de común acuerdo con los Asai y se aproximaba desde la zona montañosa de Koga. Uno tras otro, habían dirigido sus ejércitos para golpear el flanco de Nobunaga.

Ahora el enemigo se encontraba delante y detrás del ejército invasor. Tal vez debido a este cambio de los acontecimientos, la moral de las fuerzas de Asakura era alta y estaban

dispuestos a salir de Ichijogadani y efectuar un furioso contra-ataque.

—Hemos entrado en las fauces de la muerte —dijo Nobunaga, dándose cuenta de que era como si hubiesen cavado sus propias tumbas en territorio enemigo.

Lo que temía de súbito no era que Sasaki Rokkaku y Asai Nagamasa obstaculizaran su retirada; lo que Nobunaga temía hasta la médula de sus huesos era la probabilidad de que Tos monjes guerreros del Honganji, cuya fortaleza se hallaba en aquella zona, lanzaran un grito de guerra contra el invasor y desplegaran el estandarte de la oposición. El tiempo había cambiado de repente, y el ejército invasor era como un bote rumbo a la tormenta.

Ahora bien, ¿existía una abertura lo bastante amplia para la retirada de diez mil soldados? Los estrategas advertían de que, por su propia naturaleza, un avance es fácil y una retirada difícil. Si un general comete un error, puede sufrir la desgracia de la aniquilación de todo su ejército.

Hideyoshi hizo entonces un ofrecimiento.

—Por favor, permitidme que me encargue de la retaguardia. Entonces mi señor podrá tomar el atajo a través de Kuchikidani, sin el estorbo que supone un gran número de hombres y, a cubierto de la noche, escapar de esta tierra mortífera. Al amanecer el resto de las tropas podría retirarse directamente hacia la capital.

A cada momento que pasaba el peligro era mayor. Aquella noche, acompañado por unos pocos servidores y una fuerza de sólo trescientos hombres, Nobunaga siguió los valles sin senderos y los barrancos y cabalgó durante toda la noche hacia Kuchikidani. Fueron atacados innumerables veces por los monjes guerreros de la secta Ikko y los bandidos locales, y durante dos días y dos noches estuvieron sin alimento ni agua y sin dormir. Finalmente, al cabo del cuarto día llegaron a Kyoto, pero por entonces muchos de ellos estaban tan fatigados que apenas podían valerse por sí mismos. Sin embargo, podían considerarse afortunados. El más digno de compasión era el hombre que había cargado con la responsabilidad de la retaguardia y que, cuando el ejército principal había escapado, se quedó atrás con

una minúscula fuerza en la solitaria fortaleza de Kanegasaki.

Ese hombre era Hideyoshi. Los demás generales, que hasta entonces habían envidiado sus éxitos y le habían llamado a sus espaldas sofista y advenedizo, se separaron de él alabándole sinceramente, llamándole «el sostén del clan Oda» y «un auténtico guerrero», y antes de marcharse llevaron a su campamento armas de fuego, pólvora y provisiones. Al dejar los suministros y partir, era como si depositaran guirnaldas funerarias en una tumba.

Entonces, desde el alba hasta mediada la mañana siguiente a la escapatoria nocturna de Nobunaga, los nueve mil soldados al mando de Katsuié, Nobumori y Shonyu lograron huir. Cuando las fuerzas de Asakura se dieron cuenta y los persiguieron para atacarles, Hideyoshi les golpeó por el flanco al tiempo que les amenazaba desde atrás. Y cuando la fuerza de Oda por fin se hubo librado del desastre, Hideyoshi y sus tropas se encerraron en el castillo de Kanegasaki y juraron que allí era donde abandonarían este mundo.

Para demostrar su voluntad de morir luchando, atrancaron las puertas del castillo, comieron lo que encontraron, durmieron cuando tenían algún momento para hacerlo y se despidieron de la vida. El jefe de las fuerzas de Asakura atacantes era el valiente general Keya Shichizaemon, el cual, en vez de correr el riesgo de sufrir muchas bajas lanzándose contra unas tropas que estaban dispuestas a morir, asedió la fortaleza y cortó la retirada a Hideyoshi.

—¡Ataque nocturno!

Cuando resonó este grito en medio de la segunda noche, todos los preparativos efectuados de antemano fueron desplegados sin la menor confusión. El ejército de Keya avanzó a toda prisa contra el enemigo moviéndose en la oscuridad y derrotó por completo a la pequeña fuerza de Hideyoshi, la cual retrocedió precipitadamente al castillo.

—¡El enemigo está resignado a morir y lanza su grito de guerra! —exclamó Keya—. ¡Aprovechemos esta oportunidad y capturaremos el castillo al alba!

Corrieron al borde del foso, prepararon balsas y cruzaron la extensión de agua. En un abrir y cerrar de ojos, millares de soldados tomaron posesión de los muros de piedra.

Entonces, tal como Shichizaemon había prometido, Kanegasaki cayó al amanecer. Pero ¿qué encontraron sus fuerzas? En el castillo no había ni uno solo de los hombres de Hideyoshi. Sus estandartes ondeaban al viento, y el humo ya se alzaba hacia el cielo. Los caballos relinchaban. Pero Hideyoshi no estaba allí. El ataque de la noche anterior no había sido en realidad tal ataque.

El pequeño ejército mandado por Hideyoshi sólo había fingido retroceder al interior del castillo, mientras buscaban con la celeridad del viento una manera de huir de la muerte segura. Al amanecer, los hombres de Hideyoshi se encontraban ya al pie de las montañas que se extendían por la frontera provincial, y conseguían huir.

Naturalmente, Keya Shichizaemon y sus hombres no se quedaron pasmados contemplando su huida.

—¡Preparaos para la persecución! —ordenó—. ¡A por ellos!

Las tropas de Hideyoshi prosiguieron su retirada por la espesura de las montañas, huyendo durante la noche sin hacer una pausa para comer o beber.

—¡Todavía no estamos fuera de la guarida del tigre! —les advirtió Hideyoshi—. No aflojéis el paso, no descanséis. ¡Que no decaiga vuestra voluntad de vivir!

Siguieron adelante, azuzados por las exhortaciones de Hideyoshi. Tal como era de esperar, Keya empezó a darles alcance. Cuando oyeron los gritos de combate del enemigo a sus espaldas, Hideyoshi ordenó primero un breve descanso y luego habló a sus soldados.

—No os alarméis. Nuestros enemigos son idiotas, pues están lanzando sus gritos de guerra cuando suben por el valle, mientras que nosotros nos encontramos en un terreno alto. Todos estamos cansados, pero el enemigo nos persigue enfurecido, y muchos de ellos se van a extenuar. Cuando estén a tiro, sometedles a una lluvia de rocas y piedras y arrojadles las lanzas.

Sus hombres estaban fatigados, pero este claro razonamiento les hizo recuperar la confianza.

—¡Venid a por nosotros! —les gritaron mientras se preparaban para el ataque.

El castigo que Keya se proponía imponer a las tropas de Hideyoshi se convirtió en una desgraciada derrota de sus fuerzas. Innumerables cadáveres se amontonaron bajo las piedras y las lanzas.

—¡Retirada!

Las voces que gritaban la orden finalmente enronquecieron en los valles por los que se retiraban los hombres de Asakura.

—¡Ahora es nuestra ocasión! ¡Atrás! ¡Retirada!

Hideyoshi casi parecía imitar al enemigo, y sus hombres se volvieron y huyeron hacia las tierras bajas meridionales. Keya, al frente de los soldados que le quedaban, partió una vez más en su persecución. Los hombres de Keya eran realmente implacables, y aunque los restos de la fuerza punitiva ya estaban muy debilitados, los monjes guerreros del Honganji intervinieron en el ataque y bloquearon el camino cuando los hombres de Hideyoshi intentaban cruzar las montañas en cuya otra vertiente se extendía la provincia de Omi. Cuando los hombres intentaron desviarse del camino, flechas y piedras llovieron desde los pantanos y bosques a izquierda y derecha, entre gritos de «¡No les dejéis pasar!». Incluso Hideyoshi empezó a pensar que había llegado su hora, pero era el momento de reforzar la voluntad de vivir y resistirse a la tentación de sucumbir.

—¡Que el cielo decida si nuestra suerte es buena o mala y si vamos a vivir o a morir! Corred a través del pantano hacia el oeste. Huid por los arroyos de montaña cuyas aguas fluyen en el lago Biwa. Corred tan rápido como la misma agua. ¡Sólo si sois veloces podréis burlar a la muerte!

No les pidió que lucharan. Aquél era el Hideyoshi que tan bien sabía cómo emplear a los hombres, pero ni siquiera él pensó en ordenar a sus tropas hambrientas, que llevaban dos días y dos noches sin dormir ni descansar, que repelieran una emboscada tendida por un número desconocido de monjes guerreros. Todo lo que quería era ayudar hasta al último solda-

do de su lastimosa fuerza a regresar a la capital. Y no existía nada más fuerte que la voluntad de vivir.

Bajo las órdenes de Hideyoshi, los soldados cansados y hambrientos avanzaron rápidamente cuesta abajo, atravesando el pantano con una energía casi sobrenatural. Era un movimiento temerario que no podría considerarse ni estrategia ni abandono de sí mismos, pues los monjes guerreros ocultos en las honduras del bosque eran como mosquitos. Sin embargo, prosiguieron su carrera entre el enemigo que les rodeaba, y fue esto lo que abrió una fisura en las filas enemigas que les permitió desbaratar por completo la emboscada que con tanto cuidado les habían tendido. Mientras corrían, el orden cedió el paso al caos y todos los hombres se encaminaron confusamente al sur, siguiendo los arroyos de montaña.

—¡El lago Biwa!

—¡Estamos salvados!

Todos lanzaron gritos de alegría. Al día siguiente entraron en Kyoto. Al verlos, Nobunaga exclamó:

—Gracias a los cielos habéis conseguido sobrevivir. Sois como dioses. Sois en verdad como dioses.

# Enemigo de Buda

La primera noche después de su regreso a Kyoto, los oficiales y soldados de la retaguardia, que por tan poco habían escapado con vida, sólo podían pensar en una cosa: dormir.

Tras informar a Nobunaga, Hideyoshi se retiró aturdido. El sueño le vencía.

A la mañana siguiente abrió los ojos sólo un momento y volvió a dormirse profundamente. Hacia mediodía le despertó un criado y comió unas gachas de arroz, pero se hallaba en un estado entre la vigilia y el sueño y tan sólo se enteró de que estaban sabrosas.

—¿Vais a dormiros de nuevo? —le preguntó el criado, asombrado.

Por fin Hideyoshi se despertó por completo al cabo de dos días, por la noche, sintiéndose totalmente desorientado.

—¿Qué día es hoy?

—Es el segundo —le respondió el samurai de guardia.

«El segundo», se dijo mientras salía de la habitación con pasos vacilantes. Pensó que el señor Nobunaga también debía de haberse recuperado.

Nobunaga había reconstruido el palacio imperial y levantado una nueva residencia para el shogun, pero él mismo carecía de una mansión en la capital. Cada vez que acudía a Kyoto se

instalaba en un templo y sus servidores se repartían por los templos filiales vecinos.

Hideyoshi abandonó el templo en el que se alojaba y alzó la vista para contemplar las estrellas por primera vez en varios días. Pensó que ya era casi verano y entonces se dio cuenta de que aún estaba vivo, lo cual le hizo experimentar una alegría extraordinaria. A pesar de lo tardío de la hora solicitó una audiencia con Nobunaga, a cuya presencia le llevaron de inmediato, como si Nobunaga le hubiera estado esperando.

—Estás muy sonriente, Hideyoshi. Sin duda hay algo que te satisface.

—¿Cómo no habría de estar satisfecho? Antes no era consciente de la bendición que es la vida, pero ahora que me he librado por poco de la muerte, comprendo que todo lo que necesito es vivir. Me basta con mirar esta lámpara o vuestro rostro, mi señor, para saber que vivo y he sido bendecido con mucho más de lo que merezco. Pero ¿cómo os sentís vos, mi señor?

—Irremediablemente decepcionado. Ésta es la primera vez que siento la vergüenza y la amargura de la derrota.

—¿Ha conseguido jamás algún hombre grandes cosas sin experimentar la derrota?

—Vaya, ¿también puedes ver eso en mi rostro? Hay que fustigar una sola vez el vientre del caballo. Prepárate para emprender un viaje, Hideyoshi.

—¿Un viaje?

—Regresamos a Gifu.

Hideyoshi se estaba felicitando porque iba un paso por delante de Nobunaga, cuando éste se colocó resueltamente en cabeza. Tenía varias buenas razones para regresar a Gifu lo antes posible.

Aunque Nobunaga tenía fama de soñador, también se le conocía como un obstinado hombre de acción. Aquella noche Nobunaga, Hideyoshi y una escolta inferior a trescientos hombres salieron de la capital con la rapidez de una tormenta repentina. Pero incluso a esa velocidad su partida no pudo mantenerse en secreto.

Aún no había amanecido cuando el grupo llegó a Otsu. El

estampido de un arma de fuego resonó en la oscuridad de las montañas. Los caballos se encabitaron frenéticamente. Los servidores emprendieron el galope, inquietos por Nobunaga, al tiempo que buscaban al francotirador.

Nobunaga no parecía haber oído el disparo y había seguido adelante. A unas cincuenta varas de sus servidores se volvió y gritó:

—¡No le hagáis caso!

Como Nobunaga estaba solo, bastante más adelantado que los otros, dejaron detrás al aspirante a asesino. Cuando Hidayoshi y los demás generales llegaron a la altura de su señor y le preguntaron si estaba herido, Nobunaga redujo la velocidad de su caballo y alzó la manga, mostrando un pequeño orificio en la holgada tela.

—Nuestro sino está decretado por el cielo —se limitó a comentar.

Más adelante se descubrió que el hombre que había disparado contra Nobunaga era un monje guerrero famoso por su puntería.

Nobunaga había dicho que el sino está decretado por el cielo, pero eso no significaba que aguardase pasivamente la voluntad del cielo. Sabía cómo le envidiaban los jefes guerreros rivales. El mundo no le había tenido muy en cuenta cuando extendió sus alas sobre Owari y Mino desde su pequeño dominio, que no cubría más que un par de distritos de Owari. Pero ahora que ocupaba el centro del escenario e impartía órdenes desde Kyoto, los poderosos clanes provinciales se sentían molestos de repente. Clanes con los que no tenía ninguna quere-lla, los Otomo y Shimazu de Kyushu, los Mori de las provincias occidentales, los Chosokabe de Shikoku e incluso los Uesugi y Date en el extremo norte, todos ellos contemplaban sus éxitos con hostilidad.

Pero el verdadero peligro lo planteaban sus propios parientes. Era evidente que ya no podía confiar en Takeda Shingen de Kai, como tampoco podía descuidarse con respecto a los Hojo, y Asai Nagamasa de Odani, que se había casado con su hermana Oichi, era una prueba viviente de la debilidad de las alianzas políticas basadas en el matrimonio. Cuando Nobuna-

ga invadió el norte, su principal enemigo, el hombre que se había aliado de repente con los Asakura y amenazado su retirada, no fue otro que ese Asai Nagamasa, lo cual demostraba una vez más que las ambiciones de los hombres no pueden ser trabadas por los cabellos de una mujer.

Nobunaga estaba rodeado de enemigos. Los restos de los clanes Miyoshi y Matsunaga seguían siendo fastidiosos adversarios que permanecían emboscados, y los monjes guerreros del Honganji avivaban por doquier las llamas de la rebelión contra él. Parecía como si, al hacerse con el poder, el país entero estuviera en su contra, y por ello lo más prudente era regresar a Gifu. Si hubiera permanecido ocioso en Kyoto otros meses, quizá no habría habido ningún castillo ni clan al que regresar, pero lo cierto es que llegó al castillo de Gifu sin incidentes.

—¡Guardia, guardia!

La corta noche aún no había terminado, pero Nobunaga llamaba desde su dormitorio. Era más o menos la hora en que la canción del cuco se oía en Inabayama, y no era nada insólito que Nobunaga se despertara a esa hora y diera órdenes inesperadamente. Su guardia nocturna estaba acostumbrada a ello, pero parecía como si cada vez que se relajaban un poco Nobunaga les cogiera por sorpresa.

—¿Sí, mi señor?

Esta vez el guardián se presentó en seguida.

—Convoca un consejo de guerra —dijo Nobunaga mientras se disponía a salir del dormitorio—. Dile a Nobunori que llame de inmediato al estado mayor.

Los pajes y ayudantes corrieron tras él. Aún estaban medio dormidos y apenas podían saber si era medianoche o si amanecía. Desde luego aún estaba oscuro y las estrellas brillaban en el cielo nocturno.

—Voy a encender las lámparas —dijo un ayudante—. Por favor, mi señor, esperad un momento.

Pero Nobunaga ya se había desnudado. Entró en el baño y empezó a lavarse.

En la ciudadela exterior la confusión era incluso peor. Hombres como Nobunori, Tadatsugu y Hideyoshi estaban en el castillo, pero muchos de los demás generales se habían quedado en la ciudad fortificada. Mientras partían mensajeros en su busca, se procedió a la limpieza del salón y el encendido de las lámparas.

Por fin los generales estuvieron reunidos para el consejo de guerra. La blanca luz de una lámpara iluminaba el rostro de Nobunaga. Éste había decidido partir al alba y atacar a Asai Nagamasa de Odani. Aunque la reunión tenía por objeto celebrar un consejo de guerra, su propósito no era airear las diferentes opiniones ni discutir. Nobunaga tan sólo quería saber si alguien tenía sugerencias que hacer en cuanto a la táctica.

Cuando resultó evidente que la decisión de Nobunaga era irrevocable, los generales reunidos guardaron un silencio absoluto, como si algo les oprimiera el corazón. Todos ellos sabían que la relación de Nobunaga con Nagamasa era más que una alianza política. Nobunaga sentía realmente afecto por su cuñado, al que había invitado a Kyoto y acompañado personalmente en sus visitas a los lugares destacados.

Si Nobunaga no había informado a Nagamasa de su ataque contra el clan Asakura fue porque sabía que los Asai y los Asakura estaban vinculados por una alianza mucho más antigua que los lazos del clan Asai con los Oda. Pensando en la delicada posición de su cuñado, hizo cuanto pudo por mantenerle neutral.

Sin embargo, una vez Nagamasa supo que el ejército de Nobunaga se había internado en territorio enemigo, traicionó a su cuñado, le cortó la retirada y le obligó a sufrir una derrota inevitable.

Desde su regreso a Kyoto, Nobunaga había estado pensando en el castigo que impondría a su cuñado. En plena noche le habían entregado un informe secreto, según el cual Sasaki Rokkaku había fomentado una revuelta campesina con el apoyo del castillo de Kannonji y los monjes guerreros. Aprovechándose del caos y actuando conjuntamente con Asai, Rokkaku se proponía aplastar a Nobunaga de un solo golpe.

Una vez finalizado el consejo de guerra, Nobunaga salió al

jardín con sus generales y señaló el cielo. A lo lejos las llamas de la insurrección lo teñían de un rojo brillante.

Al día siguiente, el vigésimo del mes, Nobunaga condujo su ejército a Omi. Derrotó a los monjes guerreros y atravesó las defensas de Asai Nagamasa y Sasaki Rokkaku. El ejército de Nobunaga se movió con la rapidez de una tormenta que barriera la llanura y atacó con la brusquedad del rayo.

El día veintiuno las tropas de Oda avanzaban hacia el castillo principal de los Asai en Odani. Ya habían sitiado el castillo de Yokoyama, que era filial del castillo de Odani. Para el enemigo la derrota fue total. No habían tenido tiempo de prepararse y su resistencia se desmoronó sin darles tiempo para establecer nuevas posiciones.

El río Ane sólo tenía unos pocos pies de profundidad, por lo que, a pesar de su considerable anchura, era posible vadearlo a pie. Sin embargo, sus claras aguas, que fluían desde las montañas de Asai oriental, estaban tan frías que podían dejar a un hombre aterido incluso en verano.

Faltaba poco para que amaneciera. Nobunaga, al frente de un ejército de veintitrés mil hombres, más otros seis mil soldados de Tokugawa, desplegó sus fuerzas a lo largo de la orilla oriental.

Más o menos desde la medianoche del día anterior, las fuerzas combinadas de los Asai y los Asakura, que sumaban en total unos dieciocho mil hombres, habían avanzado gradualmente desde el monte Oyóse. Ocultos detrás de las casas a lo largo de la orilla occidental del río, aguardaban el momento oportuno para atacar. Todavía era de noche y sólo se oía el sonido del agua.

—Yasumada —dijo Ieyasu a uno de sus comandantes—, el enemigo se acerca con rapidez a la orilla.

—Es difícil ver nada a través de esta niebla, pero oigo los caballos que relinchan a lo lejos.

—¿Alguna noticia de río abajo?

—Nada por ahora.

—¿A qué lado bendecirá el cielo? Antes de media jornada tendrá lugar el cambio decisivo.

—¿Media jornada? No sé si tardará tanto.

—No les subestimes —dijo Ieyasu mientras se internaba en el bosque que bordeaba el río.

Allí estaban sus tropas silenciosas, la flor y nata del ejército de Nobunaga. La atmósfera en el bosque era de total desolación. Los soldados se habían desplegado en una línea de fuego, agazapados en el sotobosque. Los lanceros aferraban sus armas y concentraban su atención más allá del río, donde aún no se movía nada.

¿Sobrevivirían o morirían en aquel día crucial?

Los ojos de los soldados brillaban. Insensibles a la vida o la muerte, imaginaban en silencio el resultado de la batalla. Ninguno parecía confiar en que vería el cielo de nuevo aquella noche.

Acompañado por Yasumasa, Ieyasu recorrió la línea. Al caminar, sus ropas sólo producían un leve crujido. No había ninguna luz, salvo el brillo de las mechas encendidas de los mosquetes. Un hombre estornudó, tal vez un soldado resfriado al que el humo de las mechas le irritaba la nariz. El ruido puso en tensión a los demás soldados.

La superficie del agua empezó a blanquearse y una línea de nubes rojas silueteó las ramas de los árboles en el monte Ibuki.

—¡El enemigo! —gritó un hombre.

Los oficiales que rodeaban a Ieyasu indicaron de inmediato a los soldados que no disparasen todavía. En la otra orilla, sólo un poco río abajo, un cuerpo mixto de samurais montados e infantes, en número de ciento veinte o treinta, vadeaba el río en diagonal. Levantaban espuma con los pies y parecían un vendaval blanco que cruzara el río.

La formidable vanguardia de los Asai hacía caso omiso de la vanguardia de los Oda e incluso de la segunda y tercera líneas de defensa, y se disponía a atacar el centro del campamento de los Oda.

Los hombres de Ieyasu tragaron saliva y exclamaron al unísono:

—¡Isono Tamba!

—¡El regimiento de Tamba!

El famoso Isono Tamba, el orgullo del clan Asai, era un digno adversario. Sus estandartes ondeaban entre el chapoteo y la espuma.

¡Fuego de mosquete!

¿Era el fuego de cobertura del enemigo o se trataba de sus propias armas? No, el fuego se había iniciado en ambas orillas al mismo tiempo. El ruido resonaba por encima del agua y era ensordecedor. Las nubes empezaron a alejarse y el despejado cielo veraniego mostró su tonalidad. En aquel momento la segunda línea de los Oda, al mando de Sakai Tadatsugu, y la tercera línea Shonyu iniciaron de repente su avance por el río.

—¡No permitáis que el enemigo ponga pie en nuestro lado! — gritaban los oficiales—. ¡No dejéis que uno solo de ellos regrese al suyo!

Los hombres de Sakai atacaron el flanco del enemigo. En un instante se entabló un combate cuerpo a cuerpo en medio del río. Lanzas y espadas entrechocaron. Los hombres luchaban a brazo partido y caían de los caballos; las aguas del río se teñían de rojo.

El regimiento de tropas selectas de Tamba hizo retroceder a la segunda línea de Sakai. Kyuzo, el hijo de Sakai, gritó: «¡Hemos sido deshonrados!», y se precipitó en medio de la refriega. Sucumbió gloriosamente en combate, con más de cien de sus hombres.

Con una fuerza imparable, los soldados de Tamba atravesaron la segunda línea de los Oda. Los lanceros de Ikeda prepararon sus lanzas e intentaron detener el asalto del enemigo, pero no pudieron hacer nada.

Ahora le tocaba a Hideyoshi el turno de asombrarse.

—¿Habías visto alguna vez unos hombres tan intimidantes? —le preguntó a Hanbei.

Pero ni siquiera Hanbei disponía de una táctica para enfrentarse a aquel ataque. Ésta no fue la única razón de la derrota de Hideyoshi. Entre sus tropas había un gran número de hombres que se habían rendido en castillos enemigos. Estos nuevos «aliados» habían sido puestos bajo las órdenes de Hideyoshi, pero en el pasado recibieron sus estipendios de los Aasai y Asakura. Era muy natural que sus lanzas no solieran dar en el blanco, y cuando les ordenaban atacar al enemigo, era probable que obstaculizaran el avance a los propios hombres de Hideyoshi.

De este modo fue derrotada la línea de Hideyoshi, lo mismo que las líneas quinta y sexta de Oda. En total, Tamba derrotó a once de las trece líneas de Oda. En ese momento las fuerzas de Tokugawa que estaban río arriba lo vadearon, se adelantaron al enemigo en la orilla opuesta y avanzaron gradualmente río abajo. Pero al mirar atrás vieron que los soldados de Tamba ya se estaban aproximando al cuartel general de Nobunaga.

Al grito de «¡Ataquemos su flanco!» los soldados de Tokugawa saltaron de nuevo al río. Los soldados de Tamba creyeron que aquellos hombres eran sus propios aliados que entraban en el río por la orilla occidental, y no se percataron de su error ni siquiera cuando los tenían cerca. Los samurais de Tokugawa al mando de Kazumasa atacaron el regimiento de Tamba.

Súbitamente consciente de la presencia del enemigo, Tamba gritó hasta enronquecer, ordenando a sus hombres que se retirasen. Un guerrero que blandía una lanza goteante le golpeó desde un lado. Tamba cayó pesadamente al agua. Aferrando el asta de la lanza que le había atravesado el costado, intentó levantarse, pero el guerrero de Tokugawa no tenía intención de permitirselo. El acero de una espada destelló sobre la cabeza de Tamba y se estrelló contra su casco de hierro. La hoja se rompió en pedazos. Tamba se irguió en el agua que a sus pies se teñía de un rojo brillante. Rodeado por tres hombres, sucumbió bajo las espadas que le traspasaban y despedazaban.

—¡El enemigo! —gritaron los servidores que rodeaban a Nobunaga, y echaron a correr desde el cuartel general hasta la orilla del río, con las lanzas a punto.

Takenaka Kyusaku, el hermano menor de Hanbei, estaba en el regimiento de Hideyoshi, pero en la confusión de la batalla se había separado de su unidad. Corrió en persecución del enemigo y ahora estaba cerca del cuartel general de Nobunaga.

Se preguntó asombrado cómo era posible que el enemigo ya estuviera allí. Al mirar a su alrededor vio a un samurai que salía de la parte trasera del cercado. El hombre, cuya armadura no era la de un soldado de infantería corriente, alzó la cortina y examinó sigilosamente el interior.

Kyusaku se abalanzó contra el hombre y le agarró una pierna, cubierta por la pieza correspondiente de su armadura y cota de malla. El guerrero podría ser uno de sus propios hombres, y Kyusaku no quería matar a un aliado por error. El samurai se volvió sin la menor expresión de sorpresa. Parecía un oficial del ejército de Asai.

—¿Amigo o enemigo? —le preguntó Kyusaku.

—¡Enemigo, por supuesto! —gritó el hombre, manejando la lanza para atacar.

—¿Quién eres? ¿Tienes un nombre digno de ser repetido?

—Soy Maenami Shinpachiro, de los Asai, y he venido a por la cabeza del señor Nobunaga. ¿Y tú quién eres, enano repugnante?

—Soy Takenaka Kyusaku, servidor de Kinoshita Hideyoshi. ¡Ven a medirme conmigo!

—Bien, bien, el hermanito de Takenaka Hanbei.

—¡Así es!

En el mismo instante en que decía esto, Kyusaku arrebató la lanza a Shinpachiro y la arrojó contra su pecho, pero antes de que hubiera podido desenvainar la espada, su contrario le agarró. Los dos hombres cayeron al suelo, Kyusaku debajo del otro. Pataleó hasta liberarse, pero su enemigo volvió a inmovilizarle. Entonces mordió un dedo a Shinpachiro, obligándole a aflojar un poco su presa.

¡Ahora era su oportunidad! Kyusaku dio un empujón a Shinpachiro y por fin pudo liberarse. En un instante su mano encontró la daga y golpeó la garganta de Shinpachiro. La punta del arma no alcanzó la garganta, pero cortó la cara de Shinpachiro desde el mentón a la nariz, atravesándole un ojo.

—¡Un enemigo de mi camarada! —gritó una voz desde atrás.

No había tiempo para decapitar al muerto. Kyusaku se levantó de un salto e inmediatamente intercambió golpes con un nuevo adversario.

Kyusaku sabía que varios integrantes del cuerpo suicida de Asai habían llegado a la zona, y ahora aquel hombre le dio la espalda y echó a correr. Kyusaku le persiguió y le alcanzó en una rodilla con su espada.

Poniéndose a horcajadas sobre el herido, le gritó:

—¿Tienes un nombre digno de ser pronunciado? ¿Sí o no?

—Soy Kobayashi Hashuken. No tengo nada que decir excepto que lamento haber caído en manos de un samurai de clase baja como tú antes de haberme acercado al señor Nobunaga.

—¿Dónde está Endo Kizaemon, el hombre más valiente de Asai? Eres de su clan y debes saberlo.

—No tengo ni idea.

—¡Habla! ¡Escúpelos!

—¡No lo sé!

—¡Entonces no me sirves para nada!

Kyusaku decapitó a Hashuken y echó a correr, con los ojos llameantes. Estaba decidido a impedir que la cabeza de Endo Kizaemon cayera en poder de cualquier otro. Antes de la batalla, Kyusaku se había jactado de que conseguiría la cabeza de Kizaemon. Entonces echó a correr en dirección a la orilla del río, donde innumerables cuerpos estaban tendidos entre la hierba y los guijarros. Era una orilla de muerte.

Allí, entre los demás cadáveres, había uno cuyo rostro ensangrentado estaba oculto por una maraña de cabello. Un enjambre de tábanos zumbaba a los pies de Kyusaku. Éste se volvió al pisar el pie del cuerpo cuyo rostro estaba oculto por el pelo. No había nada raro en eso, pero le produjo una sensación extraña. Miró a su alrededor con suspicacia, y en ese instante el cadáver se incorporó de un salto y echó a correr en dirección al cuartel general de Nobunaga.

—¡Proteged al señor Nobunaga! —gritó Kyusaku—. ¡Viene el enemigo!

Al ver a Nobunaga, el samurai enemigo se dispuso a saltar por encima de un terraplén bajo, pero tropezó con el cordón de una sandalia y cayó. Kyusaku se abalanzó sobre él y le inmovilizó en seguida. Mientras le arrastraba hacia el cuartel general de Nobunaga, el hombre gritaba:

—¡Córtame la cabeza ahora mismo! ¡No aumentes la vergüenza de un guerrero!

Cuando otro prisionero al que se llevaban vio al hombre que gritaba así, no pudo contenerse y dijo:

—¡Señor Kizaemon! ¿Incluso a vos os han cogido vivo?

Al principio el ejército de Oda había estado a punto de fracasar, pero cuando las fuerzas de Tokugawa al mando de Ieyasu atacaron el flanco enemigo, quedó desviado el ángulo agudo del ataque contrario. Sin embargo, el enemigo también había tenido una segunda y una tercera línea de ataque. Al avanzar y luego retroceder, chapoteando en las aguas del río Ane, tanto el enemigo como las tropas de Nobunaga rompían las guardas de sus espadas y astillaban sus lanzas. Era tal el caos de la batalla que nadie podía decir quién iba a vencer.

—¡No os aturdáis! ¡Atacad directamente el campamento de Nobunaga!

Desde el mismo principio, ése había sido el objetivo de la segunda línea de las tropas de Asai. Pero su avance les había llevado demasiado lejos, hasta la retaguardia de las tropas de Oda. Las fuerzas de Tokugawa también se habían abierto paso hasta la orilla contraria, al grito de «¡No os dejéis superar por las tropas de Oda!» y habían avanzado hacia el campamento de Asakura Kagetake.

Pero finalmente los Tokugawa se alejaron demasiado de sus aliados y fueron rodeados por el enemigo. El caos de la batalla era absoluto. De la misma manera que un pez no puede ver el río en cuyas aguas nada, nadie era capaz de comprender la situación en su globalidad. Cada soldado se limitaba a luchar por su vida. En cuanto un hombre derribaba a un enemigo, alzaba la vista al instante en busca de la cara de otro.

Visto desde arriba, parecería como si ambos ejércitos, obligados a entrar en las aguas del río Ane, hubieran penetrado en un gigantesco torbellino. Y, como era de esperar, Nobunaga observaba fríamente la situación de esa manera. También Hideyoshi presenciaba el desarrollo general de la batalla. Percibía que aquel mismo instante decidiría la victoria o la derrota. El punto decisivo era un momento muy sutil.

Nobunaga golpeaba el suelo con un bastón y gritaba:

—¡Los Tokugawa han penetrado a fondo! ¡No los dejéis solos! ¡Que alguien acuda en ayuda del señor Ieyasu!

Pero a las tropas que estaban a derecha e izquierda no les quedaban suficientes fuerzas. Nobunaga gritaba en vano. En-

tonces, desde un grupo de árboles en la orilla norte, un solo cuerpo de soldados se dirigió directamente a través del caos a la orilla contraria, levantando una rociada de agua blanca.

Aunque Hideyoshi no había recibido órdenes de Nobunaga, también comprendía la situación. Nobunaga vio el estandarte con la calabaza dorada de Hideyoshi y suspiró aliviado, pensando que éste lo había conseguido.

Enjugándose el sudor de los párpados con el guantelete, Nobunaga dijo a sus pajes:

—No volverá a haber un momento como éste. Bajad al río y ved lo que podéis hacer.

Ranmaru y los demás, incluso los más jóvenes, corrieron contra el enemigo, cada uno compitiendo con los otros por ser el primero. Los Tokugawa, cuyo avance había sido tan profundo, estaban verdaderamente en apuros, pero en aquel juego de ajedrez bélico el astuto Ieyasu era la única pieza que había sido colocada en el punto vital.

Ieyasu pensaba que no era probable que Nobunaga permitiera la pérdida de esa pieza única. Los hombres de Ittetsu siguieron a los de Hideyoshi. Finalmente entraron en tropel los hombres de Ikeda Shonyu. De repente había cambiado la tendencia de la batalla y ganaban los Oda. Las fuerzas de Asakura Kagetake se retiraron más de tres leguas y las de Asai Nagamasa huyeron a toda prisa hacia el castillo de Odani.

A partir de entonces la lucha cedió el paso a la persecución. Los vencedores fueron en pos de los Asakura hasta el monte Oyóse, y Asai Nagamasa se retiró detrás de los muros del castillo de Odani. Nobunaga se ocupó en dos días de las condiciones resultantes del combate, y al tercero condujo a su ejército de regreso a Gifu. Se había movido con la celeridad de los cuculillos que volaban de noche sobre el río Ane, cuyas aguas empapaban ahora los cadáveres amontonados en sus orillas.

Que un hombre sea grande no depende tan sólo de una capacidad innata, sino también de que las circunstancias le proporcionen una oportunidad. Esas circunstancias son a menudo las condiciones malévolas que le rodean y que actúan sobre su

carácter casi como si intentaran torturarlo. Cuando sus enemigos han adoptado todas las formas posibles, tanto visibles como invisibles, y se alían para oponerse a él con todas las penalidades imaginables, se enfrenta a la prueba verdadera de su grandeza.

Inmediatamente después de la batalla del río Ane, Nobunaga regresó a casa con tal rapidez que los generales de sus diversas unidades se preguntaron si habría ocurrido algo en Gifu. Como es natural, la tropa no comprende las estrategias del estado mayor. Ahora circulaba entre los soldados el rumor de que Hideyoshi había recomendado enérgicamente la toma del castillo principal de los Asai en Odani, acabando con ellos de una vez por todas, pero el señor Nobunaga no había accedido y al día siguiente había nombrado a Hideyoshi comandante del castillo de Yokoyama, un castillo filial que el enemigo había abandonado, mientras él se retiraba a Gifu.

Los soldados no eran los únicos que no entendían los motivos del repentino regreso de Nobunaga a Gifu. Era muy probable que sus servidores más íntimos tampoco comprendieran las verdaderas intenciones de su señor. El único que podría haber tenido alguna idea era Ieyasu, cuya mirada imparcial nunca se apartaba durante mucho tiempo de Nobunaga: no permanecía demasiado cerca de él, pero tampoco demasiado lejos; no mostraba excesiva emoción, pero tampoco demasiada frialdad.

El día de la partida de Nobunaga, Ieyasu regresó a Hamamatsu. Por el camino dijo a sus generales:

—En cuanto el señor Nobunaga se quite su armadura manchada de sangre, se pondrá ropas apropiadas para la capital y fustigará a su caballo directamente hacia Kyoto. Su mente es como un potrillo inquieto.

Al final, eso fue exactamente lo que sucedió, pero cuando Ieyasu llegó a Hamamatsu, Nobunaga ya estaba camino de Kyoto, lo cual no quiere decir que por entonces sucediera algo en la capital. Lo que Nobunaga temía era algo que no podía ver, un enemigo fantasma.

Nobunaga había revelado su inquietud a Hideyoshi.

—¿Cuál crees que es mi mayor preocupación? Supongo que lo sabes, ¿no es cierto?

Hideyoshi ladeó la cabeza.

—Vamos a ver. No son los Takeda de Kai, que siempre están al acecho en vuestra retaguardia, ni los Asai ni el clan Asakura. Con el señor Ieyasu hay que tener cuidado, pero es un hombre inteligente y no hay que temerle en absoluto. Los Matsunaga y Miyoshi son como moscas, y a su alrededor hay muchas cosas en putrefacción sobre las que pueden revolotear. Es propio de su naturaleza ir en pos de los moribundos. Vuestros únicos enemigos realmente molestos son los monjes guerreros del Honganji, pero no creo que todavía preocupen demasiado a mi señor. Así pues, queda una sola persona.

—¿Y quién es? Habla sin ambages.

—No es ni un enemigo ni un aliado. Tenéis que mostrarle respeto, pero si sólo hacéis eso, podríais veros muy pronto atrapado. Es una aparición de dos caras..., oh, lo siento, he hablado impropriadamente. ¿No se trata del shogun?

—En efecto, pero no se lo digas a nadie.

Nobunaga se sentía inquieto por aquel hombre que no era, en efecto, ni verdadero amigo ni enemigo: Yoshiaki, el shogun.

Yoshiaki había vertido lágrimas de gratitud por los favores que Nobunaga le había hecho en el pasado e incluso había dicho que le consideraba como su propio padre. ¿Por qué, pues, era tan preocupante? La duplicidad se encuentra siempre oculta allí donde uno menos imaginaría que está. Los caracteres de Yoshiaki y Nobunaga no armonizaban en absoluto, su educación y, por lo tanto, sus creencias diferían. Mientras Nobunaga le prestó su ayuda, Yoshiaki le trató como a un benefactor. Pero una vez hubo calentado un poco el asiento del shogun, la gratitud de éste se transformó en odio.

—Ese patán es fastidioso —habían oído decir a Yoshiaki.

Empezó a evitar a Nobunaga e incluso le consideraba como un obstáculo cuya autoridad excedía a la suya propia. Sin embargo, no era lo bastante valiente para expresar abiertamente sus diferencias y enfrentarse a él. La naturaleza de Yoshiaki era totalmente negativa y, en contraste con la franqueza de Nobunaga, actuó en secreto hasta el mismo final.

En una habitación recóndita del palacio de Nijo, el shogun

conversaba con un emisario de los monjes guerreros del Hon-ganji.

—¿El abad Kennyo también está ofendido por él? No es sorprendente que la arrogancia y la arbitrariedad sin paralelo de Nobunaga encolericen al abad.

El mensajero concluyó antes de marcharse:

—Os ruego que mantengáis en secreto todo lo que os he dicho. Al mismo tiempo, quizá sería aconsejable enviar mensajes secretos a Kai y a los clanes de Asai y Asakura a fin de no perder esta oportunidad.

Ese mismo día, en otro lugar del palacio, Nobunaga aguardaba a Yoshikai a fin de anunciarle su llegada a la capital. El shogun se tranquilizó, adoptó un aire de inocencia absoluta y fue a la sala de recepción.

—Tengo entendido que la batalla del río Ane terminó con una espléndida victoria para vos. Un ejemplo más de vuestra pericia militar. ¡Felicidades! Éste es un acontecimiento realmente satisfactorio.

Nobunaga no pudo evitar una sonrisa amarga ante tales halagos, y replicó con cierta ironía:

—No, no. Gracias a la virtud e influencia de Vuestra Excelencia pudimos luchar con tanta valentía, sabiendo que posteriormente no habría acontecimientos desdichados.

El rostro de Yoshiaki enrojeció ligeramente, sonrojándose como una mujer.

—No hay ningún motivo de inquietud. La capital está en paz, como podéis ver. Pero ¿tenéis noticia de algún acontecimiento funesto? Después de la batalla habéis venido aquí con una celeridad inquietante.

—No, he venido para presentar mis respetos por la terminación del palacio imperial, ocuparme de asuntos de estado y, naturalmente, informarme sobre la salud de Vuestra Excelencia.

—Ah, ¿de modo que se trata de eso? —Yoshiaki se sintió ligeramente aliviado—. Pues bien, podéis ver que gozo de buena salud y que el gobierno sigue adelante sin ningún problema, así que no deberíais inquietaros y venir aquí, tan a menudo. Pero permitidme que os dé un banquete para felicitaros oficialmente por vuestro regreso triunfal.

—Debo negarme, Vuestra Excelencia —replicó Nobunaga con un gesto de rechazo—. Todavía no he dirigido unas palabras de agradecimiento a mis oficiales y soldados. No me parecería del todo correcto aceptar la invitación a un fastuoso banquete en mi honor. Dejémoslo para la próxima vez que acuda al servicio de Vuestra Excelencia.

Dicho esto, Nobunaga se despidió del shogun. Cuando regresó a sus aposentos, Akechi Mitsuhide le estaba esperando para presentarle su informe.

—Ha sido visto un monje que parecía un mensajero del abad Kennyo del Honganji cuando abandonaba el palacio del shogun. Estas recientes idas y venidas entre los monjes guerreros y el shogun son bastante sospechosas, ¿no os parece?

Nobunaga había nombrado a Mitsuhide comandante de la guarnición de Kyoto, y en calidad de tal registraba minuciosamente todas las visitas al palacio de Nijo.

Nobunaga echó un vistazo rápido al informe y se limitó a decir:

—Muy bien.

Le disgustaba que aquel shogun fuese tan difícil de salvar, pero también creía que la conducta de Yoshiaki era una verdadera bendición. Aquella noche convocó a los oficiales encargados de la construcción del palacio imperial y, al escuchar los informes sobre los progresos de las obras, se animó.

A la mañana siguiente se levantó temprano e inspeccionó los edificios casi terminados. Luego, tras hacer una visita de cortesía al emperador en el antiguo palacio, regresó a sus aposentos cuando salía el sol, desayunó y anunció que abandonaba la capital.

Cuando Nobunaga llegó a Kyoto, vestía kimono. A su regreso, en cambio, llevaba armadura, porque no volvía a Gifu. Una vez más recorrió el campo de batalla del río Ane, se entrevistó con Hideyoshi, destinado en el castillo de Yokoyama, recorrió rápidamente diversos lugares, dando órdenes a las unidades apostadas en ellos, y entonces sitió el castillo de Sawayama.

Tras haber hecho tabla rasa de sus enemigos, Nobunaga regresó a Gifu, pero ni él ni sus hombres disponían todavía de

tiempo para reponerse de la fatiga causada por el calor del largo verano.

Una vez en Gifu, Nobunaga recibió cartas urgentes de Hosokawa Fujitaka, quien se hallaba en el castillo de Nakanoshima en Settsu, y de Akechi Mitsuhide desde Kyoto. Esas cartas le informaban de que en Noda, Fukushima y Nakanoshima en Settsu, los Miyoshi disponían de más de mil hombres que estaban construyendo fortalezas, a los que se habían unido los monjes guerreros del Honganji y sus seguidores. Tanto Mitsuhide como Fujitake hacían hincapié en que no había tiempo que perder y solicitaban las órdenes de Nobunaga.

El templo principal del Honganji había sido levantado durante un periodo de desorden civil y confusión, y estaba construido de modo que resistiera los disturbios de la época: al otro lado de sus muros de piedra había un foso profundo con un puente fortificado. Aunque el Honganji era un templo, su construcción no se diferenciaba de la de un castillo. Ser monje allí significaba ser guerrero, y aquel lugar no poseía menos monjes guerreros que Nara y el monte Hiei. Lo más probable era que ni uno solo de los sacerdotes que vivían en aquella antigua fortaleza budista no detestara al advenedizo Nobunaga, a quien acusaban de ser un enemigo del budismo que no hacía caso de la tradición, un destructor de la cultura y un demonio que no conocía límites..., una bestia entre los hombres.

Cuando, en vez de negociar, Nobunaga se enfrentó al Honganji y obligó a los monjes a cederle una parte de sus tierras, fue demasiado lejos. El orgullo de la fortaleza budista era grande, y los privilegios de los que gozaba antiguos. Poco a poco empezaron a llegar informes, procedentes del oeste y otras regiones, de que el Honganji se estaba armando. El templo había adquirido dos mil armas de fuego, el número de monjes guerreros se había multiplicado y se estaban cavando nuevos fosos defensivos alrededor de la fortaleza.

Nobunaga había previsto que los monjes se aliarían con el clan de Miyoshi y que seducirían al débil shogun para que se pusiera de su parte. También había esperado que se extendiera una propaganda maliciosa entre el pueblo y que muy probablemente esto provocaría una revuelta popular contra él.

Cuando recibió mensajes urgentes de Kyoto y Osaka, no se sorprendió gran cosa. Más bien tales mensajes aumentaron su resolución de aprovechar la oportunidad, y se dirigió rápidamente a Settsu, haciendo un alto en Kyoto.

—Solicito humildemente que Vuestra Excelencia acompañe a mi ejército—dijo al shogun—. Vuestra presencia será una inspiración para mis tropas y acelerará la sofocación de la revuelta.

Como es natural, Yoshiake era reacio a aceptar tal cosa, pero no podía negarse, y aunque daba la impresión de que Nobunaga llevaba consigo a un parásito inútil, le resultaba beneficioso tener el escudo que representaba el nombre del shogun como una estratagema más para sembrar la disensión entre sus enemigos.

La zona entre los ríos Kanzaki y Nakatsu, en Naniwa, era una amplia llanura pantanosa, salpicada por algunas parcelas de cultivos. Nakajima, como se llamaba esa llanura, estaba dividida en los distritos norte y sur. La fortaleza del norte dependía de los Miyoshi, y el pequeño castillo que se levantaba al sur estaba al mando de Hosokawa Fujitaka. La batalla se centró en esa zona y prosiguió violentamente desde principios a mediados del noveno mes, con victorias y derrotas alternativas. Era una guerra abierta, en la que se usaba el nuevo estilo de las armas de fuego tanto pequeñas como grandes.

A mediados del noveno mes, los Asai y los Asakura, que se habían hecho fuertes en sus castillos de montaña, meditando sobre la amargura de la derrota y esperando que Nobunaga cometiera un error, tomaron las armas, cruzaron el lago Biwa y establecieron sus campamentos en las playas de Otsu y Karasaki. Una de las unidades se dirigió a la fortaleza budista del monte Hiei. Por primera vez, todos los monjes guerreros de las diversas sectas estaban unidos contra Nobunaga.

Todos ellos tenían la misma queja: «¡Nobunaga ha confiscado arbitrariamente nuestras tierras y pisoteado nuestro honor y la montaña que había permanecido inviolada desde los tiempos del santo Dengyo!».

Existían estrechos vínculos entre el monte Hiei y los clanes

Asai y Asakura. Los tres convinieron en cortar la retirada a Nobunaga. El ejército de Asakura partió de las montañas al norte del lago, mientras que el ejército de Asai cruzaba el lago y desembarcaba en la otra orilla. La disposición de sus tropas indicaba que se proponían asir la garganta que era la localidad de Otsu y entrar en Kyoto. Entonces aguardarían junto al río Yodo y avanzarían conjuntamente con los monjes del Hongan-ji para destruir a Nobunaga en una sola ofensiva.

Nobunaga llevaba luchando varios días, enfrentado a los monjes guerreros y el gran ejército de Miyoshi procedente de

%

la fortaleza de Nakajima, en las marismas entre los ríos Katsuzaki y Nakatsu. El día veintidós llegó a sus oídos la noticia al momento pero críptica de que una calamidad se aproximaba desde el sur de la retaguardia.

Aún no se conocían los detalles, pero Nobunaga dedujo que cuando llegaran no serían agradables. Apretó los dientes, preguntándose cuál podría ser la calamidad, convocó a Katsui y le ordenó que se encargara de la retaguardia.

—Yo retrocederé de inmediato y aplastaré a los Asai, los Asakura y los monjes del monte Hiei.

—¿No deberíamos esperar una noche más hasta disponer del próximo informe detallado? —le preguntó Katsui, tratando de detenerle.

—¿Por qué? ¡Es ahora cuando el mundo va a cambiar!

Dicho esto, nada alteraría su decisión. Cabalgó velozmente hacia Kyoto, cambiando varias veces de montura.

—¡Mi señor!

—¡Qué tragedia!

Varios servidores se apiñaron ante su caballo, llorando amargamente.

—Vuestro hermano menor, el señor Nobuharu, y Mori

%

Yoshinari han tenido una muerte heroica en Uji. Han caído al cabo de dos días y dos noches de lucha encarnizada.

El primer hombre no pudo continuar, por lo que lo hizo uno de sus compañeros con voz temblorosa.

—Los Asai, Asakura y sus aliados, los monjes, tenían un gran ejército de más de veinte mil hombres. Fue imposible resistir su fuerza.

Aparentemente impasible, Nobunaga replicó: —No os limitéis a leer los nombres de los muertos que jamás volverán en unos momentos así... ¡Lo que quiero saber es lo que ocurre ahora! ¿Hasta dónde ha llegado el avance enemigo? ¿Dónde está el frente? Supongo que ninguno de vosotros lo sabe. ¿Está aquí Mitsuhide? Si está en el frente, llamadle en seguida. ¡Llamad a Mitsuhide!

Un bosque de estandartes rodeaba el templo Mii, cuartel general de los Asai y Asakura. El día anterior, los generales habían inspeccionado las cabezas cortadas del hermano menor de Nobunaga, Nobuharu, ante una gran multitud. Luego habían examinado las cabezas de otros famosos guerreros del clan Oda, una tras otra, hasta que esa macabra actividad casi les aburría.

—Así queda vengada nuestra derrota en el río Ane —musitó un hombre—. Ahora me siento mucho mejor.

—¡No hasta que hayamos visto la cabeza de Nobunaga! —dijo otro.

Entonces alguien se rió y dijo en voz ronca y con el cerrado acento del norte:

—Es como si ya la hubiéramos visto. Nobunaga tiene delante a las fuerzas del Honganji y los Miyoshi, y a nosotros detrás. ¿Adonde podría ir? ¡Es un pez en la red!

Inspeccionaron las cabezas durante más de un día, hasta que se hartaron del olor de la sangre. Al anoecer, los recipientes de sake se prodigaron en el cuartel general y ayudaron a levantar el ánimo de los vencedores. Mientras bebían se pusieron a hablar de estrategia.

—¿Debemos entrar en Kyoto o apoderarnos del cuello de botella que es Otsu y cercar a Nobunaga gradualmente, atrayéndole como a un gran pez en una red? —sugirió un general.

—¡Lo que hemos de hacer es avanzar hacia la capital y aniquilarle en el río Yodo y en los campos de Kawachi! —replicó otro.

—Es una mala idea.

Si un hombre defendía una táctica, otro se le oponía de inmediato, pues aunque los Asai y los Asakura estaban unidos en sus objetivos, cuando se producía una discusión en el alto mando cada hombre se creía en el deber de demostrar su propio conocimiento, por superficial que fuese, y defender su reputación. El resultado fue que no se llegó a ninguna decisión hasta medianoche.

Cansado de la estéril discusión, uno de los generales de Asai salió al exterior. Contempló el cielo y comentó:

—El cielo se ha vuelto muy rojo, ¿no es cierto?

—Nuestros hombres han incendiado las casas de los campesinos desde Yamashina hasta Daigo —le respondió un centinela.

—¿Para qué? Incendiar esa zona es inútil, ¿no?

—En absoluto, tenemos que contener al enemigo —replicó el general de Asakura que había dado la orden—. La guarnición de Oda en Kyoto al mando de Akechi Mitsuhide está causando estragos como si sus miembros estuvieran ansiosos de morir. También nosotros tenemos que mostrar nuestra ferocidad.

Había amanecido. Otsu era el cruce de las rutas principales hacia la capital, pero allí no se veía un solo viajero ni caballo de carga. Entonces pasó un hombre a caballo, seguido poco después por otros tres jinetes. Eran mensajeros militares procedentes de la capital y galopaban hacia el templo de Mii como si sus vidas dependieran de ello.

—Nobunaga está casi en Keage. Las tropas de Akechi Mitsuhide avanzan en vanguardia y se están abriendo paso con una fuerza imparable.

Los generales apenas podían dar crédito a sus oídos.

—¡No puede tratarse de Nobunaga en persona! Es imposible que haya logrado retirarse con semejante rapidez del campo de batalla de Naniwa.

—Ya han caído doscientos o trescientos de los nuestros en Yamashina. El enemigo está rabioso y, como siempre, Nobunaga en persona es quien da las órdenes. ¡Cabalga como un demonio o un dios montado, y viene directamente hacia aquí!

Asai Nagamasa y Asakura Kagetake palidecieron. El pri-

mero estaba especialmente afectado, pues Nobunaga era el hermano de su esposa, un hombre que antes le había tratado con amabilidad. La demostración de furia de Nobunaga le hacía estremecerse.

—¡Retirada! —exclamó con impulsividad Nagamasa—. ¡Regresemos al monte Hiei!

Asakura Kagetake secundó el tono apremiante de su aliado.

—¡Regresemos al monte Hiei! —Entonces gritó unas órdenes a sus servidores—: ¡Prended fuego a las casas de los campesinos a lo largo del camino! No, esperad hasta que nuestra vanguardia haya pasado. ¡Entonces incendiad las casas! ¡Que-madlas todas!

El cálido viento abrasaba la frente de Nobunaga. Las chispas habían encendido las crines de su caballo y las borlas de la silla de montar. Desde Yamashina a Otsu, las vigas ardientes de las casas a lo largo del camino y las llamas que parecían girar en el aire no podrían impedir que llegara a su destino. Él mismo se había convertido en las llamas de una antorcha, y sus hombres avanzaban al galope como una horda de fuego.

—Esta batalla será un servicio fúnebre en honor del señor Nobuharu.

—¿Creían acaso que no vengaríamos a los espíritus de nuestros camaradas muertos?

Pero cuando llegaron al templo de Mii no había un solo soldado enemigo a la vista. Todos se habían apresurado a subir a lo alto del monte Hiei.

Examinaron la montaña y vieron que el enorme ejército enemigo, formado por más de veinte mil hombres, además de los monjes guerreros, se extendía hasta Suzugamine, Aoyamadake y Tsubogasadani. Sus estandartes ondeantes parecían decir: «No hemos huido. De ahora en adelante, esta disposición de combate hablará por sí sola».

Nobunaga contempló la imponente montaña y se dijo: «Aquí está. Mi enemigo no es el monte, sino los privilegios especiales del monte». Ahora lo veía bajo una nueva luz. Desde los tiempos antiguos, a través de los reinados de los emperadores sucesivos, ¿hasta qué punto la tradición y los privilegios

especiales de la montaña habían afligido y disgustado a los dirigentes del país y al pueblo llano? ¿Había siquiera en la montaña el más leve destello del Buda auténtico?

Cuando la secta Tendai fue introducida en Japón desde China, el santo Dengyo, constructor del primer templo en el monte Hiei, entonó: «Que la luz del Buda misericordioso conceda su divina protección a las tablas que empleamos en este lugar». ¿Estaba encendida la lámpara de la Ley en aquella cima sagrada para que los monjes pudieran imponer sus peticiones al emperador en Kyoto? ¿Lo estaba para que pudieran estorbar al gobierno y aumentar todavía más el poder de sus privilegios especiales? ¿Lo estaba para que pudieran aliarse con los señores de la guerra, conspirar con laicos y sembrar la confusión en el país? ¿Estaba la lámpara encendida para que la Ley de Buda pudiera ser revestida con armadura y casco y llenar la montaña de lanzas, armas de fuego y estandartes de guerra?

Nobunaga tenía los ojos arrasados en lágrimas de rabia. Veía con claridad que aquello era una pura blasfemia. El complejo sacro del monte Hiei había sido establecido para proteger a la nación, y por eso le habían sido concedidos privilegios especiales, pero ¿dónde estaba ahora el objetivo original de la montaña? El principal edificio del templo, los siete santuarios, los monasterios del este y las pagodas occidentales no eran más que los cuarteles de unos demonios armados y con hábitos de monje.

¡De acuerdo! Nobunaga se mordió el labio con tanta fuerza que los dientes se le mancharon de sangre. ¡Que le llamaran un rey demoniaco destructor del budismo! Las espléndidas bellezas de la montaña no eran más que los falsos encantos de una hechicera, y aquellos monjes armados eran unos necios. ¡Él los destruiría con las llamas de la guerra y dejaría que de las cenizas se alzara el Buda verdadero!

Aquel mismo día dio la orden de rodear toda la montaña. Naturalmente, su ejército tardó varias jornadas en cruzar el lago, atravesar las montañas y reunirse con él.

—La sangre de mi hermano y de Mori Yoshinari aún no se ha secado. Que sus almas totalmente leales descansen en paz. ¡Que su sangre sea como faroles que iluminen el mundo!

Nobunaga se arrodilló en la tierra y unió las manos para rezar. Había hecho de la montaña sagrada su enemigo y ordenado que sus tropas la rodearan. Ahora juntaba las manos para orar y lloraba. De repente vio que uno de sus pajes también lloraba, con las manos unidas de la misma manera. Era Ranmaru, que había perdido a su padre, Mori Yoshinari.

—¿Estás llorando, Ranmaru?

—Perdonadme, señor, os lo ruego.

—Te perdono, pero deja de llorar o el espíritu de tu padre se reirá de ti.

Pero los mismos ojos de Nobunaga estaban enrojecidos. Pidió que llevaran su escabel de campaña a lo alto de una colina y desde allí examinó la disposición de las tropas sitiadoras. Hasta donde alcanzaba la vista, el pie del monte Hiei estaba abarrotado de estandartes, los de sus propias tropas.

Transcurrió la mitad del mes. El asedio de la montaña, una estrategia inusual en Nobunaga, continuaba. Había interrumpido el suministro de provisiones del enemigo, a fin de intentar que se rindieran a causa del hambre. Su plan ya estaba empezando a dar resultado. Con un ejército que superaba los veinte mil hombres, los graneros de la montaña se habían vaciado en seguida. Los soldados habían empezado a comerse la corteza de los árboles.

Llegó el invierno y el intenso frío en la cima de la montaña aumentó el sufrimiento de los defensores.

—Éste es el momento propicio, ¿no os parece? —dijo Hidayoshi a su señor.

Nobunaga llamó a su servidor Ittetsu. Éste, tras recibir instrucciones y acompañado por cuatro o cinco ayudantes, subió a la cima del monte Hiei y se entrevistó con el abad Sonrin de la pagoda occidental. Su reunión tuvo lugar en el templo principal, el cuartel general de los monjes guerreros.

Sonrin e Ittetsu se conocían desde hacía bastante tiempo y, como deferencia a esa amistad, Ittetsu había ido allí para persuadirle de que se rindiera.

—No estoy seguro de cuál es tu objetivo al venir aquí pero, como amigo, te aconsejo que no lleses esta broma demasiado lejos —replicó Sonrin, regocijado—. He accedido a verte por-

que creía que venías a pedir permiso para rendirte a nosotros. ¡Qué estupidez pedirnos que abandonemos la lucha y nos marchemos! ¿No te das cuenta de que estamos decididos a resistir hasta el final? ¡Debes de estar loco para presentarte aquí y decir semejantes necedades!

Los demás monjes guerreros miraban furibundos a Ittetsu. Sus ojos ardientes revelaban una enorme agitación interior.

Tras dejar que el abad expresara su parecer, Ittetsu empezó a hablar lentamente.

—El santo Dengyo estableció este templo para la paz y la preservación de la casa imperial y la tranquilidad de la nación. Supongo que la plegaria más ferviente de los monjes no consiste en ponerse armadura, empuñar espadas y lanzas, intervenir en la lucha política, aliarse con los ejércitos rebeldes y hacer que sufra el pueblo del imperio. ¡Los monjes han de volver a ser monjes! ¡Expulsad a los Asai y Asakura de la montaña, arrojad las armas y volved a vuestros papeles originales como discípulos del Buda! —Habló así desde lo más profundo de su ser, sin dar a los religiosos oportunidad de interrumpirle—. Además —siguió diciendo—, si no seguís sus órdenes, el señor Nobunaga ha decidido quemar el templo principal, los siete santuarios y los monasterios, y matar a cuantos estáis en la montaña. Por favor, pensadlo seriamente y dejad de lado vuestra testarudez. ¿Convertiréis esta montaña en un infierno o barreréis los viejos males y preservaréis la única lámpara de este suelo sagrado?

De repente los monjes que acompañaban a Sonrin empezaron a gritar.

—¡Esto no tiene sentido!

—¡Está perdiendo el tiempo!

—¡Silencio! —les ordenó Sonrin con una sonrisa sardónica—. Ha sido un sermón aburrido en extremo e inservible, pero voy a darle una respuesta cortés. El monte Hiei es por sí solo una autoridad y tiene sus propios principios. Te estás entrometiendo innecesariamente. Se está haciendo tarde, señor Ittetsu. Abandona la montaña ahora mismo.

—¿Puedes hablar así con tu sola autoridad, Sonrin? ¿Por

qué no te reúnes con los sabios y los ancianos para discutir cuidadosamente el asunto?

—La montaña es una en cuerpo y mente. Mía es la voz de todos los templos del monte Hiei.

—Entonces, no importa lo que...

—¡Necio! Resistiremos la agresión militar hasta el final. ¡Protegeremos la libertad de nuestras tradiciones con nuestra propia sangre! ¡Fuera de aquí!

—Si así lo quieres... —dijo Ittetsu, sin hacer ademán de moverse—. Es una verdadera lástima. ¿Cómo vais a proteger la infinitud de la luz de Buda con vuestra sangre? ¿Qué es esa libertad que vais a proteger? ¿Cuáles son tales tradiciones? ¿Acaso no son más que engaños, convenientes para la prosperidad del templo? Pues bien, esos encantos no se cotizan en el mundo actual. Examinad bien la época. Es inevitable que los hombres codiciosos, que cierran los ojos y obstaculizan el avance de los tiempos con su egoísmo, sean quemados junto con las hojas caídas.

Dicho esto, Ittetsu regresó al campamento de Nobunaga.

El frío viento invernal arremolinaba las hojas secas alrededor de las cimas. Había escarcha por la mañana y la noche. De vez en cuando el viento soplaba cargado de nieve. Por entonces casi cada noche se declaraban incendios en la montaña. Una noche se quemó el almacén de combustible del pabellón Daijo; la noche anterior, el Takimido. Y aquella noche, aunque aún era temprano, surgieron llamas en los aposentos de los monjes en el templo principal y la campana sonó furiosamente. Como había muchos grandes templos en la zona, los monjes guerreros trabajaban con frenesí para evitar la extensión de las llamas.

Los profundos valles del monte Hiei estaban oscuros bajo el brillante cielo rojo.

—¡Qué confusión! —dijo un soldado de Oda, echándose a reír.

—Esto sucede todas las noches —añadió otro—. Así que nunca deben de tener ocasión de dormir.

El frío viento invernal silbaba entre las ramas de los árboles y los hombres batían palmas para entrar en calor. Tomaban su

cena a base de arroz seco mientras contemplaban las conflagraciones nocturnas. Según los rumores, aquellos incendios habían sido planeados por Hideyoshi y eran obra de los servidores del antiguo clan Hachikusa.

Por la noche los incendios afligían a los monjes y durante el día estaban extenuados por los preparativos para la defensa. Por otro lado, se les estaban agotando los alimentos y el combustible, y carecían de protección contra el frío.

Finalmente llegó el invierno y cayeron copiosas nevadas. Los veinte mil defensores y los varios millares de monjes guerreros se marchitaban ahora como verduras afectadas por la helada.

A mediados del mes doceavo, un representante de la montaña sin armadura y vestido sólo con hábitos de monje, se acercó al campamento de Nobunaga acompañado de cuatro o cinco monjes guerreros.

—Quisiera hablar con el señor Nobunaga —dijo el emisario.

Cuando le llevaron a presencia de Nobunaga, éste vio que era Sonrin, el abad que anteriormente se había reunido con Ittetsu. Traía el mensaje de que, puesto que los puntos de vista en el templo habían cambiado, solicitaban la paz. Nobunaga se negó.

—¿Qué le dijisteis al mensajero que os envié antes? —preguntó al tiempo que desenvainaba su espada—. ¿No sabéis lo que es la vergüenza?

—¡Esto es un ultraje! —gritó el monje.

Se puso en pie, tambaleante, mientras la espada de Nobunaga se desplazaba como un rayo horizontal.

—Recoged su cabeza y marchaos. ¡Ésta es mi respuesta!

Los monjes palidecieron y regresaron apresuradamente a la montaña. La nieve y la cellisca que el viento abatía sobre el lago también caían con fuerza en el campamento de Nobunaga. Éste había enviado al monte Hiei un mensaje inequívoco acerca de sus intenciones, pero ahora tenía la mente abrumada por el dilema que le planteaba la solución de otra gran dificultad. El enemigo que aparecía ante él era sólo el reflejo de un incendio en un muro. Arrojar agua al muro no extinguiría el

fuego, y entretanto las llamas auténticas arderían a su espalda. Ésta era una advertencia corriente en el arte de la guerra, pero el problema para Nobunaga consistía en su incapacidad de luchar contra el origen del fuego, aun cuando sabía cuál era. El día anterior había llegado un informe urgente desde Gifu, según el cual Takeda Shingen de Kai estaba movilizando a sus tropas y se disponía a atacar en ausencia de Nobunaga. Y eso no era todo: se había producido un levantamiento de decenas de millares de seguidores del Honganji en Nagashima, en su propia provincia de Owari, y uno de los parientes de Nobunaga, Nobuoki, había muerto y su castillo estaba en poder del enemigo. Finalmente, todos los rumores malignos posibles difamando a Nobunaga habían sido diseminados entre la gente.

Era comprensible que Takeda Shingen se hubiera hecho oír. Tras haber dispuesto una tregua con su tradicional enemigo durante muchos años, los Uesugi de Echigo, Shingen había dirigido su atención al oeste.

—¡Hideyoshi! ¡Hideyoshi! —llamó Nobunaga.

—¡Sí! ¡Aquí estoy!

—Busca a Mitsuhide y llevad los dos esta carta a Kyoto de inmediato.

—¿Para el shogun?

—Así es. Le pido que medie, pero sería mejor que también lo escuchara de tus labios.

—Pero en ese caso, ¿por qué habéis decapitado al mensajero del monte Hiei?

—¿Es que no lo comprendes? De no haberlo hecho, ¿crees que podríamos concluir una conferencia de paz? Aun cuando nos hubiéramos puesto de acuerdo, es evidente que romperían el tratado y vendrían a por nosotros.

—Tenéis razón, mi señor. Ahora lo comprendo.

—No importa el lado que elijas, no importa dónde estén las llamas... El incendio tiene una sola fuente, y está claro que esto es obra de ese shogun de dos caras, al que le encanta jugar con fuego. Necesitamos que el shogun sea explícitamente el mediador en los acuerdos de paz y retirarnos lo antes posible.

Se iniciaron las negociaciones de paz. Yoshiaki acudió al templo Mii e hizo un esfuerzo para apaciguar a Nobunaga y

llegar a un acuerdo de paz. Encantados ante lo que les parecía una oportunidad feliz, los ejércitos de los Asai y Asakura partieron hacia sus territorios aquel mismo día.

El día dieciséis, todo el ejército de Nobunaga emprendió la ruta terrestre y, cruzando el puente flotante en Seta, se retiró a Gifu.

# Shingen, el de las piernas largas

Aunque Amakasu Sanpei estaba emparentado con uno de los generales de Kai, se había pasado diez años en una posición de baja categoría, debido a su habilidad característica, la de recorrer grandes distancias a una velocidad fuera de lo común.

Sanpei era el dirigente de los ninja del clan Takeda, los hombres cuyo trabajo consistía en espiar en las provincias enemigas, formar alianzas clandestinas y extender falsos rumores.

Las cualidades de Sanpei como andarín rápido y corredor habían asombrado a sus amigos desde su juventud. Era capaz de subir a la cima de una montaña y caminar de veinte a treinta leguas en un solo día. Pero ni siquiera él podía mantener esa velocidad un día tras otro. Cuando regresaba a toda prisa de algún lugar remoto, cabalgaba siempre que el terreno lo permitía, pero cuando se encontraba con senderos empinados, confiaba en su buen par de fuertes piernas. Por este motivo siempre tenía caballos estacionados en puntos esenciales a lo largo de las rutas que recorría, a menudo en las chozas de cazadores y leñadores.

—¡Eh, carbonero! ¿Estás en casa, viejo?

Sanpei llamó así mientras desmontaba ante la choza de un

carbonero. Estaba empapado en sudor, pero no más que su caballo.

Comenzaba el verano. El color de las hojas de los árboles en las montañas era todavía de un verde pálido, mientras que en las tierras bajas ya había empezado a oírse el chirrido de las cigarras.

Sanpei pensó que el hombre no estaba allí. Abrió la puerta desvencijada de una patada, hizo entrar el caballo que se proponía dejar allí, lo ató a un poste, fue a la cocina y se sirvió arroz, verduras encurtidas y té.

En cuanto hubo llenado el estómago, sacó tinta y un pincel, redactó un mensaje en un trozo de papel y lo pegó con unos granos sobrantes en la tapa del recipiente de arroz.

Esto no ha sido obra de zorros y tejones. He sido yo, Sanpei, quien ha comido aquí. Te dejo mi caballo para que lo cuides durante mi ausencia. Aliméntalo bien y manténlo fuerte hasta que te haga otra visita.

Cuando Sanpei se marchaba, su caballo empezó a dar coces contra la pared, protestando por el abandono de que era objeto, pero su cruel dueño ni siquiera miró atrás y cerró la puerta con firmeza, apagando el sonido de los cascos.

Sería una exageración decir que utilizó sus excelentes piernas para volar, pero lo cierto es que se apresuró hacia la provincia montañosa de Kai a una velocidad que le hacía parecer realmente ágil. Desde el principio su destino había sido la ciudad de Kofu, capital de Kai, y la velocidad a la que viajaba sugería que era portador de un mensaje muy urgente.

A la mañana del día siguiente ya había cruzado varias sierras y contemplaba las aguas del río Fuji a sus pies. Los tejados visibles entre las paredes de la garganta eran los del pueblo de Kajikazawa.

Quería llegar a Kofu por la tarde, pero como tenía tiempo suficiente descansó un rato, contemplando el sol veraniego que bañaba la cuenca de Kai. Se dijo que, fuera cual fuese el destino de sus viajes, y a pesar de los inconvenientes y desventajas de una provincia montañosa, en ningún lugar se encontraba

tan a gusto como en su región natal. Mientras así pensaba, abrazándose las rodillas, vio una larga hilera de caballos cargados con cubos de laca que avanzaban desde el pie de la montaña cuesta arriba. ¿Adonde podrían dirigirse?

Amakasu Sanpei se levantó y empezó a bajar la cuesta. A medio camino se cruzó con la recua de caballos de carga, formada como mínimo por cien animales.

—¡Vaya!

El hombre que montaba el primer caballo era un viejo conocido.

—Menudo montón de laca —le dijo Sanpei—. ¿Adonde la llevas?

—A Gifu —respondió el hombre y, al ver la expresión dubitativa de Sanpei, le explicó—: Por fin hemos manufacturado la cantidad de laca que nos pidió el clan Oda hace dos años, así que ahora la llevo a Gifu.

—¡Cómo! ¿Para los Oda? —Sanpei frunció el ceño y pareció incluso incapaz de sonreír y desear al otro buen viaje—. Ten mucho cuidado. Los caminos son peligrosos.

—Tengo entendido que los monjes guerreros también están luchando. ¿Qué tal debe de irles a las tropas de Oda?

—No puedo decir nada sobre eso hasta que haya informado a Su Señoría.

—Ah, claro. Acabas de volver de allí, ¿no es cierto? Bueno, no debemos quedarnos aquí charlando. Me marcho.

El conductor de la recua y sus cien caballos cruzaron el puerto de montaña y prosiguieron su camino hacia el oeste.

Sanpei les vio alejarse, pensando que, al fin y al cabo, una provincia montañosa es exactamente eso. Las noticias del resto del mundo siempre llegaban allí con lentitud, y aunque sus tropas fuesen fuertes y los generales inteligentes, se hallaban en considerable desventaja. Percibió todavía más el peso de sus responsabilidades y bajó corriendo al pie de la montaña con la celeridad de una golondrina. En el pueblo de Kajikazawa tomó otro caballo y, fustigándolo, galopó hacia Kofu.

En la cálida y húmeda cuenca de Kai se alzaba el castillo fuertemente fortificado de Takeda Shingen. Rostros que no solían verse salvo en tiempos de graves problemas y miembros

de los consejos de guerra cruzaban ahora las puertas del castillo uno tras otro, de modo que incluso los guardianes en la entrada sabían que ocurría algo. Dentro del castillo, envuelto en el verdor de las hojas tiernas, reinaba el silencio, sólo roto en ocasiones por los chirridos de las primeras cigarras del verano.

Desde la mañana, ninguno de los numerosos generales que habían acudido al castillo se había marchado. En aquel momento Sanpei llegó al portal. Desmontó más allá del foso y cruzó el puente a pie, sujetando las riendas del caballo.

—¿Quién está ahí?

Los ojos y las puntas de lanza de los guardianes destellaron en un ángulo del portal de hierro. Sanpei ató su caballo a un árbol.

—Soy yo —respondió, mostrando su cara a los soldados, y se adentró a paso vivo en el castillo.

A menudo entraba y salía por aquel portal, y por ello, aunque algunos no supieran exactamente quién era, no había un solo soldado en el portal que no conociera su rostro y la naturaleza de su trabajo.

En el interior del castillo había un templo budista llamado el Bishamondo, nombre del dios guardián del norte. Servía como sala de meditación de Shingen, lugar donde discutir los asuntos del gobierno y, de vez en cuando, cámara que cobijaba los consejos de guerra. Ahora Shingen estaba de pie en la terraza del templo. Su cuerpo parecía oscilar bajo la brisa que soplaba en la sala desde las rocas y los arroyos del jardín. Llevaba sobre su armadura el hábito rojo de un sumo sacerdote, que parecía hecho con los pétalos llameantes de las peonías escarlata.

Era de estatura mediana, fornido y musculoso. No había duda de que aquel hombre tenía algo fuera de lo corriente, pero sí bien quienes nunca habían tratado con él observaban lo intimidante que debía de ser, en realidad su trato no era tan difícil. Por el contrario, era un hombre más bien amable. Bastaba mirarle para comprender que poseía una calma y una dignidad naturales, mientras que la espesa barba daba a su rostro cierto aspecto de inflexibilidad. Sin embargo, tales rasgos eran

corrientes en los hombres de la provincia montañosa de Kai.

Uno tras otro, los generales se levantaron de sus asientos y se marcharon. Pronunciaron unas pocas palabras de despedida e hicieron reverencias a su señor que estaba en la terraza. El consejo de guerra se había prolongado desde la mañana y Shingen había llevado su armadura bajo la túnica escarlata, exactamente como lo hacía en el campo de batalla. Parecía un poco cansado del calor y las largas discusiones. Unos momentos después de que el consejo hubiera terminado, había salido a la terraza. Los generales se habían ido, dejándole solo, y en el Bishamondo no había más que las paredes doradas acariciadas por el viento y los apacibles chirridos de las cigarras.

¿Aquel verano? Shingen parecía mirar a lo lejos la silueta de las montañas que rodeaban su provincia. Desde su primera batalla, cuando tenía quince años, su carrera había estado llena de acontecimientos que habían ocurrido en el verano y el otoño. En una provincia montañosa, en invierno no se podía hacer más que mantenerse encerrado en casa y conservar las fuerzas. Naturalmente, cuando llegaban la primavera y el verano, la sangre de Shingen se despertaba y entonces se volvía hacia el mundo exterior, diciéndose: «Bien, salgamos a luchar». No sólo Shingen, sino todos los samurais de Kai compartían esa actitud. Incluso los campesinos y los habitantes de la ciudad tenían la sensación de que, con el sol del verano, había llegado el momento.

Aquel año Shingen cumpliría los cincuenta y tenía un profundo pesar, se sentía impaciente por las expectativas de su vida. Pensaba que había luchado demasiado tan sólo por luchar. Imaginaba que allá, en Echigo, Uesugi Kenshin se estaba percatando de lo mismo.

Cuando pensaba en el que desde hacía muchos años era su digno contrario, Shingen no podía contener una sonrisa amarga. Pero esa misma amargura le roía el pecho cuando pensaba en sus cincuenta años. ¿Cuánto más le quedaba por vivir?

Durante un tercio del año la provincia de Kai estaba cubierta de nieve, y aunque podía argumentarse que el centro del mundo estaba muy lejos y la obtención de las armas más modernas era difícil, tenía la sensación de que había desperdicia-

do los mejores años de su vida luchando con Kenshin en Echigo.

El sol era intenso, y la sombra bajo las hojas profunda.

Shingen había supuesto durante muchos años que era el mejor guerrero en el este de Japón. Desde luego, la eficacia de sus tropas y de la economía y administración de su provincia eran respetadas en todo el país.

Sin embargo, Kai había sido dejada de lado. Más o menos desde el año anterior, cuando Nobunaga se dirigió a Kyoto, Shingen había pensado en la posición de Kai y había vuelto a contemplarse a sí mismo desde una nueva perspectiva. Las ambiciones del clan Takeda habían sido demasiado modestas.

Shingen no quería pasarse el resto de su vida apoderándose de fragmentos de las provincias que le rodeaban. Cuando Nobunaga e Ieyasu eran mocosos en brazos de sus nodrizas, Shingen soñaba ya con unir el país bajo su férreo dominio. Tenía la sensación de que su provincia montañosa era sólo una morada temporal, y tal era su ambición que incluso lo había expresado así a algunos enviados de la capital. Y ciertamente sus interminables batallas con la vecina Echigo no eran más que la primera de las muchas batallas futuras. Sin embargo, la mayor parte de las batallas libradas hasta entonces lo habían sido contra Uesugi Kenshin, habían consumido una gran porción de sus recursos provinciales y le habían exigido demasiado tiempo.

Cuando se dio cuenta de esa situación, el clan Takeda ya había sido superado por Nobunaga e Ieyasu. Shingen siempre había considerado a Nobunaga «el mocoso de Owari» y a Ieyasu «el chico de Okazaki».

Admitió amargamente que, si lo pensaba a fondo, había cometido un gran error. Cuando sólo había estado implicado en combates, casi nunca se había arrepentido de nada, pero hoy, al revisar su política diplomática, se daba cuenta de que había hecho las cosas con los pies. ¿Por qué no se había dirigido al sudeste cuando fue destruido el clan Imagawa? Y, tras haber tomado un rehén del clan de Ieyasu, ¿por qué había contemplado en silencio la expansión del territorio de Ieyasu por Suruga y Totomi?

Un error todavía mayor era el de haberse convertido en pariente de Nobunaga mediante un matrimonio a solicitud del

último. Así Nobunaga había luchado con sus vecinos del oeste y el sur y, de un solo golpe, había avanzado hacia el centro del campo. Entretanto, el rehén de Ieyasu había esperado su oportunidad y huido, mientras que Ieyasu y Nobunaga estaban unidos por una alianza. Incluso ahora estaba claro para todo el mundo lo eficaz que había sido diplomáticamente esa política.

Shingen se dijo que, a pesar de todo, no se dejaría embaucar eternamente por las tretas de aquellos hombres. Iba a enseñarles que era Takeda Shingen de Kai. El rehén de Ieyasu había escapado y eso rompía su relación con aquél. ¿Qué otra excusa necesitaba?

Así había hablado aquel día en el consejo militar. Tras haber sabido que Nobunaga estaba acampado en Nagashima, al parecer enzarzado en una dura batalla, el astuto guerrero vio su oportunidad.

Amakasu Sanpei pidió a uno de los ayudantes más íntimos de Shingen que le anunciara su regreso. Sin embargo, como el señor no le llamaba, repitió su petición.

—No sé si Su Señoría ha sido informado de mi llegada. Te ruego que vuelvas a avisarle.

—Acaba de finalizar una conferencia y parece un poco cansado —replicó el ayudante—. Espera un poco más.

Sanpei no se dio por vencido.

—El mensaje que traigo es urgente precisamente debido a esa conferencia. Lo siento, pero debo insistir en que le informes de inmediato.

Pareció que esta vez Shingen fue debidamente informado, y llamó a Sanpei. Uno de los guardianes le acompañó hasta el portal central del Bishamondo. Desde allí, un guardián de la ciudadela interior le condujo a presencia de Shingen.

El señor de Kai estaba sentado en un escabel de campaña en la terraza del Bishamondo. Las hojas tiernas de un arce de tronco enorme vertían motas de luz sobre él.

—¿Qué nuevas te traen aquí, Sanpei? —le preguntó Shingen.

—En primer lugar, la información que os envié antes ha cambiado por completo. Así pues, pensando que podría suceder algo adverso, me he apresurado a venir aquí.

—¡Cómo! ¿Que ha cambiado la situación en Nagashima?  
¿Cómo es eso?

—Los Oda han abandonado temporalmente Gifu y parece como si estuvieran haciendo un esfuerzo combinado en su ataque contra Nagashima, pero en cuanto Nobunaga llegó al campo de batalla, ordenó una retirada general. Sus tropas lo pagaron caro, pero retrocedió como la marea.

—Se han retirado. ¿Y luego?

—La retirada parecía inesperada, incluso para sus propias tropas. Sus hombres comentaban entre ellos que no podían entender lo que pensaba, y no pocos se mostraban confusos.

«¡Ese nombre es astuto! —pensó Shingen, chascando la lengua y mordiéndose el labio—. Yo tenía el plan de hacer salir a Ieyasu a campo abierto y destruirle mientras Nobunaga estaba atrapado por los monjes guerreros en Nagashima. Pero todo se ha quedado en nada y ahora habré de tener mucho cuidado.»

Entonces, volviéndose hacia el interior del templo, gritó:

—¡Nobufusa! ¡Nobufusa!

Rápidamente dio la orden de informar a sus generales de que las decisiones tomadas en el consejo de guerra aquel día y la partida hacia el frente quedaban inmediatamente canceladas.

Baba Nobufusa, su servidor de más alto rango, no tuvo tiempo de preguntarle por los motivos. Más aún, los generales que acababan de marcharse iban a ser presa de la confusión, pues creían que no había mejor oportunidad que la presente para aplastar al clan Tokugawa. Pero Shingen, como si hubiera tenido una súbita iluminación, supo que había perdido su oportunidad y que no podría atenerse a su plan anterior. Lo que debía hacer era buscar en seguida la próxima contramedida y la siguiente oportunidad.

Después de quitarse su armadura, volvió a reunirse con Sanpei. Despidió a sus servidores y escuchó atentamente los informes detallados de la situación en Gifu, Ise, Okazaki y Hamamatsu. Más tarde Shingen disipó una de las dudas de Sanpei.

—Cuando venía hacia aquí he visto el transporte de una

gran cantidad de laca con destino al clan de los Oda, que son aliados de los Tokugawa. ¿Por qué enviáis esa laca a los Oda?

—Una promesa es una promesa. Además, era posible que los Oda no tuvieran cuidado y, cuando la recua de caballos pasara por el dominio de Tokugawa, sería una buena oportunidad para examinar las rutas de Mikawa, pero eso también ha resultado inútil. Bueno, inútil no. Es posible que mañana vuelva a darse la ocasión.

Musitando desdén hacia sí mismo, se desahogó en la soledad de aquel lugar.

La partida del eficaz y poderoso ejército de Kai se pospuso y los hombres pasaron el verano sin hacer nada. Pero cuando llegó el otoño volvieron a oírse rumores en las montañas occidentales y las colinas orientales.

Un agradable día otoñal Shingen cabalgó hasta la orilla del río Fuefuki. Acompañado por unos pocos ayudantes, su briosa figura, bañada por el sol de otoño, parecía enorgullecerse de la perfecta administración de su provincia. Sus sentidos estaban en armonía con el amanecer de una nueva era. «¡Ahora es el momento!», se decía.

La placa en el portal del templo decía «Kentokuzan». Era allí donde vivía Kaisen, el hombre que había enseñado a Shingen los secretos del Zen. Shingen respondió a los saludos de los monjes y entró en el jardín. Como sólo se proponía hacer una breve visita, no quiso entrar en el templo principal.

Cerca de allí había una pequeña casa de té con sólo dos habitaciones. Fluía el agua de un manantial, y las hojas amarillas de gincgo habían caído en la tubería de agua tendida a través del musgo fragante de un jardín de rocas.

—He venido a despedirme, Vuestra Reverencia.

Kaisen asintió al oír estas palabras.

—Entonces ¿finalmente os habéis decidido?

—He tenido bastante paciencia al esperar que llegase esta oportunidad, y creo que este otoño la suerte ha cambiado de alguna manera en mi favor.

—Tengo entendido que los Oda van a llevar a cabo una

ofensiva hacia el oeste —dijo Kaisen—. Nobunaga parece estar organizando un ejército incluso mayor que el del año pasado, a fin de destruir el monte Hiei.

—Todo les llega a quienes esperan —replicó Shingen—. He recibido varias cartas del shogun en las que dice que si ataca a los Oda por la retaguardia, los Asai y Asakura se levantarían al mismo tiempo y, con la ayuda añadida del monte Hiei y Nagashima, tan sólo dando una patada a Ieyasu, avanzaré rápidamente hacia la capital. Pero no importa lo que haga, Gifu seguirá siendo peligrosa. No quiero repetir la actuación de Imagawa Yoshimoto, por lo que he esperado la oportunidad adecuada. Tengo la intención de coger desprevenida a Gifu, pasar como una tronada por Mikawa, Totomi, Owari y Mino y luego ir a la capital. Si logro hacer eso, creo que recibiré el Año Nuevo en Kyoto. Espero que Vuestra Reverencia se mantenga con buena salud.

—Si así han de ser las cosas... —dijo Kaisen tristemente.

Shingen consultaba a Kaisen sobre casi todos los asuntos, desde temas militares hasta cuestiones del gobierno, y confiaba implícitamente en él. Fue muy sensible a la expresión que ahora percibía.

—Vuestra Reverencia parece tener ciertos celos sobre mi plan.

Kaisen alzó la vista.

—No hay ningún motivo para que lo desaprobe. Al fin y al cabo, es la ambición de vuestra vida. Lo que me preocupa son las mezquinas intrigas del shogun Yoshiaki. No sois el único en recibir esas incesantes cartas secretas en las que os insta a que vayáis a la capital. Tengo entendido que también las ha recibido el señor Kenshin. Parece ser que solicitó la movilización del señor Morí Motonari, aunque éste ha muerto desde entonces.

—Estoy al corriente de eso, pero al margen de cualquier otra consideración, debo ir a Kyoto y llevar a cabo los grandes planes que tengo para este país.

—Ni siquiera yo, por desgracia, he podido resignarme al hecho de que un hombre de vuestra capacidad debería pasar el resto de su vida en Kai —dijo Kaisen—. Creo que vais a tener muchas dificultades por el camino, pero las tropas bajo vuestro

mando nunca han sido derrotadas. Recordad tan sólo que el cuerpo es lo único que realmente os pertenece, de modo que usad con prudencia la duración natural de la existencia.

En aquel instante, el monje que había ido a recoger agua del cercano manantial dejó caer el cubo de madera y, gritando de una manera ininteligible, echó a correr entre los árboles. Algo parecido al sonido de un ciervo en huida resonó en el jardín. El monje que había partido en pos de las pisadas huidizas regresó por fin a la casa de té.

—¡Llamad en seguida a algunos hombres! —exclamó—. Un tipo de aspecto sospechoso acaba de escaparse.

No había ningún motivo para que alguien sospechoso estuviera dentro del templo, y cuando Kaisen interrogó al monje, éste lo reveló todo.

—Aún no había hablado de ello a Vuestra Reverencia, pero el caso es que anoche un hombre llamó a la puerta. Como vestía la túnica de un monje errante, le dejamos pasar aquí la noche. De haber sido un desconocido, no se lo habríamos permitido, desde luego, pero le reconocimos como Waranabe Tenzo, quien perteneció antiguamente al cuerpo de ninja de Su Señoría y solía visitar este templo muy a menudo con los servidores de Su Señoría. Creímos que no había ningún problema y le dejamos pernoctar.

—Espera un momento —dijo Kaisen—. ¿No es eso tanto más sospechoso? Un miembro del cuerpo de ninja desaparece en una provincia enemiga y no se sabe de él durante varios años. De repente llama a la puerta en plena noche..., vestido de monje, nada menos..., y pide que le dejemos dormir aquí. ¿Por qué no le interrogaste más a fondo?

—Ciertamente somos culpables, mi señor, pero nos dijo que había sido detenido cuando espiaba a los Oda. Afirmó haber pasado varios años en prisión, pero logró escapar y había regresado a Kai disfrazado. Desde luego, parecía decir la verdad. Esta mañana dijo que se iba a Kofu para reunirse con Amakasu Sampei, el jefe de su grupo. Nos embaucó por completo, pero ahora mismo, cuando he ido a buscar agua al manantial, he visto a ese bastardo bajo la ventana de la sala de té, pegado a ella como un lagarto.

—¡Cómo! ¿Estaba escuchando mi conversación con Su Señoría?

—Cuando oyó mis pisadas y se volvió en mi dirección, pareció muy sorprendido. Entonces caminó a paso vivo hacia el jardín trasero, de modo que le llamé, ordenándole que se detuviese. Él no me hizo caso y se alejó con más rapidez. Le grité, llamándole espía, y él se volvió y me miró furibundo.

—¿Ha escapado?

—Grité a voz en cuello, pero todos los servidores de Su Señoría estaban corriendo. No encontré a nadie a mi alrededor y, por desgracia, ese hombre es mucho más rápido que yo.

Shingen ni siquiera había mirado al monje, limitándose a escucharle en silencio, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Kaisen, habló pausadamente.

—Amakasu Sanpei está hoy entre mis ayudantes. Dejemos que persiga a ese hombre. Llamadle.

Sanpei se postró en el jardín y, mirando a Shingen, que seguía sentado en la casa de té, le preguntó cuál era su misión.

—Creo que hace varios años había un hombre a tus órdenes llamado Watanabe Tenzo.

Sanpei se quedó un momento pensativo antes de responder.

—Sí, lo recuerdo. Era natural de Hachikusa, de Owari. Su tío Koroku había encargado la fabricación de un arma de fuego, pero Tenzo la robó y, en su huida, llegó aquí. Os ofreció el arma y recibió un estipendio durante varios años.

—Recuerdo ese asunto del arma de fuego, pero parece que un hombre de Owari siempre será exactamente eso, un hombre de Owari, y ahora está trabajando para el clan Oda. Captúrale y córtale la cabeza.

—¿Que le capture?

—Ve a por él tras haber escuchado los detalles de ese monje. Vas a tener que perseguirle con rapidez para que no se te escape.

Al oeste de Nirasaki, un estrecho sendero sigue el pie de las montañas alrededor de Komagatake y Senjo, y cruza el río Takato en Ina.

—¡Eeeeh!

El sonido de una voz humana resultaba extraña en aquellos parajes. El monje solitario se detuvo y miró atrás, pero no había más que un eco, por lo que se apresuró a seguir camino arriba y llegó al puerto de montaña.

—¡Eeeeh! ¡Monje!

Ahora la voz estaba más cerca y, como era evidente que se dirigía a él, el monje se detuvo un momento, sujetándose el borde del sombrero. En seguida otro hombre subió hasta él, con la respiración entrecortada. Mientras se aproximaba, le sonreía irónicamente.

—Qué sorpresa, Tenzo. ¿Cuándo has llegado a Kai?

El monje pareció sorprendido, pero se serenó en seguida y soltó una risita.

—¡Sanpei! Me preguntaba quién podría ser. Bueno, ha pasado mucho tiempo. Pareces gozar de buena salud, como siempre.

El tono irónico del primero había recibido una réplica no menos irónica. Ambos eran hombres cuyos cometidos les habían llevado como espías a territorio enemigo. Sin esa clase de audacia y serenidad no habrían podido realizar su trabajo.

—Eso es todo un cumplido.

Sanpei también parecía muy relajado. Hacer aspavientos por haber descubierto a un espía enemigo en su terreno habría sido propio de un hombre corriente y descuidado. Pero si examinaba el asunto con los ojos de un ladrón, sabía que hay ladrones incluso a plena luz del día, por lo que el encuentro no era precisamente una sorpresa.

—Hace dos noches te detuviste en el templo de Eirin y ayer escuchaste clandestinamente una conversación secreta entre el abad Kaisen y el señor Shingen. Cuando te descubrió uno de los monjes, pusiste pies en polvorosa. Eso es lo que ha ocurrido, ¿no es cierto, Tenzo?

—Sí. ¿También estabas allí?

—Por desgracia.

—Eso era lo único que no sabía.

—Qué mala suerte para ti.

Tenzo fingió indiferencia, como si la cosa no fuese con él.

—Creía que Amakasu Sanpei, el ninja de Takeda, todavía

espiaba para los Oda en Ise o Gifu, pero ya habías vuelto. Eres digno de alabanza, Sanpei, siempre tan rápido.

—No gastes saliva. Puedes halagarme tanto como quieras, pero ahora que te he encontrado no puedo permitir que regreses vivo. ¿Pretendías cruzar la frontera?

—No tengo la menor intención de morir. Pero, Sanpei, la sombra de la muerte se desplaza sobre tu cara. Supongo que no me has perseguido porque querías morir.

—He venido a por tu cabeza, siguiendo órdenes de mi señor. Y por mi vida que las cumpliré.

—¿La cabeza de quién?

—¡La tuya!

En el instante en que Sanpei desenvainó su larga espada, Watanabe Tenzo se colocó en posición de ataque, con su bastón preparado. Había cierta distancia entre los dos hombres. Mientras intercambiaban feroces miradas, su respiración se apresuraba y sus semblantes adquirían la palidez de un moribundo. Entonces algo debió de cruzar por la mente de Sanpei, pues envainó su espada.

—Baja ese palo, Tenzo.

—¿Por qué? ¿Estás asustado?

—No, no estoy asustado, pero ¿no es cierto que ambos tenemos los mismos deberes? Está bien que un hombre muera por su misión, pero que nos matemos ahora no servirá de nada. ¿Por qué no te quitas ese hábito de monje y me lo das? Si lo haces, me lo llevaré y diré que te he matado.

Los ninja tenían una fe particular entre ellos mismos que no era corriente en otros guerreros. Era una visión de la vida diferente, debida de una manera natural a la singularidad de sus cometidos. Para el samurai ordinario no podía existir un deber más elevado que el de morir por su señor. En cambio los ninja pensaban de un modo totalmente distinto. Tenían un gran apego a la vida, debían regresar vivos, al margen de la vergüenza o las penalidades que hubieran de sufrir, pues aunque un hombre fuese capaz de entrar en territorio enemigo y obtener alguna información valiosa, eso no tendría ninguna utilidad si no regresaba vivo a su provincia natal. En consecuencia, si un ninja moría en territorio enemigo, era la suya una muerte de pe-

ro, al margen de lo gloriosas que fueran las circunstancias. Por muy embebido que estuviera el individuo en el código samurai, si su muerte no era valiosa para su señor, era una muerte de perro. Por ello, aunque al ninja se le podría llamar un samurai depravado cuyo único objetivo era conservar la vida, tenía la misión y la responsabilidad de hacerlo así a toda costa.

Ambos hombres sostenían estos principios con pleno convencimiento, y por ello cuando Sanpei razonó con su adversario que matándose mutuamente no ganarían nada y envainó su acero, Tenzo también retiró su arma en seguida.

—No me gustaba la idea de convertirme en tu adversario y jugar con mi cabeza. Si podemos poner fin a esto con un hábito de monje, hagámoslo.

Cortó un trozo de la túnica que llevaba y lo arrojó a los pies de Sanpei, el cual lo recogió.

—Con esto bastará. Si lo llevo como prueba y anuncio que he acabado con Watanabe Tenzo, el asunto quedará zanjado. Por supuesto, Su Señoría no exigirá ver la cabeza de un simple ninja.

—Los dos salimos beneficiados. Bueno, Sanpei, me voy. Quisiera decirte que me alegraré de volver a verte, pero será mejor que ruegue para que eso no suceda jamás, porque sé que sería la última vez.

Con estas palabras de despedida, Watanabe Tenzo se alejó rápidamente, como si de repente temiera a su contrario y se alegrara de haber salvado la piel.

Cuando Tenzo empezaba a bajar por la pendiente del puerto, Sanpei cogió el arma y la mecha que antes había ocultado en la hierba y le siguió.

El estampido del arma resonó entre las montañas. Sanpei arrojó en seguida el mosquete y bajó por la pendiente como un ciervo, con la intención de asestar el golpe definitivo a su enemigo caído.

Watanabe Tenzo estaba tendido boca arriba en unos matorrales al lado del camino, pero en el momento en que Sanpei llegó a su lado y le apuntó el pecho con la punta de su espada, Tenzo le agarró las piernas, tiró de ellas y, con una fuerza tremenda, le hizo caer al suelo.

La naturaleza salvaje de Tenzo se impuso. Mientras Sanpei yacía aturdido, saltó como un lobo, cogió con ambas manos una gran piedra que estaba cerca y la descargó sobre el rostro de Sanpei. El impacto produjo un sonido como el de una granada al abrirse.

Entonces Tenzo desapareció.

Hideyoshi, que ahora era comandante del castillo de Yokoyama, había pasado el verano en las frías montañas al norte de Omi. Dicen los soldados que, para un luchador, la inactividad es más dura que el campo de batalla. La disciplina no puede descuidarse ni un solo día. Las tropas de Hideyoshi llevaban descansando cien días,

Pero a principios del noveno mes se dio la orden de partir al frente y se abrieron las puertas del castillo de Yokoyama. Desde el momento en que salieron del castillo hasta que llegaron a orillas del lago Biwa, los soldados desconocieron por completo dónde iban a luchar.

Había tres grandes embarcaciones atracadas en el lago. Construidas a principios de año, olían a madera recién serrada. Hasta que hombres y caballos estuvieron a bordo, no se dijo a los soldados que su destino sería o bien el Honganji o bien el monte Hiei.

Tras haber cruzado la superficie otoñal del gran lago y arribado a Sakamoto, en la orilla contraria, los hombres de Hideyoshi se asombraron al ver que el ejército al mando de Nobunaga y sus generales había llegado antes que ellos. Al pie del monte Hiei, los estandartes del clan Oda llenaban todo el espacio que abarcaba la vista.

Después de que Nobunaga levantara el asedio del monte Hiei y se retirase a Gifu, el invierno anterior, ordenó la construcción de grandes barcos para transporte de tropas capaces de cruzar el lago en cualquier momento. Ahora los soldados comprendían por fin su previsión y las palabras que había dicho cuando abandonó el ataque contra Nagashima y regresó a Gifu.

Las llamas de la rebelión que habían ardido en todo el país

eran meros reflejos del fuego verdadero, la raíz del mal, cuyo origen estaba en el monte Hiei. Nobunaga volvía a sitiar la montaña con un gran ejército. Su semblante mostraba una nueva resolución, y hablaba lo bastante fuerte para que le oyeran desde el recinto cerrado con cortinas de su cuartel general hasta los barracones de la tropa, casi como si se estuviera dirigiendo al enemigo.

—¡Cómo! ¿Me estáis diciendo que no prenderéis fuego porque las llamas podrían extenderse a los monasterios? ¿Qué es entonces la guerra? ¿Cada uno de vosotros es un general y ni siquiera comprende eso? ¿Cómo habéis conseguido vuestra graduación?

Tales palabras podían oírse desde el exterior. Dentro del recinto, Nobunaga estaba sentado en su escabel de campaña, rodeado por sus generales veteranos, todos ellos con la cabeza gacha. Nobunaga era exactamente como un padre que sermoneara a sus hijos. Aunque fuese su señor, esa clase de crítica resultaba excesiva. Por lo menos eso era lo que indicaba la expresión de disgusto en los rostros de los generales cuando alzaron la vista y se atrevieron a mirar a Nobunaga directamente a los ojos.

¿Por qué estaban luchando, en efecto? Si pensaban en ello o les preocupaba, arriesgaban sus reputaciones al censurar a Nobunaga.

—Sois cruel, mi señor —le dijo Sakuma Nobumori—. No es que no lo comprendamos, pero cuando nos dais una orden indignante, como lo es la de incendiar el monte Hiei, un lugar respetado durante siglos como suelo sagrado y dedicado a la paz y la preservación del país..., como vuestros servidores, y precisamente porque somos vuestros servidores, tenemos tanta más razón para no obedeceros.

Era evidente, por la expresión de su rostro, que había hablado así a sabiendas de que podría costarle la vida. De no haber estado dispuesto a morir allí y en aquel mismo instante no se habría atrevido a dirigir tales palabras a Nobunaga. Aunque siempre era bastante difícil hablar sinceramente con su señor, aquel día Nobunaga parecía un demonio blandiendo una espada llameante.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó Nobunaga, acallando a Se-kian y Akechi Mitsuhide, los cuales estaban a punto de apoyar a Nobumori—. ¿No os habéis indignado al contemplar las insurrecciones y este desgraciado estado de cosas? Los monjes transgreden las leyes de Buda, agitan al pueblo, almacenan riqueza y armas y propalan rumores. Bajo el manto de la religión, no son más que agitadores en busca de sus propios fines.

—No nos oponemos a castigar sus excesos, pero en un solo día es imposible reformar una religión en la que creen fervientemente todos los hombres y a la que ha sido concedida una autoridad especial —argumentó Nobumori.

—¿De qué sirve esa clase de sentido común? —replicó airado Nobunaga—. Porque llevamos ya ocho siglos de sentido común nadie ha sido capaz de cambiar la situación, a pesar de que la gente lamenta la corrupción y degeneración de la Iglesia. Incluso Su Majestad el emperador Shirakawa dijo que hay tres cosas sobre las que no ejerce control: los dados, las aguas del río Kamo y los monjes guerreros del monte Hiei. ¿Qué papel en la paz y la preservación del país representó esta montaña durante los años de la guerra civil? ¿Acaso ha proporcionado serenidad de espíritu o fortaleza al pueblo? —Nobunaga sacudió de repente su mano a la derecha—. Durante siglos, cuando han ocurrido desastres, los monjes no han hecho más que proteger sus privilegios. Con el dinero donado por las crédulas masas levantan muros de piedra y portales propios de una fortaleza y en su interior atesoran armas de fuego y lanzas. Y lo que es peor, los monjes se mofan abiertamente de sus votos comiendo carne y teniendo relaciones sexuales, por no mencionar siquiera la decadencia de la erudición budista. ¿Por qué ha de ser pecado poner fin con las llamas a semejante estado de cosas?

—Todo lo que decís es cierto —replicó Nobumori—, pero debemos deteneros, mi señor. No nos iremos de aquí hasta conseguirlo, aunque nos cueste la vida.

Los tres se postraron simultáneamente y permanecieron inmóviles ante Nobunaga.

El monte Hiei era el cuartel general de la secta Tendai, y el Honganji el principal baluarte de la secta Ikko. En los aspectos

de doctrina eran distintas y se veían mutuamente como «la otra secta».

Lo único que las unía era su oposición a Nobunaga. Si éste no tenía un momento de descanso era debido a las maquinaciones de los hombres vestidos con hábitos de monje que habitaban en el monte Hiei, los cuales habían conspirado con los clanes Asai y Asakura y el shogun, ayudado a los enemigos derrotados por Nobunaga, enviado en secreto peticiones de ayuda a provincias tan lejanas como Echigo y Kai e incluso incitado a revueltas campesinas en Owari.

Los tres generales sabían que sin la destrucción de aquella fortaleza budista presuntamente inexpugnable, el ejército de Oda se vería obstaculizado una y otra vez y Nobunaga sería incapaz de realizar sus sueños.

En cuanto Nobunaga estableció su campamento, dio una orden increíble:

—Atacad la montaña y prended fuego a todo, empezando por los santuarios, el Gran Salón, los monasterios, todos los sutras y las reliquias sagradas. —Como si estas medidas no fuesen ya extremas, siguió diciendo—: No dejéis escapar a nadie que lleve hábito de monje. No hagáis ninguna distinción entre los prudentes y los necios, los monjes aristocráticos y los corrientes. No tengáis misericordia con las mujeres y los niños. Aunque alguno esté disfrazado de seglar, si se ha escondido en la montaña y huye a causa del fuego, podéis considerarle también como parte de esta peste. ¡Matadlos a todos y quemad la montaña hasta que no quede en las ruinas rastro de vida humana!

Ni siquiera los Rakasa, los demonios caníbales sedientos de sangre de los infiernos budistas, habrían hecho semejante cosa. Los generales que oyeron esta orden estaban amilanados.

—¿Se ha vuelto loco? —murmuró Takei Sekian entre dientes, pero al alcance del oído de los demás generales.

Sin embargo, sólo Sakuma Nobumori, Takei Sekian y Akechi Mitsuhide se atrevieron a expresar sus opiniones ante Nobunaga.

Antes de enfrentarse a su señor, los tres se habían comprometido.

—Es posible que nos veamos obligados a cometer el seppuku uno detrás del otro por oponernos a las órdenes de Su Señoría, pero no podemos permitir que lleve a cabo ese ataque temerario, incendiándolo todo.

Nobunaga podía asediar y tomar el monte Hiei, pero ¿qué necesidad había de semejante matanza y destrucción con fuego? Si se atrevieran a cometer ese ultraje, temían que el sentimiento popular se volviera contra los Oda. Los enemigos de Nobunaga se alegrarían y utilizarían el ataque como propaganda para denigrar su nombre a cada oportunidad. No haría más que buscarse la clase de mala reputación que los hombres habían temido y evitado durante siglos.

—No vamos a librar una batalla que será vuestra ruina—dijeron los tres generales, hablando en nombre de todos los presentes.

Sus voces temblorosas traslucían la lealtad hacia su señor.

Sin embargo, Nobunaga estaba decidido y no dio ninguna indicación de que pensaría dos veces las palabras de los tres hombres. Por el contrario, su determinación fue todavía mayor.

—Podéis retiraros. No digáis nada más. Si os negáis a obedecer la orden, se la daré a otros. ¡Y si los demás generales y soldados no me obedecen, entonces lo haré yo solo!

—¿Qué necesidad hay de cometer semejante atrocidad?—preguntó de nuevo Nobumori—. Me parece que un verdadero general podría poner fin al poderío del monte Hiei sin derramar una sola gota de sangre.

—¡Basta de «sentido común»! Esas palabras obedecen a ocho siglos de «sentido común». Si no quemamos las raíces de lo antiguo, jamás brotarán las yemas de lo nuevo. Habláis una y otra vez de esta montaña, pero no me intereso tan sólo por el monte Hiei. Quemarlo salvará a la Iglesia en todos los demás lugares. Si matando a todos los hombres, mujeres y niños del monte Hiei puedo abrir los ojos de los imprudentes en las provincias restantes, entonces habré hecho algún bien. Los infiernos más ardientes y profundos no son nada para mis ojos y oídos. ¿Quién más puede hacer esto aparte de mí? Tengo el mandato del cielo para hacerlo.

Los tres hombres, convencidos de que ellos, más que cualesquiera otros, conocían el genio y los métodos de Nobunaga, se quedaron consternados por esta afirmación. ¿Estaba su señor poseído por los demonios?

—No, mi señor —le suplicó Takei Sekian—. Sean cuales fueren las órdenes que nos deis, no podemos hacer nada más que tratar de disuadiros. No podéis incendiar un lugar sagrado desde los tiempos antiguos...

—¡Basta! ¡Callad! En lo más hondo de mi corazón he recibido el decreto imperial de arrasar con el fuego ese lugar. Os doy la orden de esa matanza porque tengo en el corazón la misericordia del fundador, el santo Dengyo. ¿No lo entendéis?

—No, mi señor.

—¡Si no lo entendéis, marchaos! No os interpongáis en mi camino.

—Voy a oponerme hasta que me matéis con vuestras propias manos.

—¡Ya estás condenado! ¡Fuera!

—¿Por qué he de irme? Antes que contemplar la locura de mi señor y la destrucción de su clan, puedo tratar de impedirlo con mi muerte. Mirad los numerosos ejemplos de la antigüedad. Ningún hombre que convirtió en un infierno los templos y santuarios budistas, o que mató sacerdotes, ha tenido un buen fin.

—Yo soy diferente. No guerreo en beneficio propio. En esta batalla mi papel será el de destruir los males del pasado y construir un nuevo mundo. No sé si ésta es una orden de los dioses, el pueblo o los tiempos, lo único que sé es que voy a obedecer las órdenes que he recibido. Todos vosotros sois pusilánimes y vuestra visión de las cosas es limitada. Vuestros lamentos son los mismos que los de la gente de miras estrechas. El beneficio y la pérdida de que habláis sólo me conciernen en tanto que individuo. Si mi acción al convertir el monte Hiei en un infierno protege a muchas provincias y salva innumerables vidas, entonces será un gran logro.

Sekian no desistió.

—El pueblo verá esto como la obra de los demonios. Se alegrarán si mostráis un poco de humanidad. Pero sed dema-

siado severo y jamás os aceptarán..., ni siquiera aunque os motive un gran amor.

—Si retrocedemos a causa de la opinión popular, seremos totalmente incapaces de actuar. Los héroes de la antigüedad temían a la opinión popular y dejaron que este mal acosara a las generaciones futuras. Pero voy a mostraros cómo extirparlo de una vez por todas. Y si he de hacerlo, debe ser radicalmente. De lo contrario, no tiene sentido que empuñemos las armas y marchemos hacia el centro del campo.

Entre las olas rugientes se producen intervalos. La voz de Nobunaga se suavizó un poco. Sus tres servidores estaban cabizbajos, casi sin fuerzas para seguir protestando.

Hideyoshi había cruzado el lago alrededor del mediodía y acababa de llegar. Cuando se presentó en el cuartel general, el debate proseguía, por lo que aguardó en el exterior. Al cabo de un rato asomó la cabeza entre las cortinas y pidió disculpas por entrometerse.

Todos miraron bruscamente en su dirección. La expresión de Nobunaga era como un fuego violento, mientras que los semblantes de sus tres generales, que estaban resueltos a morir, estaban rígidos, como cubiertos por una capa de hielo.

—Acabo de llegar en barco —dijo Hideyoshi afablemente—. Qué bello es el lago Biwa en otoño. Hay lugares, como la isla de Chikubu, cubiertos de hojas rojas. No tenía la impresión de que me dirigía al campo de batalla, e incluso compuse unos malos versos a bordo. Tal vez os los leeré después de la batalla.

Entró en el recinto y siguió charlando de cuanto le pasaba por la cabeza. Su rostro carecía por completo de la severidad que había transfigurado al señor y sus servidores poco antes. Parecía no tener ninguna preocupación en el mundo.

—¿Qué sucede? —preguntó Hideyoshi mirando alternativamente a Nobunaga y sus servidores, sumidos en el silencio. Sus palabras eran como una nítida brisa primaveral—. Ah, he oído de qué hablabais antes de entrar. ¿Por eso estáis callados? Como tienen en tan alta estima a su señor, los servidores han resuelto amonestarle y morir. En cuanto al señor, conocedor de los sentimientos más íntimos de sus servidores, no es tan violento como para castigarlos con la muerte. Sí, ya veo que

hay un problema. Podríamos decir que ambas partes tienen sus razones buenas y malas.

Nobunaga le miró fijamente.

—Llegas en un buen momento, Hideyoshi. Si lo has oído casi todo, debes de comprender lo que anida en mi corazón y también lo que dicen estos tres hombres.

—Lo comprendo, mi señor.

—¿Obedecerías tú la orden? ¿Crees que es errónea?

—No creo nada en absoluto. No, esperad. Me parece que esta orden se basa en la recomendación que escribí y os entregué hace algún tiempo.

—¿Cómo! ¿Cuándo me hiciste semejante propuesta?

—Debéis de haberlo olvidado, mi señor. Creo que fue un día de primavera. —Entonces se volvió a los tres generales y les dijo—: Pero escuchad, casi me he echado a llorar cuando estaba ahí afuera oyendo vuestras leales amonestaciones. Tenéis la sinceridad de los auténticos servidores. Pero, en una palabra, creo que vuestro mayor temor es que si atacamos el monte Hiei y lo abrasamos el país entero se volverá contra Su Señoría.

—¡Eso es exactamente! —exclamó Selian—. Si cometemos esa atrocidad, tanto los samurais como el pueblo se sentirán ofendidos. Nuestros enemigos lo aprovecharán para denigrar eternamente a Su Señoría.

—Pero fui yo quien recomendó que, si atacábamos el monte Hiei, debíamos hacerlo hasta sus últimas consecuencias, por lo que no fue idea de Su Señoría. Y, por lo tanto, en mí debería recaer la maldición o la mala reputación que resulten de ese acto.

—¡Qué presunción! —replicó Nobumori—. ¿Por qué habría de culpar el pueblo a alguien como vos? Lo que haga el ejército de Oda, sea lo que fuere, repercute en su comandante en jefe.

—Por supuesto. Pero ¿no me ayudaríais todos vosotros? ¿No proclamaríais al mundo que nosotros cuatro estábamos tan ansiosos por cumplir las órdenes de Su Señoría que fuimos demasiado lejos? Se dice que la mayor parte de la lealtad consiste en hacer las advertencias que uno considera oportunas aunque

se vea obligado a morir por ello. Pero a mi modo de ver, ni siquiera hacer una advertencia y morir es suficiente prueba de lealtad por parte de un servidor realmente entregado a su señor. En mi opinión, mientras estamos vivos debemos responder, en el lugar de nuestro señor, de la mala reputación, los ultrajes, las persecuciones, los traspies y todo lo demás. ¿Estáis de acuerdo?

Nobunaga le escuchaba en silencio, sin denotar su acuerdo o discrepancia. Sekian fue el primero en responder a la sugerencia de Hideyoshi.

—Estoy de acuerdo con vos. —Miró a Mitsumide y Nobumori, los cuales tampoco pusieron objeciones y juraron atacar el monte Hiei con fuego y hacer saber que sus acciones habían excedido las órdenes de Nobunaga—. Es un plan maestro.

En un tono que reflejaba su admiración, Sekian felicitó a Hideyoshi por su iniciativa, pero Nobunaga no parecía en absoluto satisfecho. Por el contrario, sin decir una sola palabra, su expresión mostraba claramente que aquello era algo que en modo alguno merecía tales alabanzas.

La misma expresión se veía claramente en el rostro de Mitsuhide. Éste comprendía bien lo que Hideyoshi había sugerido, pero también sentía que el mérito de la verdad de sus propias reconvenciones leales les había sido arrebatado por las palabras del recién llegado. Estaba celoso, pero era un hombre inteligente y se avergonzó en seguida de su egoísmo, censurándose al reflexionar en que quien estaba dispuesto a morir oponiéndose a una orden de su señor no debería permitirse ni por un solo momento unos pensamientos tan superficiales.

Los tres generales aprobaron el plan de Hideyoshi, pero Nobunaga actuaba como si no se comprometiera y, desde luego, no parecía haber cambiado su plan inicial. Convocó a sus comandantes uno tras otro.

—¡Esta noche, cuando suene la caracola, atacaremos de frente la montaña!

Dicho esto, les dio personalmente las mismas órdenes que antes había dado a los tres generales. Parecía que eran muchos los oficiales que, junto con Sekian, Mitsuhide y Nobumori, estaban en contra de incendiar el monte, pero como los tres su-

periores ya habían aceptado la orden, todos hicieron lo mismo y se marcharon sin manifestar oposición.

Del cuartel general partieron mensajeros al galope hacia las unidades alejadas y llevaron las órdenes a las tropas que estaban en primera línea, al pie de la montaña.

Cuando el sol se ponía, las nubes se tiñeron de brillantes colores detrás de Shimeigadake. Anchos haces de luz rojiza se extendían por el lago como arcos iris, a medida que crecía el oleaje.

—¡Mirad! —Allá, en la colina, mirando las nubes alrededor del monte Hiei, Nobunaga se dirigía a quienes le rodeaban—. ¡El cielo está con nosotros! Se ha levantado un fuerte viento. ¡Tendremos las mejores condiciones atmosféricas para prender fuego!

Mientras les hablaba así, el viento nocturno, cada vez más frío, hacía crujir sus ropas. Sólo le acompañaban cinco o seis servidores, y en aquel momento un hombre asomó la cabeza por la abertura entre las ondulantes cortinas, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Qué quieres? —le gritó Sekian—. Su Señoría está aquí. El samurai se aproximó rápidamente y se arrodilló.

—No, no tengo nada que informar a Su Señoría. ¿Está aquí el señor Hideyoshi?

Cuando Hideyoshi se separó del grupo, el mensajero le dijo:

—Acaba de llegar al campamento un hombre vestido con hábito de monje. Dice que es Watanabe Tenzo, uno de vuestros servidores, y que ha regresado de Kai. Su informe parece ser urgente en extremo, por lo que me he apresurado a venir.

Aunque Nobunaga estaba a cierta distancia de Hideyoshi, se volvió de súbito hacia él.

—Hideyoshi, ¿el hombre que acaba de regresar de Kai es uno de tus servidores?

—Creo que también le conocéis, mi señor. Es Watanabe Tenzo, el sobrino de Hikoemon.

—¿Tenzo? —dijo Nobunaga—. Bien, veamos si tiene alguna noticia. Que venga aquí. También deseo escuchar su informe.

Tenzo se arrodilló ante Hideyoshi y Nobunaga y les habló de la conversación que había escuchado a escondidas en el templo de Eirin.

Nobunaga soltó un gruñido. Aquello era una amenaza peligrosa para su retaguardia. Al igual que sucedió con su ataque contra el monte Hiei el año anterior, el peligro no había disminuido lo más mínimo. Al contrario, tanto su posición con respecto a los Takeda como las condiciones en la zona de Nagashima habían empeorado. Sin embargo, en la campaña del año anterior, los grandes ejércitos de los Asai y Asakura habían unido sus fuerzas y se habían retirado al monte Hiei. Esta vez no había dado a sus enemigos tal oportunidad, por lo que las fuerzas que ahora se le enfrentaban no eran tan poderosas. El problema consistía en que siempre había peligro desde la retaguardia.

—Supongo que el clan Takeda ya ha enviado mensajeros al monte Hiei, a fin de que los monjes esperen con optimismo que nuestro ejército dé media vuelta y regrese a casa —dijo Nobunaga, tras despedir a Tenzo—. Esto es una ayuda del cielo —añadió, riendo satisfecho—. ¿Cuál será más rápido, el ejército de Takeda cuando cruce las montañas de Kai y avance sobre Owari y Mino, o el ejército de Oda cuando regrese tras haber destruido el monte Hiei y conquistado la capital y Settsu? Parece como si nos estuvieran dando un incentivo adicional para la competición, aumentando nuestra convicción temeraria. Que todo el mundo vuelva a sus puestos.

Nobunaga desapareció en el interior del recinto. El humo se alzaba de las fogatas utilizadas para cocinar en el enorme campamento que rodeaba el pie del monte Hiei. Al anoecer, el viento refrescó. La campana que solía oírse desde el templo Mii estaba en silencio.

El sonido de la caracola todavía reverberaba en lo alto de la colina, y los soldados respondieron lanzando sus gritos de combate. La carnicería se prolongó desde aquella noche hasta el amanecer del día siguiente. Los soldados del ejército de Oda se abrieron paso entre las barricadas que los monjes guerreros habían levantado en los puertos de montaña, camino de la cima.

Una negra humareda llenaba el valle y las llamas aullaban en la montaña. Quien alzase la vista desde el pie vería las enormes columnas de fuego en todos los lugares del monte Hiei. Incluso las aguas del lago tenían un brillante color rojo. El mayor de los incendios indicaba que el templo principal estaba ardiendo, así como los siete santuarios, el gran salón de conferencias, el campanario, la biblioteca, los monasterios, la pagoda del tesoro, la gran pagoda y todos los templos secundarios. Al amanecer del día siguiente no quedaba en pie un solo templo.

Los generales, que se estimulaban mutuamente cada vez que alzaban la vista para contemplar el pavoroso espectáculo, recordaban la afirmación de Nobunaga de que había recibido un mandato del cielo y la bendición del santo Dengyo y se animaban a seguir. La aparente convicción de los generales inspiraba a las tropas. Abriéndose paso entre las llamas y el humo negro, los soldados atacantes siguieron las órdenes de Nobunaga al pie de la letra. Ocho mil monjes guerreros perecieron en aquella réplica del infierno budista más horrible. Los monjes que se arrastraban a través de los valles, se ocultaban en cuevas o trepaban a los árboles tratando de escapar eran perseguidos y muertos como insectos en los arrozales.

Alrededor de medianoche, Nobunaga en persona subió a la montaña para ver lo que había forjado su férrea voluntad. Los monjes del monte Hiei habían cometido un error de cálculo. A pesar de que estaban rodeados por el ejército de Nobunaga, se habían tomado la situación a la ligera, pensando que la demostración de fuerza era un farol pretencioso. Habían jurado esperar hasta que las fuerzas de Oda empezaran a retirarse, con la intención de perseguirlas y destruirlas en ese momento. Así pues, habían permanecido ociosos, tranquilos gracias a las frecuentes cartas de estímulo que les llegaban de la cercana Kyoto y que, naturalmente, eran del shogun.

Para todos los monjes guerreros y sus seguidores a lo largo y ancho del país, el monte Hiei había sido el punto focal de la oposición a Nobunaga, pero el hombre que había proporcionado incesantemente provisiones y armas al monte Hiei y que había hecho cuanto podía para excitar a los monjes e instarles a luchar era el shogun Yoshiaki.

Un despacho enviado al shogun desde Kai prometía que Shingen estaba en camino. Yoshiaki se había aferrado a esa gran expectativa y había transmitido la noticia al monte Hiei.

Como es natural, los monjes guerreros confiaban en que el ejército procedente de Kai atacaría la retaguardia de Nobunaga. Cuando eso sucediera, Nobunaga tendría que retirarse tal como lo había hecho el año anterior en Nagashima. Y eso no era todo. Como habían vivido sin que les molestaran durante ochocientos años, los monjes subestimaban los cambios sufridos por el país en los últimos tiempos.

En tan sólo la mitad de una noche la montaña se transformó en un infierno. Alrededor de medianoche, demasiado tarde ya, cuando las llamas surgían por doquier, los representantes del monte Hiei, llenos de pánico, acudieron al campamento de Nobunaga para pedir la paz.

—Le daremos la cantidad de dinero que nos pida y aceptaremos sus condiciones, sean cuales fueren.

Nobunaga se limitó a sonreír y habló a quienes le rodeaban, como si arrojara cebo a un halcón.

—No hay necesidad de responderles. Matadlos en el acto.

De nuevo llegaron mensajeros de los monjes y esta vez suplicaron ante el mismo Nobunaga. Éste volvió la cabeza y ordenó que acabaran con ellos.

Al amanecer el monte Hiei estaba envuelto en la humareda, lleno de ceniza y árboles carbonizados, mientras por todas partes había cadáveres inmovilizados en las posturas que tenían al sobrevenirles la muerte. Mitsuhide pensó que entre ellos debía de haber hombres de profundos conocimientos y sabiduría, y los jóvenes monjes del futuro que habían estado en la vanguardia de la matanza la noche anterior. Aquella mañana permanecía en pie rodeado por los efluvios de humo, cubriéndose la cara y sintiendo un dolor en el pecho.

Esa misma mañana Mitsuhide había recibido la benévola orden de Nobunaga.

—Te pongo al frente del distrito de Shiga. A partir de ahora vivirás en el castillo de Sakamoto, al pie de la montaña.

Dos días después, Nobunaga bajó de la montaña y entró en Kyoto. El humo negro se alzaba todavía del monte Hiei. Al

parecer, un número considerable de monjes guerreros habían huido a Kyoto para librarse de la matanza, y esos hombres hablaban ahora de él como si fuese la encarnación del mal.

—¡Es un rey de los demonios viviente!

—¡Un mensajero del infierno!

—¡Es un destructor atroz!

Los ciudadanos de Kyoto recibieron una vivida descripción del monte Hiei y de la triste situación de aquella noche. Ahora, cuando oyeron que Nobunaga estaba retirando sus tropas y bajaba de la montaña, fueron presa de una conmoción. Los ruidos volaban.

—¡Es el turno de Kyoto!

—El palacio del shogun no podrá resistir jamás un ataque para incendiarlo.

La gente cerraba sus puertas aunque era pleno día, empaquetaba sus pertenencias y se disponía a huir. Sin embargo, los soldados de Nobunaga, a quienes habían prohibido entrar en la ciudad, vivaquearon a orillas del río Kamo. El hombre que les había dado esa orden era el rey de los demonios autor del ataque contra el monte Hiei. Éste, acompañado por un reducido número de generales, entró en un templo. Tras quitarse la armadura y el casco y tomar una comida caliente, se puso un elegante kimono cortesano con su correspondiente tocado y salió.

Montó un caballo rodado con una espléndida silla. Los generales permanecieron con sus armaduras y cascos. En compañía de aquellos catorce o quince hombres, Nobunaga cabalgó con aplomo por las calles. El rey de los demonios irradiaba una paz extraordinaria y sonreía amablemente a la gente. Los ciudadanos salieron a la calle y se postraron mientras Nobunaga pasaba. Nada iba a suceder. Empezaron a lanzar vítores, y el alivio se extendió por la ciudad como una ola.

De repente un solo estampido de mosquete brotó entre la multitud vitoreante. La bala rozó a Nobunaga, pero él actuó como si nada hubiera sucedido y sólo se volvió para mirar en la dirección del estampido. Por supuesto, los generales que le rodeaban saltaron de sus caballos y corrieron para capturar al villano, pero los ciudadanos, incluso más que los generales, se habían encolerizado y gritaban: «¡Cogedle!». El autor del dis-

paro, quien había creído que los habitantes de Kyoto estarían de su parte, había calculado mal y ahora no tenía donde esconderse. Era un monje guerrero, considerado como el más valiente, y siguió insultando a Nobunaga incluso después de que le inmovilizaran.

—¡Eres un enemigo del Buda! ¡El rey de los demonios!

La expresión de Nobunaga no cambió lo más mínimo. Cabalgó hacia el palacio imperial como había planeado y descendió. Tras lavarse las manos, subió calmadamente los escalones hasta el portal del palacio y se arrodilló.

—Los violentos incendios de hace dos noches deben de haber sorprendido un tanto a Vuestra Majestad. Espero que me perdonéis por haberos inquietado.

Permaneció arrodillado así largo tiempo, por lo que cualquiera habría pensado que se disculpaba con profunda sinceridad, pero entonces alzó la vista hacia el nuevo portal y los muros del palacio y luego miró con expresión satisfecha a los generales que le flanqueaban a derecha e izquierda.

1. Es ilegal abandonar la propia ocupación.
2. Quienes extiendan rumores o falsos informes serán castigados de inmediato con la muerte.
3. Todo debe continuar tal como estaba.

Por orden de Oda Nobunaga, Magistrado Jefe.

Después de que estos tres edictos hubieran sido fijados en todos los distritos de la ciudad, Nobunaga regresó a Gifu. Se marchó sin haberse entrevistado con el shogun, el cual llevaba cierto tiempo ahondando los fosos, comprando armas de fuego y preparándose contra un ataque e incendio. Aunque los residentes del palacio imperial suspiraron aliviados, se sentían inquietos mientras observaban la partida de Nobunaga.

# El portal sin puerta

El humo de los incendios causados por la guerra no sólo era espeso en el monte Hiei sino que ascendía, como si surgiera de las llamas de un incendio en la pradera, desde los distritos occidentales de Mikawa a los pueblos en la ribera del río Tenryu, y llegaba incluso a las fronteras de Mino. Las tropas de Takeda Shingen habían cruzado las montañas de Kai y avanzaban hacia el sur.

Los Tokugawa, que llamaban a su enemigo «Shingen, el de las piernas largas», juraron que detendrían su marcha hacia la capital, y no sólo por el bien de sus aliados, los Oda. Kai estaba demasiado cerca de las provincias de Mikawa y Totomi, y si las fuerzas de Takeda se abrían paso, ello significaría la aniquilación del clan Tokugawa.

Ieyasu tenía treinta y un años y estaba en la flor de la virilidad. En los últimos veinte años sus servidores habían sufrido toda clase de privaciones y penalidades. Pero por fin Ieyasu llegó a la mayoría de edad, su clan tenía relaciones amistosas con los Oda y poco a poco estaba invadiendo el territorio del clan Imagawa.

Tal era la atmósfera que reinaba en su provincia, con las esperanzas de prosperidad y el valor de la expansión, que los viejos servidores, los samurais, los campesinos y los ciudadanos parecían llenos de estímulo.

Mikawa no podía competir con Kai en armamento, recursos y determinación, pero no era en modo alguno inferior. Había una razón por la que los guerreros de Tokugawa habían apodado a Shingen «el de las piernas largas». Era una agudeza incluida cierta vez en una carta de Nobunaga a Ieyasu, y éste, al leerla, pensó que merecía la pena relatarla a sus servidores.

Era una apelación inteligente, pues si tan sólo ayer Shingen había estado luchando en la frontera norte de Kai contra el clan Uesugi, hoy se hallaba en Kozoku y Sagami y amenazaba al clan Hojo. O bien, volviéndose rápidamente, lanzaría los fuegos de la guerra contra Mikawa o Mino.

Además, Shingen en persona estaba siempre en el campo de operaciones, dando instrucciones. Por ello la gente decía que debía de tener maniqués que ocupaban su lugar, pero lo cierto era que, siempre que sus hombres luchaban, no parecía satisfecho si él no estaba presente en el campo de batalla. Pero si Shingen tenía las piernas largas, de Nobunaga podría decirse que tenía los pies ligeros.

El señor de Owari había escrito a Ieyasu:

Sería mejor que no os enfrentéis a toda la fuerza atacante de Kai en estos momentos. Aunque la situación llegue a ser apremiante y tengáis que retiraros desde Hamamatsu a Okazaki, confío en que perseveréis. Si nuestra ocasión debe esperar a otro día, dudo de que tarde mucho en llegar.

Nobunaga había enviado este mensaje a Ieyasu antes de incendiar el monte Hiei, pero Ieyasu se había vuelto hacia sus servidores principales y declarado, delante mismo del mensajero de Oda:

—¡Antes que abandonar el castillo de Hamamatsu, sería mejor romper nuestros arcos y abandonar la clase samurai!

Para Nobunaga, la provincia de Ieyasu era una de sus líneas de defensa, más para Ieyasu Mikawa era su hogar. No permitiría que enterraran sus huesos en ninguna otra provincia. Cuando recibió la respuesta del mensajero, Nobunaga rezongó algo sobre la excesiva impaciencia de aquel hombre y, en cuanto

hubo terminado su acción en el monte Hiei, regresó a Gifu. Sin duda Shingen debió de comentar algo acerca de esa celeridad. Como era de esperar, también él estaba sobre aviso, esperando su oportunidad.

Shingen había dejado claro que llegar un día tarde podría significar desastres para todo un año, y ahora sentía la necesidad de apresurarse mucho más para realizar su deseo, largamente acariciado, de entrar en la capital. Por este motivo aceleró todas sus maniobras diplomáticas. En consecuencia, su amistad con el clan Hojo dio entonces fruto, pero sus negociaciones con el clan Uesugi fueron tan insatisfactorias como antes y se vio obligado a esperar hasta el décimo mes para abandonar Kai.

La nieve pronto cerraría sus fronteras con Echigo y así se aliviaría su preocupación por Uesugi Kenshin. Su ejército de unos treinta mil hombres comprendía tropas reclutadas en sus dominios, que incluían Kai, Shinano, Suruga, la parte septentrional de Totomi, el este de Mikawa, el oeste de Kozuke, una parte de Hida y la zona meridional de Etchu, unas posesiones que sumaban casi un millón trescientas mil fanegas en total.

—Lo mejor que podríamos hacer es preparar la defensa —sostuvo un general.

—Por lo menos hasta que lleguen refuerzos del señor Nobunaga.

Una parte de los hombres que estaban en el castillo de Hamamatsu se decantaron por una campaña defensiva. Aun cuando fuese posible reunir a todos los samurais de la provincia, la fuerza militar del clan Tokugawa era apenas de catorce mil hombres, apenas la mitad del ejército de Takeda. No obstante, Ieyasu decidió ordenar una movilización de su ejército.

—¡Cómo! No vamos a perder el tiempo esperando que lleguen los refuerzos del señor Nobunaga.

Todos sus servidores esperaban que gran número de los soldados de Oda, movidos por un natural sentido del deber, o incluso de gratitud por el servicio prestado en el pasado por los Tokugawa en el río Ane, acudieran en su ayuda. Sin embargo,

Ieyasu hacía lo posible por aparentar que no esperaba en absoluto refuerzos. Ahora era el momento exacto para que determinara si sus hombres se resignaban a una situación de vida o muerte y les hiciera comprender que sólo podían confiar en sus propias fuerzas.

—Si tanto la retirada como el avance significan destrucción —planteó serenamente—, ¿no deberíamos arriesgarlo todo en un ataque definitivo, establecer nuestra reputación como guerreros y tener una muerte gloriosa?

Aquel hombre había conocido la desgracia y las penalidades desde su juventud, pero se había convertido en un adulto que no se preocupaba por menudencias. Ahora la difícil situación en que se encontraban hacía que el castillo rebosara de furor, como el agua hirviente de una tetera, pero mientras Ieyasu defendía más que nadie un enfrentamiento violento apenas cambiaba el tono de su voz. Por este motivo algunos de sus servidores recelaban de la diferencia entre sus palabras y su verdadero propósito, pero Ieyasu se apresuró a hacer los preparativos para partir hacia el campo de batalla, al tiempo que recibía los informes de sus exploradores.

Uno tras otro, como púas arrancadas de un peine, iban llegando los informes de cada derrota. Shingen había atacado Totomi, y por entonces era probable que los castillos de Tadaki e Iida no hubieran tenido más alternativa que rendirse. En los pueblos de Fukuroi, Kakegawa y Kihara no había ningún lugar que las fuerzas de Kai no hubieran pisoteado. Peor todavía, la vanguardia de Ieyasu, formada por tres mil hombres al mando de Honda, Okubo y Naito, había sido descubierta por las fuerzas de Takeda en las proximidades del río Tenryu. Los Tokugawa había sido derrotados y obligados a retirarse a Hamamatsu.

Ese informe hizo que palidescieran cuantos formaban la guarnición del castillo, pero Ieyasu prosiguió con sus preparativos militares, poniendo especial cuidado en asegurar sus líneas de comunicaciones, y se ocupó de la defensa de aquella zona hasta casi finales del décimo mes. A fin de asegurar el castillo de Futamata, junto al río Tenryu, había enviado refuerzos de tropas, armas y suministros.

El ejército salió del castillo de Hamamatsu, avanzó hasta el

pueblo de Kanmashi, a orillas del río Tenryu, y encontró el campamento del ejército de Kai, cada posición unida al cuartel general de Shingen como los radios al eje de una rueda.

—Ah, tal como era de esperar —dijo Ieyasu, e incluso él permaneció un momento inmóvil en la colina, con los brazos cruzados, exhalando un suspiro de admiración.

Los estandartes que ondeaban en el campamento principal de Shingen eran visibles incluso desde aquella distancia considerable. Desde más cerca era posible leer la inscripción: unas palabras del famoso Sun Tzu, con quien estaban familiarizados enemigos y aliados por igual.

Rápido como el viento,  
silencioso como un bosque,  
ardiente como el fuego,  
sereno como una montaña.

Serenos como una montaña, ni Shingen ni Ieyasu realizan ningún movimiento durante varios días. El río Tenryu dividía los campamentos contrarios. Así llegó el undécimo mes y se instaló el invierno.

Hay dos cosas  
que están por encima de Ieyasu:  
el yelmo con cuernos de Ieyasu  
y Honda Heihachiro.

Uno de los hombres de Takeda había fijado este pasquín en la colina de Hitokotokaza. Allí los hombres de Ieyasu habían sufrido una derrota total, o por lo menos tal era la opinión en las filas de Takeda, jubilosas por su victoria. Pero, como admitía el poema, los Tokugawa contaban con algunos hombres excelentes, y la retirada de Honda Heihachiro había sido admirable.

Ciertamente, Ieyasu no era indigno como enemigo, pero en la próxima batalla la totalidad de las fuerzas de los Takeda se enfrentarían a todo el ejército de los Tokugawa. Iban a librar una batalla que decidiría el resultado de la guerra.

La expectativa de la lucha no hacía más que levantar el ánimo de los hombres de Kai, tal era la serenidad que les caracterizaba. Shingen trasladó su campamento principal a Edaijima e hizo que su hijo, Katsuyori, y Anayama Baisetsu dirigieran sus fuerzas contra el castillo de Futamata, con órdenes estrictas de no demorarse.

Ieyasu respondió a estos movimientos enviando rápidamente refuerzos.

—El castillo de Futamata es una importante línea defensiva —comentó—. Si el enemigo lo captura, tendrán un lugar ventajoso desde donde efectuar su ataque.

El mismo Ieyasu dio órdenes a su retaguardia, pero el siempre variable ejército de Takeda experimentó una nueva transformación y empezó a presionar por todos los lados. Todo apuntaba a que si Ieyasu efectuaba un movimiento en falso, quedaría incomunicado con su cuartel general en Hamamatsu.

El enemigo interrumpió el suministro de agua del castillo de Futamata, su punto más débil. Uno de los lados del castillo lindaba con el río Tenryu, y era preciso subir el agua que sostenía las vidas de la guarnición con un cubo que descolgaban desde una torre. A fin de desbaratar ese sistema, las fuerzas de Takeda bajaron con lanchas desde río arriba y socavaron la base de la torre. A partir de entonces los soldados del castillo padecieron la falta de agua, aun cuando el río fluía delante mismo de sus muros.

La guarnición se rindió la noche del día diecinueve. Cuando Shingen tuvo noticia de que el castillo había capitulado, dio nuevas órdenes:

—Nobumori ocupará el castillo. Sano, Toyoda e Iwate mantendrán las comunicaciones y se prepararán a lo largo de la ruta de retirada del enemigo.

Como un consumado jugador de go que observa cada movimiento de las piedras, Shingen se mostraba cauto con la formación y el avance de su ejército. Los veintisiete mil soldados de Kai avanzaron lenta y seguramente, como nubes negras sobre la tierra, mientras los redobles de tambor resonaban en el cielo. Luego la fuerza principal de Shingen cruzó la llanura de Iidani e inició su avance hacia el este de Mikawa.

Mediaba el día veintiuno y el frío era lo bastante intenso para cortar la nariz y las orejas de un hombre. Una polvareda roja se alzaba en Mikatagahara, ocultando el débil sol invernal. Hacía varios días que no caía una gota de lluvia y el aire estaba muy seco.

—¡Adelante, hacia Iidani!

Esta orden causó una divergencia de opiniones entre los generales de Shingen.

—Si vamos a Iidani, es que debe de haberse decidido a rodear el castillo de Hamamatsu. ¿No sería eso un error?

Algunos tenían recelos porque las tropas de Oda habían ido llegando a Hamamatsu y nadie sabía con seguridad cuántos soldados podría haber allí ahora. Tal era el informe secreto que se había ido filtrando desde la mañana. Por mucho que hubieran presionado al enemigo, no era posible calcular la situación real de éste. Los informes siempre eran los mismos: algo había de verdad en los rumores que circulaban por los pueblos a lo largo del camino, los cuales probablemente contenían buena parte de los falsos informes del enemigo: que una gran fuerza de los Oda se dirigía al sur para unirse a las tropas de Ieyasu en Hamamatsu.

Los generales de Shingen ofrecieron sus opiniones:

—Si Nobunaga llega con un gran ejército que sirva como retaguardia de Hamamatsu, probablemente deberíais reflexionar a fondo en la situación, mi señor.

—Si el ataque contra Hamamatsu se prolonga hasta el Año Nuevo, nuestros hombres tendrán que invernar en el campo. Con los continuos ataques por sorpresa del enemigo, nuestros suministros se agotarán y las tropas caerán víctimas de las enfermedades. En cualquier caso, los hombres sufrirán.

—Por otro lado, me temo que puedan cortarnos la retirada no sólo a lo largo de la costa sino en todas partes.

—Cuando se añadan refuerzos a la retaguardia de los Oda, nuestros hombres quedarán atrapados en una estrecha franja de territorio enemigo, una situación que no podrá ser fácilmente invertida. Si sucede tal cosa, el sueño de Vuestra Señoría de marchar hacia Kyoto quedará frustrado, y tendremos que abrir una sangrienta ruta de retirada. Puesto que ahora estamos mo-

vilizados, ¿por qué no proseguimos con vuestro objetivo principal y marchamos hacia la capital en vez de atacar el castillo de Hamamatsu?

Shingen estaba sentado en su escabel de campaña en medio de sus generales, y sus ojos eran estrechas ranuras, como agujas. Asintió a cada una de sus opiniones, y entonces dijo lentamente:

—Todas vuestras opiniones son razonables en extremo, pero estoy seguro de que los refuerzos de Oda no serán más que una pequeña fuerza de tres o cuatro mil hombres. Si la mayor parte del ejército de los Oda se dirigiera hacia Hamamatsu, los Asai y los Asakura, con quienes ya hemos entrado en contacto, atacarían a Nobunaga desde la retaguardia. Además, el shogun enviaría mensajes desde Kyoto a los monjes guerreros y sus aliados, instándoles a continuar. Los Oda no son una gran preocupación para nosotros.

Tras hacer una pausa, prosiguió lentamente:

—Entrar en Kyoto ha sido mi ferviente deseo desde el principio. Pero si ahora evitáramos a Ieyasu, cuando lleguemos a Gifu Ieyasu acudirá en ayuda de los Oda y obstruirá nuestra retaguardia. ¿No es la mejor política destruir a Ieyasu en el castillo de Hamamatsu, antes de que los Oda puedan enviarle suficientes refuerzos?

No había nada que los generales pudieran hacer salvo aceptar su decisión, no sólo porque era su señor, sino también porque le consideraban un táctico superior y tenían fe en él.

Sin embargo, cuando regresaron a sus regimientos, uno de ellos, Yamagata Masakage, se dijo mientras contemplaba el sol frío y pálido de invierno: «Este hombre vive para la guerra y, como general, tiene un genio fuera de lo común, pero esta vez...».

Era la noche del veintiuno cuando llegó al castillo de Hamamatsu el informe del súbito cambio de dirección del ejército de Kai. Sólo tres mil hombres al mando de Takigawa Kazumasa y Sakuma Nobumori habían llegado al castillo como refuerzos de Nobunaga.

—Por desgracia, una cantidad muy pequeña —comentó de-

cepcionado un servidor de Tokugawa, pero Ieyasu no mostró ni satisfacción ni desagrado.

Cuando llegaron los informes uno tras otro, dio comienzo un consejo de guerra, en el cual muchos generales del castillo y los comandantes de Oda recomendaron prudentemente una retirada temporal a Okazaki.

Solamente Ieyasu no se movió de su posición anterior, la de insistir en el combate.

—¿Vamos a retirarnos y no dejar que vuele una sola flecha como represalia mientras el enemigo insulta a mi provincia?

Al norte de Hamamatsu había una llanura elevada, que medía más de dos leguas de ancho por tres de longitud. Era Mikatagahara.

En las primeras horas del día veintidós, el ejército de Ieyasu abandonó Hamamatsu y tomó posiciones al norte de una escarpa. Allí aguardaron la aproximación de las fuerzas de Takeda.

Salió el sol y luego el cielo se nubló. La silueta de un ave solitaria cruzó apaciblemente el ancho cielo por encima de la llanura seca y agostada. De vez en cuando, los exploradores de ambos ejércitos, similares a las sombras de las aves, se arrastraban por la hierba seca y luego regresaban a toda prisa a sus líneas. Aquella mañana el ejército de Shingen, que anteriormente había acampado en la llanura, cruzó el río Tenryu, prosiguió su avance y llegó a Saigadani poco después del mediodía.

El ejército entero recibió la orden de detenerse. Oyamada Nobushige y los demás generales se reunieron al lado de Shingen para determinar las posiciones del enemigo que pronto estaría directamente ante ellos. Tras una deliberación momentánea, Shingen ordenó que una compañía permaneciera en la retaguardia, mientras el ejército principal continuaba su avance planeado por la llanura de Mikatagahara.

El pueblo de Iwaibe se encontraba en las proximidades, y la vanguardia del ejército ya había entrado en él. Los hombres que iban en cabeza de aquel desfile ondulante formado por más de veinte mil hombres no podían ver a los que estaban en el final, aunque se irguieran en sus estribos.

Shingen se volvió a los servidores que le rodeaban.

—¡Algo ocurre en la retaguardia!

Los hombres forzaron la vista, tratando de atravesar la polvareda amarillenta que se alzaba a lo lejos. Parecía que la retaguardia estaba sometida a un ataque enemigo.

—Deben de haberles rodeado.

—¡Sólo son tres mil! Si les rodean, serán exterminados.

Los caballos habían agachado las cabezas y avanzaban con un fuerte chacoloteo, pero todos los generales simpatizaban con los hombres que estaban bajo el polvo. Sujetando las riendas, miraban hacia atrás, llenos de inquietud. Shingen permanecía en silencio, sin hablar con nadie. Aunque estaba sucediendo lo que habían esperado, sus hombres caían uno tras otro en aquella nube de polvo mientras ellos miraban.

Sin duda algunos tenían un padre, un hijo o un hermano en la retaguardia, y no sólo entre los servidores y generales que se habían reunido en torno a Shingen. El ejército entero, hasta los soldados de infantería, miraba ahora al lado mientras avanzaba.

Oyamada Nobushige galopó a lo largo de la columna hasta llegar a la altura de Shingen. Tenía la voz alterada, cosa rara en él, y quienes estaban cerca le oyeron claramente mientras hablaba desde la silla de montar.

—¡Mi señor! Jamás volveremos a tener una oportunidad como ésta de acabar con diez mil enemigos. Vengo de reconocer la formación enemiga que ataca nuestra retaguardia. Cada compañía está desplegada en formación de ala de cigüeña. A primera vista parece un ejército enorme, pero la segunda y la tercera filas no tienen grosor y el centro de Ieyasu está protegido por una pequeña fuerza que podrá hacer muy poco. Y no sólo eso, sino que las compañías están en un extremo desorden y es evidente que los refuerzos de Oda no tendrán voluntad de lucha. Si aprovecháis esta oportunidad y atacáis, mi señor, no hay duda de que ganaréis.

Cuando el impetuoso jinete terminó de hablar, Shingen miró atrás y ordenó a unos exploradores que verificasen el informe de Nobushige. Éste, al percibir el tono de Shingen, refrenó un poco a su caballo y él mismo se contuvo.

Los dos exploradores se alejaron al galope. Sabían que la fuerza del enemigo era mucho más pequeña que la suya propia, y Nobushige respetaba la negativa de Shingen a efectuar movimientos irreflexivos, pero él mismo poseía la impaciencia de un caballo revoltoso que piafa y es casi incapaz de dominarse.

¡Una oportunidad militar puede desaparecer en el instante que tarda un rayo en caer!

Los dos exploradores regresaron al galope y dieron su informe.

—Las observaciones de Oyamada Nobushige y nuestro propio reconocimiento concuerdan por completo. Ésta es una oportunidad enviada por el cielo.

Atronó la voz de Shingen. La blanca melena de su yelmo osciló adelante y atrás mientras él daba órdenes a los generales que le flanqueaban. Sonó la caracola y, cuando los veinte mil hombres oyeron su sonido, que reverberaba desde la vanguardia a la retaguardia del ejército, la columna se disolvió haciendo resonar la tierra. Pero cuando parecía haberse disuelto por completo, se reorganizó en formación de escamas de pez y avanzó hacia el ejército de Tokugawa al ritmo de los tambores.

A Ieyasu le intimidó la celeridad con que se movía el ejército de Shingen y cómo respondía a las órdenes de éste.

—Si llegase a alcanzar la edad de Shingen, quisiera ser capaz por una sola vez de mover un gran ejército tan hábilmente como él lo hace —comentó—. Ahora que he visto su estilo de mando, no quisiera que lo matasen, aunque alguien se ofreciera a envenenarle en este mismo momento.

Hasta ese extremo impresionaba la capacidad de mando de Shingen a los generales enemigos. Las batallas eran su arte. Sus valientes generales e intrépidos guerreros decoraban sus caballos, armaduras y estandartes para lograr un paso más glorioso al otro mundo. Era como si el puño de Shingen hubiera liberado de pronto decenas de millares de halcones.

En un instante corrieron lo suficiente para poder ver las caras de los enemigos. Los Tokugawa giraron como una rueda enorme, manteniendo su formación en ala de cigüeña, y se enfrentaron al enemigo como un dique humano.

El polvo levantado por los dos ejércitos oscurecía el cielo. Sólo las lanzas, en cuyas puntas incidía el sol poniente, destellaban en la oscuridad. Los cuerpos de lanceros de Kai y Mikawa habían avanzado al frente y ahora permanecían inmóviles, mirándose uno al otro. Cuando de cualquiera de los bandos se alzaba un grito de guerra, el otro bando respondía casi como un eco. Cuando las nubes de polvo empezaron a desaparecer, los dos bandos pudieron verse claramente, pero la distancia que los separaba era todavía considerable. Nadie daría un paso fuera de las líneas gemelas de lanzas.

En un momento semejante, incluso los guerreros más valientes se estremecían de temor. Podría decirse que estaban «asustados», pero se trataba de un sentimiento totalmente distinto al temor ordinario. No es que su fuerza de voluntad se debilitara, y si temblaban era porque estaban efectuando el cambio de la vida ordinaria a la vida del combate, una transformación que sólo requería unos segundos, pero en ese instante a los nombres se les ponía carne de gallina y su piel se volvía tan violácea como la cresta de un gallo.

En una provincia en guerra la vida de un soldado no era diferente a la del campesino provisto de la hoz o la del tejedor en su telar. Cada una era igualmente valiosa, y si la provincia sucumbía, todos perecerían con ella. Aquellos que, sin embargo, hacían caso omiso del auge y la caída de su provincia y llevaban vidas de indolencia eran como la suciedad que se aferra al cuerpo humano, de menos valor que una sola pestaña.

Dejando eso de lado, se decía que el instante de enfrentarse cara a cara con el enemigo era aterrador. El cielo y la tierra estaban oscuros incluso a mediodía. Uno no podía ver lo que tenía ante sus mismos ojos, no podía ir adelante o retroceder, y tenía que sufrir los zarándeos y empujones en una línea de lanzas a punto de atacar.

El hombre lo bastante valiente para salir de esa línea antes que todos los demás recibía el título de Primera Lanza. Quien se convertía en Primera Lanza obtenía la gloria ante los millares de guerreros de ambos ejércitos. Sin embargo, dar ese primer paso no era nada fácil.

Entonces un solo hombre se adelantó.

—¡Kato Kuroji, del clan Tokugawa, es el Primera Lanza!  
—gritó un samurai.

La armadura de Kato era sencilla y su nombre desconocido. Lo más probable era que se tratase de un samurai corriente del clan Tokugawa.

Un segundo hombre salió corriendo de las filas de Tokugawa.

—¡Genjiro, el hermano menor de Kuroji, es el Segunda Lanza!

El hermano mayor fue engullido por el enemigo y desapareció en la confusión.

—¡Soy el Segunda Lanza! ¡Soy el hermano menor de Kato Kuroji! ¡Miradme bien, insectos de Takeda!

Genjiro blandió su lanza cuatro o cinco veces ante la masa de guerreros.

Un soldado de Kai se volvió para enfrentarse a él, gritó un insulto y saltó al ataque. Genjiro cayó hacia atrás, pero aferró la lanza que se había deslizado sobre el peto de su armadura y se puso en pie soltando una maldición.

Por entonces sus camaradas habían iniciado el avance, pero los hombres de Takeda también avanzaban hacia ellos. En aquel escenario de oleadas ondulantes de sangre, entrechocaban lanzas y armaduras. Pisoteado por sus propios camaradas y los cascos de los caballos, Genjiro llamaba a gritos a su hermano. Sin embargo, se abrió paso a gatas, agarró a un soldado de Kai por un pie y lo derribó. Al instante decapitó al hombre y arrojó su cabeza a un lado. Después de esa acción, nadie volvió a verle.

La confusión de la batalla era total, pero el choque entre el ala derecha de los Tokugawa y el ala izquierda de los Takeda no había alcanzado aquella cima de violencia.

Las líneas de combatientes se extendían sobre una amplia zona. Los monótonos redobles de los tambores y el sonido de las caracolas vibraban dentro de las nubes de polvo. De un modo u otro, los servidores de Shingen parecían estar situados en la retaguardia. Ninguno de los dos ejércitos había tenido tiempo de enviar al frente a sus mosqueteros, por lo que los Takeda enviaron al frente a los Mizumata, unos samurais con

armadura ligera y armados con hondas. Las piedras que lanzaban caían como lluvia. Ante ellos estaban las fuerzas de Sakai Tadatsugu, y detrás los refuerzos del clan Oda. Tadatsugu, montado en su caballo, chascaba la lengua con irritación.

Las piedras que llovían sobre ellos desde la línea frontal del ejército de Kai alcanzaban a su caballo y lo espantaban. Y no sólo a su caballo. Las monturas de los jinetes que aguardaban su oportunidad detrás de los lanceros se encabritaron y sufrieron tal pánico que rompieron la formación.

Los lanceros esperaban órdenes de Tadatsugu, quien los había retenido con ásperos gritos.

—¡Todavía no! ¡Esperad mi aviso!

Los honderos en la línea frontal del enemigo habían jugado el papel de zapadores, abriendo una ruta de ataque a la fuerza principal. Así pues, aunque el cuerpo de Mizumata no era especialmente temible, las tropas escogidas situadas detrás de ellos esperaban su oportunidad. Allí estaban los estandartes de los cuerpos de Yamagata, Naito y Oyamada, famosos por su valor incluso dentro del ejército de Kai.

Tadatsugu pensó que parecía como si trataran de provocarles enviándoles a los Mizumata. Comprendía la estrategia del enemigo, pero el ala izquierda de las tropas de Tokugawa ya estaba trabada en un combate cuerpo a cuerpo, de modo que la segunda línea de los Oda estaba sola. Además, no podía estar seguro de cómo vería la situación Ieyasu desde su posición en el centro.

—¡A la carga! —gritó Tadatsugu, abriendo tanto la boca que parecía como si fuese a romper los cordones de su casco.

Sabía muy bien que estaba cayendo en la trampa tendida por el enemigo, pero no había logrado hacerse con la ventaja desde el comienzo de la batalla. Ahí comenzó la derrota de los Tokugawa y sus aliados.

La lluvia de piedras cesó de repente. En el mismo momento los setecientos u ochocientos Misumata se separaron a derecha e izquierda y se replegaron bruscamente.

—¡Estamos perdidos! —gritó Tadatsugu.

Cuando vio la segunda línea del enemigo ya era demasiado tarde. Escondida entre los honderos y la caballería había una

línea más de hombres: los mosqueteros. Cada uno estaba tendido boca abajo en la alta hierba, con el arma a punto.

Se oyó la serie entrecortada de estampidos cuando los mosquetes dispararon una sola descarga, y una nube de humo se alzó de la hierba. Como el ángulo de fuego era bajo, muchos de los atacantes que integraban el cuerpo de Sakai fueron alcanzados en las piernas. Los caballos, sobresaltados, se encabritaron y recibieron impactos en el vientre. Los oficiales saltaron de las sillas antes de que sus caballos cayeran y corrieron con sus hombres, pisando los cadáveres de sus camaradas.

—¡Atrás! —ordenó el comandante de los mosqueteros de Takeda.

Los mosqueteros se retiraron de inmediato. De haberse quedado donde estaban, habrían sido arrollados por los lanceiros de Oda. Con los hocicos de sus caballos alineados, el cuerpo de Yamagata, la flor y nata de Kai, galopó serena y dignamente, seguido de inmediato por el cuerpo de Obata. En cuestión de minutos aniquilaron la línea de Sakai Tadatsugu.

El ejército de Kai acababa de prorrumpir orgullosamente en gritos de victoria cuando de la misma manera repentina el cuerpo de Oyamada dio un rodeo y avanzó sobre el flanco de las fuerzas de Oda, la segunda línea defensiva de los Tokugawa. Sus caballos levantaban nubes de polvo. En un abrir y cerrar de ojos, los Tokugawa fueron rodeados por el enorme ejército de Kai como por una gigantesca rueda de hierro.

En lo alto de un risco, leyasu contemplaba las líneas de sus hombres, y se decía que la derrota era inevitable.

Torii Tadahiro, el general en jefe de los Tokugawa que miraba fijamente adelante, había advertido a su señor que no avanzara, sino que ordenase ataques incendiarios contra los lugares donde el enemigo vivaqueara aquella noche. Pero Shingen, taimado como siempre, había tendido a propósito el cebo de la pequeña reataguardia, estimulando así el ataque de leyasu.

—No podemos quedarnos aquí —le dijo Tadahiro—. Debéis retiraros a Hamamatsu, y cuanto antes mejor.

leyasu no replicó.

—¡Mi señor! ¡Mi señor!

Ieyasu no estaba mirando el rostro de Tadahiro. El sol se ponía, la blanca bruma nocturna y la oscuridad iban dividiéndose gradualmente en el borde de Mikatagahara. Cabalgando bajo el viento invernal, los mensajeros traían una y otra vez las tristes noticias.

—Sakuma Nobunori, del clan Oda, ha sido vencido. Takigawa Kazumasu ha retrocedido en desorden y Hirate Nagamasa ha muerto. Sólo Sakai Tadatsugu se mantiene firme y combate duramente.

—Takeda Katsuyori combinó su fuerza con el cuerpo de Yamagata y rodeó nuestra ala izquierda. Ishikawa Kazumasa ha sido herido. Nakane Masateru y Aoki Hirotsugu han muerto.

—Matsudaira Yasuzumi galopó en medio del enemigo y lo derribaron.

—Las fuerzas de Honda Tadamasu y Naruse Masayoshi tomaron como objetivo a los servidores de Shingen y penetraron profundamente en las filas enemigas, pero fueron rodeados por varios millares de hombres y ninguno ha regresado vivo.

De repente, Tadahiro cogió el brazo de Ieyasu y, con la ayuda de otros generales, le hizo montar en su caballo.

—¡Vete de aquí! —le gritó al caballo, dándole una palmada en la grupa.

Cuando Ieyasu se alejaba al galope, Tadahiro y los demás servidores montaron y fueron tras él.

Empezó a nevar, como si la nieve hubiera estado esperando la puesta del sol. El viento azotaba los estandartes, hombres y caballos del ejército derrotado, haciendo todavía más inseguro su avance.

Los hombres gritaban confusos.

—Su Señoría... ¿Dónde está Su Señoría?

—¿Por dónde se va al cuartel general?

—¿Dónde está mi regimiento?

Los mosqueteros de Kai apuntaban a los hombres en desbandada y disparaban contra ellos bajo la nieve arremolinada.

—¡Retirada! —gritó un soldado de Tokugawa—. ¡La caracola toca retirada!

—Ya deben de haber abandonado el cuartel general —comentó otro.

Una oleada de hombres derrotados avanzó en negra línea hacia el norte, se extravió hacia el este y las bajas fueron mucho mayores. Finalmente los hombres empezaron a huir en una sola dirección, hacia el sur.

La noche se aproximaba con rapidez y la intensidad de la nevada aumentaba. Los servidores de Ieyasu se reunieron en torno a él e hicieron sonar la caracola. Agitando los estandartes de los comandantes, convocaron a los hombres. Poco a poco los soldados del ejército derrotado se reunieron en torno a ellos. Todos estaban empapados en sangre.

Sin embargo, los cuerpos de Baba Nobufusa y Obata Kazusa sabían que el cuerpo principal de las tropas enemigas estaba allí, y en seguida empezaron a acosarles con arcos y flechas por un lado y armas de fuego por el otro. Parecía como si intentaran cortarles la retirada.

—Este lugar es peligroso, mi señor —dijo Mizuno Sakon a Ieyasu—. Sería mejor que os retiraseis lo antes posible. —Entonces, se dirigió a los soldados—: Proteged a Su Señoría. Yo atacaré al enemigo con algunos hombres. Quienes quieran sacrificar su vida por Su Señoría, que me sigan.

Sakon galopó directamente hacia la línea del enemigo, sin mirar atrás para ver si alguien le seguía. Treinta o cuarenta soldados cabalgaban tras él, hacia una muerte segura. Poco después los gemidos, los gritos y el entrechocar de espadas y lanzas se mezclaron con el sonido del viento cargado de nieve.

—¡Sakon no debe morir! —gritó Ieyasu.

Estaba fuera de sí. Sus servidores intentaron detenerle aferrando la brida de su caballo, pero él los derribó y, cuando se levantaron, cabalgaba ya hacia el remolino negro y blanco, con todo el aspecto de un demonio.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —le gritaron.

Cuando Natsume Jirozaemon, el oficial que se había quedado al mando del castillo de Hamamatsu, tuvo noticia de la derrota de sus camaradas, partió con una pequeña fuerza de treinta jinetes para proteger a Ieyasu. Cuando llegaron al lugar

de la batalla y vieron a su señor luchando desesperadamente, Jirozameon saltó del caballo y corrió hacia el tumulto.

—¿Qué..., qué es esto? Esta violencia no es propia de vos, mi señor. ¡Regresad a Hamamatsu! ¡Retiraos, mi señor!

Cogió la brida del caballo e hizo que diera la vuelta con dificultad.

—¿Jirozaemon? ¡Déjame! ¿Eres tan necio que te interpones en mi camino en medio del enemigo?

—¡Si soy un necio, mi señor, vos lo sois todavía más! Si os derriban en un sitio así, ¿de qué habrán servido todas vuestras penalidades hasta ahora? Seréis recordado como un general idiota. ¡Si queréis distingueros, haced algo importante para la nación otro día!

Con lágrimas en los ojos, Jirozaemon gritó de tal modo a Ieyasu que pareció como si las comisuras de su boca fuesen a rasgarse hasta las orejas, al mismo tiempo que golpeaba despiadadamente al caballo de Ieyasu con el asta de su lanza. Muchos de los servidores y ayudantes más íntimos que habían acompañado a Ieyasu la noche anterior ya no estaban presentes. Más de trescientos hombres de Ieyasu habían muerto en combate y nadie sabía cuántos eran los heridos.

Abrumados por la carga que suponía pertenecer a un ejército desastrosamente derrotado, los hombres regresaron en hilera a la ciudad fortificada cubierta de nieve. Sus semblantes reflejaban lo disgustados que estaban consigo mismos. La retirada se prolongó desde el crepúsculo hasta pasada la media noche.

El cielo se había vuelto rojo, tal vez debido a que había fogatas a ambos lados del portal del castillo. Pero el color rojo de la nieve caída se debía claramente a la sangre de los guerreros que regresaban.

—¿Qué le ha ocurrido a Su Señoría? —preguntaban los hombres llorosos.

Se habían retirado creyendo que Ieyasu ya había regresado al castillo, y ahora los guardianes les decían que no había vuelto. ¿Estaba aún rodeado por el enemigo o había muerto? Fuera como fuese, lo cierto era que habían huido ante su señor, y estaban tan avergonzados que se negaban a entrar en el casti-

lio. Permanecieron en el exterior, golpeando el suelo con los pies para no congelarse.

La confusión reinante se intensificó cuando de repente sonaron unos disparos más allá del portal oeste. Era el enemigo. La muerte les acosaba. Y si los Takeda ya habían llegado hasta allí, el sino de Ieyasu era realmente dudoso.

Creyendo que había llegado el fin del clan Tokugawa, corrieron gritando hacia el lugar de donde habían partido los disparos, dispuestos a morir combatiendo, sus ojos carentes de toda esperanza. Cuando un grupo de ellos cruzaban en tropel el portal, casi chocaron con varios jinetes que llegaban al galope.

Por inesperado que fuese, los jinetes resultaron ser sus propios comandantes que regresaban de la batalla, y los soldados mudaron sus patéticos lamentos por gritos de bienvenida, agitaron espadas y lanzas y precedieron a los recién llegados al interior del castillo.

Un jinete, luego otro y otro más entraron al galope. El octavo de ellos era Ieyasu, con una manga de la armadura arrancada y el cuerpo cubierto de sangre y nieve.

—¡Es el señor Ieyasu! ¡El señor Ieyasu!

En cuanto le vieron, la noticia corrió de boca y boca, y los hombres dieron brincos, totalmente perdida la compostura.

Ieyasu entró a paso vivo en el torreón y gritó como si estuviera todavía en el campo de batalla:

—¡Hisano! ¡Hisano!

La camarera corrió hacia él y se postró.

La llama del farolillo que sujetaba chisporroteaba bajo el viento, lanzando una luz oscilante sobre el perfil de Ieyasu. Éste tenía una mejilla manchada de sangre y el cabello muy revuelto.

—Trae un peine —le pidió al tiempo que se sentaba pesadamente. Mientras Hisano le arreglaba el cabello, dio otra orden—: Estoy hambriento. Que me traigan algo para comer.

Cuando le trajeron la comida, en seguida tomó los palillos pero, en vez de comer, dijo:

—Abrid todas las puertas que dan a la terraza.

A pesar de las lámparas, la iluminación de la sala aumentó

cuando abrieron las puertas, debido al resplandor de la nieve acumulada en el exterior. Oscuros grupos de guerreros estaban descansando en la terraza. En cuanto Ieyasu terminó de comer, salió del torreón y fue a examinar las defensas del castillo. Ordenó a Amano Yasukage y Uemura Masakatsu que tomaran precauciones contra un posible ataque y situó a los comandantes a lo largo del camino desde el portal principal hasta la entrada del torreón.

—Aunque el ejército entero de Kai ataque con todo su poderío, vamos a demostrarles nuestra propia fuerza —dijeron en tono jactancioso—. No van a tomar posesión ni siquiera de una pulgada de estos muros de piedra.

A pesar de la tensión evidente en sus voces, trataban de tranquilizar y estimular a Ieyasu.

Éste comprendió sus intenciones y asintió vigorosamente, pero cuando se disponían a ir corriendo a sus puestos, les hizo volver.

—No cerréis ninguno de los portales del castillo desde el principal hasta el torreón. Dejadlos todos abiertos. ¿Entendido?

—¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo, mi señor?

Los comandantes titubeaban, pues esa orden entraba en conflicto con los dogmas básicos de la defensa. Las puertas de hierro de todos los portales habían sido cerradas. El ejército enemigo ya se estaba aproximando a la ciudad fortificada, dispuesto a destruirla. ¿Por qué les ordenaba abrir las compuertas del dique, precisamente cuando se acercaba una ola gigantesca?

Tadahiro expresó su opinión.

—No, no creo que la situación exija llegar tan lejos. Cuando lleguen nuestras tropas en retirada, podemos abrir los portales y dejarlas entrar. Ciertamente no es necesario que les dejemos las puertas del castillo abiertas de par en par.

Ieyasu se echó a reír y le amonestó por su incomprensión.

—No lo hago para los hombres que regresan tarde, sino con vistas a los Takeda que vienen como una marea arrogante, seguros de su victoria. Y no sólo quiero que estén abiertos los portales del castillo, sino que se enciendan cuatro o cinco grandes hogueras ante la entrada. También encenderéis varias den-

tro de los muros, pero asegúraos de que la defensa esté estrictamente organizada. Permaneced muy quietos y observad la aproximación del enemigo.

¿Qué clase de audaz stratagema contraria era aquélla? Pero, sin la menor vacilación, los hombres cumplieron las órdenes recibidas.

De acuerdo con los deseos de Ieyasu, las puertas del castillo se abrieron de par en par y las hogueras arrojaron sus reflejos en la nieve desde más allá del foso hasta la entrada del torreón. Tras contemplar la escena un momento, Ieyasu entró de nuevo en el castillo.

Los generales parecían comprender la finalidad de todo aquello, pero la mayoría de los soldados que formaban la guarnición del castillo parecieron dar crédito al rumor, extendido por un oficial de Ieyasu, de que Shingen había muerto y que el enemigo que avanzaba hacia ellos había perdido a su general más importante.

—Estoy cansado, Hisano. Creo que voy a tomar una taza de sake. Sírvemela, por favor.

Ieyasu regresó al salón principal y, tras apurar la taza, se tendió. Se cubrió con las ropas de cama que Hisano le había preparado y no tardó en roncar.

No mucho después, las tropas de Baba Nobufusa y Yamagata Masakage se aproximaron al foso, preparadas para un ataque nocturno.

—¿Qué es esto? ¡Esperad!

Cuando Baba y Yamagata estuvieron ante el portal del castillo, tiraron de las riendas e impidieron que el ejército siguiera apresuradamente adelante.

—¿Qué os parece, general Baba? —preguntó Yamagata, acercando su caballo al de su colega.

Parecía totalmente perplejo. Baba también tenía dudas y miraba hacia el portal del enemigo. Allí, ardiendo a cierta distancia, estaban las higueras, delante del portal y más allá de la entrada. La situación planteaba un interrogante perturbador.

El agua del foso era negra, en contraste con la blanca nieve en el castillo con su guarnición al completo. No se oía un solo

sonido. Si los hombres aguzaban el oído, percibían la crepitación de la leña encendida a lo lejos. Y si hubieran concentrado la mente y el oído, quizá habrían captado los ronquidos de Ieyasu, el general derrotado, que estaba durmiendo más allá de aquel portal sin puerta, dentro del torreón.

—Creo que les hemos perseguido con tal rapidez y están tan confusos que ni tiempo han tenido de cerrar el portal del castillo y están agazapados —dijo Yamagata—. Deberíamos atacar en seguida.

—No, esperad —replicó Baba, quien tenía la reputación de ser uno de los tácticos más inteligentes del ejército de Shingen.

Un hombre sabio que cultiva la sabiduría a veces puede ahogarse en ella. Explicó a Yamagata por qué motivos su plan era erróneo.

—Asegurar las puertas del castillo habría respondido a la natural psicología de la derrota en este caso, pero haber dejado el castillo abierto de par en par, tomándose el tiempo de encender hogueras, es una prueba de la intrepidez y serenidad de ese hombre. Si pensáis en ello, es indudable que está esperando un ataque temerario por nuestra parte. Se está concentrando en este castillo y confía plenamente en su victoria. Nuestro adversario es un general joven, pero se llama Tokugawa Ieyasu. No deberíamos entrar ahí a la ligera, sólo para deshonar la reputación marcial de los Takeda y ser más tarde objeto de burlas.

Habían avanzado hasta allí, pero al final los dos generales hicieron retroceder a sus hombres.

Dentro del castillo, cuando Ieyasu despertó al oír la voz de su asistente, se puso en pie sobresaltado.

—¡No estoy muerto! —gritó, y se puso a dar saltos de alegría.

De inmediato envió tropas en persecución del enemigo. Como era de esperar, Yamagata y Baba no perdieron la cabeza en la confusión, sino que opusieron resistencia, incendiaron la vecindad de Naguri y ejecutaron varias maniobras brillantes.

Los Tokugawa habían sufrido una seria derrota, pero podía

decirse que habían demostrado su valía. Y no sólo eso, sino que, una vez más, habían obligado a Shingen a abandonar su marcha hacia la capital, dejándole sin más alternativa que retirarse a Kai. Muchos hombres habían sido sacrificados. En comparación con las cuatrocientas bajas de los Takeda, los muertos y heridos de los Tokugawa ascendían a mil ciento ochenta.

# índice

Nota para el lector .....	7
El Imperio japonés.....	8
Heráldica.....	10
Medida del tiempo en el Japón medieval.....	11
Personajes y lugares.....	13
Resumen del volumen anterior .....	15
El intermediario .....	17
Un castillo levantado sobre el agua.....	64
Trampa para el Tigre.....	93
El morador del monte Kurihara.....	111
«Sed un vecino amistoso» .....	144
El shogun errante .....	176
Enemigo de Buda.....	199
Shingen, el de las piernas largas .....	229
El portal sin puerta.....	259